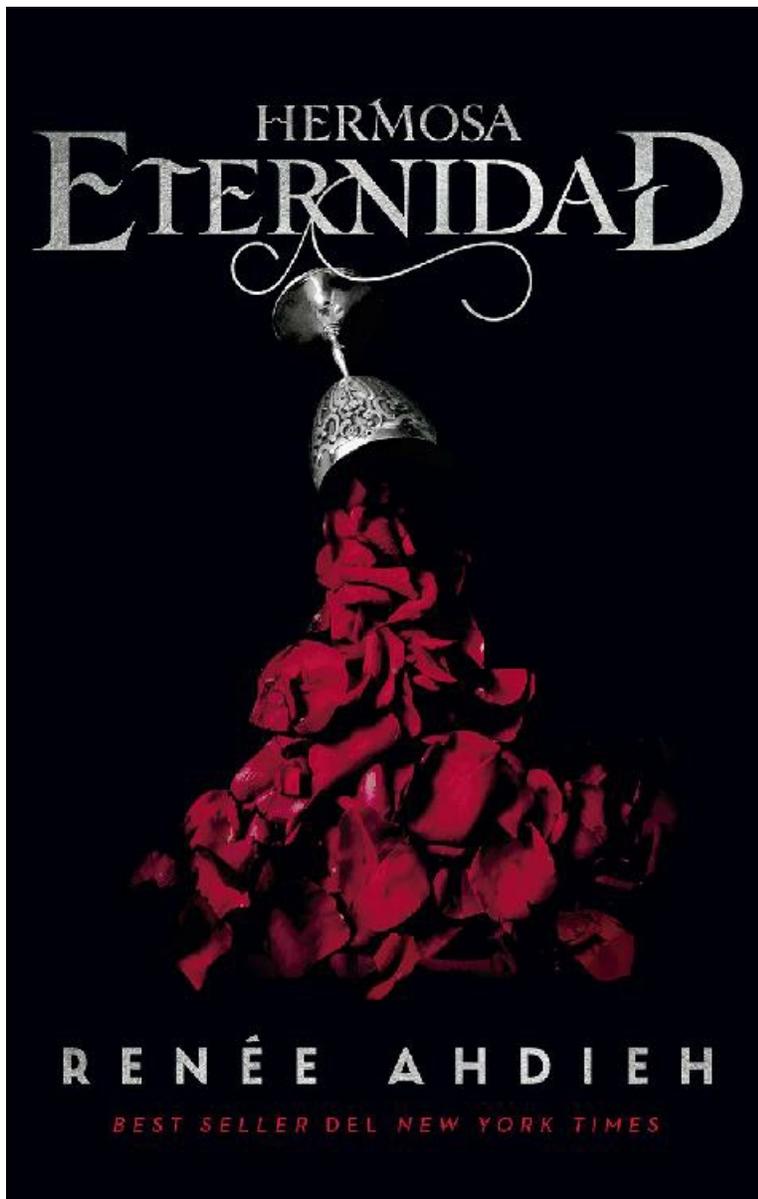


HERMOSA
ETERNIDAD



RENÉE AH DIEH

BEST SELLER DEL NEW YORK TIMES



HERMOSA
ETERNIDAD

HERMOSA ETERNIDAD

RENÉE AHDIEH

» PUCK

Traducción de María Candela Rey

Argentina – Chile – Colombia – España

Estados Unidos – México – Perú – Uruguay

Título original: *The Beautiful Editor* original: G. P. Putnam's Sons, un sello de Penguin Random House LLC, New York Traductora: María Candela Rey

1.ª edición: octubre 2020

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright © 2019 by Renée Ahdieh

Publicado en virtud de un acuerdo con el autor, en conjunto con BAROR INTERNATIONAL, INC., Armonk, New York, U.S.A.

All Rights Reserved

© de la traducción 2020 by María Candela Rey

© 2020 by Ediciones Urano, S.A.U.

Plaza de los Reyes Magos, 8, piso 1.º C y D – 28007 Madrid

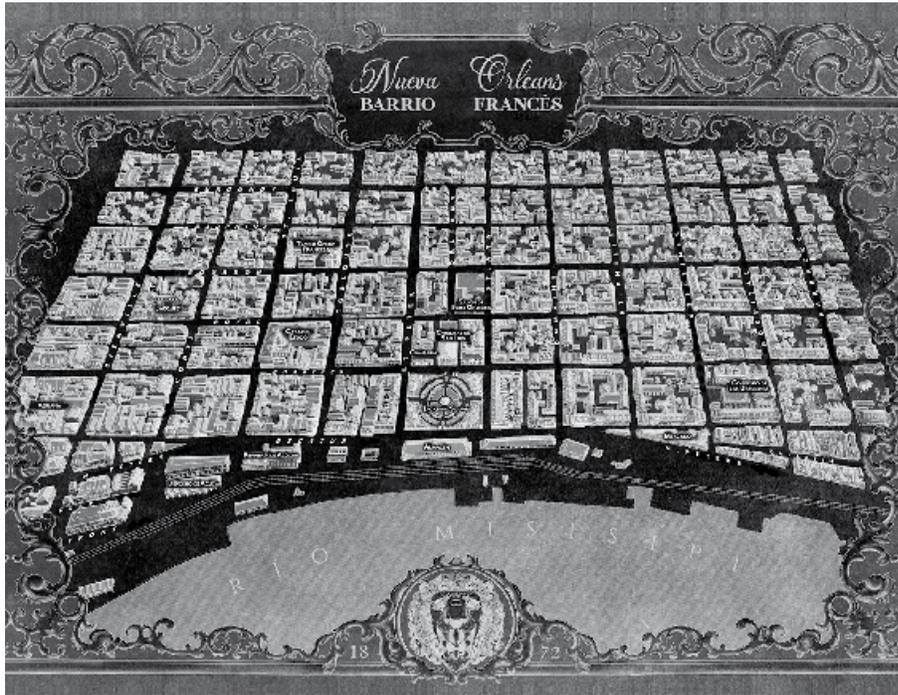
www.mundopuck.com

ISBN: 978-84-17981-91-4

Fotocomposición: Ediciones Urano, S.A.U.

A la ciudad de Nueva Orleans, por recordarme que hay magia a la vuelta de cada esquina.

Y a Victor, como siempre.



Ver un Mundo en un Grano de Arena

Y un Cielo en una Flor Silvestre

Tener el Infinito en la palma de la mano

Y la Eternidad en una sola hora

De «Augurios de Inocencia»

de William Blake



J'ai voulu ce matin te rapporter des roses;

Mais j'en avais tant pris dans mes ceintures closes
Que les noeuds trop serrés n'ont pu les
contenir.

Les noeuds ont éclaté. Les roses envolées.

Dans le vent, à la mer s'en sont toutes allées.

Elles ont suivi l'eau pour ne plus revenir.

La vague en a paru rouge et comme enflammée.

Ce soir, ma robe encore en est toute embaumée...

Respires-en sur moi l'odorant souvenir.

Esta mañana quise traerte rosas;

pero había atado tantas con mi cinturón

que los nudos estaban demasiado apretados para contenerlas.

Los nudos reventaron. Las rosas volaron.

Todas volaron hacia el mar, llevadas por el viento, cargadas hasta el agua, de donde no volverían.

Las olas estaban rojas, como inflamas.

Esta noche, mi vestido todavía está perfumado...

Respira el recuerdo perfumado.

De « Las Rosas de Saadi »

de Marceline Desbordes-Valmore



HIVER, 1872

RUE ROYALE

NUEVA ORLEANS, LUISIANA

Nueva Orleans es una ciudad donde reinan los muertos.

Recuerdo la primera vez que oí a alguien decir eso. El viejo tenía la intención de asustarme. Dijo que había momentos, después de una lluvia torrencial, en los que los ataúdes ascendían hasta la superficie y los muertos inundaban las calles de la ciudad. Aseguraba conocer a una mujer criolla de la Rue Dauphine que podía comunicarse con los espíritus del más allá.

Creo en la magia. En una ciudad plagada de ilusionistas, es imposible dudar de su existencia. Pero no le creí a ese hombre. «Ten fe», me advirtió. «Pues quienes no la tienen están solos en la muerte, ciegos y aterrados».

Fingí alarmarme con sus palabras. La verdad es que el viejo me pareció entretenido. Era de los que buscan aterrar a las jóvenes almas errantes con historias de criaturas sombrías que acechan en los rincones oscuros. Pero había algo que también me intrigaba, pues yo también poseía una joven alma errante. Desde mi infancia, la había ocultado debajo de prendas impecables y palabras re nadas, pero insistía en acosarme. Me l amaba como si fuera el canto de una sirena, y me ha l evado a arrojar todo lo que ngía ser contra las rocas y rendirme ante mi verdadera naturaleza.

Me ha traído hasta donde estoy ahora. Pero lo que siento no es ingratitud. Pues me ha hecho aceptar dos de mis verdades más

profundas: siempre tendré una joven alma errante, sin importar mi edad.

Y siempre seré la criatura sombría que acecha en los rincones oscuros, esperando...

Por ti, mi amor. Por ti.

████████████████████

JANVIER, 1872

A BORDO DEL CGT ARAMIS

DIFERENTE DE LO QUE PARECÍA

El *Aramis* debería haber legado al amanecer, tal como lo hacía en los sueños de Celine.

El a se despertaría debajo de un cielo iluminado por el sol con la sal del océano en la nariz y la ciudad se elevaría bril ante sobre el horizonte.

Llena de promesas. Y de perdón.

En vez de eso, la campana de latón que estaba en la proa del *Aramis* sonó a la hora del crepúsculo, el momento del día que su amiga Pippa l amaba «el ocaso». Celine creía que eso era algo muy británico.

Había comenzado a coleccionar ese tipo de expresiones al poco tiempo de conocer a Pippa hacía cuatro semanas, cuando el *Aramis* se había detenido durante dos días en Liverpool. Hasta el momento, su favorita era «de ninguna maldita manera». Celine no sabía por qué esas frases le habían parecido importantes en ese momento. Quizás era porque creía que, en los Estados Unidos de América, esas expresiones muy británicas la bene ciarían más que las expresiones muy francesas que el a era más propensa a usar.

En cuanto Celine oyó el sonar de la campana, se abrió camino hacia babor, seguida de los pasos ligeros de Pippa. El cielo estaba cubierto de zarcil os oscuros como la tinta que se expandían en forma de abanico, y una niebla fantasmagórica envolvía la Ciudad de la Luna Creciente. El

aire pareció espesarse en el momento en el que las dos chicas escucharon al *Aramis* entrar en las aguas del Misisipi y acercarse cada vez más a Nueva Orleans. Cada vez más lejos de las vidas que habían dejado atrás.

Pippa inhaló y se frotó la nariz. En ese instante, parecía tener menos años que los dieciséis que tenía en realidad.

—Después de escuchar todas las historias, creía que sería más bonita.

—Yo creía que sería exactamente así —respondió Celine con un tono tranquilizador.

—No mientas. —Pippa le echó una mirada de reojo—. No me hará sentir mejor.

—Quizás miento tanto para mi beneficio como para el tuyo. —Una sonrisa se asomó en la cara de Celine.

—Sea como sea, mentir es un pecado.

—Al igual que ser molesta.

—Eso no está en la Biblia.

—Pero debería estarlo.

Pippa tosió para intentar disimular su sonrisa.

—Eres terrible. Las hermanas del convento de las Ursulinas no sabrán qué hacer contigo.

—Harán lo mismo que hacen con todas las chicas que no están casadas y desembarcan en Nueva Orleans con todas sus posesiones materiales: me conseguirán un marido. —Celine contuvo el impulso de fruncir el ceño. El a había tomado esa decisión. Era lo mejor entre lo peor.

—Si les pareces impía, te juntarán con el tonto más feo de toda la cristiandad. No cabe ninguna duda de que será alguien con una nariz bulbosa y una gran barriga.

—Pre ero un hombre feo antes que uno aburrido. Y una gran barriga signi caría que es de buen comer, así que... —Celine inclinó la cabeza hacia un lado.

—En serio, Celine. —Pippa rio, su acento de Yorkshire se entrelazaba entre las palabras como si se tratara de un encaje de Chantilly—. Eres la francesa más incorregible que haya conocido.

—Me atrevería a decir que no has conocido a muchas francesas. —

Celine sonrió a su amiga.

—Al menos ninguna que hablara inglés tan bien como tú. Es como si hubieras nacido hablándolo.

—Mi padre creyó que sería importante que lo aprendiera.

Celine levantó un hombro, como si eso fuera todo y no apenas la mitad. Con la mención de su padre, un francés respetable que había estudiado lingüística en Oxford, una sombra amenazó con descender sobre el a. Una tristeza cuyo peso aún no podía soportar. Celine colocó una sonrisa torcida en su cara.

Pippa cruzó los brazos como si se abrazara a sí misma. La preocupación parecía acumularse en su frente, debajo de su equil o rubio, mientras las dos chicas seguían observando la ciudad desde lejos.

Todas las jóvenes a bordo habían oído las historias susurradas. En alta mar, los mitos que habían compartido mientras bebían tazas de café arenoso y amargo habían cobrado vida propia. Se habían mezclado con las historias del Viejo Mundo y habían formado relatos más ricos y oscuros. Nueva Orleans estaba embrujada. Había sido maldita por piratas. Era merodeada por bribones. Se trataba de un último refugio para quienes creían en la magia y el misticismo. Hasta había algunas lenguas que hablaban de mujeres que poseían tanto poder y tanta influencia como cualquier hombre.

Eso había hecho reír a Celine. Y, al mismo tiempo, el a se había atrevido a tener esperanzas. Quizás Nueva Orleans fuera algo diferente de lo que parecía ser a primera vista. Afortunadamente, el a también lo era.

Y si había algo que podía decirse sobre las jóvenes viajeras a bordo del *Aramis*, era que la posibilidad de conocer una magia como esa —un mundo como ese— se había convertido en algo vital. Sobre todo para quienes deseaban deshacerse del fantasma de sus pasados. Quienes deseaban convertirse en algo mejor y más brillante.

Y más que nada era vital para quienes querían escapar.

Pippa y Celine observaban mientras se acercaban cada vez más a lo desconocido. A sus futuros.

—Tengo miedo —susurró Pippa.

Celine no respondió. La noche había teñido el agua, como si fuera una mancha oscura sobre un trozo de organza. Un marinero desaliñado se balanceaba sobre una viga de madera con toda la gracia de un equilibrista mientras encendía una lámpara en la proa del barco. Como si fuera una respuesta, el agua pareció llenarse de lenguas de fuego que cobraron vida y pintaron la ciudad con un tono verde todavía más fantasmagórico.

La campana del *Aramis* volvió a repicar para avisar a quienes estaban en el puerto qué distancia le quedaba por recorrer al barco. Otras pasajeras subieron a la cubierta y se colocaron junto a Celine y Pippa mientras murmuraban en portugués y español, inglés y francés, alemán y holandés. Eran mujeres jóvenes que habían dado un salto de fe y habían dejado sus tierras en busca de nuevas oportunidades. Sus palabras se mezclaban para formar una dulce cacofonía de sonidos que, en cualquier otra circunstancia, habría tranquilizado a Celine.

Ya no.

Desde aquel a noche fatídica entre las sedas del atelier, Celine había anhelado estar rodeada de un silencio cómodo. Hacía semanas que no se encontraba segura en presencia de otros. Ni segura con

el alboroto de sus propios pensamientos. Lo más parecido a la sensación de vadear por aguas más bien tranquilas había sido estar en presencia de Pippa.

Cuando el barco ya estaba bastante cerca del puerto, Pippa se aferró de forma repentina a la muñeca de Celine, como si intentara armarse de valor. Celine ahogó un grito de sorpresa. Se estremeció ante el contacto inesperado. Como si hubiera recibido una salpicadura de sangre sobre la cara y la sal hubiera teñido sus labios.

—¿Celine? —preguntó Pippa con los ojos muy abiertos—. ¿Qué sucede?

Celine respiró por la nariz para tranquilizar su pulso y envolvió ambas manos alrededor de los dedos fríos de Pippa.

—Yo también tengo miedo.



UN ESTUDIO SOBRE CONTRASTES

Veintitrés pasajeras desembarcaron del *Aramis*, cada una con un baúl de madera sencill o l eno con sus posesiones materiales.

Después de consultar el mani esto, el o cial de la aduana les permitió pisar suelo estadounidense. Una hora más tarde, siete chicas subieron a un carruaje sencill o y comenzaron a avanzar a través de las calles oscuras de la ciudad hacia el convento de las Ursulinas. El futuro de las demás las aguardaba en el puerto.

El carruaje descubierto rodaba sobre los adoquines. A todo su alrededor, había ramas que colgaban con el peso de las ores coloridas.

Las cigarras y los escarabajos sonaban desde las sombras y sus susurros parecían hablar de una historia embrujada. Una brisa tropical se sacudió entre las ramas de un roble que lindaba con una plaza pequeña. Celine sintió de una forma rara la calidez de ese brazo contra su piel, sobre todo en contraste con el ligero frío de una noche de nales de enero.

Pero ella sabía que no debía quejarse. Era muy probable que la calle de París en la que estaba su casa estuviera salpicada de nieve, y faltarían semanas para que pudiera usar el cómodo vestido de muselina que le había puesto en ese momento. Celine recordó el junio anterior, cuando lo había confeccionado con los retazos que habían sobrado del elegante vestido que había diseñado para una mujer adinerada conocida por sus encuentros infames. En ese momento, Celine había imaginado cómo sería asistir a una de esas reuniones y mezclarse con

los miembros más *chic* de la sociedad parisina. Los deslumbraría con su amor por Shakespeare y Voltaire. Usaría ese mismo vestido, cuyo tono púrpura intenso contrastaba de forma encantadora con su piel clara y cuya sobrefalda estaba repleta de pliegues y volantes elaborados. Y

l evaría sus rizados negros apilados sobre la coronilla, el último peinado en adornar las cabezas de las amantes de la moda en la ciudad.

Celine rio hacia sus adentros divertida por el recuerdo de la chica de diecisiete años que solía ser. Por las cosas que esa chica había soñado con experimentar. Por las cosas que había deseado tener y disfrutar: la entrada a la sociedad de mujeres elegantes para quienes confeccionaba vestidos que el día siguiente se desharían un par de días más tarde. La posibilidad de enamorarse de un joven guapo que le robara el corazón con poemas y promesas.

Ahora la mera idea le parecía ridícula.

Después de varias semanas de viaje en barco durante las cuales había estado enterrado en las profundidades de un baúl de madera, el vestido arrugado que Celine tenía puesto esa noche reflejaba el giro inesperado que había tomado su vida. No era un atuendo apto para la misa del domingo, mucho menos para una boda. Al pensarlo, Celine se acomodó sobre el asiento de madera y sintió que el corsé se clavaba en sus costillas. Cuando respiró hondo, las varillas le pellizcaron los pechos.

Y percibió un aroma tan delicioso que la distrajo.

Inspeccionó la plaza en busca de su origen. En la esquina que estaba delante del roble, había una panadería al aire libre que le hizo acordarse de su *boulangerie* favorita en el Boulevard du Montparnasse. El aroma a masa frita y al azúcar que se derretía con lentitud flotó entre las hojas secas del árbol de magnolias. No muy lejos, las contraventanas de

varios balcones se cerraron con un golpe y una celosía cubierta con buganvil de un color rosa intenso se sacudió e hizo que las orejas temblaran como si tuvieran miedo. O, quizás, como si anticiparan algo.

Debería haber sido algo bello de contemplar. Pero la encantadora imagen parecía estar teñida con algo siniestro. Como si un dedo pálido se hubiera colado entre las cortinas y la estuviera llamando hacia un abismo oscuro.

La sabiduría le dictó que hiciera caso a la advertencia. Sin embargo, Celine se sintió fascinada. Cuando echó un vistazo a las otras seis chicas que estaban en el carruaje —había cuatro sentadas a un lado y tres, al otro—, notó un conjunto de miradas de ojos bien abiertos y expresiones que parecían ser varios ejemplos de inquietud. ¿O quizás fuera entusiasmo? Al igual que con las buganvillas, era imposible estar segura.

El carruaje se detuvo en una esquina ajetreada y los caballos que lo arrastraban sacudieron sus crines. Un grupo de personas con todo tipo de vestimentas —desde los más adinerados con sus cadenas de relojes de oro hasta los más humildes con sus harapientas prendas de lino—

cruzaron Decatur Street con paso rápido y determinado, como si tuvieran una misión que cumplir. La situación parecía rara en ese momento del día, que solía estar marcado por los rituales más que por los comienzos.

Como Pippa era quien estaba más cerca del conductor, fue ella a quien se inclinó hacia adelante para dirigirse a él.

—¿Hay algún evento importante esta noche? ¿Algo que explique la multitud de personas?

—El des le —respondió el hombre hosco sin girarse.

—¿Perdón?

El hombre se aclaró la garganta.

—Está a punto de empezar un des le cerca de Canal Street. Por la temporada de carnaval.

—¡Un des le de carnaval! —Pippa se giró hacia Celine.

Antonia, la joven que estaba sentada a la izquierda de Celine, parecía estar igual de entusiasmada, y sus ojos oscuros se abrieron y brillaron como los de una lechuza.

— *¿Um carnaval?* —preguntó en portugués mientras apuntaba en dirección al sonido distante de la celebración.

Celine asintió con una sonrisa.

—Es una pena que nos lo perdamos —señaló Pippa.

—Yo que tú no me preocuparía, niña —respondió el conductor, y su lengua parecía formar las palabras con un ligero acento irlandés—.

Habrán cientos de des les y celebraciones durante toda la temporada de carnaval. Seguro que veréis alguno. Y esperad a ver el baile de máscaras de Mardi Gras. Será el evento más grandioso de todos.

—Una amiga de Edimburgo me ha hablado un poco sobre la temporada de carnaval —exclamó Anabel, una pelirroja esbelta con algunas pecas bonitas salpicadas sobre la nariz—. Antes de la Cuaresma, toda la ciudad de Nueva Orleans se llena durante semanas con el sonido de veladas, bailes y estas de disfraces.

—¡Fiestas! —repitieron las gemelas de Alemania al reconocer la palabra, y una de ellas aplaudió con emoción.

El brillo de sus caras provocó algo en Celine. Hizo que algo detrás de su corazón se moviera. Una emoción que no se había permitido sentir desde los eventos de aquella noche espantosa:

Esperanza.

Había llegado a una ciudad en mitad de una celebración. Una que

prometía semanas de estas por venir. La multitud estaba repleta de ese mismo espíritu de anticipación que había notado en las jóvenes que ahora compartían su destino. Quizás sus expresiones no tenían por qué ser de inquietud. Quizás las buganvilas solo se habían despertado con una sacudida y no temblaban de preocupación.

Quizás Celine no tendría que vivir su vida con temor a lo que podría pasar el día siguiente.

Mientras esperaban a que la calle se despejara de peatones, Celine se inclinó hacia adelante y sintió que su ánimo estaba a punto de levantar el vuelo. Intentó atrapar la punta de una hiedra que colgaba de una elaborada barandilla de hierro forjado. El ruido de los pasos a su izquierda llamó su atención al mismo tiempo que la multitud se apartaba para permitir que el carruaje pasara.

No.

No lo hacían para que ellas pasaran.

Lo hacían por otro motivo.

Allí, de pie bajo la luz tenue y ámbar de una lámpara de gas, había una figura solitaria que estaba lista para cruzar Decatur Street, sus facciones se encontraban ocultas por el sombrero panamá que llevaba inclinado hacia adelante.

El hombre cruzó la calle, moviéndose de la luz a las sombras y de nuevo a la luz, deslizándose de una esquina de la calle a la otra. Se movía de una forma... curiosa. Como si el aire que lo rodeaba no fuera aire, sino agua. O quizás humo. Sus zapatos lustrados golpeaban los adoquines a un ritmo regular. Era alto. Tenía hombros anchos. A pesar de verlo solo como una silueta recortada contra la noche, Celine se dio cuenta de que su traje había sido elaborado con algún material exquisito por manos expertas. Probablemente, por alguien de Savile Row. El

entrenamiento que había recibido en el atelier de Madame de Beauharnais —la mejor modista de París— le había otorgado un ojo particular para ese tipo de cosas.

Pero la vestimenta no había intrigado tanto a Celine como lo que había conseguido hacer. Había despejado la calle sin pronunciar ni una palabra. Había dispersado a mujeres con sombrillas, niños con *beignets* espolvoreados de azúcar y hombres con elegantes sombreros de copa sin ni siquiera dedicarles una mirada.

Ese era el tipo de magia que ella deseaba poseer.

Celine soñaba con la idea de tener un poder semejante, solo por la libertad que eso le brindaría. Observó al hombre subir a la acera y la envidia le nubló la visión, le llenó el corazón y ocupó el sitio de la esperanza que apenas había dejado entrar hacía un minuto.

Después, él levantó la mirada. Sus ojos se encontraron con los de Celine, como si ella lo hubiera llamado sin usar palabras.

Celine parpadeó.

Era más joven de lo que había esperado. No debía de ser mucho mayor que ella. Unos diecinueve o veinte años, quizás, pero no más.

Después, Celine intentaría recordar detalles sobre él. Pero sería como si el recuerdo de ese momento se hubiera difuminado, como si alguien hubiera frotado la superficie de un espejo con aceite. Lo único que recordaría con total claridad eran sus ojos. Brillaban bajo la llama de la lámpara de gas como si estuvieran iluminados desde dentro.

Eran gris oscuro. Como el cañón de una pistola.

Él entornó los ojos. Incluyó su sombrero en dirección a él. Y se alejó.

—Ay, cielos —suspiró Pippa.

Un murmullo de asentimiento, expresado en varios idiomas, recorrió las filas de jóvenes sentadas. Se inclinaron hacia las demás y se

sintieron tocadas por un entusiasmo compartido. Una de las gemelas de Düsseldorf dijo algo en alemán que hizo que su hermana soltara una risita nerviosa desde detrás de las manos.

Celine fue la única que siguió con la mirada a la gura que se alejaba, y lo hizo con los ojos entornados, como él los había tenido. Como si hubiera algo que no pudiera creer.

De qué se trataba, no lo sabía.

El carruaje continuó su camino hacia el convento. Celine observó al chico desaparecer entre las sombras mientras sus piernas largas y esbeltas lo llevaban por la noche con una seguridad ajena a este mundo.

Él se preguntó qué había sido lo que había hecho que todos los que estaban en el cruce se rindieran ante él sin dudarlo. Anhelaba tener aunque solo fuera una mínima porción de ese poder. Quizás si Celine fuera alguien que inspirara tanto respeto, no se habría visto forzada a dejar París. A mentir a su padre.

O a matar a un hombre.



POR LAS ESTRELLAS

No debería estar aquí.

El pensamiento resonaba en la cabeza de Noémie como un estribillo o sin n.

Estaba oscuro. Era tarde. El agua golpeaba a lo largo del muelle que estaba al borde del Vieux Carré con un sonido adormecedor. Hipnótico.

Él nunca debería haber accedido a quedar con nadie en ese sitio, sin importar los incentivos. Noémie lo sabía bien. Sus padres le habían enseñado bien. La iglesia le había enseñado bien. Tiró del chal ligero de primavera que llevaba sobre los hombros y enderezó el lazo de seda rosa que tenía atado alrededor del cuello. Cuando giró la cabeza, los pendientes granates golpearon la piel sensible de su cuello.

¿Pendientes y lazos de seda en el muelle a mitad de la noche?

¿En qué había estado pensando?

No debería estar aquí. ¿A quién esperaba impresionar con todos esos adornos?

No a un hombre de ese estilo, eso era seguro.

Un joven que la invitara a quedar a esas horas de la noche no era un caballero. Pero Noémie suponía que el tipo de mujer que accedía tampoco era una dama. Soltó un suspiro. Martín, su antiguo pretendiente, jamás la habría invitado a un encuentro clandestino tan tarde, después del atardecer.

Claro que Martín jamás le había hecho sentir cosquillas en la piel ni la

había dejado sin aliento.

No como lo había hecho su admirador misterioso.

Sin embargo, si él no enseñaba su cara en los próximos minutos, Noémie se iría a casa, entraría a hurtadillas entre las glicinas de su madre y se escabulliría por la ventana de su habitación antes de que alguien se diera cuenta de lo que había hecho.

Noémie recorrió el muelle de un lado a otro, jurando por las estrellas que esa sería la última oportunidad que le daría. Debajo de la falda, los tacones de sus botas golpeaban los tablones de madera deformados y el polisón se movía de arriba hacia abajo al ritmo de sus pasos. Una brisa sopló a lo largo de la curva del río y trajo consigo el hedor de los pescados podridos, los restos de la pesca del día.

En un intento por repeler el olor, Noémie presionó un dedo descubierto debajo de la nariz.

No debería estar aquí. El muelle estaba demasiado cerca de la guarida de la Corte. Esas calles y todo lo que las rodeaba estaban controladas por sus miembros sombríos. Poco importaba que donaran a la iglesia con regularidad. Poco importaba que *Le Comte de Saint Germain* tuviera un palco en la ópera y se codeara con los mejores y más ilustres habitantes de Nueva Orleans. La Corte traía consigo el peor tipo de persona, aquel a que no tiene escrúpulos.

Y allí estaba Noémie, esperando sola en la oscuridad en el centro de su dominio.

Se elevó una mano a la garganta y sus dedos rozaron la seda suave que la rodeaba. El color del lazo —un rosa pálido, como los pétalos de una peonía— estaba muy de moda. La emperatriz Eugénie había sido la primera en introducirlo hacía no mucho tiempo. Ahora cientos de jóvenes que vivían en Nueva Orleans elegían mostrar sus largos cuellos

de cisne. Se suponía que a los caballeros les parecía atractivo.

Noémie esbozó una sonrisa amarga y se posicionó de cara al agua para iniciar su último recorrido del muelle.

Maldito fuera su admirador impactante y todas sus mentiras. No debería haber habido una cantidad suficiente de palabras dulces o promesas tentadoras que arrastraran a Noémie lejos de la seguridad de su hogar.

Justo cuando estaba a punto de llegar al final del muelle, el sonido de unas pisadas sólidas resonó a sus espaldas. Eran más lentas a medida que se acercaban: su dueño no tenía prisa.

Noémie no se giró de inmediato porque quería hacerle saber que estaba enfadada.

—Me has hecho esperar mucho tiempo —señaló la joven con voz melosa.

—Mis más sinceras disculpas, *mon amour* —susurró él detrás de ella

—. Me entretuve con la cena... pero me he marchado antes del postre.

Una sonrisa se asomó a los labios de Noémie mientras su pulso galopaba. Se giró con lentitud.

No había nadie allí. El muelle estaba desierto.

Noémie parpadeó. Su corazón saltaba dentro de su pecho. ¿Había sido todo un sueño? ¿Había sido un truco del viento?

—¿A dónde te has...?

—Aquí estoy, mi amor —respondió él a su oído, de nuevo a sus espaldas.

Ella tomó una bocanada de aire. Él la sujetó de la mano, su tacto era frío y firme. Tranquilizador. Un escalofrío le recorrió la columna cuando él le mordisqueó el lóbulo de la oreja. Había sido una sensación inesperada. Provocadora.

Martin jamás habría hecho algo como eso.

Cuando Noémie elevó las manos hacia atrás para acariciar su cara, sintió el pinchazo de su barba contra la piel y el pulso de la sangre que corría por sus propias venas. Él le besó la punta de los dedos. Cuando ella retiró las manos, las sintió tibias. Pegajosas. Mojadas.

Teñidas de un brillo ante color rojo.

— *Je suis désolé* —murmuró él a modo de disculpa.

Un grito horrorizado comenzó a acumularse en el pecho de Noémie.

Su cuello de cisne fue desgarrado antes de que pudiera emitir algún sonido.

Lo último que Noémie vio fueron las estrellas, que parpadeaban alegres sobre ella.

████████████████████

TU NOMBRE ES MARCELINE BÉATRICE ROUSSEAU

Fueron siete las chicas que se instalaron en el dormitorio del convento de las Ursulinas: Celine; Pippa; las gemelas de Düsseldorf, Marta y Maria; Anabel, la pelirroja de Edimburgo; Antonia de Lisboa; y Catherine de Liverpool.

La Iglesia Católica había nunciado su viaje a Nueva Orleans y, a cambio, esperaba que las siete jóvenes ayudaran en la administración del hospital que dependía del convento, en la enseñanza de las niñas que estudiaban allí y en cualquier esfuerzo por recaudar fondos en nombre de la diócesis. Hasta que las hermanas del convento encontraran maridos apropiados para ellas, por supuesto.

Para Celine, el día siguiente a su llegada estuvo marcado por la consternación.

Fue un día marcado por las decisiones de otras personas.

Lo que ella no quería era que las hermanas le asignaran una posición como profesora. Era un puesto muy valorado, con mucha responsabilidad. Celine nunca había sido un ejemplo a seguir. Se reía demasiado fuerte de chistes groseros y disfrutaba de comer en los eventos sociales en los que las chicas solo existían para ser vistas y no para ser saciadas. Nunca había entendido ese concepto. ¿Darle la espalda a un *pain au chocolat*? Sería un sacrilegio.

Pero todo eso era de esperar.

Por esos motivos, Celine se sintió aliviada al enterarse de que

Catherine había trabajado como institutriz para una familia de cuatro en Liverpool. La joven de gafas sonrió al recibir la noticia de que, a fines prácticos, retomaría sus viejas tareas.

A Celine no le habría molestado que la asignaran al hospital, pero Pippa le informó de que Marta y Maria habían trabajado como asistentes de una partera; así que ellas fueron reclutadas junto con Antonia, que era una experta en hierbas y otros remedios naturales.

Pippa, Anabel y Celine no tardaron en encontrarse en un predicamento compartido. No era fácil colocar a ninguna de las tres chicas dentro de esas paredes encaladas, dado que ninguno de sus respectivos intereses parecía encajar con naturalidad en la vida dentro del convento. Anabel tenía una buena cabeza para los números y aptitud para los negocios, pero ninguna de las dos cualidades era objeto de admiración en una jovencita.

Pippa había estudiado historia del arte durante la mayor parte de su vida y era una pintora y violinista dotada, pero el instituto ya tenía una profesora que se especializaba en las artes.

Aunque nadie podía negar que los trabajos que Celine hacía con seda fruncida y delicado encaje de *Alençon* no tenían par, su habilidad no la favorecía en nada en esa situación. Saber cómo diseñar vestidos para la élite parisina no era considerado exactamente un gran logro en un convento.

Así fue como Pippa, Anabel y Celine terminaron sentadas a la sombra de la catedral de San Luis una semana después de haber llegado a la ciudad, intentando vender sus mercancías bajo un encaje de hojas de roble en Jackson Square. A pesar del bonito día cálido, Celine no podía evitar sentirse abatida. No importaba a dónde fuera, la vida insistía en limitarla.

Quizás se lo merecía. Sus pecados eran muchos; sus perdones, pocos.

En la esquina de la plaza que estaba más alejada de Celine, estaban sirviendo *beignets* y tazas humeantes de café con leche, y el aroma era una mezcla embriagadora de mantequilla, azúcar y achicoria. A su izquierda, las agujas de la catedral se elevaban hacia un cielo azul que era compensado por el tipo de nubes que Celine más adoraba, por su semejanza al chifón. A su derecha, había una hilera de artistas, mercaderes y proveedores de bienes místicos que exhibían sus mercancías a lo largo de las púas de hierro negro que rodeaban el patio de la catedral.

Celine quería pasear por las calles y apreciar todo lo que tenían para ofrecer. Quería admirar las vistas y disfrutar esa nueva oportunidad de tener una vida. Sin embargo, tal como había terminado de darse cuenta la semana anterior, las cosas que ella quería y las cosas que se esperaban de ella eran como el agua y el aceite en el cuenco de un panadero.

El día que las otras chicas habían sido asignadas a sus respectivas posiciones, Pippa, Celine y Anabel habían recibido instrucciones de recaudar dinero para la expansión del orfanato de la parroquia. La semana siguiente la habían dedicado a los preparativos.

Pippa había pintado tazas de té delicadas con viñetas religiosas, como la vez que Jesús había convertido el agua en vino o alimentado a una multitud de miles solo con siete hogazas de pan y unos pescados.

Anabel había diseñado el puesto e ideado la mejor forma de atraer gente hacia él. Y Celine había decorado pequeños cuadrados de lino planchado con bordes ondeados que simulaban ser el más no encaje bordado.

Desde su llegada al puerto hacía una semana, a ninguna le habían

permitido asistir a un desfile. En vez de eso, cada noche, después de haber completado sus tareas designadas, recibían instrucciones de leerse las oraciones vespertinas en voz alta las unas a las otras antes de retirarse a sus celdas.

Sí. Sus habitaciones se llamaban *celdas*. Ese era el motivo por el cual Celine había bordado un conjunto de letras descaradas en el borde de cada uno de los pañuelos que había confeccionado.

VAUC

Un guiño a su tragedia de Shakespeare favorita, *Hamlet*.

«Vete a un convento».

Celine estudió las cuatro letras en cursiva que estaban ocultas entre los complicados remolinos de encaje y un destello cálido de alegría le recorrió el cuerpo. Después echó una mirada hacia el otro lado de la mesa de madera desvencijada, y fue como si su corazón se apesadumbrara con cada segundo que pasaba.

¿Eso era todo lo que podía esperar de la vida?

Sus rasgos se tensaron. Celine se sentó erguida y las varillas del corsé le cortaron la respiración al estirarse sobre su pecho. Debería dar las gracias por estar allí. Dar las gracias por poder estar

entre personas decentes. Dar las gracias por esa nueva oportunidad de tener una vida.

La determinación arraigó dentro de él. Sonrió con alegría a una posible compradora, quien ni siquiera la notó. Celine reprimió la inminente expresión de desagrado antes de volcar su atención en un par de mujeres jóvenes que estaban observando la delicada imagen pintada en una de las tazas de porcelana que Pippa había terminado hacía unos días.

—Es preciosa, ¿no te parece? —murmuró la chica a su amiga.

La otra joven echó un vistazo a su alrededor, distraída.

—No está mal, si te gustan ese tipo de cosas —pronunció con lentitud mientras se acomodaba un mechón de pelo desobediente bajo el sombrero de paja. Bajó la intensidad de su voz hasta que se convirtió en un susurro—. Pero ¿has oído lo que los obreros del puerto descubrieron en el muelle ayer por la mañana?

La primera chica asintió una vez.

—Richard me lo ha contado. Su nombre era Nathalie o Noémie algo.

—La inquietud le estropeaba la expresión—. Él sospecha que la Corte podría ser responsable, porque ha sucedido cerca de su dominio.

¿*La Corte?* , se preguntó Celine. Hasta donde él sabía, nunca había habido una monarquía estadounidense.

—¡Era como si la hubiera atacado un animal! —La mujer de pelo castaño se sacudió con un escalofrío—. Pobrecillo. —Chasqueó la lengua, aunque sus ojos resplandecían con pensamientos no pronunciados—. Abandonada para pudrirse al sol junto con la pesca del día anterior. Si la Corte ha tenido algo que ver, se han vuelto más despiadados de lo que eran. Claro que eso no supondrá ninguna diferencia. Se ganarán el favor de las personas indicadas, como siempre hacen.

A pesar de su buen juicio, el interés de Celine se había despertado.

Estiró el cuello hacia el par de mujeres.

—¿Te ha dicho Richard qué ha sucedido con su cabeza? —continuó la de pelo castaño, casi sin aliento.

—N-no.

—He oído que estaba completamente separada del cuerpo de la pobre joven.

—Dios santo. —La primera chica ahogó un grito y se cubrió la boca con una mano envuelta con encaje.

La joven de pelo castaño asintió con solemnidad y recogió uno de los pañuelos bordados de Celine.

—La cara estaba casi irreconocible. Su padre tuvo que identificarla solo por sus pendientes.

Al escuchar eso, Pippa se aclaró la garganta en un intento inconfundible por disuadir a las dos muchachas de seguir con esa charla tan obscena. Un gesto de desagrado cruzó por la cara de Anabel y su expresión se convirtió en una de irritación.

—Señoritas, ¿podemos ayudarlas en algo? —ofreció Celine al par de jóvenes clientas con una sonrisa intencionada.

Los ojos de la de pelo castaño se entornaron al mismo tiempo que dejó caer el pañuelo con un descuidado movimiento de la muñeca.

—No, gracias. —Estiró el brazo para entrelazarlo con el codo de su amiga y alejarla en dirección contraria a la mesa desvencijada.

Una vez que estuvieron demasiado lejos para oír las, Anabel refunfuñó.

—Cotilando sobre un asesinato a la sombra de una iglesia... —

murmuró—. ¿No saben que no deberían provocar a los espíritus con tanta insolencia? —Su acento escocés se intensificó al combinarse con su desdén mientras batía los dedos para alejar una abeja que zumbaba cerca de su frente.

—Pobre chica. —Pippa suspiró y sujetó la mano de Anabel para evitar que golpeará al insecto que volaba a su alrededor. Se sentó más erguida y frunció sus facciones delicadas—. Espero que su sufrimiento no haya sido prolongado. ¿Quién haría algo semejante? —Un par de líneas se formaron entre las cejas—. ¿Qué clase de monstruo podría acabar con una vida de esa forma?

Anabel asintió con convicción.

—Espero que el demonio responsable arda en el infierno por toda la eternidad. Es lo único justo para un asesino.

Un rastro de color amenazó con subir por el cuello de Celine. Tiró de los hombros hacia atrás e intentó calmar la tormenta que agitaba su pecho. Una gota de sudor se acumuló en el hueco de su cuello antes de deslizarse entre sus pechos enjaulados.

—Estoy absolutamente de acuerdo —añadió sin mucha convicción.

Las palabras sabían a cenizas en su lengua. Celine cruzó los dedos y rogó que la charla llegara a su fin.

Por suerte, parecía que tanto Pippa como Anabel deseaban lo mismo.

El trío volvió a iniciar sus intentos por recaudar dinero para la iglesia con un vigor renovado y todas se pusieron de pie a la vez para dar la bienvenida a otro grupo de potenciales compradoras.

La mayoría de las personas que pasaban se detenían para considerar los frascos de mermelada hecha con los frutos del espino de mayo y la de limón y pera que las chicas asignadas a la cocina

habían terminado de preparar el día anterior. Ni una sola persona se interesó en dedicar un segundo de su vida a apreciar las tazas pintadas o los pañuelos elegantemente doblados.

La tristeza buscó refugio entre los hombros de Celine, como si se tratara de una bestia acomodándose entre las sombras. Echó una mirada a su alrededor en busca de algo que pudiera consolarla. Al menos ninguna de las personas que se reunían ante el as volvió a mencionar el espantoso asesinato que había tenido lugar a una distancia visible desde Jackson Square.

Celine creía que, por lo menos, ese alivio era algo por lo que dar las gracias.

████████████████████

Después de tres horas sin mucho éxito, la tristeza de Celine se había convertido en una criatura con dientes a lados. Los rayos del sol continuaban acercándose y el calor era cada vez más opresivo, por lo que esperaba con ansia el alivio del anochecer. Incluso las ramas que estaban sobre el a parecían sentir el peso del aire sofocante: sus ores eran como párpados, más pesados y adormecidos con cada momento que pasaba. Los rizos rubios de Pippa comenzaron a enmarcar su cara como si fueran un halo húmedo. Anabel ajustó el lazo amaril o que tenía en la frente y soltó un suspiro sonoro. Parecía que su paciencia también se estaba agotando.

La escocesa esbelta retorció uno de sus rizos rojizos alrededor de un dedo índice, tiró para alisarlo y frunció la nariz cubierta de pecas.

—Ay, el aire está caliente como el caldero de una bruja. ¿Y cómo se supone que vamos a conocer a jóvenes candidatos cuando pasamos nuestros días recaudando dinero y nuestras noches rezando?

Había muchas cosas que Celine habría querido decir a modo de respuesta. Eligió la opción menos ofensiva.

—Quizás sería mejor si pasáramos las noches recaudando dinero.

Su sarcasmo alegre no pareció ser bien recibido por Anabel. La joven pelirroja la miró jamente con una expresión confundida.

Pero Celine siempre podía contar con que Pippa entendiera el oscuro sentido del humor de su amiga. El a le dedicó una mirada y sus labios se curvaron un poco. Después volvió a girar su elegante cabeza hacia Anabel.

—Quizás encontrar un marido no debería ser nuestra única preocupación.

—No, no debería, pero déjame decirte que un joven robusto sería una

bonita distracción de toda esta monotonía —respondió Anabel.

—O quizás haría que fuera peor. —Pippa se acomodó la cadena delgada con la cruz dorada que colgaba de su cuel o—. En mi experiencia, los jóvenes robustos no son siempre la mejor compañía.

Celine luchó contra el impulso de sonreír. Ese era el motivo preciso por el cual el a y Pippa se

habían sentido atraídas hacia la otra incluso antes de zarpar. Ninguna de las dos albergaba falsas ilusiones con respecto al sexo opuesto. Por supuesto que Celine quería saber por qué Pippa no deseaba encontrar una pareja, pero tenía claro que no era algo que pudiera preguntar.

Pippa era una joven rubia y menuda con cara en forma de corazón y ojos azules como za ros; lamaba la atención dondequiera que fuera.

Los hombres solían inclinar sus sombreros hacia ella en señal de apreciación. Aún más importante que todo eso, Pippa poseía una mente aguda como una tachuela. No debería haberle permitido más que un instante encontrar el amor. Sin embargo, en vez de sentar cabeza y asentarse en su patria, había decidido afrontar los peligros de un país nuevo al otro lado del Atlántico.

El día que se conocieron, Celine creyó que eso era de lo más peculiar.

Pero se guardó esos pensamientos para sí misma. No tenía ninguna intención de participar en la charla que seguro seguiría. Si ella preguntaba algo, las otras personas le preguntarían a ella, y serían preguntas que Celine no querría responder. Cualquier interés en su pasado, más allá de lo mínimo e indispensable, era algo que debía evitar a toda costa.

Por varios motivos.

La tarde en la que se había embarcado en el *Aramis*, Celine se había percatado de que todas las chicas que estaban a bordo tenían la piel

clara, y la mayoría no parecía tener ni una pizca de sangre extranjera. La piel de Antonia —la joven de Portugal— se bronceaba con facilidad, pero incluso ella había pasado la mayor parte del viaje bajo cubierta para evitar hasta el más mínimo rastro de color.

Si supieran de dónde venía la madre de Celine... Si supieran que su linaje no era completamente anglosajón...

Se trataba de un secreto que ella y su padre habían mantenido oculto desde el momento en el que llegaron a París por primera vez hacía trece años, cuando Celine tenía apenas cuatro años. Aunque la división racial en Francia no era tan infame como en los Estados Unidos, eso no significaba que no existiera una agitada tensión subyacente. Una tensión que con frecuencia sugería lo inapropiado que era que las razas se mezclaran. Esa noción también parecía existir al otro lado del mundo. De hecho, en regiones más allá de Nueva Orleans, había leyes que prohibían que personas de diferentes colores de piel se congregaran en una misma sala.

La madre de Celine había nacido en Oriente. Después de completar sus estudios en Oxford, el padre de Celine había perseguido su pasión por los idiomas hasta las costas del este. Su camino se había cruzado con el de su madre en un pueblo pequeño sobre la costa sur de una península rocosa. Celine nunca supo exactamente dónde había sido; de niña solía preguntarlo con frecuencia, pero nunca había recibido una respuesta.

«No importa quién eras», insistía su padre. «Lo que importa es quién eres».

En aquel momento, había sonado a una verdad, tal como lo hacía ahora.

Como resultado, Celine sabía muy poco sobre su madre. Tenía

algunos recuerdos fugaces de sus primeros años de vida en una costa del Lejano Oriente. De vez en cuando, atravesaban sus pensamientos en un parpadeo, pero nunca adoptaban una forma concreta. Su madre era una mujer que olía a aceite de cártamo, que le daba de comer fruta todas las noches y le cantaba una canción en algún recuerdo distante.

Eso era todo.

Pero si alguien la mirara con detenimiento —si alguien observara sus rasgos con un ojo experto—, quizás notaría los bordes de sus ojos inclinados. Los planos altos de sus pómulos, los mechones gruesos de pelo oscuro. La piel que se mantenía clara durante el invierno pero se bronceaba con facilidad bajo el sol del verano.

«Tu nombre es Marceline Béatrice Rousseau», repetía su padre con expresión seria cada vez que el a preguntaba sobre su madre. «Eso es todo lo que los demás necesitan saber sobre ti».

Celine había convertido esas palabras en un lema que usaba como guía. No importaba que eso dejara la mitad de las hojas de su libro en blanco. No importaba ni en lo más mínimo.

—¿Está esto a la venta, *mademoiselle*? —preguntó una mujer joven en voz muy alta, como si se estuviera dirigiendo a una imbécil. Sus ojos castaños claros cayeron sobre uno de los pañuelos que Celine había bordado con encaje.

—Eso espero, de lo contrario, no tengo ni idea de qué diablos he estado haciendo durante las últimas tres horas —respondió Celine, sorprendida y con brusquedad, incapaz de atrapar las palabras antes de que escaparan de sus labios.

A su izquierda, oyó a Anabel ahogar un grito y a Pippa contener una risa. Celine hizo una mueca de incomodidad e intentó sonreír con la cabeza inclinada hacia arriba, pero solo consiguió que un rayo de sol la

dejara ciega.

Impertérrita ante la grosería de Celine, la joven que estaba al otro lado de la mesa desvincijada le dedicó una sonrisa. Celine apreció la apariencia de la joven en todo su esplendor y, al hacerlo, sintió una sacudida de incomodidad en el estómago.

En pocas palabras, la joven era exquisita. Sus rasgos parecían los de una muñeca y elevaba la cabeza en alto y con orgullo, coronada por unos rizos castaños. Un par de ojos de color miel se posaron con firmeza sobre Celine para evaluarla. En la garganta, prendido en un pañuelo de encaje de Valenciennes que le cubría los hombros, había un deslumbrante camafeo de marfil rodeado de rubíes. Sobre uno de sus hombros descansaba una sombrilla delicada con un eco de perlas pequeñas y un mango de palisandro con la imagen tallada de una oruga en el centro de la boca de un león rugiente. Combinaba bien con su corpiño de estilo vasco, aunque el efecto final terminaba siendo un poco pasado de moda.

La joven dejó que sus dedos enguantados con encaje rozaran el borde ondeado de uno de los

pañuelos.

—Es un trabajo maraviloso.

—Muchas gracias. —Celine inclinó la cabeza.

—Me recuerda a algo que vi la última vez que estuve en París.

—Celine ha estudiado al í con una de las mejores modistas. —Era imposible ignorar el entusiasmo que irradiaba la cara de Pippa.

Celine apretó los labios y maldijo su orgullo. Jamás debería haber compartido ese detalle tan preciso con Pippa.

—¿Con cuál? —La joven echó una mirada a Celine y levantó una ceja.

—Worth —mintió Celine.

—¿Sobre la Rue de la Paix?

Celine tragó. Después asintió con la cabeza. Ya comenzaba a sentir que la necesidad de huir de su propia piel se adueñaba de ella, y ni siquiera había revelado algo importante. No había dicho nada que pudiera unirla a los eventos de aquella fatídica noche en el atelier.

—¿Es eso cierto? —preguntó la joven. Sus rasgos delicados parecían convencidos—. Me los llevaré todos. —Hizo un gesto con la mano sobre los pañuelos, como si estuviera lanzando un hechizo.

—¿Todos? —soltó Anabel, cuyo lazo amarillo agitaba sus puntas en la pesada brisa—. Bueno, yo no intentaré convencerla de lo contrario... Ya sabe lo que dicen: el tiempo y la marea no esperan a nadie.

Mientras Anabel recogía los pañuelos y calculaba el precio total, Celine observaba a la joven que estaba de pie delante de ellas, perpleja por el repentino cambio de suerte. Había algo en ella que la perturbaba.

Como si se tratara de un recuerdo que no conseguía traer a la memoria.

Una palabra olvidada en mitad de la oración. Un pensamiento que se deshacía en el aire. La joven permitió la mirada de Celine y su sonrisa se ensanchaba con cada segundo que pasaba.

—Si ha estudiado con una modista, ¿significa que sabe diseñar vestidos? —preguntó la joven.

— *Mais oui, bien sûr.* —Celine volvió a asentir.

— *Merveilleux!* —La mujer se inclinó hacia adelante con ojos que brillaban como cálidos trozos de calcedonia—. He estado teniendo dificultades con mi actual modista y necesito con urgencia un disfraz para el baile de máscaras de Mardi Gras que se hará el mes que viene.

Este año, el invitado especial será el Gran Duque de Rusia, así que necesitare algo memorable para marcar la ocasión. Creo que debería ser algo color blanco brill ante que haga pensar en la corte francesa antes de

la revolución. —Frunció la nariz como si estuviera a punto de compartir un secreto delicioso—. Para ser sincera, a pesar de toda esa ridiculez de la persecución de cerdos y los perfumes, creo que ha sido uno de los mejores momentos en la historia reciente para la moda femenina, con los guardainfantes y todo. —La joven golpeó el borde de la mesa de madera con la punta de sus dedos enguantados e inclinó la cabeza en un gesto pensativo—. Supongo que necesitaría tomar mis medidas para comenzar el proceso, ¿verdad?

—Sí, *mademoiselle*. Sería buena idea. —Otra respuesta impertinente escapó de los labios de Celine.

Una chispa se encendió en el centro de los ojos de la joven, como si pudiera oír los pensamientos de Celine.

—Usted es todo un encanto. Es como si Bastien se hubiera puesto un vestido. —Rio para sí misma—. Qué demonio más sarcástico.

Unas líneas de confusión convergieron en la frente de Celine. ¿La mujer la estaba insultando o elogiando?

— *En tout cas...* —continuó la joven y agitó la mano en el aire como si intentara dispersar humo—. ¿Sería posible que nos reunamos más tarde esta misma noche?

Celine pensó rápido. El día después de haber llegado al puerto, la Madre Superiora les había advertido sobre los peligros de atreverse a salir solas de noche por la ciudad, sobre todo en temporada de carnaval.

Lo había dicho como si el as fueran corderitos ingenuos y el Vieux Carré no fuera otra cosa más que territorio de caza para los lobos. Sin mencionar el hecho de que hacía poco había ocurrido una muerte violenta en el muelle cercano.

Dados todos esos factores, era muy poco probable que la Madre Superiora le permitiera ir.

Esa certeza vino acompañada con una inesperada ola de decepción. A pesar de no sentirse cómoda en presencia de esa joven que no dejaba de hablar incoherencias y que se vestía con un estilo muy particular, Celine estaba... intrigada. Quizás hasta se sintiera un poco temeraria.

Cuando la joven percibió la reticencia de Celine, sus labios se fruncieron con desagrado.

—Por supuesto, seré muy generosa con mi pago.

Celine no lo dudaba. Solo el camafeo de mar l debía de valer una fortuna. Pero no se trataba del dinero. Se trataba de qué era lo correcto.

Se debía a sí misma aprovechar esa segunda oportunidad. Y enfadar a la Madre Superiora no

parecía ser una decisión sabia.

—Lo siento, *mademoiselle*. —Celine sacudió la cabeza—. La verdad es que no creo que sea posible. La Madre Superiora no me lo permitiría.

—Ya veo. —Los labios de la joven soltaron un suspiro largo—. La conciencia nos hace cobardes a todos.

—¿Disculpe? —Los ojos de Celine se abrieron de par en par—. ¿Está citando a... Shakespeare?

No solo Shakespeare, a *Hamlet*.

—El único e inigualable. —La joven sonrió—. Pero, por desgracia, debo emprender mi camino. ¿No existe ninguna posibilidad de que cambie de opinión? Solo diga su precio.

Un destello de humor atravesó a Celine. Hacía solo un par de horas, en un acto de insolencia, había sugerido que quizás sería mejor ganar dinero bajo la luz de la luna. Y al í tenía una oferta para hacerlo. Una oferta sin límite.

En ese momento, al escuchar a esa joven rara citando a Shakespeare y tentándola con posibilidades, Celine se dio cuenta de que tenía ganas de aceptar. Y muchas. Era la primera vez en mucho tiempo que

recordaba haber sentido esa particular chispa de anticipación encenderse dentro de él. Quería crear algo y ser parte del mundo en vez de limitarse a observarlo. Ya había comenzado a imaginar formas de confeccionar el guardainfante de aros anchos y estilo barroco. Formas de construir un manto con mangas pagoda colgantes. Su vacilación era ahora un último esfuerzo por mantenerse firme en sus convicciones.

Por obedecer. Ser un modelo de humildad. Ganarse una pizca del perdón de Dios.

—Si no puedo tentarla con dinero... —La joven se inclinó hacia delante, y Celine detectó un aroma a aceite de neroli y agua de rosas—.

Puedo prometerle una aventura... una caminata a través de una guarida de leones.

Eso. Eso era todo lo que necesitaba.

Era como si la joven hubiera encontrado una ventana al rincón más oscuro del corazón de Celine.

—Será un placer diseñar un vestido para usted, *mademoiselle* —

respondió Celine. Su pulso se aceleró tan pronto como las palabras salieron de su boca.

—Me alegra oírlo.

Sonriendo, la joven presentó una tarjeta de color crudo con caligrafía dorada en el centro. En cursiva se leía:

Jacques'

Debajo había escrita una dirección en el corazón del Vieux Carré, no muy lejos del convento.

—Ven aquí esta noche, alrededor de a las ocho —continuó—. Ignora la cola en la calle. Cuando un hombre atractivo con voz de pecado y un pendiente en la oreja derecha exija saber qué es lo estás haciendo, dile

que te lleve con Odette, *tout de suite*. —Estiró la mano para sujetar la de Celine. Sintió su tacto frío a través del encaje del guante. Tranquilizador.

Los ojos de la joven se abrieron mucho durante un instante, su apretón fue algo tentativo al principio. Inclino la cabeza hacia un lado y una sonrisa se curvó hacia un lado en su cara de muñeca—. Ha sido un placer conocerte, Celine —aseguró con tono cálido.

—Lo mismo digo... Odette.

Con otra sonrisa tímida, la joven llamada Odette se alejó, seguida por la cola de su polisón, que estaba detrás de ella. Al instante, Anabel se giró hacia Celine.

—Ya sé que no soy quién para hablar de errores, pero no estoy segura de qué te ha poseído para que hayas quedado con esa criatura esta noche. ¿Estás chistada? No puedes salir del convento después de la cena. La Madre Superiora lo ha prohibido explícitamente. Ha dicho que lo que ocurre en el Barrio después del anochecer...

—Promueve el tipo de comportamiento promiscuo que no será tolerado bajo su techo —terminó Celine con voz cansina—. Ya lo sé.

Estaba allí cuando lo dijo.

—No tienes por qué ponerte tan irritable. —Anabel soplo un rizo rojo y de nido para alejarlo de su cara—. Me preocupa lo que podría sucederte si te ven, eso es todo.

—Creí que estabas cansada de toda esta monotonía —se burló Pippa.

—Que estabas lista para conocer a un caballero joven y robusto. —

Celine sonrió, agradecida a su amiga por haber roto la tensión.

—A decir verdad, cuando me lo imagino, ni siquiera es necesario que sea joven —continuó Pippa.

—Ni un caballero —concluyó Celine.

—Ay, ¡sois terribles! —El color inundó la cara de Anabel y la joven

hizo la señal de la cruz—. Tanto que hacéis que tenga que ir a la iglesia.

—No tengo ni la más mínima idea de qué estás hablando. —Celine negó ignorancia y levantó una ceja negra.

—No te hagas la galinita que nunca ha puesto un huevo. Eso conmigo no funciona, *mademoiselle* Rousseau. —Sus ojos se posaron sobre el pecho de Celine—. Mucho menos con ese busto.

—¿Qué? —Celine parpadeó.

—Que no te hagas la inocente —tradujo Pippa entre risas.

—¿Y eso qué tiene que ver con mi... busto?

—Lo ha dicho en broma, cariño. —Pippa se mordió el labio. Le dio una palmada a la mano de Celine como lo habría hecho con una niña pequeña. El gesto molestó un poco a Celine—. No te lo tomes en serio.

Has sido bendecida.

¿Bendecida?

¿Creían que su gura era una bendición? La ridiculez de toda la situación casi hizo que la misma Celine estallara en risas. Había habido un momento en el que había apreciado su cuerpo por su belleza y resiliencia. Pero eso había quedado en el pasado. Daría mucho por ser ágil y delgada como Anabel. La «bendición» que tanto hacía reír a esas chicas no había hecho más que traerle problemas.

Y la había dejado muy lejos de ser inocente.

Las mejillas de Celine se sonrojaron. El color se expandió por su piel, rápido y caliente, como si, entre sus bromas, aquellas dos chicas hubieran podido vislumbrar la verdad que Celine tanto se esforzaba por ocultar cada día de su vida. Lo peor de su pasado inundó su memoria.

Su visión se cubrió de sangre, su nariz se llenó del olor a cobre caliente y sintió como si toda la luz estuviera siendo succionada del aire.

Pero era absurdo. ¿Cómo podrían Pippa y Anabel saber qué había

hecho? ¿Por qué había huido de su hogar hacía cinco semanas? Celine luchó por controlar sus nervios.

No podían saberlo. Nadie podría. Siempre y cuando ella no dijera ni una sola palabra.

Tu nombre es Marceline Béatrice Rousseau. Eso es todo lo que los demás necesitan saber sobre ti.

—Jamás me haría la inocente, señoritas. —Celine guiñó un ojo y sonrió con alegría—. No me sentaría bien.

████████████████████
MALVOLIO

Anabel traicionó a Celine durante la cena, apenas una hora después de que hubieran vuelto al convento.

La Madre Superiora no necesitó más que un instante para conseguir que la bocazas dijera la verdad. Tan pronto como Anabel les contó a las jóvenes reunidas que los pañuelos bordados de Celine habían sido comprados al precio completo de una sola vez, la monja de ojos perspicaces —y hábito planchado a la perfección— había indagado sobre los detalles.

Por desgracia, Anabel demostró ser una pésima mentirosa. Después de todas las anécdotas que había escuchado sobre los escoceses, Celine estaba muy decepcionada de haber conocido a la única persona de las Tierras Altas incapaz de inventar una buena historia.

Ahora Celine estaba atrapada estudiando el paisaje de la cocina de la Madre Superiora al mismo tiempo que su cena de guiso insulso se enfriaba en la mesa de la cocina. Buscó alguna distracción en el espacio que la rodeaba. Mientras tanto, intentaba fabricar una mentira creíble que pudiera justificar el salir a la ciudad después del anochecer.

Todo era muy dramático. Innecesario.

¿Por qué cada persona con quien Celine se encontraba insistía en decirle cómo vivir su vida?

Pippa estaba cerca de ella, sentada en un silencio culpable y retorciendo las manos como si fuera un personaje en un cuento

de un predicador. Celine respiró con profundidad, consciente de que no podía contar con que Philippa Montrose apoyara cualquier cosa que se asemejara a la perdición. La realidad era que Pippa era demasiado buena.

Todas las personas que residían en el convento conocían esa verdad, incluso las propias monjas.

Pippa Montrose era dulce y obediente. No se parecía en nada a la impetuosa Celine Rousseau.

Ahora que lo pensaba, ¿por qué habían llamado a Pippa a la cocina?

No era culpable de ninguna ofensa. ¿La habrían llamado allí en un esfuerzo por resaltar las malas acciones de Celine? ¿O quizás para intimidar a Pippa hasta que ella también la traicionara?

Celine barrió la habitación con su mirada, que se había oscurecido solo con pensar en esa posibilidad. A un lado de la pared había una enorme cruz de madera que había sido donada por una de las familias españolas más antiguas de Nueva Orleans, antes de que los franceses se hubieran adueñado de la ciudad portuaria. Más allá de las contraventanas abiertas a medias, el sol de poniente arrojaba un haz de luz sobre los techos del convento de las Ursulinas.

Ojalá las ventanas pudieran abrirse por completo para dejar que la vista del puerto se filtrara hasta sus suelos inclinados. Tal vez eso hiciera que esas habitaciones yermas se llenaran de vida. El segundo día en el convento, Celine había intentado hacerlo ella misma, pero diez minutos más tarde había recibido una regañina categórica; las ventanas del convento encalado siempre permanecían cerradas en un esfuerzo por mantener la atmósfera de claustro.

Como si ese sitio pudiera ser cualquier otra cosa.

La puerta se abrió con un arañazo contra el suelo. Pippa se sentó erguida al mismo tiempo que Celine bajó los hombros.

Incluso antes de que la Madre Superiora atravesara el umbral, la lana de su hábito negro llenó la sala con su presencia, con su olor a lanolina y al ungüento medicinal que usaba todas las noches para sus manos agrietadas.

La combinación era como un perro mojado en un pajar.

Tan pronto como la puerta se cerró con un golpe, las líneas que la Madre Superiora tenía alrededor de la boca se hicieron más profundas.

Se detuvo para inhalar y después las fulminó con una mirada severa. Se trataba de un intento obvio por infundir una sensación de terror anticipado, tal como lo habían hecho los tiranos de antaño.

Aunque sería de lo más inoportuno, una sonrisa amenazaba con dibujarse en la cara de Celine. Toda la situación era absurda. Hacía menos de cinco semanas, Celine había sido la aprendiz de una de las modistas con mayor demanda en París. Una mujer cuyos frecuentes alaridos de furia hacían que los cristales de las arañas temblaran. Una verdadera opresora que solía convertir los trabajos de Celine en jirones delante de sus propios ojos si es que encontraba una sola costura fuera de sitio.

¿Y esa monja tirana con manos agrietadas se creía merecedora de su miedo?

Como diría Pippa: de ninguna maldita manera.

Una risita escapó entre los labios de Celine. En respuesta, Pippa empujó su silla con la punta del pie.

¿Qué podría haber causado el desgaste de las manos de la Madre Superiora? Quizás practicaba algún oficio clandestino en los huecos más profundos de su celda. Quizás era una pintora. O una escultora. ¿Y

si por las noches fuera una escritora secreta? Mejor aún si lo que escribía consistía en su totalidad en acotaciones o cosas impregnadas de

dobles sentidos, como Malvolio en *Noche de Reyes*.

Por mi vida, es la letra de mi señora, estas son sus cec, sus oes y sus eñes, y así es también cómo hace sus pes mayúsculas.

Celine tosió. La frente de la Madre Superiora se frunció en un gesto de irritación.

La idea de que esa monja, con su hábito almidonado, pudiera decir cualquier cosa inapropiada forzó a Celine a clavar la mirada sobre el suelo de piedra pulida para contener la risa. Pippa la volvió a empujar con el pie, aunque esta vez con un poco más de fuerza. Aunque su amiga no decía

nada, Celine podía darse cuenta de que no había nada de la situación que Pippa considerara divertido.

Y tenía razón. Enfurecer a la matrona de un convento no debería ser gracioso. Esa mujer les había dado un sitio para vivir y trabajar. Una posibilidad de encontrar sus caminos en el Nuevo Mundo.

Solo una niñata desagradecida y problemática ignoraría eso. Alguien exactamente como Celine.

Ahora que esos pensamientos le habían despejado la cabeza, Celine se mordió el interior de las mejillas mientras la habitación parecía estar cada vez más caliente y su cuerpo cada vez más tenso.

—Espero que pueda explicar sus acciones, *mademoiselle* Rousseau —

comenzó la Madre Superiora con una voz que conseguía ser aguda y áspera a la vez.

Celine se mantuvo en silencio con la vista hacia abajo. Sabía que no era buena idea comenzar ofreciendo una defensa. La Madre Superiora no las había llamado a su oficina con la intención de escucharlas; las había llamado con la intención de darles una lección. Eso era algo que Celine entendía muy bien. Así era como la habían criado.

—Esa joven a la que habéis conocido en la plaza, ¿por qué no viene al

convento durante el día o consulta con una costurera local? —preguntó la Madre Superiora—. Si lo que quiere es que usted diseñe prendas para ella, lo indicado sería que se acercara aquí, *n'est-ce pas?* —Como Celine no respondía, la Madre Superiora soltó un gruñido. Se inclinó hacia adelante—. *Répondez-moi, mademoiselle Rousseau. Immédiatement* —

susurró en un tono teñido de advertencia—. O usted y *mademoiselle* Montrose se arrepentirán.

Ante la amenaza, Celine levantó la cabeza para mirar a la Madre Superiora a los ojos. Se pasó la lengua por los labios para hacer tiempo mientras elegía sus próximas palabras.

— *Je suis désolée, Mère Supérieure* —se disculpó Celine—, *mais...* —

Echó una mirada hacia la derecha mientras intentaba decidir si involucrar o no a Pippa en su mentira—. Pero, por desgracia, su modista no está familiarizada con el estilo barroco de vestidos. La joven explicó que necesitaba las prendas con urgencia y que tenía un horario que parecía no ofrecerle exhibición durante el día. Verá... todas las tardes trabaja como voluntaria en una organización de señoritas que teje calcetines para los niños.

Incluso de por sí, Celine percibió cómo los ojos de Pippa se abrían de par en par por el espanto.

Era una mentira abominable, de eso no había duda. Pintar a Odette como un ángel con una debilidad por las pobres almas descalzas estaba entre las historias más... extravagantes que Celine había contado en su vida. Pero toda la situación era ridícula. Y Celine disfrutaba de triunfar sobre los tiranos, aunque solo fuera en la más mínima medida. Sobre todo si esos tiranos amenazaban a sus amigos.

El ceño de la Madre Superiora se relajó un poco, aunque el resto de su expresión se mantuvo dubitativa. Entrelazó las manos detrás de la

espalda y se dispuso a caminar de un lado para el otro.

—Sea como sea, no siento que sea apropiado que usted atravesara la ciudad sin acompañamiento después del anochecer. Una joven no mucho mayor que ustedes... falló en el momento ayer.

Para Celine, «falló» era una forma bastante sutil de decir que había sido destrozada bajo un cielo estrellado.

La Madre Superiora se detuvo para rezar en silencio antes de retomar su regañina.

—Durante la temporada de carnaval, las calles están llenas de juerguistas. El pecado acecha en cada esquina, y no desearía que una mente tan débil y susceptible como la suya sea seducida por el peligro.

A pesar de erizarse ante el insulto, Celine asintió en señal de acuerdo.

—Yo tampoco desearía verme tentada por algo indecoroso. —Apoyó una mano sobre el corazón—. Pero confío en la bondad de esta mujer y su temor a Dios, *Mère Supérieure*. Y no tengo ninguna duda de que el dinero que otorgará al convento a cambio de mi trabajo será muy beneficioso para todas nosotras. Ha repetido una y otra vez que el coste no presentará ningún inconveniente para ella.

—Ya veo. —La Madre Superiora se giró hacia Pippa sin previo aviso

—. *Mademoiselle Montrose* —dijo—, no parece tener mucho que decir con respecto a este asunto. ¿Qué opina sobre la situación?

Celine cerró los ojos y se preparó para lo que estaba por venir. No culparía a Pippa por decir la verdad. Esa era su naturaleza. ¿Y quién podría culpar a Pippa por seguir sus inclinaciones naturales?

Pippa se aclaró la garganta y apretó los puños.

—A mí... me pareció que la joven parecía ser alguien able, y muy virtuosa además, Madre Superiora —pronunció con lentitud—. Aunque sus preocupaciones no carecen de verdad, sobre todo dados los sucesos

del puerto. ¿Cambiaría algo si me ofreciera a acompañarla? Podríamos tomar las medidas de la señorita juntas y volver de inmediato. No creo que debamos ausentarnos del convento durante mucho tiempo. De hecho, no veo por qué tendríamos que perdernos las oraciones vespertinas.

El tiempo se detuvo. Ahora era el turno de Celine de abrir los ojos con espanto.

Pippa Montrose se había ofrecido a ayudar. Había mentido por Celine. A una *monja*.

—Tengo muchos reparos, *mademoiselle Montrose* —aseguró la Madre Superiora después de

respirar—. Pero quizás si usted está dispuesta a ser la acompañante...

—Estoy dispuesta a asumir toda la responsabilidad. —La mano de Pippa se aferró al crucifijo dorado que descansaba en el hueco de su garganta. Dejó que su voz bajara un tono. Que se llenara de veneración

—. Y confío en que Dios nos acompañará esta noche.

La Madre Superiora volvió a fruncir el ceño y sus labios comenzaron a relajarse poco a poco. Su atención pasó de Pippa a Celine y de nuevo a Pippa. Se mantuvo erguida. Y tomó una decisión.

—Muy bien —declaró.

Un destello de sorpresa recorrió el cuerpo de Celine. La Madre Superiora había cambiado de parecer demasiado rápido. Con demasiada facilidad. La sospecha roía el estómago de Celine. Echó un vistazo a Pippa de reojo, pero su amiga no le dirigió la mirada.

—Muchas gracias, Madre Superiora —murmuró Pippa—. Prometo que todo saldrá de acuerdo a lo planeado.

—Por supuesto. Siempre y cuando entienda que he colocado toda mi confianza en usted, *mademoiselle* Montrose. No me decepcione. —La

sonrisa de la monja era perturbadoramente beatífica—. Y que la luz del Señor brille sobre vosotras, mis niñas.



HIVER, 1872

AVENUE DES URSULINES

NUEVA ORLEANS, Luisiana

La primera vez que veo a mi próxima víctima es cuando pasa bajo la sombra de una lámpara de gas.

Sus ojos tienen un destello de lo más curioso. Como si estuviera nerviosa o en tensión. Quizás esté en mitad de algo ilícito.

La imagen llama mi atención, incluso entre la horda de cuerpos en movimiento, varios de los cuales parecen rebosar una energía de otro mundo. Su ansiedad posee una sorprendente cualidad seductora, pues es lo opuesto a una sensación aguda. Ignora todo lo que la rodea, excepto la tarea que debe llevar a cabo. No es fácil para una mortal indefensa moverse entre la multitud con una inconsciencia así de despreocupada. Con una impasibilidad así de envidiable.

Las multitudes me fascinan. Ofrecen ciertas oportunidades únicas a los demonios como yo. Nos permiten ser visibles e invisibles a la vez.

¿Acaso no estamos siempre —tanto humanos como criaturas—

ngiendo en cierta medida?

Estoy divagando.

El momento que más disfruto es cuando comienzo a examinar las masas. Cuando poso mi ojo por primera vez sobre mi objetivo sin que este sepa que está siendo observado. Actúa sin pensar. Sonríe sin ninguna intención oculta. Ríe como si no hubiera alma que pudiera oírlo.

Sé cómo debe de sonar todo esto. Es... desconcertante. Soy

consciente de ello. Pero está en mi naturaleza ser desconcertante.

Aunque también hay momentos en los que puedo usar mi encanto.

Hablo muchos idiomas. He recorrido el mundo entero dos veces. Puedo cantar la totalidad de *Aida*, la ópera de Verdi, sin tener que echar un vistazo a la partitura.

¿Acaso no merezco un ápice de consideración por estos y otros logros?

Los demonios no deberían ser tolerados por los hombres. Al menos eso es lo que dicen ellos.

Pero compartiré un secreto. En todos mis años, he descubierto que es posible desconcertar y encantar al mismo tiempo. El vino puede ser delicioso aunque nuble la mente. Una madre puede querer y odiar a sus hijos a lo largo de una misma tarde.

Y un depredador puede detestarse a sí mismo mientras disfruta de su cena.

Entiendo que mi comportamiento puede ser interpretado como algo inusual. Indecoroso. Pero yo soy una criatura inusual. Una criatura que ha nacido separada de este mundo.

No te inquietes por mí. Nunca he sido uno de esos seres inmortales que disfruta de jugar con su comida, ni tampoco siento un placer particular al acechar a mis presas. No busco sus debilidades; lo que hago es entender su humanidad. Siento que hay algo que está... mal en tratar a un ser vivo como si solo existiera para mi beneficio. Cada acción que llevo a cabo tiene un propósito. Es la característica que me distingue de muchos otros seres del Otro Mundo.

Mis convicciones.

Soy muy sensible a la pérdida de cada una de las vidas que quito. La muerte de la semana pasada en el muelle no me generó ningún tipo de

placer. Fue truculenta por necesidad, algo que suelo evitar, sobre todo cuando se trata de una muerte aleatoria como esa. Acabé con la vida de esa chica solo para ver que era posible. Para ver qué tipo de atención atraería. Por desgracia, no tuvo el efecto que esperaba, ya que mi enemigo permanece más al margen de la atención de las autoridades. Parece que deberé causar una impresión más duradera con mi próxima víctima.

Tendrá que ser un ataque más directo, más cercano a mi enemigo.

Cada una de las muertes que sigan será más sentida que la anterior.

Eso es de vital importancia.

Porque aunque desprecie el derramamiento de sangre sin sentido, no soy inmune a la atracción de la caza. Una amiga de mi infancia solía decir que podía identificar cuándo un animal había sufrido una muerte dolorosa, y eso le estropeaba el apetito.

Debo decir que estoy de acuerdo. También existe una cierta fascinación en saber antes que los demás qué sucederá después. Quizás sea resultado de mi crianza poco convencional. O quizás solo sea la naturaleza humana.

Fui un ser humano. Hace tiempo.

Una parte de mí todavía desea serlo.

Tal vez eso sea lo que me atrae hacia la vitalidad del Barrio Francés.

Durante años he evitado cazar en él porque sus esquinas contienen recuerdos que deseo olvidar. Imágenes de dolor, pérdida y desamor.

Pero he vuelto a las calles que solía frecuentar después de demasiados años, porque tengo una cuenta antigua que saldar. Una última actuación que presentar.

Sacro fremito di gloria / Tutta l'anima m'investe.

Un sagrado estremecimiento de gloria / Me recorre toda el alma.

Quizás todavía tenga algo de humanidad después de todo.

████████████████████

UN POCO DE VIOLENCIA

—¡Celine! —la lamó Pippa mientras ella daba vueltas y se adentraba entre la multitud con paso seguro. Libre—. Ve más lento. No hay por qué caminar tan rápido.

Celine se detuvo en seco, el entusiasmo echaba chispas dentro su pecho. El ritmo de un tambor en la distancia se unió al golpe de unos platillos. Poco después, unas trompetas sonaron en el vibrante aire nocturno. Una brisa sofocante jugueteaba con las puntas del lazo de satén negro que tenía atado alrededor de la garganta y le hacía caricias contra el cuello. Aunque seguía quieta, su corazón deseaba acercarse a la música, como si la música estuviera hablando a algo que vivía en las profundidades de sus huesos. Jamás dejaba de asombrarle lo mucho que parecía prosperar cuando estaba al amparo de la oscuridad. Lo mucho que crecía su amor por la luna con cada noche que pasaba.

Todas las noches, a pesar de los muros gruesos del convento, Celine golpeaba los dedos de los pies contra el suelo y acompañaba las melodías que sonaban cuando pasaban los desfiles del carnaval. Los ritmos, las voces y los *crescendos* que nunca antes había oído capturaban su

atención y alejaban sus pensamientos de las palabras de Dios. Pero Celine no estaba sola. Los dedos de Antonia se congelaban por encima de las hojas de las oraciones vespertinas, su mente también embelesada. Incluso Pippa sonreía al escuchar la música.

Y ahora habían recibido la oportunidad de deleitarse en el corazón de las festividades y allí estaban.

El desfile se acercaba cada vez más y la multitud que las rodeaba se desparramaba hacia las calles laterales del Vieux Carré. Los vendedores ambulantes comenzaban a llevar sus carros de comida y bebidas hacia las esquinas y añadían nuevas capas de imágenes y olores y sonidos sobre las que ya estaban acumuladas a su alrededor: especias y tierra, y el golpe del metal contra la piedra. Celine acompañaba los movimientos del mar de cuerpos y arrastraba a Pippa detrás de ella. Cuando doblaron una esquina, sintieron un aroma delicioso que impregnaba el aire, un aroma que no se parecía a nada que Celine conociera.

— *¡Cochon de lait!* —exclamó un hombre con un bigote embadurnado con holín y un curioso acento francés.

El vendedor estaba inclinado sobre lo que parecía ser una bestia de hierro y humo negro del tamaño de un baúl grande. Cuando levantó la tapa, Celine vio una carne que se cocinaba sobre un asador improvisado y sintió que la atravesaba el aroma a madera de pecán y caña de azúcar quemada. El hombre vertió una mezcla que olía a mantequilla derretida, vino blanco, pimienta y ajo picado sobre el lechón ahumado. Las brasas ardientes chisporrotearon y soltaron un vapor delicioso que se elevó por el aire, las atravesó y las envolvió. El hombre del bigote clavó un tenedor gigante en uno de los costados de la carne y una porción de lechón se despegó del hueso y cayó sobre un trozo de pan que la esperaba. La multitud no tardó en formar una cola alrededor del hombre y su bestia de hierro.

Celine deseó con todo su ser tener aunque solo fuera una única moneda consigo. Una única oportunidad de participar en algo así de apetecible. Sabía que era una mala idea acercarse al júbilo del desfile que se aproximaba, pero había pasado demasiado tiempo desde la

última vez que una alegría así de desenfrenada se había apoderado de su corazón. Suponía que así funcionaban las cosas cuando una era culpable de actos atroces, como el asesinato.

No había espacio para la alegría en un corazón colmado de miedo.

Pippa notó la expresión de su cara.

—No podemos permanecer aquí, Celine —le recordó con tono serio

—. No podemos ver el desfile.

—Lo sé. —Celine respiró hondo—. Solo estoy imaginando que sí podemos. Que lo hemos visto. Que ha sido glorioso.

Una sonrisa compasiva se asomó a la cara de Pippa.

—A mí también me gustaría verlo. Pero si la Madre Superiora se entera de que ignoramos sus deseos, que no hemos ido directamente hacia donde teníamos que ir ni hemos vuelto de inmediato, nunca más nos dejará volver a salir solas a la ciudad.

—Eso es cierto. —Celine asintió con la cabeza. Pero sus pies permanecían clavados en el mismo sitio.

—Por favor —insistió Pippa y le sujetó la mano—. La vida es mucho más difícil cuando quienes nos rodean no confían en nosotras.

Celine suspiró. Como de costumbre, Pippa no se equivocaba. En el pasado, la tendencia de Celine a actuar de forma imprudente había demostrado ser problemática. Incluso desastrosa en al menos una ocasión. La sensación de alegría que había orecido en su corazón hacía tan solo un momento se marchitó como una rosa expuesta al sol ardiente.

—Tienes razón —admitió en voz baja. Con tristeza. Le dio la espalda a la multitud y a todas las experiencias fabulosas que prometía.

—La verdad es que no tengo el mismo sentido de la aventura que tienes tú. —Pippa entrelazó su brazo con el de Celine y echaron a andar

en la dirección contraria.

—Yo no estaría tan segura. —Celine sonrió—. No podemos olvidar que te subiste a bordo de un barco en dirección a lo desconocido. — *Y*

que has mentido por mí esta noche, añadió sin pronunciar una palabra.

Era imposible ignorar la nube oscura que cubrió los rasgos de Pippa.

La curiosidad volvió a recorrer el cuerpo de Celine. Era la primera vez en cinco semanas que había visto una sombra descender sobre la cara de su amiga al encontrarse frente a una pregunta sobre su pasado.

¿Era posible que Pippa también albergara un secreto oscuro?

Parecía muy poco probable.

—Ya no había nada para mí en Liverpool —comenzó Pippa, como si pudiera leer la mente de Celine—, excepto el buen nombre de mi familia y un legado de deudas. Mi padre... desperdició su vida y nuestra fortuna en antros de juegos y mujeres descarriadas. —Hizo una mueca

—. Era mejor irme de al í y crear mi propio camino.

Cualquier persona que escuchara se daría cuenta de lo doloroso que era para Pippa revelar esas verdades. Una parte de Celine se sentía honrada de que Pippa hubiera elegido con ar en el a. Apretó un brazo con más fuerza alrededor del de Pippa, pero no podía ignorar el terror que se había asentado en su estómago.

Pippa esperaba que Celine le devolviera el gesto. Que le con ara detal es de su pasado. Y, tal como imaginaba, Pippa echó una mirada a Celine mientras avanzaban por la Avenue des Ursulines. Celine no necesitaba preguntar qué era lo que quería. Su amiga esperaba con curiosidad a que Celine ofreciera sus propias desdichas.

Que compartiera su dolorosa verdad.

Celine deseaba más que cualquier otra cosa poder contarle a Pippa lo que había ocurrido. Pero ¿cómo la vería el a, su única amiga en el

████████████████████

Nuevo Mundo, si supiera que Celine había matado a un hombre y había huido de París? Pippa ya lo había dicho. ¿Qué clase de monstruo podía acabar con una vida? En el mejor de los casos, dejaría de ver a Celine como una amiga. ¿Y en el peor?

Celine se estremecía con solo pensarlo.

El resultado sería el mismo: se quedaría sola. Así que Celine se mantuvo rme y se encogió de hombros. Le dedicó una sonrisa evasiva a la chica.

—Sé muy bien a qué te re eres con lo de hacer tu propio camino —

aseguró—. Ya no había nada para mí en París. También decidí que sería mejor empezar una vida nueva en otro sitio.

Pippa no dijo nada. Durante un instante, no apartó la mirada de Celine. Después asintió, como si hubiera tomado la decisión de no insistir. Al menos por el momento.

Las dos jóvenes se abrieron camino por la Rue Royale, atentas al avistamiento de un cartel que dijera «Jacques'». Cuando doblaron una esquina, atravesaron una cal e lateral angosta que apeataba sospechosamente a desechos. El cal ejón no estaba iluminado. Estaba alejado del dominio de las personas civilizadas.

Celine se detuvo en seco al oír algo que provenía de entre las sombras y parecía sugerir una riña. El sonido la golpeó como un relámpago y le provocó una sensación eléctrica en toda la piel. Un hombre soltó un alarido y rogó por su vida en una mezcla gutural de francés e inglés. Sus palabras fueron seguidas por el sonido de un puño contra un cuerpo.

¿Y si estaba sucediendo un asesinato a apenas unos pasos de donde estaban?

Celine sabía que lo más sabio sería continuar su camino. Permanecer indiferentes. A salvo.

Pero si quien acaba con una vida es un monstruo, ¿qué clase de criatura se niega a salvarla?

Pippa tiró de su brazo. Celine la ignoró. Había alguien recibiendo una paliza fatal en el cal ejón sin nadie que lo ayudara. La parábola del buen samaritano resonó en sus oídos y la exhortó a prestar atención. A hacer algo al respecto.

El hombre volvió a gritar y Celine dio un paso hacia adelante.

—¡Celine! —exclamó Pippa en un susurro a voces.

—¿Quién está ahí? —preguntó una voz profunda desde el centro oscuro del callejón.

Sin ni siquiera parpadear y con el corazón galopante, Celine tiró de Pippa hacia una cortina de oscuridad que había cerca. Espió desde la esquina hacia el callejón angosto y les proporcionó tiempo a sus ojos para acostumbrarse a la oscuridad.

—No deberíamos estar aquí —susurró Pippa al oído de Celine, los ojos enormes por el terror y la respiración agitada—. Deberíamos marcharnos...

Celine apoyó un dedo contra los labios de Pippa y negó con la cabeza.

Se concentró en la escena que se estaba desarrollando en las profundidades de esa pequeña calle lateral. Tardó un instante en comprender qué estaba sucediendo.

Un hombre yacía de costado en medio de una pila de cáscaras de frutas secas mientras soltaba palabras incoherentes, claramente en problemas. Tenía un brazo levantado en señal de súplica. Sus hombros no dejaban de sacudirse.

Otros dos hombres estaban de pie a ambos lados de esa alma

desdichada, encerrándolo como un par de espectros vestidos de traje. A través de la oscuridad, Celine vio que el más bajo de los dos encendía un puro. El destello de la llama brilló sobre una perfecta dentadura blanca y el lino blanqueado de sus mangas arremangadas.

Pero ese no fue el hombre que captó la atención de Celine.

Ese fue el más alto de los dos, de pie a la derecha del otro, que observaba el desarrollo de la violencia como si no fuera más que un simple entretenimiento. Un espectáculo representado sobre un escenario ante un público que había comprado entradas para verlo.

Celine reconoció la silueta de un sombrero panamá inclinado sobre su cabeza.

Tal vez fuera una coincidencia. El joven que había visto la primera noche —cuyo recuerdo había tenido dificultades para evocar días más tarde— no podía ser el único individuo en Nueva Orleans con una afinidad por ese estilo. Pero una parte más profunda y visceral de Celine le advertía que no debería creer demasiado en las coincidencias.

—Por favor, *Fantôme* —rogó el hombre que estaba encogido entre la basura—. *Pardonnez-moi.*

La voz le temblaba mientras suplicaba perdón. Estiró una mano hacia la gura con el sombrero panamá. La gura a la que había amado el Fantasma. Un apodo apto para una criatura tan a gusto entre las sombras.

—Las disculpas no significan nada sin una compensación, Lévêque —

aseguró el Fantasma con un tono grave y áspero; estaba de espaldas a Celine, por lo que él no alcanzaba a ver ninguna de sus facciones.

Incluso en los gestos más sutiles, el Fantasma se movía como lo hacían muchos jóvenes de familias notables en París: como si nada le preocupara. Como si el mismo aire que respiraba estuviera impregnado

de polvo de diamante.

Celine se enfurecía solo de pensarlo.

—Has sido advertido de lo que sucedería si volvías a comportarte con tan poco respeto — continuó. Señaló con la cabeza al hombre que fumaba el puro, quien volvió a arremangarse para empezar de nuevo.

—¡Espere, espere, *espere!* —exclamó el hombre encogido en voz cada vez más alta. Cruzó los brazos delante de la cara para cubrirse de los golpes que estaban por venir—. ¿Qué es lo que quiere? ¿Quiere que me disculpe con él? Me arrodillé para pedir el perdón de *mademoiselle* Valmont. Me...

—Es una lástima, *Lévêque*. No tienes nada que yo o *mademoiselle* Valmont queramos. —Se apoyó con el hombro derecho sobre la pared de ladrillo y volvió a asentir en dirección a su compañero del puro.

Como si fuera un trueno, un puño golpeó contra la cara del hombre que temblaba. Mientras la paliza continuaba, el Fantasma presionó un par de dedos contra su cuello, como si estuviera sintiendo su pulso, y después se sacudió una pelusa imaginaria del hombro.

El sonido de los huesos rotos perforó la noche e hizo que Celine se encogiera.

Lo que estaba viendo era cruel. Innecesario. Espantoso.

Se adelantó para ponerla a la paliza, pero Pippa la sujetó con fuerza del brazo.

—No intereiras —pidió—. Por favor. Los hombres violentos son impredecibles.

Sus palabras hicieron que Celine se detuviera en seco.

Por supuesto que lo eran. Él sabía muy bien de qué eran capaces los hombres violentos. El recuerdo de una noche de invierno en el atelier atravesó su cabeza como un destello. Un joven adinerado se ofrecía a

traerle té caliente y una manta tibia mientras él trabajaba. La sensación de una mano húmeda contra su cuello. El horror que sentía ante la obscenidad de ese gesto indeseado. La rapidez con la que el tacto se convertía en dolor. Las uñas que se clavaban en su brazo. Los dedos que tiraban de su pelo. Una palma rugosa alrededor de su tobillo.

No.

No.

No.

Después, el golpe del candelabro contra el cráneo de él.

El silencio que siguió. La sangre que uyó.

Celine permaneció congelada en el sitio por ese recuerdo repentino.

En aquel momento, se había convertido en una asesina. En el siguiente, en una fugitiva. Ahora vivía en un convento al otro lado del Atlántico y todas las noches compartía la palabra de Dios con otras mujeres.

Cuánta ironía.

—¿Celine? —Pippa la sujetó del antebrazo.

Celine se sacudió los pensamientos de encima al mismo tiempo que el hombre del puro se acercaba a la salida del calejón y se limpiaba los nudillos ensangrentados con un pañuelo de seda. Pippa inhaló con brusquedad al ver que Celine interceptaba su camino sin pensarlo, bloqueando su paso y cruzando su mirada fría con los ojos de párpados pesados de él.

El joven levantó una ceja.

Incluso sin la ayuda de una lámpara de gas, Celine podía ver con claridad su juventud y las costuras delicadas de su costoso chaleco de damasco inglés. Alrededor del cuello tenía una cadena de oro delgada de cuyo centro colgaba un monóculo. Su piel cobriza era impecable —

de hecho, era demasiado perfecta— y su cabello era una masa de olas

oscuras. Si Celine hubiera tenido que adivinar, habría dicho que su familia provenía de las Indias Orientales. Sus ojos de color avana se llenaron de interés y una cantidad considerable de admiración. Era casi como si se hubiera cruzado con ella en un paseo vespertino por un jardín.

Era la apariencia de un caballero por donde se lo mirara.

Los ojos del joven recorrieron a Celine de pies a cabeza. Después dejó que sus ojos deambularan hacia Pippa, quien le dedicó una sonrisa lenta. Después él hizo una reverencia antes de retroceder un paso y despejar el camino con un gesto orido.

Fue entonces cuando Celine se encontró, cara a cara, con *Le Fantôme*.

Las uñas de Pippa se clavaron en la piel de Celine y provocaron un escalofrío de miedo. Volvió a sentir que un calor la sacudía y le devolvía la consciencia.

Le Fantôme se deslizó hacia ella con movimientos silenciosos. Estaba de pie delante de Celine, sus facciones no parecían contener ninguna emoción reconocible y la posición de sus hombros sugería tranquilidad.

Fuerza. Aunque no era mucho más alto que el chico del monóculo, su presencia ocupaba un espacio infinitas veces mayor. Podía entender sin problemas por qué el conductor del carruaje se había rendido ante él sin pensarlo. Celine obligó a sus ojos a no abrirse más y a sus labios a permanecer cerrados. Si viera a ese joven a plena luz del día, estaría obligada a admitir una verdad irrefutable:

El Fantasma era el hombre más atractivo que había visto en su vida.

La piel que se asomaba por encima del pañuelo que le cubría el cuello estaba bronceada y los músculos del cuello estaban marcados.

A lo largo de la mandíbula había un rastro de barba incipiente cuya sombra acentuaba la simetría elegante de sus rasgos. Resaltaba la nariz

aristocrática que contrastaba con sus pestañas gruesas y cejas oscuras.

¿Ascendencia española, quizás? ¿Tal vez del norte de África? Fuera como fuera, se trataba de una mezcla cautivadora entre el Viejo Mundo y el Nuevo. Un pirata vestido en Savile Row.

Era... guapísimo. Como el príncipe de un cuento de hadas oscuro.

Celine se quedó quieta durante un momento, incapaz de decir nada.

Cuando se dio cuenta de que la había dejado sin palabras —que le había quitado el habla de la lengua—, sintió un nudo de indignación en la garganta.

Un destello de diversión recorrió la comisura de sus labios. Un hoyuelo en la mejilla a derecha. Un gesto que apestaba a arrogancia.

Sabía muy bien qué aspecto tenía. Sabía cómo controlar ese poder como un maestro de armas.

Celine le echó una mirada con ojos entornados.

Cuando él habló, sus ojos resplandecieron y le otorgaron un aire amenazador a sus rasgos esculpidos.

—¿En qué puedo ayudarla esta noche, *mademoiselle*? —preguntó con voz grave.

Como estaba claro que ese demonio disfrutaba de verla nerviosa, Celine decidió ignorarlo, y se giró hacia el secuaz que estaba de pie detrás de él con un pie contra la pared de ladrillo mientras inhalaba el puro.

—¿Se siente orgulloso de golpear a un hombre indefenso, *monsieur*?

—preguntó él a con un tono frío.

—Ni en lo más mínimo —respondió el chico en un acento británico mientras inhalaba una nube de humo azul—. Pero me mantiene ágil para el cuadrilátero.

—¿Se atreve a hacer bromas sobre un comportamiento de este estilo?

—exigió Celine—. Debería darle vergüenza.

—Es posible que la encantadora dama opine de forma distinta si supiera lo que ha hecho este maldito. —El joven del puro sonrió.

—Está indefenso. Usted y su... —Celine apuntó con el dedo en dirección al Fantasma, a quien todavía insistía en ignorar—... amigo tienen todo el poder.

Cuando terminó de hablar, el hombre que estaba entre la basura levantó los ojos hinchados para mirarla con di cultad. Después volvió a derrumbarse sobre el suelo y su pecho se sacudió de alivio.

—¿Qué pasaría si estuviéramos defendiendo el honor de una mujer?

—El chico arrojó el puro al suelo y lo apagó con el talón.

Por un instante, la pregunta inesperada tomó a Celine por sorpresa.

—No hay nada honorable en golpear a un hombre indefenso.

—Una mujer cuya sabiduría trasciende sus años —observó el Fantasma en voz baja con un acento curioso entrelazado en sus palabras. Cuando habló, Celine sintió como si una ola de hielo se deslizara entre sus omóplatos y la hiciera temblar—. Pero no actúe como si lo supiera todo, *mademoiselle* —continuó.

Celine deslizó los ojos hacia los de él y sintió el palpitar de su corazón en el pecho. Levantó el mentón.

—Sé lo su ciente, *monsieur*.

—Entonces debería saber esto: que la verdad no es siempre lo que ve.

—Hizo una pausa—. Ahora hágase a un lado. —Sus ojos de acero se entornaron de forma casi imperceptible—. Por favor.

Detrás de él, su amigo soltó una risa.

—No puedo creer lo que estoy viendo —murmuró—. Sébastien Saint Germain... comportándose como un cabal ero en vez de un sinvergüenza.

Uno de los músculos de la mandíbula del Fantasma se tensó a modo de respuesta. Un indicio mínimo de desagrado. Echó una mirada hacia su amigo y le hizo una advertencia muda. El chico del monóculo le respondió con una sonrisa, algo que, dadas las circunstancias, llamó la atención de Celine. Porque estaba claro que uno superaba en rango al otro.

No importaba. El Fantasma tenía un nombre.

—No es quién para darme órdenes, *Sébastien* —declaró Celine con tono preciso—. Lo desafío a que lo intente.

Sébastien inhaló con cuidado.

—Acepto su desafío, *mademoiselle*. —Con una media sonrisa pícaro, la sujetó de la cintura y la apartó hacia un lado, levantándola del suelo como si pesara menos que el aire.

Celine reaccionó de forma impulsiva con el deseo de inmovilizarlo tal como él la había inmovilizado a ella. Con las botas suspendidas sobre los adoquines y los ojos a la altura de los de Sébastien, ella lo sujetó de su pañuelo de cuello o de seda. Tiró con fuerza y determinación. Los ojos de él se abrieron sorprendidos y una llama se encendió en sus profundidades. El hoyuelo de su mejilla apareció durante menos de un instante.

¿Se estaba... divirtiendo?

Era un imbécil absoluto.

Celine sujetó el pañuelo con más fuerza. Sintió la delicada tela enroscada alrededor de sus dedos. Se negaba a apartar la mirada, aunque él la levantara como a un títere con cuerdas.

—¡Celine! —La voz de Pippa sonó aguda. Celine no necesitaba adivinar lo horrorizada que estaría su amiga. Cuando se acercó, la piel de Pippa parecía desprender pánico—. Disculpe nuestra interrupción,

señor.

Aunque la que se estaba dirigiendo a él era Pippa, Sébastien nunca apartó sus ojos plomizos de Celine.

—Tenemos que irnos —insistió Pippa.

—Bájeme, *monsieur* Saint Germain —exigió Celine—. De inmediato.

Para su sorpresa, Sébastien la apoyó sobre el suelo. Pero no retiró las manos de su cintura, al igual que Celine no había renunciado a la captura de su pañuelo. Incluso a través del corsé, Celine sentía el tacto de su pulgar sobre la cadera, la presión de sus dedos largos en la parte baja de la espalda. El pulso de Celine se agitaba en su pecho con un ritmo rápido y frenético.

—Veo que la dama tiene dientes —murmuró él en voz baja—. ¿Pero tendrá también garras?

—Hay una única forma de descubrirlo. —La intención de Celine era que fuera una amenaza.

Él lo interpretó como un desafío.

La sonrisa de Sébastien fue fugaz. Improvisada. Algo inusual en un chico que claramente se enorgullecía de tener todo controlado. El brillo de sus facciones se agudizó, lo que hizo que Celine sospechara que no solo se estaba divirtiendo.

¿Era posible que estuviera *intrigado*?

Celine soltó el pañuelo de su cuello y el dorso de su mano tocó un botón de obsidiana al rozar el chaleco de Sébastien. Aunque estaba lejos de ser lo más inapropiado que había hecho esa noche, el toque parecía ilícito. Furtivo. La temperatura de sus mejillas aumentó cuando algo pareció moverse en la mirada de él.

—Bastien. —La voz de su amigo irrumpió en el intercambio silencioso que estaban teniendo—. Deberíamos irnos antes de que

alguien lo ame a la policía. —Dio un paso hacia delante con determinación y le evó la palma de la mano al hombro de Sébastien para exigir su atención.

Durante un delicioso instante, Bastien lo ignoró. Después apartó las manos de la cintura de Celine, retrocedió un paso e inclinó su sombrero en dirección a ella. Celine descubrió con horror que su tacto había quemado su piel. Eso era lo único que podría explicar por qué el aire que estaba ahora alrededor de su cintura resultaba tan frío. Cuando él se deslizó por el costado de ella, dejó un rastro de aroma a bergamota y cuero.

Un torbellino de emociones recorrió el cuerpo de Celine. Se decidió por la indignación y se aferró a ella como si fuera un salvavidas. Cuando se giró para asegurarse de tener la última palabra, sus ojos captaron un destello plateado en la periferia. Necesitó menos de un parpadeo para identificar su origen.

El hombre que estaba en el lodo había liberado una daga de su bota y sus rasgos llenos de cicatrices eran feroces bajo la luz de la luna.

Celine soltó un grito de advertencia y tiró de Pippa hacia un lado. En el mismo instante, Bastien se giró y sacó un revólver de dentro de su levita con un movimientouido. Apuntó —con la intención de disparar

—, pero su amigo se abalanzó sobre el hombre que blandía la daga y rodeó su muñeca con la mano derecha.

Sin ninguna explicación, el hombre se derrumbó hacia delante, como si se hubiera quedado dormido de pronto, y la daga cayó a su lado con un repiqueteo.

Todo sucedió muy rápido. Celine parpadeó una vez. Dos veces. Pippa luchaba por respirar, sus rizos dorados temblaban sobre su frente.

—¿Qué has hecho? —Celine susurró al chico del monoculo—.

¿Está... muerto?

Los dos jóvenes mantuvieron una conversación sin palabras.

—Está... dormido —respondió el chico del monoculo con cuidado, como si se hubiera decidido por esa versión de la verdad—. Estará como nuevo en una hora, aunque el idiota no se lo merece.

—Pero...

—Ya hemos terminado aquí —declaró Bastien con tono frío.

Amenazador.

—De ninguna manera... —Celine le dedicó una mirada intensa.

—Le ofrezco mis disculpas, *mademoiselle*. Y a usted también, señorita.

—Se inclinó ante Pippa con cortesía antes de alejarse—. ¿Arjun? —

Llamó por encima del hombro—. Si no me equivoco, te debo un trago.

—Jamás podría rechazar una oferta tan generosa. —Arjun esbozó una sonrisa burlona mientras se agachaba a recoger la daga caída y la arrojaba hacia las profundidades del calceón. Después se irguió y se volvió a limpiar las manos—. Sobre todo cuando proviene de un caballero tan distinguido.

Celine, que luchaba por mantener la compostura, apretó los dientes y cerró los puños con fuerza cuando ellos comenzaron a alejarse. Ese chico le había robado demasiadas cosas en esos pocos minutos. Las palabras de la boca y el habla de la lengua. ¿Y ahora pretendía ignorarla como si fuera una niña?

—Usted no es ningún caballero, *monsieur* Saint Germain —exclamó Celine en voz alta.

Él se detuvo en seco. Giró sobre sus talones lustrosos.

—¿Eso es lo que crees, *Celine*?

—Sí. Eso es lo que creo. —Se colocó más erguida y sus nudillos se pusieron blancos.

Bastien se acercó a ella. El destello de una lámpara iluminó la cadena de oro de su reloj. Un león rugía en su anillo de sello.

—Me importa una puta mierda.

Pippa ahogó un grito, se llevó ambas manos a la boca y abrió los ojos como platos.

Después Bastien continuó su camino mientras Arjun lo seguía y reía por lo bajo. Casi como si sintiera pena.

Las palabras sacudieron a Celine. Nunca la había escuchado en voz alta. La vida resguardada que había llevado en París la había protegido de la transgresión de ese tipo de vocabulario. Su padre solía comentar que los oídos femeninos eran demasiado delicados para ese tipo de cosas. Pero Celine no sentía que esas sílabas hubieran agredido a sus delicados oídos. Era cierto que Bastien había pronunciado un par de palabrotas pero también le había hablado a Celine como si ella fuera un hombre. Como si fuera su igual. La sangre corría por sus venas impulsada por la adrenalina. El horror, un nudo cada vez más apretado, se asentó en la base de su garganta.

Sabía qué era ese sentimiento. Lo reconocía. Lo había sentido cuando su atacante había dejado de moverse en el suelo del atelier y un charco carmesí se había expandido desde la herida en su cráneo mientras el a se aferraba al candelabro.

Celine se sentía... poderosa. Se sentía parte de algo más grande que el a misma.

Y aun así, no sentía ningún tipo de arrepentimiento por las cosas que había hecho.

Era aterrador saber que una criatura oscura se retorció bajo su piel.

Ese no era el comportamiento de una joven piadosa, y esas no eran las emociones de una chica que, a todas luces, debería estar buscando el

perdón. La salvación en manos de un Dios al que no conocía ni entendía del todo.

Celine parpadeó para despejar los pensamientos. Al mismo tiempo, Pippa tiró de su mano.

—¿Estás bien? —preguntó Pippa con tono incrédulo—. No puedo...

—intentó—. Quiero decir, ¿puedes creer lo que te ha dicho?

Celine asintió porque no con aba en lo que era capaz de decir.

No estaba segura de por qué la mano del Destino insistía en colocar a Sébastien Saint Germain en su camino. Quizás era una prueba. Quizás su penitencia divina consistía en que un chico rodeado de sombras la forzara a ver la luz e hiciera de el a una buena samaritana.

Pero un terror aún más grande acechaba en lo profundo de Celine.

Más profundo que la corriente de sangre, en la médula de sus huesos.

Fuera adónde fuera, el peligro la seguía.

Eso la horrorizaba. Y también la emocionaba.

HIVER, 1872

RUE SAINT LOUIS

NUEVA ORLEANS, LUISIANA

Vislumbro su per l en el destelo de un cartel de latón brillante.

Veo el re ojo de su miedo, sus ojos resplandecientes.

Aparto la mirada. Me recuerda a la joven de la semana pasada. No disfruto de ver el miedo en nadie, aunque sé que es un mal necesario.

Porque, si no entendemos qué es el miedo, ¿cómo podríamos valorar la seguridad?

Dirijo mi atención al edificio de tres plantas que está delante de mí, cuyos balcones tienen celosías que rebosan de hiedras y capullos en ciernes. Grabado en el cartel de latón que está en el medio —en una cursiva detestablemente elaborada— está el nombre JACQUES'. Encima del nombre hay un símbolo que suelo ver en mis sueños. Un símbolo infame tanto en el círculo de los Caídos como en el de la Hermandad.

La primera planta de la estructura está ocupada en su totalidad por un restaurante, cuyas lámparas a gas ya están encendidas. Hay una cola que da la vuelta a la esquina. Alguien —sin duda Kassamir— ha abierto las puertas dobles para revelar una multitud sonriente y los sonidos de porcelana y cristales tintineantes. Los camareros se mueven de un lado para el otro con sus guantes blancos y chaquetas almidonadas.

Durante un instante, mis sentidos son inundados por esta sinfonía de esplendor y decadencia. Es una música que conozco bien, tanto de esta vida como de la anterior. La curva de una sonrisa se dibuja en mis labios.

Qué gracioso que, de todos los sitios posibles, el alma me haya traído hasta aquí.

Si estas personas tan solo supieran qué es lo que acecha sobre sus cabezas, en la profundidad de una corte de leones. Si tan solo lo supiera mi víctima. Entonces todos comprenderían lo que significa sentir terror verdadero.

Cuando le vuelvo a echar un vistazo, detecto una expresión de vacilación en su cara, como si no estuviera segura de seguir. Los eventos recientes la han inquietado, y eso me entristece. Esperaba que fuera más fuerte. Ha comenzado la noche con mucha determinación, con paso firme. Resuelta.

Quizás no debería juzgar tanto. Esta ciudad no es para todo el mundo.

Es una serpiente entre los juncos, bella y mortal, incluso mientras duerme.

Lo que es más, siento que su miedo es, en parte, culpa mía. Podría haberla ayudado. No habría necesitado más que un instante para atravesar el callejón como una ráfaga y silenciar esa amenaza insignificante. ¿Qué habría conseguido con eso, más allá de arriesgarme a revelar mi verdadera naturaleza antes de tiempo? Hasta donde yo sé, mi víctima todavía no estaba en una situación de peligro real. Al menos no en cuanto al sobrino de *Le Comte de Saint Germain*.

La amargura me cubre la lengua.

Esa es una promesa que no tengo la fuerza para romper. Todavía no.

No estamos listos para la guerra que eso traerá.

No me gusta cómo mis pensamientos se están volviendo más oscuros, así que vuelvo a mis contemplaciones previas. Es posible que algún día Arjun Desai —el chico del tacto inmovilizador— se convierta

en una amenaza, pero es demasiado pronto para saberlo con certeza.

Sus habilidades continúan intrigándome tanto como el primer día que lo conocí. No cabe ninguna duda de que es un miembro digno de *La Cour des Lions*.

Una nueva sonrisa se dibuja en mi cara. Me alegra que la sociedad de mentalistas de nuestra ciudad —oculta detrás de la máscara de algo muy diferente— haya conseguido reclutarlo.

Debería de provocar un giro interesante en los acontecimientos.

Pero no puedo dejar que estas cosas me distraigan más de lo que ya me han distraído. No esta noche. Hay demasiado en juego como para que me distraiga con estos asuntos incidentales.

Vuelvo a posar mi mirada sobre el a, la joven que, sin saberlo, me ha guiado hasta el sitio donde todo comenzó.

Qué apropiado.

Se detiene en la entrada de Jacques' y vuelve a repasar sus opciones.

Ah, pero ya es demasiado tarde, mi amor.

No podemos cambiar los errores de nuestro pasado. Subsisten para que podamos aprender, si es que la suerte nos acompaña. Por desgracia, mi niña querida, esta es la noche en la que tu suerte se da a la fuga.

Yo soy la araña. Tejo trampas de seda. Te observo entrar en mi tela.

Espero el momento para atacar.

Pero no tengas miedo. Prometo que jamás te olvidaré.

████████████████████

LA CORTE DE LOS LEONES

Celine esperó a que Pippa se recompusiera justo a la salida del cal ejón angosto. Cuando se dio cuenta de que su propio comportamiento era raro —estaba inmóvil, ni siquiera parpadeaba—, se dispuso a imitar los movimientos de Pippa y se arregló la sobrefalda como si eso fuera lo único que necesitaba solución.

Celine nunca dejaba de asombrarse de los cambios drásticos que las circunstancias podían atravesar en cuestión de instantes. En un momento, todas las terminaciones nerviosas de su cuerpo se sentían vivas, electrizadas por una energía invisible. En el siguiente, todo estaba en silencio y quieto, como si el a se hubiera sumergido en un estanque de aguas profundas.

—¿Celine? —Dos líneas se habían reunido entre las cejas de Pippa.

Dedujo que Pippa le había hecho una pregunta. Como era de esperar, Celine no había estado

escuchando. Desde el momento en el que Bastien y Arjun las habían dejado solas en el cal ejón — a pocos pasos del hombre «dormido» que había blandido una daga hacía menos de diez minutos —, Pippa había mantenido un charla nerviosa constante.

La cabeza de Celine había estado en otro sitio. Perdida en los deliciosos interrogantes que habían surgido.

—¿Has oído aunque sea una palabra de todo lo que he dicho? —

preguntó Pippa. Se recogió la falda y se acercó hacia Celine con expresión cada vez más preocupada—. Te he preguntado si todavía

quieres reunirte con Odette.

—Claro que sí —respondió Celine sin pensarlo.

—Ah. —La angustia rozó los labios de Pippa y desapareció en un instante.

—¿Tú no quieres que nos reunamos con el a?

—No es eso. —Pippa sacudió la cabeza—. Es solo que... no estoy segura de que sea la opción más sabia. —Sus ojos azules se posaron sobre Celine—. Esta noche no ha sido lo que esperaba. Me ha parecido que lo mejor sería dejar de tentar nuestra suerte.

Por supuesto que Pippa se encontraba incómoda. La mayoría de las personas se sentirían inquietas después de los eventos de esa noche.

Una chica como Pippa desearía estar en cualquier otro sitio. No, eso no era cierto. Desearía estar en su casa, a salvo en su cama, con una manta y una taza de té caliente. Aún mejor, con una madre o un amante que pudiera ofrecer una caricia tranquilizadora.

Celine exhaló con lentitud al percibir la oscura verdad que se había instalado en mitad de sus pensamientos.

Una joven decorosa no se sentiría tan animada por la mera idea de peligro. Ni tampoco estaría buscando la próxima oportunidad de experimentar el golpeteo de su corazón en sus sienes y el calor en sus mejil as, que sentía como si las hubiera acercado demasiado a la l ama de una vela.

No era más que otra prueba de que había algo roto dentro de Celine.

Celine respiró hondo por la nariz y estiró la mano hacia su amiga con un toque suave. Reconfortante.

—Lo siento, Pippa —comenzó—. He estado distraída con todo lo que ha sucedido. Claro que no quieres quedar con Odette después de...

bueno, todo. Lo entiendo por completo. Volveremos al convento de



inmediato. —Tuvo mucho cuidado de no mostrarse decepcionada, aunque así se encontraba.

Su amiga ya había arriesgado demasiado esa noche por el a.

Cuando Celine se dispuso a desandar su camino, Pippa permaneció en su sitio detrás de el a. Celine giró sobre los talones.

—¿Pippa?

La chica arrugó los labios.

—Tenías muchas ganas de ir, ¿verdad? Nunca antes te había visto tan feliz como esta noche. Tan libre.

Celine consideró mentir. Pero la sola idea la agotaba. La agotaba muchísimo.

Solo asintió con la cabeza.

—Ha sido como echar un vistazo a quien eres en realidad —dijo con voz suave. Una luz cálida inundó su mirada—. Me ha hecho sentir como si fuéramos amigas en serio.

—Somos amigas en serio.

Pippa sacudió la cabeza, pero no lo hizo con maldad.

—Todavía no. Pero espero que lleguemos a serlo. Me gustaría mucho ser tu amiga, Celine.

Celine tragó y sintió que algo le apretaba el corazón.

—A mí también me gustaría ser tu amiga, Pippa. Me gustaría muchísimo.

Pippa asintió. Después volvió a recoger su falda con un destello de determinación en la cara.

—No deberíamos hacer esperar a Odette.

Antes de caminar dos calles más, Celine y Pippa avistaron un cartel de

latón ubicado sobre las angostas puertas dobles de un establecimiento bien iluminado.

Se leía JACQUES' en una cursiva elegante. Encima del nombre había grabado un símbolo familiar: una oreja en la boca de un león rugiente. En la distancia, el muelle se alzaba siniestro, rodeado de agua que brillaba como un mar de diamantes negros, lista para tragarse a sus suplicantes de un bocado.

—Ah —exclamó Pippa cuando comprendió qué era lo que estaba mirando—. Es un restaurante.

La misma ola de sorpresa recorrió el cuerpo de Celine. Le parecía curioso que Odette les hubiera dado instrucciones de ir a un restaurante, sobre todo con el propósito de tomarle las medidas para un vestido.

La cola larga que comenzaba como una serpiente en la puerta demostraba que el dueño de Jacques' sabía cómo capturar la atención de la multitud, sobre todo si se tenía en cuenta que era una noche de lunes. Sin embargo, el exterior de la estructura en sí no era nada extraordinario. Ladrillos rojos y contraventanas laqueadas de negro en las tres plantas. Lámparas de gas que ardían entre las ventanas altas y angostas. Suelos de madera pulida y teñida de un suave color caramelo.

Cortinas de damasco de un color bermellón profundo que caían como cascadas por las paredes.

Aun así, Celine sentía que ocurría algo... raro. Como si se tratara de un cuadro colgado un poco torcido sobre la pared. Como si el restaurante se hubiera esforzado en dominar hasta el último detalle de lo mundano con la intención de usarlo como una máscara. Celine no podía adivinar qué era lo que estaban ocultando.

Cada vez que la puerta se abría, los cristales que colgaban de la araña

que estaba junto a ella repiqueteaban con alegría, como si estuvieran dando la bienvenida a quienes entraban. Después, las notas se volvían melancólicas. Un choque de sonidos discordantes, un ligero cambio hacia la escala menor.

A oídos de Celine, sonaba como una advertencia. Aun así, todos los que estaban en el salón seguían sonriendo, sin ser conscientes de la amenaza invisible. Sus ojos barrieron las caras satisfechas de los numerosos clientes de Jacques'.

¿Cómo podía ser que no sintieran nada fuera de lo normal?

Quizás Celine estaba equivocada. Quizás había hecho esas observaciones porque eso era lo que quería ver. Tal vez estaba buscando pruebas de que ella no era la única obligada a usar una máscara. Y en su búsqueda había dado con un falso espíritu afín... en la forma de un restaurante.

Qué ridícula. Celine se regañó a sí misma. ¿Qué clase de tonta compartía un entendimiento tácito con una estructura de ladrillo y mortero? Decidió hacer a un lado sus preocupaciones como quien quita una piedra que le estorba en el camino.

Pippa llamó la atención de Celine con un toque en el hombro.

—¿Crees que deberíamos buscar al caballo que Odette ha mencionado hoy?

—*Mais oui.* Yo te sigo. —Celine le dedicó una sonrisa engañosamente descuidada por encima del hombro.

Tan pronto como las dos jóvenes atravesaron el umbral de Jacques' —

después de que Pippa se detuviera un instante para considerar sus dudas— la piedra metafórica que Celine había hecho a un lado volvió rodando a su sitio. Debía de estar loca, porque veía y sentía cosas que ni siquiera estaban en el reino de lo posible. Sin embargo, ni siquiera en

sus sueños más incoherentes habría podido ignorar esta verdad: Jacques' era de todo menos

normal y corriente.

No se trataba de lo que Celine veía, sino de lo que *sentía*.

Un estremecimiento recorrió su piel, agitó su sangre y echó raíces en su centro. Algo había clavado las garras en su columna y la había atraído con una promesa tácita. Algo... de otro mundo.

Sí. Así se había sentido. Como si se hubiera adentrado en otro mundo. No en el Paraíso. No en el In erno. Sino en algún sitio intermedio. Un espacio limítrofe que abarcaba tanto la luz como la oscuridad. Fuera lo que fuera, Celine se encontraba a gusto al í.

Un codo se clavó en el brazo derecho de Celine y la alejó a la fuerza de sus observaciones. El camarero que había pasado junto a el as a toda prisa se disculpó con la mirada y frunció su ceño pecoso. Sostenía, en ambas manos, bandejas cargadas de relucientes platos con cubiertas de plata. Celine siguió su progreso por la sala con la mirada mientras le indicaba a Pippa que se acercaran a una pared de paneles de madera cerca de la puerta, fuera del paso.

—¿Lo ves? —Pippa echó una mirada minuciosa a su alrededor.

Distraída con la escena que se estaba desarrol ando delante de el as, Celine no respondió.

Al otro lado del área abierta del restaurante —cerca de unas escaleras curvas que subían y se desvanecían entre sombras—, el camarero pecoso l amó la atención de una gura imponente que estaba de pie junto a la puerta batiente que daba a la cocina. Las solapas de seda de su impecable levita bril aban bajo la luz de las velas. Incluso en la distancia, Celine consiguió identi carlo como el soberano de ese dominio culinario. Mantenía una postura erguida, y tanto el color oscuro de su piel como el pendiente dorado de su oreja derecha

contrastaban bril antemente con su camisa blanca nívea. Echó un vistazo al camarero y apuntó con sus ojos negros hacia una mesa cerca de Pippa y Celine. Su mirada era penetrante. Reprobatoria.

El camarero joven se sonrojó, dio una media vuelta ágil y se encaminó en dirección a la mesa. Se dispuso a distribuir los platos cubiertos a los cuatro comensales, uno de los cuales era un cabal ero pálido de origen asiático que tenía un bigote no bien arreglado y una camisa con cuel o simple. Junto a él se sentaba un hombre blanco corpulento con manchas rojas sobre la nariz y un cigarro humeante. Al otro lado de la mesa, había un hombre cuya piel tenía el color de la caoba y que vestía un impresionante chaleco dorado y azul marino. A su lado, enfurruñado, estaba la versión más joven y pequeña de él.

A Celine le pareció de lo más inusual. Nunca antes había visto hombres de distintos colores de piel ocupar el mismo espacio en un restaurante elegante.

La alta sociedad parisina no era una sociedad que admitiera compañía mixta. La París que Celine conocía estaba dividida con mucho cuidado, al igual que la ciudad con sus distritos. De niña, había recibido instrucciones de nunca atravesar las angostas cal es de Saint-Denis, del mismo modo que a los inmigrantes que al í residían se les había enseñado que ni el os ni las personas de su tipo pertenecían a ningún sitio que estuviera cerca de los deslumbrantes bulevares de Place

Vendôme. Celine se preguntó si la escena que estaba presenciando esa noche dentro de Jacques' sería algo normal en una ciudad portuaria como Nueva Orleans, donde se congregaba gente de todos los rincones del mundo.

Estaba dispuesta a apostar que no. Al menos esa había sido la verdad dentro de su propia familia. Desde muy pequeña, a Celine le habían

enseñado que debía estar agradecida de la ausencia de su madre en la mesa familiar.

La tristeza estalló alrededor de su corazón. Se aferró a él. Lo atrapó en las profundidades de su pecho. De nada servía a irse por asuntos que no podían cambiarse. Firme en su resolución, Celine echó una mirada hacia Pippa para ver si deberían continuar.

Parecía que Pippa también había sido capturada por la magia sobrenatural de ese sitio. Miraba absorta mientras el camarero de la barra de pecas terminaba de distribuir los platos cubiertos. Después él chasqueó los dedos con un gesto dramático y todas las cubiertas plateadas se levantaron de manera simultánea. Un vapor aromático se elevó por el aire y otó hacia Celine y Pippa, como si un viento encantado lo llevara de un lado para el otro. Pippa se quedó quieta y sus ojos se cerraron.

—¿Qué es... esa exquisitez? —le preguntó a Celine.

Celine se inclinó hacia la mesa y echó un vistazo entre el ajetreo y el barullo del restaurante.

La comida olía familiar: era el mismo aroma a mantequilla y vino, el mismo perfume a orégano, tomillo y romero que ella había disfrutado mientras crecía en París. Pero había otra cosa que se filtraba en el aire.

Espicias que no conseguía identificar.

No la dejaban en paz. La tentaban. La embriagaban.

Los platos de porcelana de Limoges que acababan de ser descubiertos sostenían leches de lenguado sobre lechos de arroz aromático con un toque salado de una salsa similar a la *beurre blanc*, pero con un poco de tomates asados y una pizca de hierbas dulces. A la derecha del pescado tierno, había un recipiente con *pommes de terre sautées*. Las deliciosas patatas fritas estaban servidas junto a una complicada pirámide de

espárragos asados y cubiertos de una salsa de trufas y oporto y decorados con pequeñas ralladuras de carne ahumada.

En la mesa más cercana a ellas, una mujer elegante que parecía derramar perlas bebía de su copa de vino tinto antes de dar un mordisco pequeño a un *gougère* esponjoso, cuyo salado aroma a Gruyère se mezclaba con la fragancia intensa del borgoña.

En ese momento, Celine deseó más que nada poder estar en los costosos zapatos de esa mujer, aunque solo fuera por lo que duraba un respiro. Poder hincar los dientes en algo decadente sin que le importara nada de lo que la rodeaba.

—¡Ah! —exclamó Pippa, sorprendida por la repentina lengua de fuego que se elevó de otra de las mesas.

Un *maître* de guantes blancos sacudió los contenidos ardientes de una pequeña sartén en la que bailaban las masas azules en los bordes. Parecía tratarse de una peculiar fruta cremosa cubierta con una montaña de azúcar moreno, bañada con *bourbon* y prendida a fuego. El perfume exquisito del caramelo caliente se elevó hacia el aire e hizo que un enorme número de ojos se movieran en su dirección.

Era más que injusto.

El alma de Celine protestaba a gritos y el recuerdo del guiso insípido que había consumido antes se burlaba de su lengua. ¿Qué sucedería si pidiera un plato en ese mismo instante y no pudiera pagarlo? ¿La obligarían a pasar la noche lavando la vajilla? Quizás la encerrarían y le arrojarían vegetales podridos, como en la época de Shakespeare.

¿Valdría la pena?

La determinación corría por sus venas. En algún momento, Celine comería en ese restaurante. Quizás incluso consiguiera tentar a Pippa para que la acompañara. Quizás.

El estómago de Pippa rugió y una sonrisa se asomó por la comisura de los labios de Celine.

En ese mismo instante, la gura imponente que estaba cerca de la puerta batiente de la cocina dirigió su atención hacia el as. Entornó los ojos y las evaluó desde la distancia. Ese hombre debía de ser el individuo de la voz pecaminosa y el pendiente en la oreja derecha que Odette les había mencionado cuando la conocieron por primera vez ese mismo día.

Antes de que Celine pudiera moverse hacia él, el hombre abandonó su sitio y avanzó con pasos largos hacia el frente del restaurante donde estaban Celine y Pippa. Se movía con determinación, aunque su mirada permanecía atenta a cualquier error que sus empleados pudieran cometer; y él estaba preparado para reprenderlos por cualquier motivo.

Mientras avanzaba entre las mesas, apuntó con el dedo hacia atrás y otro camarero vestido con librea tomó su posición junto a la puerta batiente de la cocina con un movimiento uido.

Celine admiraba el porte del hombre que se acercaba a él. El respeto que imponía. Hacía menos de diez años, los hombres que tenían su mismo color de piel habían sido retenidos como esclavos en el sur de los Estados Unidos de América, forzados a trabajar en campos infinitos bajo el sol ardiente. Celine sabía que todavía no eran vistos como iguales, ni que hablar de tener puestos de prestigio en restaurantes elegantes donde estaban al mando de hombres blancos y usaban camisas impecables.

La visión de ese hombre de color a la cabeza de un establecimiento como Jacques' le dio a la chica un coraje que no pudo comprender del todo.

Él se detuvo delante del as, justo delante de Celine. Los ojos de él a

se abrieron de par en par al estar en presencia de alguien que parecía elevarse sobre el a y cuya mirada no era muy acogedora.

—¿Puedo ayudarla, *mademoiselle*? —preguntó con un ligero acento—.

Si desea reservar una mesa para esta noche, lo mejor será que se una a la cola que está fuera. — Su voz le recordaba a una tormenta que se avecinaba. Una vibración distante, un remolino de nubes.

Aunque Celine debería de haberse sentido perturbada ante su semblante frío, lo cierto es que no se sintió afectada. Estaba tranquila.

—Hola —comenzó con tono rme—. Mi nombre es Celine. —El hombre la miró con una ceja levantada. Y no dijo nada más—. Me dijeron que ignorara la cola —continuó Celine— y que pidiera que me l evaran con Odette.

—Le pido disculpas. —Su mirada se suavizó. Una luz cálida entró en sus ojos—. Debería haberlo dicho desde el principio, *mademoiselle*. —

Chasqueó los dedos en el aire y los cuerpos se movieron de forma simultánea a su alrededor para despejar un camino.

— *Je m'appelle Kassamir*. —Se presentó mientras tocaba sus gemelos dorados, cuyas super cies bril antes tenían un relieve del mismo símbolo de la or de lis en la boca de un león—. Soy el encargado de este restaurante. Como amigas de *mademoiselle* Valmont, son más que bienvenidas en Jacques', y sepan que todos mis empleados están a su disposición. —Se dispuso a guiarlas hacia la escalera curva que estaba cerca del fondo.

— *C'est un plaisir de vous recontrer, Kassamir* —respondió Celine con una sonrisa.

—Es un placer conocerlo, señor... Kassamir —repitió Pippa con una voz que parecía el chil ido de un ratón.

Una sonrisa atravesó la cara de Kassamir.

—Por favor, l ámeme solo Kassamir, *mademoiselle*. Pre ero no usar mi apel ido, así que es de poca importancia.

Celine quería preguntar qué era lo que Kassamir había querido decir con eso, pero se contuvo después de echar una mirada inadvertida sobre su hombro. La visión de Pippa caminando con valentía a pesar de las preocupaciones que había expresado con anterioridad envió un estremecimiento de culpa sobre la piel de Celine. Una vez más, había colocado a Pippa en una situación incómoda. Y una verdadera amiga se preocuparía con más frecuencia del estado de su acompañante.

El trío ascendió la escalera curva y Celine se vio sacudida por una ola de inquietud que la recorrió de los pies hasta la columna. Los escalones se hacían más y más angostos a medida que subían y casi hicieron tropezar a Celine.

Su corazón estaba lleno de anticipación y un nudo de miedo había trepado hasta su garganta. La combinación de emociones daba como resultado una sensación curiosa. Desde que tenía memoria, había disfrutado de ese particular tipo de emoción. Los chicos que habían vivido en la misma calle que ella habían amado « *une petite sottise* »

cuando había hecho equilibrio sobre la cornisa de su balcón con un solo pie. «Pequeña tonta», habían gritado desde el suelo, a varios metros de ella, a salvo y seguros de su superioridad. « *Veux-tu mourir, Marceline Rousseau?* ».

No podrían haber estado más equivocados. Celine no había querido morir en aquel momento, así como no deseaba morir ahora. De hecho, era todo lo contrario. Lo único que quería era deleitarse en la adrenalina que siempre acompañaba al peligro.

La oportunidad de sentirse viva en serio.

Pero esos tiranos pequeños que usaban gorras de lana no habían

estado del todo equivocados al amarla una tonta. Incluso en ese momento, Celine sabía que no había tontería más grande que buscar al peligro de forma tan abierta. Que desearlo como quien desea una porción caliente de tarta de chocolate. Si la Madre Superiora estuviera presente en ese momento, Celine sabía que las echaría de ese sitio a toda prisa. Las señales del peligro acechaban en cada esquina, incluso en las espirales siniestras de la barandilla de hierro forjado.

Cuando al fin vieron la primera planta, Celine vislumbró una multitud de lámparas de gas a las que le habían bajado la intensidad, lo que hacía que los colores de la sala que estaba más allá se vieran apagados.

El aire que los rodeaba se condensó. Se enfrió, como si hubieran pasado del día a la noche en el trayecto de una sola escalera.

Se acercaron al descansillo mientras Kassamir continuaba moviéndose a paso tranquilo. La barandilla estaba construida de latón brillante, y cada uno de sus lados enseñaba una obra de arte en la boca de un león rugiente.

Era como si el símbolo hubiera estado siguiendo a Celine durante todo el día a propósito.

O quizás la había guiado hasta ese sitio sin usar ninguna palabra.

Algo comenzó a retorcerse en su estómago. Una fuerza invisible. Se extendió por sus brazos y sus piernas en forma de un temblor lento. A su lado, Pippa, quien sin duda estaba experimentando la misma sensación inquietante, sujetó el brazo de Celine. Era como estar otando en el umbral que dividía la luz de la oscuridad.

Kassamir se giró hacia ellas y sus ojos parecieron capaces de perforar sus almas.

— *Bienvenue à La Cour des Lions.*

Bienvenidas a La Corte de los Leones.

TOUSSAINT

Lo primero que Celine notó fue el sonido.

O, mejor dicho, su ausencia.

El momento en el que sus pies se hundieron en la alfombra mul ida de la primera planta, el ruido de la planta baja desapareció. Era como si algo lo hubiera amortiguado, como si alguien hubiera cubierto toda la primera planta con una manta gruesa para evitar cualquier posibilidad de que alguien pudiera espiar lo que al í se decía.

Pero eso era imposible. ¿Cómo se podría conseguir algo como eso?

Celine le dio tiempo a su visión para que se acostumbrara a la oscuridad.

Unas luces bajas bril aban alrededor de una gran cámara rectangular repleta de mesas de madera relucientes. Alrededor de el as, había guras ocultas por las sombras y adornadas con sedas y gemas centel eantes, con copas de cristal cortado que re ejaban la luz con cada movimiento. Una ligera brisa templaba el aire y ahuyentaba el calor que subía desde abajo. El suelo y los paneles de las paredes estaban teñidos de un color caoba oscuro y habían sido pulidos hasta parecer la super cie de un espejo negro. Cada una de las ventanas arqueadas estaba encuadrada por cortinas de seda de un tono de índigo y adornadas con borlas doradas. Un diván yacía vacío en el centro de la cámara, como si fuera un trono destinado a una emperadora o diosa de antaño.

La misma sensación de realidad difusa —como si los bordes de la imagen estuvieran algo desdibujados— l enaba el espacio. El barul o parecía puntuado por el ocasional repiqueteo de los dados de mar l sobre el paño de eltro, el roce de las cartas al ser mezcladas y repartidas, la esporádica celebración muda.

—Es... un antro de juegos —señaló Pippa, cuyo tono era una combinación de inquietud y anticipación.

Celine inclinó la cabeza.

Era eso. Y al mismo tiempo no lo era.

No podía ignorar la impresión que sentía de estar viendo una máscara bel ísima. Algún tipo de ilusión ingeniosa. La sensación de que si sacudiera la cabeza de cierta forma, su visión se despejaría y no quedaría más que la verdad. ¿Era esa la «corte» que las dos mujeres habían mencionado en Jackson Square esa tarde? ¿Era posible que esas personas cubiertas de joyas fueran responsables de un crimen tan despreciable?

A simple vista, no parecía que lo fuera.

Pero las primeras impresiones podían ser engañosas.

Celine siempre había oído hablar sobre los antros de juegos como si fueran cuevas donde reinaba

la inmoralidad. Donde hombres poderosos chapoteaban en bebidas y dilapidaban sus fortunas en un solo lanzamiento de dados. Donde mujeres ligeras y empolvadas ofrecían sus servicios. Piel expuestas y licores derramados, terciopelo suave y marlín frío. La riqueza en su expresión más libertina.

La escena que se presentaba delante de Celine no podría haber sido más civilizada. A donde fuera que mirara, había mujeres deslumbrantes y hombres elegantes de todos los colores de piel reunidos como si fueran iguales.

Como si esa no fuera una imagen inusual en absoluto.

Justo en ese momento, un grito de triunfo salió de la oscuridad que estaba a su derecha, al otro lado de una partida de Faro. El sonido atrajo la atención de Celine hacia una mesa ovalada hecha con madera de raíz lustrosa, y las imágenes que la rodeaban se desplegaron como rollos de tela y cautivaron a Celine con las posibilidades que prometían.

Ruleta. Había oído hablar sobre ese juego, pero nunca había tenido la oportunidad de jugarlo.

—¿Celine? —Desde sus espaldas, Pippa sujetó una de sus manos en un gesto suplicante. Celine se detuvo en seco y echó una mirada a su amiga por encima del hombro—. ¿Qué estás haciendo? —preguntó Pippa en voz baja.

La pregunta envalentonó a Celine. Le otorgó un propósito. Quizás solo fuera el brillo dorado de las lámparas de gas. O el aroma embriagador de las especias mezclado con el humo de los cigarros.

Fuera lo que fuera, Celine no quería esconderse entre las sombras de la vacilación.

Quería volar.

—Jugando a la ruleta —respondió Celine con una voz repleta de determinación.

—¿Qué? —El asombro atravesó los rasgos de Pippa.

Celine estaba agotada de no hacer nada más que mirar. Estaba agotada de usar su propia máscara y ser solo una observadora en su vida.

—Tú querías saber quién soy en realidad. —Mordió su labio inferior

—. Soy una chica que preferiría vivir la vida en vez de mirarla pasar desde una ventana.

Pippa exhaló con lentitud. Y después asintió al mismo tiempo que

soltó la mano de Celine.

Celine se deslizó hacia la luz ámbar que rodeaba a la mesa de ruleta como una polilla que se acerca a una lámpara. Se mantuvo alrededor de los bordes y sintió un escalofrío que le recorrió la piel al percatarse de lo que estaba haciendo.

Un crupier barrió una pila de chas de carey y las entregó al ganador más reciente. Esperó a que los jugadores hicieran sus nuevas apuestas y después levantó una pequeña bola de mar l antes de hacer girar la rueda con números en una dirección y dejar caer la bola en la otra. El *tic, tic, tic* de la ruleta era cada vez más fuerte y más rápido, hasta que cada uno de los sonidos pareció fundirse con el siguiente.

— *Rouge seize!* —exclamó el crupier cuando la bola de mar l aterrizó en el cuadrado rojo que decía «16».

Al otro lado de la mesa, un trío —dos mujeres de piel oscura y un hombre de tez morena— protestaron entre el os en francés antes de hacer una nueva apuesta. Los anil os que adornaban los dedos de ambas mujeres eran piezas inmensas e irregulares de piedras en bruto incrustadas en oro puro.

Celine buscó un par de dados. Alguna forma de unirse al juego a pesar de no poseer ninguna fortuna. Su mirada se detuvo en las caras del trío y se dio cuenta de algo curioso que le estrujó el estómago. Los tres poseían un atractivo extraordinario. Su piel parecía resplandecer bajo la luz cálida de la novedosa lámpara eléctrica que colgaba sobre sus cabezas y hacía centel ear el centro de sus ojos. Cuando se movían, el aire que los rodeaba se desplazaba como si fuera humo.

Celine parpadeó como si algo hubiera otado delante de sus ojos, agitó las pestañas para despejar su visión y sus labios se abrieron apenas unos milímetros.

—Qué guapa —murmuró una voz masculina a su izquierda, y su acento marcado l amó la atención de Celine.

—¿Disculpe? —respondió el a mientras se giraba hacia él.

—Podrías ser mi amuleto de la suerte, bel eza. —El joven, de cara afeitada y expresión pícaro, se inclinó hacia Celine y rozó el brazo de el a con su codo.

Él también poseía una bel eza inexplicable, una cara angelical cuya expresión, sin ninguna duda, parecía contradecir los rizos de querubín que coronaban su cabeza. Una vez más, Celine se asombró de lo bril antes que eran sus ojos. La intensidad del azul que rodeaba el centro oscuro parecía excesiva.

Inhumana.

La idea tomó a Celine por sorpresa. La desterró de su cabeza con una sacudida que la devolvió a la realidad para no parecer una tonta.

—Pre ero ser mi propio amuleto de la suerte, señor. —Echó los hombros hacia atrás y estableció contacto visual con la mirada calculadora del joven.

—Seguro que nunca has jugado a la ruleta. —Hizo rodar un par de dados entre los dedos mientras un par de sus rizos angelicales caían sobre su cara.

—En ese caso, usted perdería la apuesta —mintió Celine. Estiró una mano para pedir los dados

— Es posible que yo sea la mejor jugadora de ruleta que jamás haya conocido.

—Puedo saborear tu engaño, mi bella mentirosa —susurró con una risa.

—¿Disculpe? —Celine dejó caer la mano y retrocedió un paso, desorientada por sus palabras.

—Siento su dulzura en mi lengua.

Celine volvió a retroceder medio paso y casi chocó con Pippa.

—Boone —l amó una voz femenina desde las sombras—. No seas una bestia. Ya estás advertido.

El joven levantó ambas manos en el aire en señal de rendición y se alejó de inmediato, aunque no sin antes guiñar un ojo a Celine.

— *Fantastique!* —exclamó la misma voz femenina a espaldas de Pippa y Celine, como si no hubiera ocurrido nada importante—. No creí que fuerais a venir. —La silueta esbelta que acechaba detrás de una cascada de sombras dio un paso hacia la luz.

Celine se quedó boquiabierta.

—Claro que esperaba que lo hicierais —continuó Odette mientras enseñaba los dientes en una sonrisa y levantaba su copa de vino tinto a modo de saludo—. Pero no hubiera apostado a favor de ese resultado.

Si la mujer no hubiera hablado primero, Celine nunca la habría reconocido. No había rastros de las prendas delicadas y modestas que había usado antes ese mismo día. El único ornamento familiar era el camafeo de mar l con su halo de rubíes de color rojo sangre.

Odette iba vestida como un caballero. Los pantalones estaban hechos de gamuza exible, y la camisa, que tenía mangas abul onadas y era de un blanco resplandeciente, estaba cubierta con un chaleco verde pálido de Jacquard muy elaborado. Por la parte frontal del chaleco se cruzaba la cadena de un gran reloj de bolsillo de oro. Pero la *pièce de résistance* era, sin ninguna duda, el pañuelo de seda que l evaba atado con un nudo intrincado alrededor del cuello y en cuyo centro estaba prendido el camafeo de mar l. El pelo castaño había sido peinado hacia atrás, lejos de la cara, y recogido en la nuca con un nudo simple.

Ante el silencio anonadado de las dos, una sonrisa lenta se dibujó en la cara de Odette. Agitó el vino en su copa, consciente del efecto que

había causado.

—Pero l eva puestos... ¡pantalones! —señaló Pippa un momento más tarde, con ojos enormes.

—Es increíble lo libre que me hacen sentir. —Odette caminó hacia delante con una de sus manos enguantadas dentro de un bolsillo—.

Algunos días disfruto de usar corsés y poliones y capas de seda. Pero a veces, usar pantalones tiene sus ventajas.

Aunque Celine todavía no había recuperado el habla después de haberla visto, una sensación de regocijo le recorrió el cuerpo. La sonrisa que descansaba en la comisura de sus labios amenazaba con orecer.

Qué... maravil oso.

Celine se aclaró la garganta.

—Claro que hemos venido —comenzó, como si no sucediera nada fuera de lo común—. Dije que lo haría, y no me agrada desdecirme. —

Celine se movió junto a Odette y analizó el atuendo de la encantadora joven con ojo experto—. Discúlpeme, pero tiene una mancha junto al pañuelo. —Señaló con la cabeza en dirección a la camisa de Odette, al área donde una gota minúscula de vino tinto, o quizás maquil aje, había manchado la tela que, si no fuera por eso, estaba impoluta.

Odette echó un vistazo hacia abajo mientras tiraba del cuel o con un dedo enguantado.

— *Merde* —maldijo por lo bajo—. Y yo que creí que había sido cuidadosa.

—Las manchas tanto de maquil aje como de vino son fáciles de quitar con un poco de vino blanco o agua tónica —ofreció Celine—. Por lo demás, está impecable.

—¿En serio? —Odette frunció la nariz, sin duda satisfecha con el elogio.

Celine asintió.

—El chaleco de Jacquard es una elección excelente para alguien de su tono de piel, y la confección es magní ca, aunque yo hubiera usado una costura francesa en vez del respunte clásico para la terminación de los bordes.

—¿Las costuras francesas son mejores? —preguntó Odette mientras apoyaba su vino sobre una mesa cercana.

—Claro que sí. —Celine no parpadeó—. Son francesas.

—Eres realmente encantadora, *mon amie*. —Odette rio.

Celine estuvo a punto de acompañar a Odette con una sonrisa propia, pero algo la detuvo. Algo le insistió que mantuviera la distancia, aunque solo fuera por el momento. Con ar demasiado en los demás no le había hecho ningún favor hasta el momento.

—Nunca he visto un nudo como ese. —Señaló el pañuelo de cuel o Odette con la cabeza.

—Es un nudo de la primera mitad de este siglo al que los ingleses l aman *mail coach knot*. —Los ojos de Odette bril aban con un color dorado pálido—. Debo decir que creo que los hombres del período de la Regencia tenían mejor sentido de la moda, ¿no te parece?

Celine lo pensó un instante.

—Una parte de mi está dispuesta a coincidir. —Hizo una pausa—.

Aunque admito que nunca me han gustado los sombreros de copa. Los hombres no necesitan la altura adicional; ya se sienten demasiado superiores así como son.

Odette murmuró en señal de acuerdo.

—¿Qué tipo de sombrero combinarías con este conjunto? —preguntó

—. ¿Una gorra con visera como las que usan en Eton? ¿Un bombín?

—Para ser honesta, lo pre ero sin sombrero, pero sé que eso no es lo

que se acostumbra. Si fuera a salir durante el día, le recomendaría un sombrero de paja con una cinta ancha. Es perfecto para el clima de esta ciudad.

—Entonces, ¿un sombrero panamá? —Odette dio un golpecito contra el mentón con un dedo índice.

Celine frunció el ceño.

—No. Algo... diferente.

Algo que no le recordara a Sébastien Saint Germain.

Celine tragó saliva y se preguntó por qué sus pensamientos se habían visto atraídos por ese estilo en particular en ese momento en particular.

Nunca antes le había parecido memorable. Cuando Celine echó un vistazo a Pippa, se dio cuenta de que su amiga la estaba observando con la cabeza rubia inclinada hacia un lado. Como si hubiera oído la mentira que se escondía en las profundidades de las re exiones de Celine.

Incómoda con la idea, Celine decidió cambiar la dirección de la conversación.

—¿Hay algún sitio donde podamos comenzar a tomarle las medidas?

—le preguntó a Odette.

El a l evó ambas manos a la cintura e inclinó la cabeza hacia un lado.

—Yo no tengo problema en que me midáis aquí, siempre y cuando no os moleste a vosotras. —Era casi como si estuviera planteando un desafío.

Así no era como se hacían las cosas. Pero estaba claro que Odette disfrutaba de ir en contra de las convenciones. ¿Por qué se comportaría de forma diferente en esa situación? Celine adoptó una expresión que era la imagen misma de la apatía mientras hurgaba en el bolsil o de sus enaguas y extraía una cinta métrica.

Se negaba a que le sacaran ventaja o la intimidaran.

Incluso si Odette realmente llevaba pantalones.

Mientras se disponía a tomar las medidas del torso de Odette, Celine echó una mirada a través de un hueco entre la multitud y vislumbró una partida de ajedrez en curso. Ninguno de los jugadores se movió durante el tiempo que le llevó inhalar y exhalar varias veces, sus ojos estaban clavados sobre el tablero blanco y negro. Después, el rey blanco cayó sin que nadie lo tocara. En el instante siguiente, todo el tablero volvió a acomodarse por sí solo —las piezas atravesaron la superficie cuadrículada a toda velocidad— mientras el vencedor estiraba el brazo para darle un apretón a la mano de su oponente con una sonrisa en los labios.

—¿Q-qué? —tartamudeó Pippa—. ¿Qué ha ocurrido?

—Lo que es más importante, ¿cómo? —Celine miraba con ojos abiertos y expresión incrédula.

—No es necesario que parezcáis tan sorprendidas —dijo Odette con una sonrisa—. No son más que ilusiones hechas por quienes tienen la habilidad.

—¿Quiere decir... magia? —Pippa echó una mirada hacia Odette y levantó una ceja en un gesto interrogativo.

—En cierto modo. —Odette asintió—. Este es un espacio en el que los estudiantes de las ciencias ocultas... —Hizo un gesto en el aire con las manos mientras buscaba la palabra indicada—... se reúnen.

—¿Cómo si fuera un antro de juegos para magos? —La duda atravesó la cara de Celine al mismo tiempo que volvía a las mediciones de los brazos y hombros de Odette.

—No nos le amaría *magos* —respondió Odette—. Preferimos que nos le amen *ilusionistas* o *mentalistas*.

Pippa asintió.

—Una vez vi la actuación de un mentalista en las afueras de Londres.

Convirtió agua en tinta y transformó un ramo de lirios en una bandada de palomas. —Se detuvo—. ¿Sus miembros también hacen actuaciones de ese estilo?

—Algunos lo hacemos. —Odette levantó un hombro, lo cual significó un regaño mudo de Celine—. Pero la mayoría elegimos reunirnos aquí donde estamos seguros para perfeccionar nuestras habilidades. —Se detuvo—. Es una bendición contar con un espacio como este. En el pasado, hubo un momento en el que las cosas no eran tan... —Una sombra oscureció el semblante de Odette y su voz se fue apagando hasta disiparse por completo. Después esbozó una sonrisa radiante.

Celine respiró con cuidado mientras trabajaba y sintió que sus dudas crecían cada vez más. Había algo que le inquietaba de la explicación que había dado la joven. Le resultaba familiar. Era una explicación similar a la que Celine se había acostumbrado a dar en esos últimos tiempos: el esqueleto de una verdad.

—¿Qué clase de mentalista es usted? —preguntó con tono despreocupado.

—La clase que puede adivinar el futuro —respondió Odette como si fuera lo más normal—. Los antiguos hablaban de personas que observaban las estrellas, pero los místicos del Barrio Francés nos aman clarividentes.

Los delicados labios de Pippa se abrieron en un gesto de sorpresa.

—Entonces, ¿usted ya sabe todo lo que sucederá? ¿Todo lo que haré o diré? —Miró a su alrededor con una incomodidad aparente—. ¿Incluso lo que pueda estar pensando o sintiendo?

Odette negó con la cabeza.

—Sé qué es lo que *puede* ocurrir de acuerdo con las elecciones que tomes.

—Con tan solo... —Pippa tragó—... ¿mirarme?

—No. Necesito contacto físico para adivinar cosas con cierta claridad.

Durante todo el intercambio, Celine se había mantenido en silencio por temor a decir algo fuera de lugar. Hizo una pausa para anotar las últimas medidas pero el escepticismo hizo que le ardieran las venas al recordar cómo Boone había dicho sentir el sabor de sus mentiras. *Esas cosas no son posibles*, gritó su cabeza, que demandaba su atención. Sin embargo, su corazón sabía algo diferente.

Celine no podía negar que, esa noche, en Jacques', había estado en presencia de algo de otro mundo. Lo que era más, recordaba el primer encuentro con Odette esa misma tarde. La forma en la que los ojos de la joven se habían abierto de modo casi imperceptible cuando Celine había sujetado su mano.

Con esa interacción minúscula, la clarividente ya había visto algo.

Cautivada por la posibilidad de poseer ese conocimiento —ese poder

—, Celine hizo a un lado la cinta métrica y dejó caer el lápiz que sostenía con los labios. Sabía que era un riesgo, pero tenía que saber si Odette había descubierto alguno de sus secretos.

—¿Qué vio?

Pippa se giró hacia ella, confundida por la pregunta.

Odette cruzó su mirada con una expresión astuta.

—¿A qué te refieres? —Su voz sonaba engañosamente inocente.

—Esta tarde —continuó Celine sin pestañear—, cuando me sujetó la mano, ¿qué vio?

La sonrisa de Odette se convirtió en algo feroz.

—Solo vislumbro destellos de posibilidades. El encaje me obstruía la vista. —Levantó una mano enguantada—. Es molesto pero necesario.

Es fácil perder de vista qué es real cuando una está perdida entre las estrellas.

Celine se irguió. Después estiró la mano y mantuvo la mirada firme, determinada a averiguar si Odette poseía algún tipo de información dañina.

—Por favor, dígame qué ve. Me gustaría saberlo.

—¿Estás segura, *mon amie*? Conocer qué es lo que puede ocurrir no es lo mismo que evitar que ocurra.

—Estoy segura. —Celine asintió.

Odette se quitó el guante de cabritillo de la mano derecha. Sin dudar, envolvió la palma de Celine con sus dedos fríos y cerró los ojos. Su sonrisa se suavizó.

— *La dompteuse des bêtes* —murmuró después de un momento. Sus ojos se abrieron de pronto y la risa tiñó el tono de su voz—. *Je le savais!*

—Se felicitó a sí misma.

—¿La domadora de bestias? —tradujo Celine con una expresión confundida—. No le entiendo.

Odette no respondió. Sus labios comenzaron a fruncirse, como si hubiera consumido algo agrio. Tragó saliva con cuidado y volvió a cerrar los ojos. Lo que fuera que estuviera viendo en ese momento le causaba una consternación inconfundible.

Pippa se mordió el labio inferior. La inquietud recorrió la espalda de Celine como si fuera una gota de sudor. Se aferró con fuerza de la mano de Odette y notó que su piel se volvía más cálida con cada segundo que pasaba.

—¿Qué? —susurró—. ¿Qué sucede?

De pronto, Odette se separó y arrancó su mano de la de Celine.

Cuando sus ojos se abrieron, estaban dilatados, brillantes y desenfocados.

—No he podido... —Dejó la oración inconclusa, como si se hubiera desorientado durante un instante. Después se enderezó como un soldado y le dedicó a Celine una sonrisa resplandeciente—. Lo siento, *mon amie*, pero hay partes de tu futuro demasiado nebulosas para adivinarlas.

—¿Eso qué significa? —Celine no le creía.

—Significa que el camino que tomará tu vida todavía no ha sido trazado. —Odette se encogió de hombros. Su risa se parecía a las burbujas del champán, ligera, frívola, llena de aire—. Pero no te preocupes. Podemos intentarlo de nuevo pronto, te lo prometo.

Celine se tragó la respuesta. El tipo de magia de Odette no era tan impresionante ni útil como había esperado. También era posible que la joven estuviera ocultando lo que había visto de forma deliberada.

Ninguna opción le gustaba demasiado a Celine, pero sería poco cortés seguir insistiendo con el tema en público.

Como si no hubiera sucedido nada, Odette volcó su atención en Pippa y estiró su mano descubierta hacia ella.

—¿Te gustaría intentarlo?

—Por favor, no se ofenda, pero espero que mi futuro continúe siendo una sorpresa. —Pippa retrocedió un paso.

—¡Eres una chica lista! —Una nueva ronda de risa ligera brotó de los labios de Odette.

—Sin embargo —dijo Pippa, y sus rasgos se fruncieron en un gesto de confusión—, lo que sí me da curiosidad es saber cómo funciona. ¿Es una habilidad con la que se nace o debe ser cultivada?

Odette inclinó la cabeza hacia un lado y hacia el otro, considerando sus pensamientos en silencio, como si fueran pesas en una balanza.

Antes de responder, se volvió a colocar el guante.

—Muchas de las mujeres de mi familia han sido dotadas con la clarividencia. Este sitio me ha dado un espacio donde cultivar este don sin ser juzgada y sin sentir la presión de las expectativas. Para quienes son como yo, este es el único refugio que hemos tenido en nuestras vidas. —Su sonrisa se volvió triste antes de volver a alegrarse un instante más tarde—. Lo digo en serio, este lugar no es como ningún otro.

—Kassamir lo llamó *La Cour des Lions* —señaló Celine.

—¿El... Corazón de un León? —intentó traducir Pippa.

—La Corte de los Leones —corrigió Celine con tono amable.

Pippa sin duda había llegado a la misma conclusión a la que Celine había llegado hacía no mucho tiempo, porque sus ojos se abrieron en señal de entendimiento. La conclusión de que, una vez más, Celine era responsable de arrastrar a su amiga hacia las profundidades de un campo de diamantes a lados como navajas.

Quizás su destino era ser un augurio de futuras catástrofes.

Odette puso los ojos en blanco.

—Eso no es culpa de Kassamir. Ha sido Bastien. En serio, ese chico podría vender una bola de nieve a un pingüino. —Soltó una risita—.

Jamás adivinaríais lo dramático que es en realidad. —Pareció arrepentirse—. Ah, pero si me escuchara decir eso, me clavaría esa mirada a lada hasta que le pidiera perdón. En serio, los hombres son demasiado infantiles.

Distraída por sus preocupaciones, Celine tardó un momento en asimilar las palabras de Odette. Su sangre se heló.

—¿Bastien? ¿Se re ere a Sébastien Saint Germain?

Odette abrió los ojos con sorpresa.

—Sí, el mismo. *Un vrai démon, n'est ce-pas?* —Resopló por la nariz—.

Al menos es agradable a la vista. ¿Habéis visto alguna vez a un diablil o más atractivo?

—No —admitió Celine—. Por desgracia, él tampoco.

— *Parfait! Simplement parfait!* —Odette aplaudió y su risa se elevó hacia el techo artesonado. Después continuó hablando sin detenerse ni siquiera para respirar.

En algún sitio por encima de las nubes —o en una fosa ardiente en las profundidades de la tierra —, alguna criatura fuera de este mundo debía de estar divirtiéndose muchísimo a expensas de Celine. Sus hombros se encorvaron hacia adelante y sus labios se convirtieron en una línea mientras las palabras seguían uyendo de los labios de Odette como si fueran vino durante una bacanal.

—El tío de Bastien es el dueño de todo este edicio, así como de varias otras propiedades en el Vieux Carré —explicó Odette—. Claro que debéis de haber oído hablar sobre *Le Comte de Saint Germain*. Rico como Creso y encantador como el pecado. Bastien es su único heredero, un hecho que no ha pasado desapercibido entre las debutantes de nuestra bel a ciudad, a pesar de los... reparos que muchos miembros de la sociedad tienen con respecto a su ascendencia. —Soltó una risa pícara, un sonido apenas malicioso—. Apuesto a que el dinero solucionaría la mayoría de esos problemas, *non?* —Guiñó un ojo—.

Aunque yo hablo solo tres idiomas, el Conde ha dominado *nueve* y puede citar pasajes enteros de las Sagradas Escrituras a su antojo.

También es un gran admirador de... —Se detuvo al notar la mirada vidriosa de Celine—. Ah, pero creo que me estoy adelantando demasiado. —Odette se inclinó con actitud cómplice hacia Pippa, quien estaba de pie a un lado, entrelazando y desenlazando los dedos de las

manos—. No creáis todos los rumores desagradables. El tío de Bastien es una joya. Después de que los padres de Bastien murieran, se hizo cargo de él cuando todavía era un niño y lo cuidó como si fuera su propio hijo.

Celine se aclaró la garganta, desconcertada ante la avalancha de información.

—Esta es la primera vez que oigo algo sobre el conde, y a su sobrino lo he... conocido justo esta noche.

Odette inclinó la cabeza.

—El conde no está en la ciudad en este momento, pero sospecho que Bastien debería estar a punto de llegar en cualquier momento. —Se dispuso a inspeccionar la alfombra afelpada, buscando algo con la mirada entre las patas de las sillas—. Sea como sea, deberíais estar atentas a Toussaint.

—¿Qué? —Celine se contuvo de retroceder—. ¿Deberíamos estar atentas a algo... en el suelo? —Después de haber sido testigo de piezas de ajedrez que se rendían por cuenta propia, Celine no quería que la sorprendiera alguna mesa de juego traviesa o alguna banqueta con un sentido del humor descarriado.

—No os alarméis. En realidad, no importa. —Odette volvió a hacer un gesto con las manos, algo que Celine había empezado a asociar con un estado de agitación—. Toussaint... es la pitón de Birmania de Bastien. —Las palabras que siguieron fueron pronunciadas a toda velocidad—. Es totalmente inofensiva. Al pobre ángel le encanta descansar y no dañaría ni a un ratón. —Hizo una mueca y se mordió el labio—. *Zut alors*. Lo he dicho en sentido gurado, claro. —Odette volvió a sonreír—. Esperad. Antes de que os deis cuenta, seréis mejores amigos.

Así de desarticulada como estaba, la explicación tardó en cobrar sentido para Celine.

La pitón de Birmania de Bastien.

La *serpiente gigante* de Bastien.

Aunque la serpiente en cuestión todavía no había aparecido, Pippa ahogó un chillido y saltó hacia atrás, desesperada por encontrar una silla o algo sobre lo cual subirse. Celine permaneció con los pies clavados en el sitio y sintió una emoción familiar corriendo por sus venas.

Odette les dedicó una mirada lastimosa.

—De vez en cuando, a Toussaint le gusta enrolarse alrededor de algo cálido, pero, por favor, sabed que no hay nada de qué preocuparse. Solo lo he mencionado porque, si no sabéis que está por aquí, puede ser un poco... desconcertante.

—¿Una serpiente? —chilló Pippa, quien a todas luces parecía querer fundirse con la pared de paneles que estaba detrás de ella—. ¿Qué clase de persona tiene una *serpiente* de mascota?

—Lucifer —respondió Celine con voz monótona—. Lucifer tendría una serpiente de mascota.

Un trino de risas escapó de los labios de Odette al mismo tiempo que estiraba el brazo para alcanzar su copa de vino.

—Ah, tendrás que contarme qué ha sucedido esta noche cuando os habéis conocido. ¡Qué

delicioso!

Celine se mordió las mejillas para controlar su respuesta.

—Nos encontramos con el señor Saint Germain de camino aquí. —

Los ojos azules de Pippa recorrían el suelo de un lado para el otro mientras ella se mordía el labio inferior y sus dedos jugaban con la cruz dorada que colgaba de su cuello—. No fue tan... — vaciló—... cortés

como debería haberlo sido.

—No me sorprende oírlo —respondió Odette—. Bastien es como el personaje de una canción de cuna. Cuando es bueno, es muy, muy bueno. Pero cuando es malo, bueno... Estoy segura de que entendéis la idea.

Por supuesto que Celine la entendía. Pero se negaba a perder más tiempo contemplando a ese joven despreciable y a su serpiente ridícula.

No sería fácil, pero Celine estaba decidida a acabar de una vez por todas con... cualquier tipo de interés preocupante que ese bello joven había conseguido despertar en ella.

A decir verdad, no lo entendía en absoluto. Apenas habían pasado más de un momento en presencia del otro, y una cara atractiva no era suficiente para distraerla de todas sus fechorías. Celine tenía toda la intención de ponerle riendas a sus emociones antes de que la noche llegara a su fin.

En el pasado, nada bueno había resultado de dejar que jugaran sin control.

Su mirada se posó sobre una pintura con un marco dorado que estaba colgada al otro lado del salón. Dejó que su mirada se desenfocara hasta que los bordes brillaron como si fueran oro derretido. Celine odiaba lo mucho que el haberse enamorado en un chico como Bastien sacaba a la luz la herida que ella estaba por dentro. En una sola noche, él se había convertido en la proverbial piedra en el zapato de Celine. Era un recordatorio de que había algo en su interior que no estaba bien.

Quizás eso era todo. Quizás no tenía nada que ver con una fascinación con él. Quizás era la amante de la criatura que acechaba dentro de ella. Hacía no mucho tiempo, esa criatura le había otorgado un poder inmenso sobre un acosador y libertad para controlar su vida.

Pero también la había convertido en una asesina.

La expresión de Celine se volvió seria. Pondría fin a todo eso. De inmediato.

Y habría funcionado. Más tarde, Celine juraría que había estado a punto de conseguir la victoria y arrojar todo lo relacionado con Sébastien Saint Germain en un abismo negro. Hacer que desapareciera para siempre.

Todo habría salido de acuerdo al plan.

Si no hubiera sido por el grito agudo que de pronto atravesó el salón.

EL FANTASMA

Pippa soltó un alarido escalofriante que retumbó a lo largo de la sala, rebotó contra los paneles de las paredes e hizo temblar las borlas doradas. Separó el espacio en dos, como si una grieta se hubiera abierto en la alfombra afelpada y el Inerno estuviera ardiendo un par de brasas más abajo.

No se podía negar que ese grito había sido un logro impresionante.

En el momento en el que brotó de los labios de Pippa, todos los miembros de *La Cour des Lions* entraron en acción, sus cuerpos tensos y en alerta. Odette se dio prisa para acercarse a ella, pero la copa que tenía en la mano se inclinó y salpicó la falda de Pippa con vino. Antes de que Celine pudiera pestañear, un elegante hombre del Lejano Oriente se movió a toda velocidad hacia ella, blandiendo una daga de madreperla. Se detuvo junto a su hombro y cambió la daga de mano.

Boone se acercó con paso tranquilo mientras hacía girar un picahielos en el aire. Las dos mujeres que le evaban anillos peligrosos adoptaron la postura de un par de panteras a punto de atacar, con las manos en forma de garras, como si sus joyas ostentosas fueran realmente armas en vez de adornos. El vencedor de la partida de ajedrez solo apoyó una pistola sobre la mesa que tenía delante de él y mantuvo una expresión tranquila y serena en su cara barbuda.

Celine se aferró del codo de su amiga y tiró hacia atrás para que su cuerpo quedara delante del de Pippa a modo de escudo.

—¿Qué ha sucedido? —exigió a su amiga en voz baja—. ¿Estás bien?

—Creí... creí que algo había rozado mi pie —respondió Pippa casi sin aliento y con una expresión desconcertada. La culpa tiraba de la comisura de sus labios—. Debo de haberme equivocado. —Habló más fuerte para proyectar su voz hacia la sala—. Lamento mucho haberos asustado. No ha sucedido nada. Por favor, aceptad mis más humildes disculpas.

Aquelos que se habían posicionado para atacar no se relajaron.

Muchos continuaron observando a Pippa con mirada atenta y ojos que brillaban de forma desconcertante. Una vez más, Celine pensó lo mismo:

Inhumanos.

Pero eso era imposible. ¿O no? Una cosa era creer en magia e ilusiones. Pero creer en criaturas que pertenecen a la imaginación de los niños era algo muy distinto.

Pippa, cuya cara estaba sonrojada, tomó una bocanada de aire.

—Lo siento, de verdad —repitió, esta vez más fuerte, mientras intentaba en vano prevenir que su falda absorbiera el vino que se había derramado.

—No te sigas disculpando —murmuró Celine—. Que una plaga caiga sobre esa maldita serpiente y el infeliz de su dueño.

Entonces —como si el grito de Pippa hubiera enviado un mensaje a través de las paredes— una de las dos puertas que estaban al fondo de la cámara se abrió y una ráfaga de aire frío recorrió la piel expuesta del pecho y el cuello de Celine. Al principio, nada emergió por la puerta, pero, un momento más tarde, quienes estaban más cerca se hicieron a un lado, como si estuvieran abriendo paso a alguien, o a algo.

—Ah, aquí está. —Odette esbozó una sonrisa radiante.

Pippa se aferró a Celine cuando vio que una serpiente enorme —con escamas cubiertas de manchas marrones oscuras y rodeadas de aros negros— se deslizaba por el suelo alfombrado. El miedo y la adrenalina recorrieron el cuerpo de Celine. Comenzó a inclinarse hacia un lado a medida que la serpiente se acercaba, pero los dedos de Pippa sujetaban su muñeca con fuerza y no la dejaban moverse de su sitio.

—Huelen el miedo —murmuró Pippa.

—¿Cómo sabes eso?

—Lo he leído en algún sitio.

—Puras mentiras. —Odette se quitó los guantes manchados de vino

—. Técnicamente, no huelen nada. Solo saborean cosas con la lengua.

Celine envió una mirada asesina en dirección a Odette mientras la serpiente pasaba junto a ellas y se desvanecía detrás de un charco de seda de color índigo bajo una ventana arqueada. Incluso después de que la serpiente desapareciera, Pippa no dejó de cortar la circulación de la sangre hacia los dedos de Celine.

—Oh, tonterías, Toussaint no haría daño a nadie —les aseguró Odette y, mientras hablaba, guardaba sus manos descubiertas en los bolsillos—. Una vez envolvió a Arjun, pero solo fue aterrador durante un segundo. —Hizo una pausa para recordar el momento—. Y ese criminal devorador de *crumpets* se lo tenía merecido.

—¿Qué... qué había hecho? —preguntó Pippa.

—Al parecer, había masacrado demasiados *crumpets* —bromeó el joven en cuestión a espaldas de Pippa, y su acento británico, claramente afectado por la bebida, parecía arrastrar un poco las palabras.

Celine se giró asombrada hacia Arjun y se percató de sus nudillos rojos y su apariencia desaliñada. Un par de recordatorios poco gentiles de que, a pesar de lo agradable que pudiera ser su comportamiento, ese

chico de las Indias Orientales no era lo que parecía ser. Después de todo, había conseguido cruzar

el salón sin ser advertido, como si fuera una sombra que atravesaba una nube de humo.

Pippa giró sobre sus talones con una falta de gracia inusual y perdió el equilibrio. Habría caído al suelo si Arjun no hubiera estado allí para sostenerla con los brazos alrededor de sus hombros.

—Te tengo, muñeca —dijo con una media sonrisa pícaro.

Un destello de horror atravesó la cara de Pippa. Al siguiente instante, lo alejó de un empujón con una fuerza sorprendente. Arjun aterrizó sobre su trasero con el chaleco torcido y el monoculo enredado alrededor del cuello.

Celine intentó controlar su reacción, pero no había forma de hacerlo.

Se cubrió la boca con un puño. Pronto, Odette se apoyó contra Celine mientras soltaba carcajadas junto a ella. Como era de esperar, Pippa no se unió a ellas en su júbilo. Se elevó ambas manos a la boca. Sonrojada, estiró los brazos y se inclinó para ayudar a Arjun a ponerse de pie.

Pero su ayuda fue rechazada.

—¡Lo siento! —exclamó mientras el color le subía por el cuello—. No esperaba que fuera a...

—¿Ayudarla? —ofreció él.

—Estar tan cálido —concluyó ella, sonrojada.

Arjun la miró confundido y después sonrió, aunque todavía rehusaba aceptar la mano que ella le ofrecía. En vez de eso, echó una mirada hacia la izquierda y silbó entre los dientes para llamar la atención del campeón de ajedrez que estaba cerca. Un instante más tarde, el hombre desgarbado, cuyo bigote rojizo y encerado se curvaba hacia los extremos, dio un paso hacia adelante y tiró del brazo de Arjun para ponerlo de pie con una fuerza insólita.

—¿Has bebido su ciente, mi buen hombre? —preguntó con un áspero acento *cockney*. Ahora que estaba de pie era mucho más alto que cualquiera de las personas que lo rodeaban, y sus extremidades largas y delgadas lo hacían parecer un espárrago—. ¿Son todos los malditos marajás igual de debiluchos que tú cuando beben alcohol?

Arjun puso los ojos en blanco.

—No digas tonterías. No todos los hombres de la India son marajás, Nigel. —Hizo una pausa para mayor efecto—. Y no todos los ingleses son cabaleros.

—¡Sinvergüenza!

—Imperialista detestable.

—¡Imbécil patoso!

—Ramita sobrecrecida.

El bigote encerado de Nigel tembló. Después él arrojó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada. El sonido estaba tan lleno de júbilo que Celine comenzó a sonreír.

— *¿Qué está pasando, Odette?* —Una voz profunda en español se abrió paso entre la multitud desde sus espaldas.

— ¡Hostia! —exclamó Odette sobresaltada. Su puño pequeño salió disparado y golpeó contra algo sólido—. Deja de intentar asustarme, cretino. *Te dije lo que sucedería la próxima vez...* —Soltó una serie de frases que Celine no pudo seguir, palabras en español que salían volando de sus labios con facilidad.

Arjun y Nigel intercambiaron una mirada. De inmediato se abrieron camino hacia la mesa de ruleta que estaba al fondo del salón.

Odette continuó despotricando contra el recién llegado a espaldas de Celine. Pero Celine se negaba a girarse. No sentía ninguna necesidad de confirmar lo obvio. Sentía el galope de su pulso en el cuello cuando el

calor del cuerpo de él se acercaba. La sensación de ser atraída y empujada a la vez —un imán con polos opuestos— le estrujó el estómago. Al igual que en la noche en la que él había llegado a Nueva Orleans, cuando la multitud había despejado la calle sin que él abriera la boca, la presencia de Bastien era algo tangible. Hacía que algo en el aire se desplazara, como si fuera un suspiro del viento.

La criatura que estaba dentro de Celine se retorció bajo su piel y cobró vida.

No. Celine Rousseau no era una veleta. No se movería por la presencia del Fantasma como todos los demás. Él no era nadie especial, era igual que todos los jóvenes privilegiados que había conocido en el pasado. Otra aproximación malcriada y creída de lo que debería ser un hombre. Celine respiró hondo, decidida a permanecer inmune a sus efectos.

Sintió que los ojos de Bastien se clavaban en su nuca. El vello que allí tenía se erizó y sintió un cosquilleo cálido que le recorría la espalda.

Estaba lo bastante cerca como para que él pudiera oler la bergamota de su colonia. Los rastros de cítricos y especias.

Ese chico era peligroso. Demasiado peligroso. Como combustible para el fuego que era Celine.

Él se mantuvo erguida. Calló a la criatura que se había despertado.

Odette continuó regañando a Bastien en una mezcla de español y francés. Sin perturbarse por sus protestas, Bastien pasó junto a Celine y Pippa sin prisa, con movimientos líquidos. En el tiempo que había transcurrido desde su encuentro hacía una hora, se había quitado su levita y se había arremangado la camisa blanca almidonada, lo que había revelado un chaleco entallado de seda de color carbón y un conjunto de marcas curiosas en la parte interna de su antebrazo

izquierdo. En contra de la moda del momento, tenía el pelo cortado cerca del cráneo, en un estilo

parecido al de un busto de Julio César que Celine había visto una vez. Alrededor de los hombros, le evaba colgada una pistolera de cuero bruñido, y un revólver centel eaba debajo de su brazo derecho. Cuando sus ojos se encontraron con los de Celine, presionó los labios, los levó hacia adelante con un dejo de irritación y apretó la mandíbula. Sus facciones atractivas estaban plagadas de señales de molestia. No había ni rastro de sorpresa ni una gota de placer por haberla encontrado al í.

Su expresión envalentonó a Celine. La animó a desestimarlo con la misma facilidad con la que él la había desestimado a el a.

—¿Ya has terminado? —preguntó en voz baja a Odette, aunque sus ojos estaban clavados en Celine.

—Por ahora —resopló Odette—. Pero no lo vuelvas a hacer. Ya sabes lo mucho que detesto que me pil en desprevenida. No tengo ninguna duda de que por eso disfrutas tanto de hacerlo, *malquisto*.

Aunque el tono de Odette se había alivianado y era ahora jocoso, Bastien no sonrió.

— *Responde a mi pregunta. ¿Por qué está ella aquí?* —preguntó en español.

—No. —Odette se cruzó de brazos—. No pienso responder a tu pregunta. *C'est impoli*. Estas damas son mis invitadas, y no te debo ninguna explicación sobre el motivo de su visita.

Los bordes de los ojos de Bastien se tensaron, su expresión se volvió más amenazadora. Celine sospechaba que, en condiciones normales, esa mirada helada sería causa de terror en quienes la presenciaran.

Haría que esas personas lo obedecieran sin cuestionarlo.

El a lo miró a los ojos y le devolvió la mirada mientras su corazón se

agitaba detrás de sus costil as. Celine esperó a que él les pidiera que se fueran. Después de todo, ese edicio pertenecía a su familia. Y a pesar de lo que las demás personas pudieran decir, estaba claro que Bastien controlaba a *La Cour des Lions*, desde el techo artesonado hasta la serpiente que se deslizaba por la alfombra afelpada.

Lucifer en su guarida de leones.

En vez de hacer eso, Bastien permaneció en silencio. La piel bronceada que rodeaba sus ojos y frente se suavizó, la postura de sus hombros se relajó. Antes de que Celine pudiera parpadear, él se dispuso a derramar encanto con toda la elegancia natural reservada para la nobleza.

Era una imagen perturbadora de contemplar.

Bastien se inclinó ante Pippa.

—Bienvenida a Jacques', *mademoiselle*. Mi nombre es Sébastien Saint Germain. *C'est un plaisir*

de faire votre connaissance. —El camaleón consumado sujetó la mano de Pippa y se inclinó para besarla.

Aunque las mejillas de Pippa se sonrojaron con el contacto, ella se aclaró la garganta. Retiró los dedos de la mano de él.

—Ya nos hemos conocido, señor.

Celine contuvo una sonrisa.

—*Quel charlatan!* —Odette rio por la nariz mientras daba un sorbo de su vino—. Saben quiénes.

—Pero no hemos sido presentados formalmente. —Las burlas no parecían inmutar a Bastien en lo más mínimo.

—En ese caso, *permettez-moi.* —Una sonrisa malvada brilló en los ojos de Odette—. La despampanante dama a tu derecha, con el pelo oscuro como el plumaje de un cuervo y los ojos como dos esmeraldas egipcias, es Celine... —Se detuvo en seco. Soltó una risa—. Me acabo

de dar cuenta de que no conozco tu nombre completo, *mon amie.*

—Mi nombre es Celine Rousseau. —Celine estiró la mano y canalizó una expresión de indiferencia.

Bastien le aceptó la mano. Celine detectó un rastro de vacilación en el momento en el que los delgados dedos de él envolvieron los de ella.

Apenas una pizca, como si hubiera cometido un error de juicio y se hubiera dado cuenta demasiado tarde. Una corriente de fuego se expandió por su brazo con lentitud, como si la criatura que habitaba en su sangre deseara saborear la experiencia. Antes de que Bastien pudiera inclinarse para besarle la mano, Celine retiró su palma de la de él.

Algo ilegible atravesó los rasgos de Bastien y se desvaneció antes de que Celine pudiera dar un respiro. Después, la sonrisa de Bastien se convirtió en algo salvaje por todo el regocijo que enseñaba. La estaba desafiando sin palabras.

Eso envalentonó aún más a Celine. Si él iba a jugar a un juego, entonces ella lo jugaría mejor. Echó una mirada a Pippa, inclinó la cabeza y permitió que un destello astuto brillara en sus ojos. Era el mismo tipo de mirada que había visto a un sinnúmero de mujeres compartir entre ellas en la sociedad parisina, como si solo ellas conocieran un secreto exquisito.

—Esta es mi querida amiga, la señorita Philippa Montrose.

—*Enchanté, mademoiselle Montrose.* —Bastien volvió a inclinarse ante Pippa.

Pippa asintió con la cabeza, pero su incomodidad era obvia. Aunque Odette intentara actuar de forma indiferente ante la escena que se estaba desarrollando, su atención revoloteaba entre Celine

y Bastien, como si estuviera observando un hilo que comenzaba a deshilacharse.

Cuando Celine la atrapó mirándola con jeza, Odette apartó los ojos y se concentró en la falda de Pippa manchada de vino.

— *Merde!* —maldijo Odette—. Soy un desastre. Me había olvidado por completo de tu vestido. Ven conmigo. —Se dispuso a avanzar con determinación hacia la escalera.

—No se preocupe. No es... —Pippa sacudió la cabeza.

—Tonterías. —Odette giró sobre los talones—. Estoy segura de que Kassamir tendrá un poco de... ¿cómo era? —Chasqueó los dedos y el sonido resonó en el aire—. Agua tónica, para quitar la mancha, tal como Celine ha sugerido.

—No es necesario.

—Insisto. —Odette sujetó a Pippa de la mano—. Si no me dejas arreglarlo, lo menos que puedes hacer es permitirme reemplazar tu atuendo. La tela es preciosa... ¿*Voile*, verdad? —Sus facciones se iluminaron, una idea ya se estaba formando en su cabeza—. Podríamos ir mañana juntas a ver a mi modista. No tiene ni el ojo ni la formación de Celine, pero es muy competente en...

—Por favor, no se preocupe, *mademoiselle* Valmont. Este vestido no vale la pena. Es muy viejo. Lo... heredé de una prima.

Pippa hizo una mueca avergonzada ante esa admisión y Celine sintió una puñalada en el corazón. Estaba claro que revelar ese detal e era doloroso para Pippa, y Celine no tenía ni la más mínima idea de por qué.

Le molestaba darse cuenta de lo poco que sabía sobre su única amiga.

Hacía tan solo una hora, Pippa había señalado que no eran amigas de verdad. No todavía. En ese momento, Celine se había sentido dolida, pero ahora no podía negar la veracidad de lo que Pippa había dicho. Las amigas verdaderas compartían sin reservas sus pensamientos y sentimientos, sus secretos y sus miedos. En París, antes de aquel a

noche terrible, Celine había tenido dos amigas así, Monique y Josephine. Se preguntaba si pensarían en el a ahora que no estaba. Si se preocuparían por el a. Si se preguntarían a dónde había ido.

Si sabían que ahora era una asesina.

Después de la dolorosa confesión de Pippa, Odette se quedó en silencio durante un instante. Cuando volvió a hablar, sus palabras fueron gentiles.

—Por favor, déjame ayudarte con esto, *ma choupette*. —Volvió a sostener la mano de Pippa, aunque esta vez con menor insistencia—. Y

l ámame Odette. Pre ero que mis amigos me l amen así.

En ese momento, Celine decidió que —algún día— también le gustaría ser amiga de Odette Valmont. Pippa esperó un momento.

Después asintió una vez con una sonrisa agradecida. Las dos mujeres se dirigieron al restaurante de la planta baja en una misión para encontrar a Kassamir.

Y dejaron a Celine en la guarida de los leones... de pie junto a Lucifer.



DES QUESTIONS, DES QUESTIONS

En el instante en el que las jóvenes desaparecieron escaleras abajo, Celine y Bastien cruzaron una mirada. El aire vibraba con una carga eléctrica que se arremolinaba a su alrededor como el inicio de una tormenta.

Sus sonrisas se desvanecieron de inmediato.

Un silencio tangible descendió sobre sus hombros como si fuera una capa. Una parte de Celine se deleitaba en eso. Sentía que aquel o era sincero. Ninguno de los dos estaba ngiendo. En ese momento, el a podía ser quien era. No importaba si no cumplía con las normas sociales de la época. Bastien no la juzgaría porque él no era ningún caballero, así como Celine no era ninguna dama.

La postura de Bastien se relajó aún más, casi como si hubiera llegado a la misma conclusión. Separó los pies y se puso cómodo en una posición informal. Celine se dio cuenta de que disfrutaba de verlo bajo esa luz de calma. Lo hacía parecer más una persona viviente que respiraba y no tanto el objeto de rumores sagaces. Después de todo, no era más que un hombre joven.

Aunque uno endemoniadamente atractivo.

Bastien empujó los labios hacia adelante como si estuviera calculando algo. El gesto llamaba la atención sobre su boca de una forma que hizo que Celine apartara la mirada. Tragó y descartó el remolino de pensamientos lascivos. Una parte de él estaba enfadada por esa

prueba de la atracción que sentía. La otra, apreciaba el duro recordatorio de que Bastien sacaba la peor versión de Celine a la superficie. La versión que estaba envuelta en vicios y pecados.

Pasó otro minuto en silencio. Cuanto más tiempo pasaban sin hablar, más crecía la carga en el aire, hasta que cobró vida propia y se elevó como un espectro encapuchado por encima de sus cabezas.

Celine rehusaba ser quien hablara primero. Aunque eso la matara. Por lo que a él le importaba, él podía esperar hasta que el sol estuviera bien alto en el cielo la mañana siguiente.

—Ha llegado a Nueva Orleans hace poco tiempo. —Bastien ofreció eso como si fuera la declaración de un hecho, no una pregunta.

—Hace un poco más de una semana. —Celine se detuvo y se preguntó si él recordaría haberla visto aquel a primera noche cerca de Jackson Square—. Habla español.

—Por mi padre. —Asintió con la cabeza.

—¿Su padre era de España?

—No.

Celine esperó a que explicara algo más y suspiró para sí misma cuando no lo hizo. No porque la evasiva le molestara, sino porque entendía el deseo de Bastien de hablar como si estuviera enhebrando una aguja con cada palabra que soltaba.

Otra similitud más.

Enfadada por esa idea, Celine descansó su peso sobre el talón izquierdo mientras golpeteaba la alfombra gruesa con la punta del pie derecho.

—La estoy irritando. —Una sonrisa fantasmagórica cruzó los labios de Bastien.

—Y usted lo está disfrutando.

—Eso es cierto. —Llevó la boca hacia un lado, todavía fruncida de ese modo enloquecedor.

El silencio volvió a asentarse entre los dos. Después Bastien avanzó un paso hacia Celine, sin ninguna duda para ver cómo respondería el a.

Si Celine retrocedía, revelaría su nerviosismo y él tendría la ventaja. Si avanzaba hacia adelante, revelaría su atracción... lo cual también le otorgaría la ventaja a ese demonio.

Celine no cedió terreno. Era una montaña. Un roble de cien años.

Una torre que se negaba a inclinarse.

—Puedo quedarme de pie en silencio e irritada durante toda la vida.

No me molesta para nada. —Cruzó los brazos con fuerza y sus antebrazos presionaron las varillas de su corsé por debajo de sus pechos

—. Morirá sin saber qué es lo que pienso, pues nunca se lo diré.

—Lo mismo digo.

Los ángulos en las facciones de Bastien se hicieron aún más profundos. Sus ojos bajaron por instinto antes de que él pudiera detenerlos, su mandíbula se tensó, se volvió más de nida.

Bastien apartó la mirada.

Al principio, Celine no comprendió su comportamiento inusual. Bajó un poco la mirada y dejó caer los brazos como si hubieran estado en las manos.

—Si cree que he intentado usar una artimaña para captar su atención como si fuera una chica que está intentando completar su carné de baile durante un evento, entonces...

—Lo que sea que yo piense no tiene nada que ver con usted —

interrumpió Bastien—. Mi comportamiento no es su responsabilidad.

La respuesta la desconcertó. El asombro hizo que se callara. Jamás había oído palabras como esas salir de la boca de un hombre. El padre

de Celine la había regañado siempre que usaba algo que acentuara su figura. Por desgracia, eso era justo lo que buscaban las últimas modas: darle vida a cada línea, movimiento a cada curva. Incluso la ropa interior estaba diseñada para crear la apariencia de un reloj de arena.

De todas formas, el profesor Guil Aume Rousseau había alentado a su hija a usar cubre escotes alrededor del cuello y trajes de muchas capas, incluso durante los peores días del verano parisino.

Bastien respiró hondo, como si estuviera haciendo tiempo.

—La he hecho sentir incómoda. Me... disculpo.

—Es posible que sea el primer hombre en no culparme por eso —

confesó Celine, ocultando su asombro con una ceja levantada.

Él asintió con expresión seria. Después se frotó la nuca, y el cuero brillante de su pistolera de hombro se estiró y reflejó la luz.

—La respuesta a la pregunta que no ha hecho es que mi padre era de ascendencia taína. He pasado varios años de mi vida en San Juan. El español es el idioma de mi infancia.

Eso explicaba el rastro de algo diferente en su acento. Celine no sabía quiénes eran los taínos, pero recordaba haber leído sobre una ciudad llamada San Juan en una antigua colonia española en el Caribe. De pronto, quería conocer más. Quería saber por qué su tío lo había criado desde pequeño.

Como Celine quería saber más no preguntó nada.

Era la opción más segura para ambos.

—¿Está disfrutando de su estancia en Nueva Orleans?

Era la primera pregunta que Bastien le había hecho que sonaba artificial, como si fuera algo que pertenecía a una charla entre personas de la buena sociedad. El mero hecho de oírla hizo que

Celine se crispaba, porque las suyas nunca habían sido charlas entre personas de la buena sociedad. Y así era como lo prefería.

Celine inclinó la cabeza. Entornó los ojos.

—¿Cuánto tiempo más vamos a seguir que lo que ha ocurrido antes esta noche no ha sucedido realmente?

—La veo demasiado segura de su rectitud moral, *mademoiselle* Rousseau. —La risa de Bastien fue rápida. Cáustica.

—Igual de segura de que esta actitud despectiva lo beneficiará, *monsieur* Saint Germain.

—La he vuelto a irritar. —Sus ojos plomizos centellearon.

—Y aun así, continúa sin ofrecer un motivo.

—No disfruto de dar explicaciones. Mis acciones hablan por sí solas.

Si usted siente que son desalmadas y crueles, que así sea; en ese caso, soy desalmado y cruel. —Habló con una actitud simplista—. Está segura de que será la última persona en corregirla.

—Debe de ser agradable llevar una vida en la que no tiene que dar explicaciones.

—Debería intentarlo. Es bastante liberador.

—Imagino que debe de ser liberador preocuparse solo de uno mismo.

—Soltó un suspiro dramático—. Por desgracia, no soy un hombre.

Los labios de Bastien se inclinaron un poco hacia abajo. Era la primera señal de que Celine había tocado un nervio. Pero él no respondió. Esa vez, el silencio que los rodeaba parecía estar a punto de convertirse en algo más intenso. Era el relámpago antes del trueno.

—¿Por qué...?

—¿Está...?

Los dos se detuvieron. Intercambiaron sonrisas a medias. Así de cerca, Celine alcanzaba a ver motas de acero en sus ojos. La barba incipiente que recorría su mandíbula acentuaba sus líneas elegantes.

—Por favor —comenzó él, e inclinó la cabeza para cederle la palabra.

—¿Por qué el hombre del callejón lo llamó *Le Fantôme*? —preguntó Celine—. ¿Tiene la costumbre de vestirse como un espectro y aterrorizar a quienes lo rodean?

—Es un apodo de la infancia. —La diversión se extendió por su rostro. Hizo una pausa antes de

devolver el golpe—. ¿Y usted tiene la costumbre de arrastrar la oscuridad a donde sea que vaya?

—¿Qué? —Celine se quedó atónita ante la precisión con la que había conseguido volver a tocar un nervio.

—Selene era una diosa lunar. Una titánide. Todas las noches, conducía una carroza de caballos blancos por el cielo para abrir paso a la noche.

Qué... encantador. Celine nunca había oído la historia de la diosa Selene, lo cual le resultaba sorprendente, porque su padre era un amante de los clásicos. Sus padres la habían amado así en honor a un familiar que había muerto hacía tiempo. Una tía abuela llamada Marceline. No recordaba cuándo habían comenzado a acortarlo. Seguro que había sido cuando era muy joven. Quizás incluso cuando todavía vivía en la costa del país de su madre.

—No, no me han amado así por una diosa —respondió—. Celine...

es un apodo de la infancia.

—Me lo merecía.

La risa suave de Bastien se ltró en el aire. Los que estaban en su proximidad inmediata se giraron para observarlos con incredulidad y uno de ellos sopló una columna de humo azul pálido de una pipa de agua muy elaborada. Era la primera vez que Celine había oído a Bastien reír sin reservas. Era un sonido grave. Un barítono profundo cubierto de seda. Celine ignoró la forma en la que esa risa hacía que la apreciación

por sus sentidos aumentara.

Celine se dio cuenta de pronto de que estaba acostumbrándose al intercambio sin nunca sentir la necesidad de adoptar un papel. La trabajadora diligente. La hija obediente. La joven piadosa. La persona que se dejaba llevar por la corriente en lugar de la que creaba sus propias olas.

¿La diosa lunar Selene controlaba también las mareas, como la luna?

Si ese era el caso, Celine deseaba vivir el resto de su vida canalizando el poder de esa deidad. Era verdad que no sabía si su nombre tenía algo que ver con el de esa diosa, pero quizás podía elegir hacerse cargo de su legado.

Se deleitó en esa noción, en la idea de ser una titánide que cubría el cielo con un manto de estrellas.

—¿Por qué ha abandonado París? —preguntó Bastien, destruyendo la imagen que se estaba formando en la cabeza de Celine.

—Nunca he dicho que viniera de París. —Su pulso se agitó ante la pregunta, sus nervios se tensaron.

—No ha sido necesario. —Su sonrisa era devastadoramente encantadora, a pesar de los ángulos a

lados de sus facciones—. Se lo ha contado a Odette. Ahora lo saben hasta las ratas de la alcantarilla.

Eso hizo que Celine soltara una risa. Todo parecía fácil. Demasiado fácil.

No muy lejos, el sonido de los dados de marl contra la madera de raíz se mezclaba con un coro de risas estridentes. La atención de Celine se dirigió hacia la mesa de la ruleta. Celine sonrió hacia dentro y volvió a sorprenderse con la observación de que se encontraba cómoda en ese sitio, rodeada de practicantes de magia y señores del caos. Tal como Odette había sugerido, ese sitio no se parecía a nada que Celine hubiera

conocido antes.

—¿Alguna vez ha jugado a la ruleta? —Bastien siguió su mirada.

Celine no respondió—. Debería intentarlo —insistió.

—¿Me está incitando a apostar?

—¿Estoy ofendiendo sus sentimientos delicados?

—No sea sinvergüenza. —Celine le echó una mirada con ojos entornados—. Podría ser una jugadora excelente —volvió a mentir, tal como lo había hecho con Boone—. Quizás lo sepa todo sobre apuestas, y no solo por ser apuesta yo misma.

—Un juego de palabras decente, aunque deteste admitirlo. —Una chispa de humor brilló en sus ojos.

—¿No le gustan los juegos de palabras?

—No, me desagradan casi tanto como las preguntas retóricas.

—Hubo un momento en el que los juegos de palabras fueron la forma más elevada de humor. —Celine imitó el ángulo de la cabeza de él—.

¿No siente curiosidad por saber qué fue primero, el huevo o la gallina?

—Técnicamente, ese huevo jamás habría llegado a ser una gallina sin la ayuda del gallo, ¿o no? —Le dedicó una sonrisa pícaro.

Las cejas de Celine se dispararon hacia arriba y su boca quedó abierta.

Rápidamente, una risa alegre brotó de su boca y sobresaltó por segunda vez en la noche a quienes estaban cerca.

Bastien sonrió todavía más y enseñó sus dientes blancos, que distrajeron a Celine durante un instante. Resultaban inusualmente perfectos, y las puntas de sus colmillos parecían casi las de un lobo.

Había algo de toda la imagen que inquietaba a Celine, como si estuviera ante una pintura en vez de una persona. Quizás una obra de Rembrandt, un maestro que siempre conseguía captar detalles que otros no veían y pintaba a sus sujetos bajo una luz sobrenatural.

Era un recordatorio oportuno de que los hombres jóvenes como Bastien veían el mundo a través de gafas de color rosa. A través de una neblina de riquezas y privilegio.

—No se enamore de mí —soltó Celine sin pensarlo—. Nada bueno puede resultar de eso.

—¿Eso significa que pretende romperme el corazón? —La sorpresa tiñó sus facciones.

—Con toda seguridad.

—Lo tendré en cuenta.

A todas luces, Bastien parecía estar disfrutando de la situación. Celine se sintió desconcertada al darse cuenta de que él también estaba disfrutando de su compañía. Habían pasado semanas desde la última vez que había mirado a un hombre sin que una nube de sospecha cubriera cada uno de sus pensamientos.

En el siguiente momento, la sonrisa de Celine se desvaneció.

Pippa había llegado hasta el último escalón de la escalera y Odette la seguía. La parte delantera del sencillo o vestido de *voile* de Pippa estaba mojado, pero la mancha parecía ser solo de agua, no de vino. Celine se alejó de Bastien, entrelazó las manos detrás de la espalda y dirigió su atención hacia el suelo, como si la hubieran visto en mitad de un acto ilícito.

Bastien la observó con una mirada peculiar y una expresión que, curiosamente, parecía sugerir decepción. Duró solo un instante, pero la mano fría de la culpa sujetó a Celine por la garganta y le dio lugar a tragar.

Era como si su conciencia creyera que, de cierta forma había hecho daño a Bastien. Pero ¿cómo podía ser eso posible? A un chico como él no le importaba lo que pensara una joven que acababa de conocer. Lo había dicho:

Él sería el último en corregir sus conjeturas.

Y así parecía ser, porque Bastien dio un paso hacia atrás. Se irguió, las cejas descendieron sobre sus ojos y una sombra volvió a caer sobre sus facciones.

Otra punzada de culpa atravesó el pecho de Celine. Desterró el sentimiento de inmediato. Si Bastien no creía que fuera necesario dar explicaciones por sus acciones, entonces ¿por qué tendría que darlas él? Además, después de su comportamiento previo, no era apropiado que la vieran disfrutando de su compañía.

Eran como dos trenes que iban rumbo a una colisión. Era mejor para todos los involucrados que no disfrutaran de la compañía del otro.

Al menos así podrían evitar colisionar.

Odette avanzó hacia el os con paso seguro, sus manos estaban metidas en los bolsillos de su pantalón de gamuza y un mechón de cabel o castaño se había soltado del peinado.

—Vaya, qué odisea. Nunca creí que el *voile* pudiera ser una tela tan testaruda. —Levantó las cejas a modo de pregunta—. ¿Qué nos hemos perdido?

Celine levantó un hombro, como si estuviera aburrida.

—Solo estaba transmitiendo a *monsieur* Saint Germain lo desagradable que me ha parecido nuestro encuentro anterior. —

Levantó el mentón—. Sobre todo la demostración de violencia gratuita.

Bastien guardó silencio y presionó los labios hacia adelante. Celine sintió el peso de su mirada sobre el a, el acero que se enfriaba más con cada segundo que pasaba.

—¿Violencia? —Los ojos de Odette pasaron de Celine a Bastien y de nuevo a Celine—. *Qu'est-ce que tu as fait?* —lo acusó con una expresión abatida en su bella cara y los puños apretados con tanta fuerza que

parecían piezas de mármol de Carrara pulido—. Al menos ten la cortesía de no estropear mis amistades antes de que tenga la oportunidad de hacerlas, *s'il te plaît*. —Odette resopló, sacó un abanico lacado de una de las mangas globo y lo abrió con un movimiento de muñeca.

Bastien consideró a Celine durante un instante tenso. Después, la comisura de sus labios comenzó a curvarse hacia arriba en un gesto de diversión.

—Responder con violencia a la violencia *fue* una cortesía, *ma souris*.

Quizás podrías tener más cuidado en tu búsqueda por hacer amistades y elegir menos... personajes desagradables.

—Dime que no lo has hecho. —El abanico de Odette se cerró con un golpe. Él levantó una ceja oscura y no dijo nada—. *Démon* —exclamó el a—. Te advertí que no te involucraras en todo el asunto con Lévêque.

¿Qué has hecho? —Miró a su alrededor—. No importa. Está claro que nunca me lo dirás. Será más fácil que le pregunte a Arjun.

— *Des questions, des questions*. —Bastien estiró ambas manos hacia los lados—. *Qui a le temps pour ces choses?* —Le dedicó una sonrisa diabólica a Odette.

—Deberías buscar el tiempo. —Odette resopló con desdén—. Y yo no estaría tan orgulloso de ese chiste pésimo si fuera tú.

—Hay quienes opinan que soy ingenioso en extremo.

— *Grâce à Dieu*, yo no soy una de esas personas —respondió Odette

—, porque no necesito tus arcas de oro... ni tu cara bonita.

—Y todo hombre debería ser dueño de su propio tiempo. —Celine soltó una risa suave.

Bastien se giró hacia ella con una cara inexpresiva. Asintió una vez con la cabeza.

—Así como toda mujer debería citar a Shakespeare cuando no tiene nada mejor que decir.

Las mejillas de Celine se enrojecieron. La vergüenza le recorrió el cuerpo al mismo tiempo que Pippa le sujetó la mano izquierda para que se tranquilizara.

Celine apretó los dientes y se giró hacia Odette.

—Lo siento, pero el tiempo parece haber pasado volando. ¿Hay algún sitio al que podamos ir para terminar de tomarle las medidas? —Hizo una pausa, pronunció las palabras con mucho énfasis—. ¿Algún sitio en el que podamos evitar las miradas *indeseadas*?

Cuando Odette echó una mirada a Bastien, sus pequeñas fosas nasales se inflaron y, durante un instante, su boca pareció estar suspendida entre el silencio y el habla. Celine estaba lista para que él comenzara a regañarlo una vez más, casi como si fuera una hermana mayor o una tía. Pero Odette solo asintió.

—Hay una estancia en el fondo, pasando el lavabo.

Con una mirada fulminante dirigida a Bastien, Odette las guió hacia una de las dos puertas que estaban al fondo, ubicadas en extremos opuestos de la pared. Entre ellas había un aparador de madera muy ornamentado con una tela blanca estirada en el medio. La superficie estaba cubierta de estatuas pintadas con colores vivos que se parecían a San Pedro y la Virgen María. En el centro del aparador había apoyada una espada corta. En un semicírculo a su alrededor había gurgelas talladas con caras de calaveras y muñecos pequeños hechos de hueso y paja. Entre ellas había desperdigada una colección de cuentas de madera, frutas deshidratadas y frutos secos intercalados con gotas de cera endurecida.

La disposición de todos esos elementos le resultó un poco familiar a

Celine. Rastros de incienso y velas aromáticas se colaron por su nariz y pintaron destellos de recuerdos en su mente. La imagen de una mesa baja decorada de forma similar, la fragancia de las frutas y la mirra que saturaban el aire.

El arreglo despertó su curiosidad, pero Celine no se detuvo para inspeccionarlo más ni hizo ninguna pregunta. Deseaba deshacerse lo antes posible de todo lo que tuviera que ver con ese sitio, aunque la inquietaba ya no sentirse bienvenida en Jacques'.

—Por aquí. —Odette apoyó la mano sobre el picaporte de una puerta cuya intención era fundirse con los paneles de las paredes y cuyas bisagras estaban ocultas por los pliegues de una pesada cortina de seda.

Cuando Odette empujó, la puerta se negó a moverse.

— *C'est quoi ça?* —murmuró Odette y, con un par de líneas fruncidas en la frente, empujó con más fuerza. Arrojó todo su peso contra el roble robusto. Y la puerta al fin comenzó a ceder.

Una mano se desplomó por la abertura.

Una mano pálida e inerte.

Tardaron un momento en asimilar la imagen. El tiempo pareció tartamudear antes de acelerarse y avanzar a toda velocidad.

— *Mon Dieu!* —exclamó Odette.

Usó un hombro para abrirse paso por la abertura y Celine la siguió pisándole los talones. Las dos se detuvieron en seco, Pippa temblaba detrás de él.

Había una chica tumbada sobre el suelo de un corredor oscuro, su pelo rojizo estaba suelto y le cubría la cara llena de pecas. Tenía una herida irregular en la garganta. Algo le había rasgado la carne con dientes a lados, como los de un animal grande.

Odette usó sus dedos temblorosos para sentir el pulso de la chica en



su muñeca. Cuando sacudió el brazo de la joven, un mechón de pelo ondulado y rojizo cayó de su cara.

Celine ahogó un grito. Conocía esa cara. Había pasado la mayor parte del día en su compañía.

Anabel.

—¿Está...? —La voz de Pippa se quebró. Después se elevó en un gemido agudo.

No era necesario que nadie respondiera la pregunta que no había llegado a hacer.

Junto al cuerpo sin vida de Anabel, había un símbolo dibujado con sangre:



UN EQUILIBRISTA SOBRE LA CUERDA FLOJA

No era la primera vez que Celine veía un cadáver.

La imagen no le resultaba ajena. Pero eso no signi caba que fuera más fácil ser testigo de que lo que estaba viendo. Ni tampoco disminuía el carácter de nitivo de lo que había ocurrido.

Alguien había acabado con una vida.

De pronto, Anabel las había abandonado.

En los momentos que siguieron al descubrimiento del cuerpo, Celine se dio cuenta de varias cosas:

Anabel había sufrido una muerte violenta. La herida de la garganta que parecía hecha por las fauces de un animal no dejaba lugar a dudas.

Celine nunca había visto algo similar. Durante un momento, contempló la idea de que la serpiente de Bastien hubiera sido la responsable.

Sin embargo, después de considerarlo un poco más, l egó a la conclusión de que una serpiente como Toussaint no se molestaría en matar una presa si la iba a abandonar en un pasil o oscuro. Si la memoria de Celine no le fal aba, las pitones no mordían la garganta de sus víctimas; en vez de eso, optaban por apretarlas lentamente hasta dejarlas sin vida.

Y por supuesto, una serpiente no dejaría una tarjeta de presentación.

Una escrita en sangre además.

Pero si la serpiente no era la responsable de la muerte de Anabel, entonces ¿quién lo era? ¿Y por qué? Lo que era más, ¿por qué estaba

Anabel en Jacques' esa noche? No había duda de que había seguido a Celine y a Pippa. Pero ¿por qué no les había hecho saber que estaba al í?

Celine solo necesitó un instante para descifrar la verdad.

La Madre Superiora debía de haber enviado a Anabel para que las espiara. Ese tenía que ser el motivo por el cual había cambiado de opinión con tanta facilidad esa tarde y, de pronto, después de haber protestado durante tanto tiempo contra el plan, les había otorgado permiso a Celine y a Pippa para salir del convento.

Celine tragó saliva y sintió calor en las orejas. Si las maquinaciones de la Madre Superiora explicaban la presencia de Anabel en Jacques' esa noche, eso signi caba que todas el as —Pippa, la Madre Superiora y la misma Celine— habían contribuido a la muerte de Anabel.

En el *asesinato* de Anabel.

Por último, si su muerte estaba relacionada con la muerte del puerto, entonces eso signi caba que había un loco —o una loca— libre en la ciudad.

Los ojos de Celine recorrieron la sala con lentitud mientras su respiración se aceleraba. Si alguien había asesinado a Anabel en Jacques' después de que el as l egaran, eso signi caba que cualquiera

de las personas presentes en ese momento, incluidos todos los miembros de *La Cour des Lions*, podían ser responsables de su muerte.

Odette. Nigel. Kassamir. Arjun. El hombre del Lejano Oriente con su daga de madreperla. Las dos mujeres con la piel de color ébano con sus garras enjoyadas. Boone. El camarero agobiado de la planta baja. Ni que hablar de los muchos individuos sin nombre que habían estado sentados bajo la luz tenue del salón.

Y, por supuesto, Bastien.

Segundo tras segundo, estos pensamientos corrían por la cabeza de Celine, el ujo de sangre hacía que un hormigueo recorriera su piel, uno de sus pies golpeaba contra la alfombra afelpada. Pippa, por otra parte, tenía la mirada clavada sobre la mesa con tablero de mármol que estaba delante de él y su postura parecía derrumbarse sobre sí misma, como una manzana que se había quedado abandonada bajo el sol.

Ya era casi medianoche. Celine y Pippa deberían haber vuelto al convento hacía horas. En vez de eso, habían sido retenidas en el salón l eno de sombras de la primera planta y estaban sentadas sobre un diván ornamentado al estilo de Luis XIV y rodeadas de ilusionistas.

Así como de cinco miembros de la Policía Metropolitana.

Aunque era lo que menos le preocupaba a Celine, no cabía duda de que la Madre Superiora les cortarían la cabeza cuando volvieran. Pero eso no debería importar en ese momento.

Más apremiante era el hecho de que, con toda seguridad, Pippa y Celine estaban en la lista de posibles sospechosos de un asesinato. Si Celine encontrara algo de humor en la ironía, estaría revolcándose en el suelo con una risa maníaca.

Pero el humor no la salvaría de esa situación.

Una vez que saliera a la luz la relación que existía entre Celine, Pippa y Anabel, no sería fácil explicar por qué no habían estado al tanto de la presencia de la joven hasta el momento en el que descubrieron su cuerpo. La misma Celine pensaba que sonaba sospechoso. No solo habían estado cerca en el momento de la muerte de la víctima, sino que además habían conocido personalmente a la joven. Por un breve instante, Celine consideró intentar l amar a la Madre Superiora para que diera fe de el as. Por desgracia, era igual de probable que la vieja bruja culpara a Celine que que la defendiera.

Era demasiado arriesgado.

Celine sabía que debía revelar esas verdades en cuanto conociera al mejor detective de la Policía Metropolitana. Pero eso podría teñir su juicio con respecto a el as y l evarlo a no buscar pistas en otras direcciones. Sin embargo, si Celine esperaba, no había duda de que él sospecharía de el as.

Zut. Celine suspiró para sí misma. ¿Cuándo sería un buen momento para decírselo?

Sin ninguna duda, «nunca» no era una opción... ¿o sí?

Por desgracia, Celine no podría ocultarle esa información para siempre. El resentimiento se retorció en su interior como una niebla teñida con luz roja. Pippa se echó a llorar en silencio y sus dedos apretaron uno de los pañuelos que Celine había confeccionado para recaudar dinero para el convento. Una de las muchas piezas bordadas que Anabel había vendido a Odette ese mismo día.

¿Cómo había terminado todo así?

¿Qué clase de horrible infortunio había sufrido Anabel?

¿Y por qué diablos había accedido a seguir los deseos de la Madre Superiora? Celine presionó los puños entre los pliegues de la falda mientras sentía cómo la furia calentaba su sangre.

Esa noche, el precio de la decisión de Anabel había sido su vida.

Celine sacudió la cabeza con rapidez para ahuyentar la culpa que crecía cada vez más. Para intentar desterrar de su cabeza la imagen del cuerpo destrozado de Anabel. Sus esfuerzos fueron en vano. Incluso en los pocos segundos antes de que el alarido de Pippa y el grito de Odette partieran la noche en dos —antes de que Bastien, Arjun y Nigel corrieran hacia donde ellos estaban—, la imagen de la máscara mortuoria de Anabel ya se había grabado por siempre en los párpados

de Celine.

Celine echó una mirada a su alrededor y se preguntó cuánto tiempo tardaría en interrogarlas un detective de la Policía Metropolitana.

Todavía ninguna de las personas que estaban esperando había hablado con él. Lo primero que hizo al llegar fue ir directamente al sitio donde había sido encontrado el cuerpo de Anabel, y el semicírculo de oficiales serios que las rodeaban no ayudaba demasiado a que Celine pudiera ver qué era lo que estaba sucediendo.

Al otro lado, Arjun estaba sentado en una banqueta capitoné de terciopelo con un tobillo cruzado sobre la rodilla en una postura relajada. De sus dedos pendía un vaso de cristal cuyo contenido se agitaba en tonos de ámbar y oro. El monóculo que colgaba de su cuello destellaba mientras el whisky bailaba en el vaso. Celine intentó que su mente se perdiera en los prismas cálidos que proyectaban sus movimientos.

Era mejor perderse en la bebida que mirar hacia la derecha.

Hacia la gura que esperaba entre las sombras, sin su revólver y con la mirada clavada en la nada.

Celine ngió toser para aclarar su garganta.

¿Dónde estaba el maldito detective? ¿Por qué tardaba tanto en examinar la escena del crimen? ¿Y, por el amor de Dios, dónde estaba Odette?

El descubrimiento del cadáver de Anabel había sido seguido por puro caos. Celine no había tenido tiempo de observar todo lo que estaba sucediendo a su alrededor. Había demasiados destellos

os de movimiento en todas las direcciones posibles, demasiadas preguntas que abarrotaban su cabeza.

Pero ahora que una especie de tranquilidad tensa —como la de un

equilibrista sobre la cuerda oja— había descendido sobre la sala, había varios detalles que habían llamado la atención de Celine. Para empezar, las únicas reacciones inmediatas en la primera planta habían sido la suya, la de Pippa y la de Odette. Curiosamente, el resto de los miembros de *La Cour des Lions* se habían mantenido tranquilos y calados, como si un asesinato no fuera un evento para nada sorprendente.

Quienes estaban en la primera planta recién reaccionaron cuando se enteraron de que hubo una muerte espantosa a pocos pasos de donde ellos se encontraban. Los gritos retumbaron hacia las vigas del techo y salieron del restaurante hacia la calle. Tanto mujeres como hombres habían evacuado el edificio y habían inundado los callejones y avenidas que lindaban con Jacques'.

En el revuelo de cuerpos que no dejaban de gritar, Odette había desaparecido sin decir ni una palabra. Al principio, Celine y Pippa se habían preocupado de que algo terrible pudiera haberle sucedido.

Bajaron las escaleras corriendo en dirección a las puertas principales mientras buscaban entre la multitud alguna señal de una mujer vestida como un hombre. Para cuando llegaron hasta la puerta principal de Jacques', todas las salidas habían sido acordonadas por la Policía Metropolitana de Nueva Orleans.

Más de una hora más tarde, Odette seguía sin aparecer. De hecho, solo quedaban presentes un par de los miembros de *La Cour des Lions*: Arjun, Bastien, Nigel, el hombre del Lejano Oriente y las dos mujeres de anillos matrimoniales. Los demás se habían esfumado hacia la noche durante el caos. Celine sabía que Bastien no podía evitar que lo interrogaran. El establecimiento pertenecía a su familia. Era de esperar que él estuviera bajo investigación inmediata. Celine esperaba que, en cualquier momento, apareciera su tío, el Conde, y que entrara con paso seguro envuelto en una capa de seda negra y un sombrero de copa afelpado.

La cabeza de Celine no dejaba de trabajar y producir un torrente de pensamientos. A pesar de sus mejores intentos por acalmarlos, había uno que insistía en sobresalir. La visión del cuerpo muerto de Anabel la perturbaba sobremanera. Era probable que la imagen de la herida abierta de su garganta persiguiera a Celine hasta el final de sus días.

Pero había otra cosa que la inquietaba. Algo que estaba fuera de su alcance.

El golpe seco de un objeto sólido retumbó desde abajo. El ruido repiqueteó por la escalera en estalidos de sonidos entrecortados. Celine se sobresaltó. Pippa soltó un grito por lo bajo. Nadie más pronunció ni una palabra. Los cinco oficiales de la Policía Metropolitana se amontonaron para cerrar más el semicírculo, como si tiraran de los hilos de una cartera para cerrarla.

Después intercambiaron miradas preocupadas.

Sin ningún aviso, alguien aplaudió una vez a espaldas de los o ciales, un sonido fuerte y repentino que hizo que Pippa volviera a chillar y atizó la irritación de Celine. Sintió como si miles de agujas diminutas amenazaran con perforarle la piel desde dentro. Arjun dejó de hacer girar su bebida. A su izquierda, Nigel frunció el entrecejo, algo que contrastaba con el bigote rizado, y exionó los tendones de los dedos como si estuviera conteniéndose de unirse a una pelea.

Celine no necesitaba mirar a Bastien para saber que su furia también había aumentado, tal como lo había hecho la de él.

—Mis más sinceras disculpas por haberlos hecho esperar tanto tiempo —entonó un hombre con una serenidad que no encajaba con

las circunstancias—. Pero prometo que solo habrá inconvenientes para uno de ustedes.

Los o ciales que formaban el semicírculo se abrieron sin preámbulo.

Y revelaron al mejor detective de Nueva Orleans.

████████████████████

UNA DE NOSOTRAS

El joven que se abrió paso no era para nada lo que Celine había esperado ver.

Para empezar, solo parecía tener un par de años más que él. Su rostro afeitado tenía un color tostado, en contraste con las facciones pálidas de los demás o ciales presentes. No le evaba uniforme. En vez de eso, parecía como si hubiera abandonado una reunión elegante: el cuello de la camisa almidonado a la perfección y rodeado de un pañuelo color champán atado con un nudo impecable. Su pelo ondulado había sido domado para adecuarse a la última moda y tenía volumen hacia todos los lados. Había algo en su apariencia que hacía que Celine pensara que parecía casi un profesor. Un poco incómodo.

Excepto por el innegable aire de autoridad que lo rodeaba.

Antes de volver a hablar, les dedicó una sonrisa forzada que dejó ver sus dientes rectos y brillantes. Después se arregló las mangas hasta que consiguió que la cantidad justa de blanco se asomara por debajo de su levita color verde oscuro.

—Soy el detective Michael Grimaldi de la Policía Metropolitana de Nueva Orleans. —Su tono de voz era entrecortado y cada una de las palabras que pronunciaba parecía querer adelantarse a la que la precedía—. Espero contar con su cooperación absoluta mientras trabajamos juntos para encontrar al autor de este crimen horrible. —

Avanzó un paso hacia adelante hasta posicionarse junto a Arjun, quien

se encogió un poco y cambió la expresión de su cara por una más amargada.

Al ver la incomodidad de Arjun, la cara del detective Grimaldi reflejó su satisfacción durante un instante. Ahora que estaba junto a Arjun, Celine notó la similitud entre sus colores de piel, aunque

los rasgos del detective Grimaldi no parecían tener la misma apariencia oriental.

Quizás fuera italiano, como su nombre sugería.

Los ojos claros del detective volvieron a barrer el salón. Sin ninguna duda, estaba inspeccionando la multitud en busca de alguien por dónde empezar. No tardó en posar la mirada sobre Celine. Inclino un poco la cabeza y la observó con actitud evaluativa. Celine levantó el mentón de forma automática. Como si lo estuviera desafiando. No sabía qué era lo que la había impulsado a hacerlo, pero se negaba a ser vista como otra cosa que no fuera formidable. Con una sonrisa astuta, el joven detective pasó a Pippa. Lo que fuera que estuviera buscando, lo encontró en ella.

Pippa tomó una bocanada de aire al darse cuenta. Celine la sujetó de la mano para ofrecerle algo de fuerza, tal como Pippa había hecho un sinnúmero de veces ese día.

El detective se inclinó delante de la joven.

—Me disculpo por haberla detenido, señorita —comenzó—. Prometo no retenerla mucho tiempo más. He oído que usted ha sido una de las damas que ha encontrado el cuerpo de la pobre joven. —Hizo una pausa—. Debe de haber sido terrible para usted. —El detective Grimaldi extendió una mano hacia ella, como si tuviera la intención de ayudarla a ponerse de pie—. ¿Le molestaría hablar conmigo lejos de la multitud durante apenas unos...?

—No —interrumpió Bastien con un tono de voz grave y brusco.

Rebosaba una furia inconfundible. Se mantuvo entre las sombras,

reticente a cumplir incluso con las indicaciones más sencillas. Detrás de él, las cortinas se movieron como si una brisa hubiera sacudido los bordes—. Nadie responderá ninguna pregunta sin testigos ni donde no puedan ser vistos por todos los que están aquí presentes.

Cuando Bastien terminó de hablar, la atmósfera amenazante que los rodeaba se volvió más pesada. Más densa, como si estuvieran encerrados en un barco que cada vez se encogía más.

El detective Grimaldi se puso de pie. Echó los hombros hacia atrás.

Un destello de furia atravesó su cara antes de que volviera a ajustar sus rasgos en un semblante inexpresivo.

—Señor Saint Germain. —Levantó una ceja—. Si desea tener a un abogado presente...

—Eso no será necesario.

Bastien se impulsó contra la pared y se deslizó junto a Celine hasta llegar al detective. Se tomó su tiempo a propósito y se detuvo un instante para llevar un pañuelo amarillo pastel que llevaba en el bolsillo del chaleco al bolsillo del pantalón. Cuando se detuvo a un par de pasos del detective Grimaldi, las cortinas se volvieron a agitar a su espalda. El siseo inconfundible de una serpiente se elevó en el aire.

Toussaint se arrastró desde la oscuridad y, poco a poco, se acercó a la luz.

Celine se quedó petrificada en su sitio, la sangre se heló en todo su cuerpo. Los oficiales de policía soltaron varias exclamaciones de miedo.

Uno de ellos incluso intentó desenfundar su revólver, pero el detective Grimaldi detuvo su mano sin decir ni una palabra. Bastien les ofreció una sonrisa que parecía una guadaña y Celine recordó un personaje de un libro que había leído hacía poco tiempo. Un gato de Cheshire que disfrutaba de hablar en verso.

Toussaint se enroscó alrededor de los pies de Bastien, su lengua bífida se asomaba sobre la alfombra afelpada y su cabeza se movía en un vaivén lento. Aunque estaba rodeado de nudos de tensión, el detective Grimaldi relajó su postura y volvió a posarse sobre los talones.

—¿Asumo que ya tiene un abogado presente?

—Es posible. —Bastien levantó un hombro indiferente.

Celine se forzó a sí misma a relajarse mientras buscaba entre el mar de gente para determinar cuál de los miembros de *La Cour des Lions* resultaba estar bien versado en la ley. Pero ninguno hizo contacto visual con ella. Así como ninguno movió ni un solo músculo. Era como si todos estuvieran tallados en piedra.

—Es asombroso que haya tenido la precaución de hacer eso, señor Saint Germain. —El detective Grimaldi chasqueó la lengua contra el paladar—. La verdad es que envidio sus recursos.

—He aprendido con ejemplos, detective Grimaldi. —Los bordes de los ojos de Bastien se tensaron—. La mente es una espada. El conocimiento es la piedra con la que se la afila.

—Claro que lo es. —El detective Grimaldi rió por la nariz—. Si así lo prefiere, estaría feliz de respetar sus deseos y llevar a todo el mundo a nuestro cuartel antes de seguir haciéndole preguntas a la joven dama.

—Un brillo astuto apareció en sus ojos descoloridos.

—Estoy igual de feliz de hacer lo que usted dice. —Aunque Bastien mantuvo su voz cordial, la amenaza que se arremolinaba entre los dos se hizo todavía más densa—. Sin embargo, no puedo asegurar que todos los presentes vayan a estar igual de... dispuestos.

Celine tragó. Algo había cambiado y se había reducido a un único punto. Aunque los dos jóvenes intercambiaban palabras corteses, era imposible ignorar el sentimiento subyacente.

El odio puro y mutuo.

Una sensación de peligro real —del tipo que sugería daño físico— los rodeaba como si fuera un torbellino. Bastien dio un paso para salir del círculo de escamas que rodeaba sus pies y se acercó a Pippa. Era como si estuviera haciendo una amenaza muda. Como si estuviera retando al detective a seguir insistiendo.

Lo que siguió fue algo sutil. Nigel, Arjun, el hombre del Lejano Oriente y las dos mujeres con anillos peligrosos miraron a Bastien al mismo tiempo, sus cuerpos estaban rígidos por el estado de alerta.

Estaban esperando que algo sucediera.

No debería haber funcionado. Sin embargo, los oficiales de policía que estaban esperando en la periferia comenzaron a murmurar entre ellos. El más joven de los cinco —un chico de apenas dieciocho años—

deslizó la mirada desde Toussaint hasta Bastien. En el instante siguiente, lo sacudió un escalofrío.

¿Qué tenía Bastien —qué tenía ese sitio— que hacía que todos temblaran en sus botas?

Uno de los oficiales —un caballero mayor con nariz enrojecida y ojos llorosos— dio un paso hacia adelante.

—Eh, Michael —comenzó con un marcado acento que estiraba las palabras—. Escucha, hijo, quizás sería...

—Detective Grimaldi —corrigió el detective sin ni siquiera mirar hacia el hombre que había hablado.

El oficial tosió una vez, pero no consiguió ocultar su ceño fruncido.

— *Detective Grimaldi... quizás lo mejor sería que prosiguiéramos con los interrogatorios aquí, señor.*

Una expresión de descontento atravesó la cara de Michael Grimaldi.

Celine sintió que deseaba protestar, pero se había dado cuenta de que la marea se estaba volviendo en su contra.

—De acuerdo, sargento Brady.

En ese instante, quedó patente que todos los presentes —con excepción de Celine y Pippa— sabían algo sobre Jacques y sus peculiares residentes que no era obvio a primera vista. En efecto, Sébastien Saint Germain ejercía un poder inusual dentro de esas paredes. En ningún momento había hecho una amenaza directa ni había levantado la voz. Así y todo, tenía a todos los presentes sujetos de la garganta con una mano invisible.

El indicio de ese tipo de poder —la mera sugerencia de su existencia

— hizo que la sangre de Celine corriera por sus venas a toda velocidad y que su cabeza diera vueltas al contemplar la posibilidad. La posibilidad de que él también pudiera ejercer ese tipo de influencia sobre los demás.

De que él también pudiera sujetar a sus oponentes de la garganta.

Espantada por esa reacción —por su creciente obsesión por cualquier tipo de poder—, Celine se puso de pie de pronto con el deseo de huir de su propio cuerpo.

Fue un movimiento inconsciente. Cuando se dio cuenta de que había atraído la atención de la peor forma posible, sintió que el corazón se le hundía hasta el estómago como si fuera un trozo de plomo.

—¿Puedo ayudarla en algo, señorita? —entonó el joven detective después de girarse hacia Celine y haber descansado la mirada sobre el a unos instantes.

Celine consideró sus opciones antes de responder. Observó cómo los ojos del detective Grimaldi la recorrían. Desde los rizos brillantes de su pelo oscuro hasta el ligero brillo de sudor que cubría su frente. Hasta la cinta negra que rodeaba su cuello y el vestido de gabardina azul que

estaba bien ajustado sobre la parte frontal de su busto. Se percató del arqueamiento de las cejas del detective. Tomó nota de cómo se movía su pecho. Observó cómo su expresión se teñía de admiración, aunque intentara disimularlo.

Los hombres eran predecibles. Sobre todo los hombres jóvenes que apreciaban las cosas buenas de la vida, como el detective Grimaldi, cuyo estilo de vestimenta lo dejaba en evidencia.

Esa era una verdad que Celine había descubierto a la edad de doce años.

Celine bajó la mirada y dio un paso hacia adelante. Después levantó las pestañas con lentitud y le ofreció una sonrisa tentativa.

—Lamento molestarlo, detective Grimaldi, pero me preguntaba si podría pedirle un favor. —Inclinó la cabeza en un gesto de timidez.

Los ojos pálidos del detective se abrieron mucho.

—En principio, no tiendo a acceder a ese tipo de peticiones antes de oír las condiciones, señorita... —comenzó con una distintiva voz áspera y esperó a que el a ofreciera su nombre.

—Por favor, llámeme Celine. —Colocó un rizo oscuro detrás de la oreja—. ¿Y podría implorarle que hiciera una excepción solo por esta vez?

—Va en contra de mi buen juicio, pero creo que podría ser convencido.

Desde la periferia, Celine juraría haber oído a Nigel reír por la nariz.

Lo ignoró y ni siquiera se permitió considerar cómo podría percibir Pippa su comportamiento en ese momento. Cómo... otros podrían percibirlo. Esbozó una sonrisa radiante y se inclinó hacia el detective, como si deseara hacerle una confidencia.

—Es muy muy tarde y nuestra... guardiana debe de estar

buscándonos. ¿Sería posible continuar con las preguntas mañana, a la luz del día?

Celine hizo una pausa para respirar y usó sus ojos para implorar sin usar palabras. Consideró estirar la mano para tocar el brazo del detective, pero eso sería demasiado atrevido, y no tenía ningún interés en estropear la pequeña cantidad de magia que había conseguido conjurar en ese momento para alcanzar una meta mayor.

Celine estaba desesperada por salir de allí. Por tener una hora para ordenar sus pensamientos y hablar con Pippa en privado. Por tener una oportunidad de contarse la historia correcta para poder ofrecerla más tarde como una verdad única e inmutable.

—¿«Nuestra»? —preguntó el detective Grimaldi.

Celine asintió.

—Estoy aquí con mi querida amiga Pippa.

El joven detective echó una mirada sobre el hombro de Celine.

Después devolvió la mirada a ella.

—Apuesto a que su guardiana debe de estar muy preocupada por su bienestar, dada la hora.

Celine volvió a asentir.

—Odiaría alarmar a una mujer tan buena, sobre todo si llegaran a sus oídos los eventos desafortunados que han ocurrido esta noche.

—Por supuesto —coincidió él con la cara llena de preocupación—.

Sería terrible que pensara que algo pudiera haberse sucedido a las dos.

Celine sintió que estaba a punto de acceder a su petición. ¿Era posible que hubiera sido tan fácil?

El detective Grimaldi se acercó todavía más. Casi demasiado.

—¿Sabe? —comenzó con una voz grave y áspera—, usted es una joven muy hermosa. Quizás sea la joven más hermosa que jamás haya

conocido.

Celine parpadeó. Después soltó una risa ligera.

—Gracias, detective Grimaldi.

—De hecho... es posible que usted sea demasiado bonita para su propio bien —murmuró.

—¿Disculpe?

El detective se inclinó hacia la oreja derecha de Celine.

—Siéntese —le indicó—, antes de que pase más vergüenza.

—¿Cómo se atreve...? —La indignación inundó el cuerpo de Celine, caliente y fría a la vez.

El joven detective le dio la espalda antes de que ella pudiera terminar de reprenderlo. Esa vez no pudo ignorar la carcajada que escapó de la boca barbuda de Nigel, ni la mirada de alegría traviesa que le dedicó Arjun. Celine no se animó a echar un vistazo a Bastien, aunque estaba desesperada por fulminar con la mirada a la gura que permanecía de pie cerca y en silencio, ocupando demasiado espacio.

Bastien había defendido a Pippa. ¿Por qué no había hecho nada para ayudar a Celine?

Al instante siguiente, como si hubiera oído la petición silenciosa de Celine, Pippa se puso de pie de pronto con un crujido de *voile*.

—Detective Grimaldi, le pido amablemente que no olvide que hay damas presentes. —Su voz tembló en la última palabra, pero apretó los puños a ambos lados—. Además, me gustaría pedirle que prosiga con sus preguntas de forma expeditiva. Hemos estado esperando aquí desde hace bastante rato y es probable que provoquemos la ira de la Madre Superiora del convento de las Ursulinas.

—¿Vosotras residís en el convento de las Ursulinas?

El detective Grimaldi giró sobre los talones. Primero echó una mirada

hacia Celine en busca de una respuesta. Ella, que todavía sentía la humillación que recorría sus venas, rehusó responder.

—Sí —respondió Pippa, y se acercó a Celine en un gesto de solidaridad—. Así es. —Respiró por la nariz—. Y Anabel también vive... —Tragó saliva—... *vivía* con nosotras.

—¿Anabel? —El detective le dedicó una mirada curiosa a Pippa.

—La joven que ha fallecido esta noche —explicó Celine en voz baja.

Michael Grimaldi la miró fijamente durante un instante antes de asentir con la cabeza.

—¿Entonces usted conocía a esa pobre chica?

Celine apretó los puños y se clavó las uñas en la palma de las manos.

—Sí. Es una de nosotras. Una de las siete chicas que hemos elegido para residir en el convento hace poco. Su nombre es Anabel... —Se giró hacia Pippa.

—Stewart —concluyó Pippa con la voz rota—. Anabel Stewart. De Edimburgo.

—Ya veo. —El detective consideró esa nueva información—. ¿La señorita Stewart las ha acompañado esta noche?

—Bueno... —Pippa echó una mirada de reojo a Celine.

—No sabíamos que nos estaba siguiendo —respondió Celine con palabras llenas de resignación. Ahora que Pippa había revelado su relación, lo mejor era contarle todo al mismo tiempo, en vez que prolongar el asunto y forzar al detective a exprimir hasta la última gota de información.

Aunque a Celine no le habría disgustado ver que le costara un poco más.

Otro brote de vergüenza trepó por su garganta. ¿Cómo podía sentir placer en frustrar al joven detective cuyo trabajo era conseguir justicia

para Anabel? Después de todo, Celine era en parte culpable por lo que había ocurrido esa noche.

El momento que había considerado antes —el momento en el que se había dado cuenta de que estaba tomando la decisión equivocada— la aplastó con su rotundidad. Incluso en ese instante había sabido que se arrepentiría de sus acciones, aunque jamás podría haber imaginado un resultado tan horrible. Celine detestaba sentirse así. Como un engranaje que formaba parte de una rueda y no tenía ningún poder sobre su destino.

Era mejor ser cualquier otra cosa.

Un fantasma en la noche que comandaba a quienes lo rodeaban sin usar palabras.

En ese instante, Celine creyó tener una noción de cómo se sentiría al ser un monstruo. Cometer actos monstruosos. Desear que sucedieran cosas monstruosas.

Deleitarse en la oscuridad.

—¿Señorita? —preguntó el detective Grimaldi con voz fuerte, como si ya hubiera intentado llamar la atención de Celine varias veces.

El se sacudió la cabeza y obligó a sus pensamientos agitados a calmarse.

—¿Celine? —susurró Pippa junto a él—. El detective te ha hecho una pregunta.

Pippa sujetó la mano de Celine y le dio un apretón, una afirmación silenciosa de que ninguna de las dos estaba sola, sin importar lo que sucediera. Más que nunca, el gesto les dio fuerzas a ambas.

—¿Sabe por qué la señorita Stewart las ha seguido hasta aquí sin que lo supieran? —El detective Grimaldi estudió a Celine con ojos pálidos, casi descoloridos, que resultaban inquietantes por su intensidad.

—No puedo conocer los pensamientos verdaderos de nadie excepto

de mí misma, detective Grimaldi.

—Eso es cierto. —Hizo una pausa—. Pero quizás... —Se acercó un poco más para imponerse sobre él con su impresionante altura—...

podría hacerme el favor de intentarlo durante un momento.

La incredulidad se adueñó de la cara de Celine. ¡Qué arrogancia debía tener ese joven para hacerle una petición después de humillarla ante todos!

—Claro que sí, detective Grimaldi —respondió a través de sus dientes apretados—. Estaría muy feliz de complacerlo.

—Qué encantadora —pronunció él con voz monótona. En un instante, su expresión se volvió más seria. Se enderezó para parecer todavía más alto y una amenaza implícita pareció emanar de su pecho ancho—. Debo insistir en que responda mis preguntas con total sinceridad y sin perder el tiempo, o me veré obligado a usar todo el poder de mi posición para...

—Ya es su ciente, Michael. —Las palabras de Bastien fueron un susurro peligroso.

Al fin, pensó Celine con furia. Lucifer al fin se había dignado a extender su magnanimidad en su dirección.

Bastien se abrió camino con los hombros y pasó junto a Celine para detenerse delante de Michael Grimaldi a una distancia demasiado corta para ser considerada cómoda, tan cerca que las puntas de sus zapatos se tocaban.

El detective Grimaldi retrocedió. Una satisfacción oscura se retorció dentro del pecho de Celine. Cómo anhelaba tener la habilidad de causar temor con nada más que su presencia. Vivir en los zapatos de Bastien durante solo una hora. Saber qué se sentía al tener ese tipo de poder.

—Como Celine ya ha dicho, ni el a ni la señorita Montrose conocían los pensamientos verdaderos de la señorita Stewart y, por lo tanto, no pueden hacer más que especular sobre los motivos que ella tenía para seguirlos —continuó Bastien con un tono moderado—. Cualquier otra pregunta por tu parte indicaría que crees que la dama está reteniendo la verdad.

—Lo cual no es más que una forma más amable de decir que la dama podría ser una mentirosa. —El detective asintió una vez.

—Veo que todavía no has aprendido la lección. —Uno de los músculos de la mandíbula de Bastien se tensó.

—Y que tú todavía crees ser un caballero andante. Algún tipo de príncipe oscuro. —Resopló con desdén—. ¿Piensas volver a desarmarme? ¿Qué será esta vez, pistolas al amanecer o sables en la plaza?

—Eso depende. —Bastien hizo una pausa—. ¿Volverás a pedirle a tu primo que te salve?

Un destello de ira atravesó las facciones del detective Grimaldi.

—De acuerdo. Dejaré de lado todas las formalidades. —Se dirigió a todo los presentes y su voz reverberó contra los paneles de las paredes

— Todas las personas que están aquí son sospechosas en un caso de homicidio. Todos vosotros podríais estar mintiéndome. —Sus labios se torcieron en una sonrisa—. De hecho, estoy seguro de que así es. Sabed que no me daré por vencido hasta descubrir la verdad. La Corte de los Leones no tiene más autoridad que la Policía Metropolitana de Nueva Orleans, no importa lo que digan las leyendas. Como oficial de la ley, es mi deber seguir cualquier procedimiento que me ayude a determinar cómo y por qué esta pobre joven ha sido encontrada muerta y drenada de toda su sangre.

Ante esa revelación, Celine sintió que se había formado un bloque de hielo alrededor de su corazón y que el frío le quemaba la garganta.

—¿Alguien... ha drenado toda la sangre de Anabel?

El detective giró hacia ella y asintió.

—Y la ha usado para escribir ese símbolo matemático junto a su cuerpo.

—En realidad... No creo que tenga nada que ver con las matemáticas

—señaló Celine, y la atención le dio vida a su voz—. Tiene mucho más sentido que sea una letra o un carácter. —Una forma diferente de poder le recorrió el cuerpo. Una forma que nunca antes había sentido—.

Quizás incluso sea de un texto antiguo.

El detective Grimaldi levantó una ceja antes de conseguir borrar cualquier emoción de su cara.

—Interesante. ¿Y cómo es que ha llegado a esta hipótesis?

—Mi padre es profesor de lingüística. Tenía un cuadro en la pared de su oficina que enseñaba la evolución del idioma inglés.

Celine sintió un estallido de adrenalina. *Eso* era lo que le había estado molestando durante la última hora. *Eso* era lo que había estado fuera de su alcance.

—¿Sabe qué significa el símbolo? —insistió el detective.

—Se parece a las letras *L* o *C* en latín o griego, pero no está bien escrito. Es como si estuviera torcido o lo hubiera escrito la mano de un borracho.

—Ya veo. —El detective pronunció las palabras con lentitud.

Pensativo.

Celine fulminó al detective con la mirada.

—Está en todo su derecho de sospechar de todos los presentes, pero no puede creer que yo le diría todo esto si hubiera tenido algo que ver

con la muerte de Anabel. Sería lo mismo que confesar que soy la asesina.

—Bueno, que me parta un rayo. ¿Ha confesado la joven? —El sargento Brady observó a Celine como si le acabaran de crecer alas y un cuerno. Michael Grimaldi echó un vistazo por encima de su hombro con expresión burlona.

—En el futuro, sargento Brady, ocúpese de escuchar todo lo se ha dicho antes de saltar a conclusiones. —El detective volvió a enfocarse en Celine—. Eso sí, debo decir que me intriga la idea. ¿Le molestaría...?

Bastien lo interrumpió antes de que pudiera terminar.

—Si quieres continuar con esta línea de preguntas, insisto en que decidas una hora para reuniros en tu cuartel mañana para que la señorita Rousseau tenga la oportunidad de conseguir alguien que la represente.

—Si bien doy gracias por sus esfuerzos, *monsieur* Saint Germain, no necesito que me de enda. — Aunque estaba claro que Bastien quería ayudarla, Celine no soportaba verse indefensa ante los ojos de los demás.

Al igual que los otros miembros de *La Cour des Lions*, Arjun había guardado silencio durante todo el intercambio, pero ahora se estaba poniendo de pie mientras reía por lo bajo.

—No te está defendiendo, muñeca. Está haciendo lo que mejor sabe hacer: negociar.

En ese preciso instante, Odette apareció sin aliento al nal de la escalera. Se aferró con fuerza a la barandil a, se apartó el pelo despeinado de la cara y dejó un rastro de tierra roja en su frente.

Celine no estaba preparada para ver lo que había detrás de la sombra de Odette. Pisándole los talones y respirando con di cultad por el

esfuerzo físico, estaba la Madre Superiora del convento de las Ursulinas.

La antigua salvadora de Celine... así como su posible verduga.

████████████████████

HIVER, 1872

AVENUE DES URSULINES

NUEVA ORLEANS, LUISIANA

Esta noche ha sido tanto un fracaso como un éxito.

Admito sin reservas que la muerte de la joven ha sido desafortunada. Como ya he dicho, no disfruto de acabar con una vida.

Pero, en de nitiva, no puedo dejar que el remordimiento me detenga. Si tenemos en cuenta el

panorama general, el a no es más que un engranaje en un reloj.

Y mis enemigos ya han vivido demasiado tiempo de prestado.

Con su muerte, he dejado el mensaje que tenía intención de dejar.

Pero he fal ado en cumplir todo mi propósito. El enemigo mayor que tiene mi especie ronda libre y su reputación permanece intacta. No ha dejado ni el más mínimo rastro de sospecha detrás de él. Ese conocimiento me l ena de furia. El maldito ladrón no merece deslizarse por la vida intacto ni ocupar posiciones de poder e in uencia después de todo lo que su familia le ha hecho a la mía.

Podría matarlo. Romperle el cuel o. Drenar su sangre. Sería sencil o.

Merecido. Después de todo, él es el motivo por el cual yo camino en este mundo en el que la luz está ausente. A causa de él, yo lo he perdido todo. Incluso mi humanidad.

Podría hacerlo. Podría hacer que su vida l egue a su n.

Pero si muriera por mis manos, la guerra y la ruina azotarían a quienes me rodean. La grieta que separa a los Caídos y a la Hermandad se haría más profunda. La grieta que separa a su familia y a la mía.

Primero, deseo verlo sufrir. Deseo que todos el os conozcan a su creador y sean enviados al pozo de fuego al que pertenecen.

Ruego que no me juzgues con demasiada severidad por esto. Sé que este tipo de consideraciones mezquinas no son dignas de un ser inmortal como yo, pero hay una línea delgada entre justicia y venganza.

Es la línea que dibuja el lo de una daga.

Un día la clavaré en su alma.

Sin embargo, la joven me ha intrigado. No la de la expresión moderada y la cara en forma de corazón. Sé que hay quienes se ven atraídos hacia gente como el a. Buscan tranquilidad. Un sitio donde descansar la cabeza.

Yo no busco nada similar. Ya he descansado demasiado tiempo.

Pero esa joven... la joven de la mirada inquebrantable y la expresión astuta... El a posee el semblante de alguien que se ha encontrado con la Muerte en el campo de batal a y ha vivido para contarlo. Me intriga.

Siento curiosidad por las cicatrices que la Muerte ha dejado detrás.

Quiero saber quién es. Qué ha hecho.

Cuál será su papel en esta historia trágica.

Mi interés me consume de forma peligrosa. Los demonios como yo somos propensos a la obsesión y no tengo tiempo para distraerme. Una vez, hace años, mi hermana de la noche se perdió a sí misma por perseguir a un humano mediocre, por intentar encontrar respuestas a preguntas que debería haber sabido que no debía hacer.

No pude salvarla. La luz de la luna me traicionó esa noche. Años más tarde, mi corazón todavía tiene las heridas. Debería saber que no es bueno dejar que me consuma la curiosidad. No debería importarme qué es lo que piensa esta fascinante criatura. Qué hace o qué siente.

Y aun así...

Tiene que importarme. No importa lo frágil que sea —lo delicada que sea su vida en la balanza—, es una herramienta que debe ser usada y desechada. Un martil o destinado a un único clavo en particular.

El a será la indicada al nal. La que enviará a mi enemigo hacia las profundidades del In erno, donde pertenece. Puedo verlo, con la misma claridad con la que siento la luna sobre mi hombro, en su punto más alto, con una luz que es tanto una fuente de consuelo como de dolor.

Mi enemigo está tan fascinado como yo. Incluso más, porque él la desea realmente, no solo como un peón en un plan mayor. Esa idea me l ena de placer. Quizás al n haya encontrado algo suyo con lo cual jugar. Algo que lo haga sufrir. Algo que quitarle por todo lo que él —y su especie— me han quitado a mí.

Jamás ha habido una historia tan triste.

Pronto, él sabrá qué se siente que te rompan.

████████████████████

UNA SILUETA EN UN SUEÑO

T- 'es une allumeuse, Celine Rousseau.

Eres una provocadora, Celine Rousseau.

Ríos, ríos, ríos de sangre. El olor a cobre caliente y sal. El suave torbel ino de sus pensamientos cuando su concentración se le escapaba y el a comenzaba a ahogarse poco a poco en su propia cabeza.

Así era cómo siempre empezaba el sueño.

— T'as supplié pour mon baiser, n'est-ce pas?

Has estado suplicando por mí, ¿no es así?

El susurro áspero de él junto a su oído. La sensación de esas manos frías y húmedas contra su piel, las palmas resbaladizas por el sudor. El nudo de repugnancia en su estómago.

Él era el hermano menor de uno de los mejores clientes del atelier. Un holgazán adinerado que estaba acostumbrado a tener lo que quisiera y a quien quisiera. Gastaba el dinero de su padre como si él mismo hubiera ganado hasta el último franco. Durante los tres meses anteriores, había estado mirando con jeza a Celine con un destello codicioso en los ojos.

En ese momento, ella se había sentido perturbada, pero sabía que no era buena idea señalar lo que estaba haciendo y arriesgarse a enfadarlo.

Semanas más tarde, todavía recordaba cómo sus manos no le habían parecido las manos de un caballo, porque estaban desgastadas y llenas de callos. A decir verdad, no había nada en él que indicara que fuera un caballo, a pesar de su crianza y su riqueza. Sus manos

estaban ásperas de montar a caballo. De hecho, era uno de los mejores jinetes en su círculo exclusivo de amistades.

Con esas manos, él se había ofrecido a tranquilizarla. Le había ofrecido traerle algo caliente para beber. Le había preguntado si podía hacerle compañía. Celine no había sabido qué hacer cuando él se había presentado en la puerta del atelier horas después del anochecer con una capa elegante sobre los hombros y un aliento que apestaba a vino. Ella le había pedido que volviera a su casa, pero él había insistido y había entrado al taller como si fuera suyo.

En el sueño, Celine observaba la escena desde arriba, como si la parte consciente se hubiera separado de su cuerpo mientras dormía.

Presenciaba el desarrollo de los eventos con una lentitud tortuosa. Se veía a sí misma cometer error tras error, como si el mismísimo Dios deseara enseñarle una lección.

Un golpe seco sonó en sus oídos.

Su vestido rayado de cambray fue arrancado de sus hombros cuando el joven intentó evitar que ella huyera. Después de eso, todo lo que sucedió fue confuso. Celine se consideraba afortunada de que él apenas hubiera podido aferrarse de su falda antes de que ella hubiera agitado sus manos, arañando en busca de cualquier cosa con la cual defenderse.

El candelabro no había sido una elección. Había sido la mejor arma al alcance de su mano.

Con frecuencia, cuando estaba sola, Celine se preguntaba si había tenido la intención de matarlo. Seguro que podría haberlo golpeado con menos fuerza. Seguro que no tenía por qué haber apuntado a un lado de la cabeza. Seguro que podría haber prevenido su muerte.

Pero no. En la oscuridad de sus sueños, ella sabía la verdad.

En Celine, el mal había encontrado el recipiente perfecto.

████████████████████

Ella había querido destruir al joven, así como él la había querido destruir a ella. Mientras miraba cómo la sangre brotaba del cuerpo de él, Celine había buscado en su alma una gota de arrepentimiento, un indicio de remordimiento. No había encontrado nada de eso. Se había aferrado

al candelabro con más fuerza. Había preparado la mentira que le diría a su padre a sabiendas de que no podía quedarse donde estaba.

Una vez más, un golpe seco vibró en su cráneo.

¿Quién creería que Celine había sido la víctima? Después de todo, el a no era quien estaba fría e inmóvil en el suelo del atelier. La versión de el a que estaba en el sueño tenía la mirada clavada en el círculo carmesí que crecía cada vez más. Dio un paso hacia atrás para no manchar el dobladil o de su falda.

Y después... algo nuevo y peculiar comenzó a tomar forma en la sangre que se estaba acumulando a sus pies. Por lo general, Celine estaba descalza en ese recuerdo, y sus dedos se deslizaban por el mármol frío mientras intentaban evitar cualquier contacto con el hombre al que había matado.

Esa noche, un símbolo se formó junto a los dedos de su pie. El mismo símbolo que había visto antes pintarrajeado sobre la madera, junto al cuerpo de Anabel.

Algo suave rozó la punta de la nariz de Celine. El a levantó la mirada.

Una cascada de pétalos entre amarillos y dorados se agitó a su alrededor, cayeron sobre el charco de sangre que seguía expandiéndose y, en cuanto tocaron el suelo de mármol, se convirtieron en cientos de pañuelos bordados. Después, la diosa lunar atravesó el sueño de Celine con su carreta. El golpe en sus oídos sonaba más fuerte. Más insistente.

Todo se disolvió en un mar de oscuridad.

Celine se despertó con un sobresalto.

Aunque su habitación estaba oscura, no todo estaba en silencio.

Ahora los golpes se oían con mayor claridad. Ya no estaban amortiguados. Un ruido de madera contra piedra. Celine se encogió cuando sintió que un rocío frío le humedecía la piel. Los postigos que estaban en el lado exterior de su ventana se habían abierto con el viento. Al otro lado se había desatado una tormenta que arrojaba cortinas de lluvia horizontales y hacía que entrara agua en su habitación diminuta, todo lo que el agua tocaba parecía cobrar vida.

Celine se puso de pie. Casi resbaló cuando sus pies descalzos se deslizaron por el suelo de piedra mojado. Dio un par de pasos cortos hacia la ventana de su celda. Después suspiró.

— *Merde* —maldijo solo para sus oídos.

No había otra alternativa. Si quería volver a asegurar el pestillo, tendría que asomarse y empaparse.

Celine consideró envolverse en un chal. Sería lo apropiado. Su camisón estaba hecho de algodón no. Si el agua llegaba a atravesar la prenda, sería indecoroso permanecer junto a la ventana, donde se arriesgaba a que la vieran.

Su expresión se volvió seria cuando se dio cuenta de que el chal no estaba por ningún sitio. El viento continuaba golpeando los postigos y la lluvia soplaba hacia el interior de su habitación.

Al diablo con el decoro.

Celine luchó contra una ráfaga particularmente intensa y después se estiró por encima del alféizar para alcanzar el pestil o de madera.

Una señal de movimiento llamó su atención. Se quedó congelada en el sitio, aunque la lluvia seguía cayendo sobre ella, empapándole el pelo, ltrándose hasta la piel. Celine parpadeó para quitarse las gotas

de los ojos. Parecía como si una gura estuviera merodeando en su periferia, junto a un pilar cerca de la verja de hierro forjado en la que estaba la entrada al convento. Celine volvió a parpadear.

La silueta se desvaneció.

Su corazón se agitó en su pecho, la sangre de sus venas parecía más ligera.

Tiró fuerte de los postigos y los cerró con el pestil o con un solo movimiento uido. Después buscó un trozo de tela de algodón gruesa.

Todavía sentía el latir de la sangre en su cuerpo mientras se quitaba el camisón y se ponía una camisola limpia del baúl que contenía sus escasas prendas de vestir.

Solo una cosa era cierta: algo había cambiado esa noche.

Desde aquel momento en el atelier hacía seis semanas —cuando el mal se había refugiado en sus huesos—, Celine se había sentido dividida sin ninguna duda, entre el bien y el mal. Pero más que eso, entre quién era y quién creía que debía ser.

Celine Rousseau era una chica que creía en la justicia. Aquel joven había intentado violarla, destruirla en cuerpo y alma.

¿Estaba mal que, en cambio, ella lo destruyera a él?

Sabía cuál era la respuesta correcta. La que la Biblia enseñaba. Porque Celine también era una joven que había sido criada bajo los Diez Mandamientos, y matar estaba mal.

¿Pero existían situaciones en las que pudiera estar bien?

¿Podía Celine Rousseau ser una chica que valoraba la vida y, al mismo tiempo, ser una chica que había quitado una vida sin sentir ni una pizca de remordimiento?

Era como caminar sobre el filo de un precipicio. Si Celine caía hacia un lado, sería buena para siempre. ¿Y si caía hacia el otro? Sería

consumida por el mal y perdería cualquier oportunidad de redimirse.

Sabía que sonaba como una tontería, pero ella sentía que era cierto.

No era posible que el bien y el mal habitaran en la misma persona.

¿O sí?

Celine parpadeó con fuerza y escudriñó la oscuridad húmeda.

Después de los eventos de esa noche, no debería prestar atención a esas cosas. Debería estar temblando en su camisón, envenenada por otro tipo de preocupación.

Al día siguiente —a pesar de todos sus esfuerzos— el mundo de Celine se desmoronaría como un castil o hecho de arena. Por la tarde, el detective Grimaldi iría al convento para terminar de interrogarlas. Ese había sido un favor a la Madre Superiora, una mujer que conocía bien a su familia. Celine había observado con asombro mudo cómo la matrona anciana las había defendido a ella y a Pippa. Había rogado por la indulgencia del joven detective.

«La señorita Rousseau y la señorita Montrose son jóvenes decentes y respetables», había dicho. «Estarán más que felices de cooperar. Por supuesto que responderán cualquier pregunta que usted les haga. Pero, por favor, concédales esta noche para llorar la pérdida de su amiga. Para reflexionar sobre las acciones que han desembocado en este desafortunado giro de los acontecimientos».

Celine había apartado la mirada cuando oyó aquellas palabras y sintió cómo la vergüenza atravesaba su corazón como si fuera un puñal.

No había ni rastro de culpa en la cara de la Madre Superiora. Pero la mujer arrugada había salvado a Celine. Le había ofrecido un perdón en las escaleras de la horca.

Michael Grimaldi continuaría con su investigación al día siguiente.

¿Qué sucedería si el detective echaba una mirada al pasado de Celine

con esos inquietantes ojos descoloridos? ¿Qué sucedería si le preguntaba por qué había viajado hasta el otro lado del Atlántico?

¿Qué sucedería si descubría que era una asesina?

Podría ser su perdición.

Las manos de Celine temblaban mientras envolvía su pelo con un trozo de algodón grueso e intentaba, en vano, escurrir toda el agua de los mechones que le llegaban hasta la cintura. Sus sueños la atormentaban. Sus recuerdos le fallaban. Sus deseos se habían convertido en parcas en la oscuridad.

Se esforzó por poner en orden sus emociones. Si no tomaba el control de su vida, de sus miedos, entonces ellos la controlarían a ella. No podía permitir que eso sucediera. Sucumbir al miedo era la forma más certera de trastabillar.

Celine volvió a la angosta cama de cuerdas, decidida a luchar por tener algo de paz para estar preparada para lo que el día siguiente fuera a depararle. Cuando estiró la mano hacia las sábanas de lino ásperas que estaban a los pies del colchón, se quedó congelada. Los pétalos dorados. Los pañuelos bordados.

Parpadeó una vez. Dos veces. El trozo de algodón grueso que cubría su pelo se desenvolvió y cayó a sus pies sobre el suelo de piedra. Su cuerpo tembló.

Bastien había guardado un trozo de tela doblada en el bolsillo de sus pantalones. Bajo la luz cálida de las lámparas de gas, había parecido un pañuelo color crema.

¿A la luz del día?

Sería amarillo.

Como el lazo faltante que había sujetado el pelo de Anabel.

████████████████████

UNA VISITA SORPRESA

Los sueños de Celine siguieron atormentándola hasta las primeras horas de la mañana. Durante el resto de la noche, tuvo un sueño entrecortado e interrumpido. En esa intranquilidad, imaginaba ver que la silueta que estaba fuera de su ventana se acercaba cada vez más, una salpicadura negra en un mar gris.

De niña, había tenido ese tipo de sueños ininteligibles de forma intermitente, con frecuencia en momentos de crisis. En el os, todo parecía real, vivo y posible, incluso en sus pesadillas más retorcidas. En dos ocasiones, había imaginado que su madre la visitaba en mitad de la noche. Una vez, había estado envuelta en una piel de zorro centelleante y sus ojos eran dos lunas. La siguiente, había venido acompañada del aroma salado del océano y llevaba una perla que brillaba entre los dientes.

Esa noche, Celine soñó que su madre susurraba algo en su oído.

Sintió que se acercaba a ella rodeada del aroma espeso del aceite de cártamo y el incienso.

— *Kah* —dijo su madre, su respiración una brisa fría sobre la oreja—.

Bhal-ee.

Celine no debería haber sabido qué significaban esas palabras. Pero su cuerpo se congeló y sus ojos se abrieron de par en par.

Huye. Su exhalación fue un grito ahogado. *Rápido.*

████████████████████

Por fortuna, la mañana siguiente trajo consigo el cielo más despejado que Celine hubiera visto

desde su llegada a Nueva Orleans hacía dos semanas. Como resultado, los rayos del sol se colaban sin filtro por todos los rincones y grietas.

A las diez de la mañana, la temperatura ya era sofocante.

Además de eso, uno de los peores miedos de Celine se había vuelto realidad.

Había sido colocada delante de una clase y estaba mirando a doce caras sonrientes, la menor de las cuales no tenía más de diez años. A su derecha, Catherine, que tenía las manos plegadas delante de ella y un par de gafas, era el epítome de una joven repleta.

La idea era que Celine ayudara a Catherine a enseñar a las niñas sobre el comportamiento apropiado en sociedad, además de instruir las en la pronunciación correcta del francés. *S'il vous plaît, merci beaucoup, je vous en prie, pardonnez-moi* y cosas por el estilo.

Suponía que todo eso había sido un intento planeado por la Madre Superiora con mucho cuidado para hacerla sentir vergüenza. Para recordarle a Celine cuál era su lugar en la vida y en el mundo.

—¡Señoritas! —Catherine aplaudió—. Prestad atención a *mademoiselle* Rousseau. Está aquí para enseñaros con precisión qué debéis hacer para impresionar a... no lo sé, ¿un caballero joven y apuesto en el futuro cercano?

Le dedicó una sonrisa amable a Celine, pero, detrás del gesto, Celine detectó una punzada de resentimiento. Por supuesto, Catherine sabía qué había ocurrido la noche anterior. Todas las jóvenes del convento habían sido informadas y la verdad se había extendido como un incendio forestal.

No era ninguna sorpresa. Una de ellas había fallecido de una forma terrible y violenta.

Quizás Celine no debería culpar a Catherine por el desdén que daba forma a sus cejas esa mañana. Si Catherine hubiera estado vinculada a la muerte prematura de Anabel, era muy probable que Celine también le estuviera dedicando una mirada acusadora.

En un intento por canalizar la seguridad que le faltaba en ese momento, Celine ofreció una sonrisa que dejaba ver todos sus dientes a la clase repleta de niñas inocentes y expectantes.

—Por supuesto que es encantador saber qué decir y hacer en sociedad, pero también debéis prestar atención por el simple beneficio de aprender a hablar otro idioma —señaló con un tono despreocupado

—. No nos gustaría sentir que todo lo que hacemos lo hacemos para llamar la atención de algún joven, ¿no es así? —Soltó una risa suave.

Un manojito de niñas acompañaron a Celine con una risita, aunque la mayoría se movieron incómodas en su sitio y frunció sus caras en confusión.

La ira transformó todas las facciones de Catherine antes de asentarse por encima de las cejas.

— *Mademoiselle* Rousseau, ¿puedo hablar con usted un minuto? —

pidió entre dientes apretados.

Celine levantó la mirada hacia las vigas de madera del techo y contó desde diez hacia atrás. Sabía que era un error que el a estuviera enseñando algo a alguien. Sobre todo a una clase de niñas que estaba bajo la vigilancia de una antigua institutriz inglesa. Los chistes sobre los puritanos y la Torre del Terror inundaron la cabeza de Celine antes de que el a los silenciara en un instante.

—¿Celine? —repitió Catherine en voz más baja. Más intensa. Señaló

hacia la puerta con los ojos.

El a asintió con una mueca de incomodidad. Mientras seguía a Catherine hacia la puerta, una voz que sonaba como una campana se elevó desde el fondo de la clase.

—¿*Mademoiselle* Rousseau? —preguntó una chica con ojos de gato y una mata de pelo alborotado.

—¿Sí? —Celine se dio media vuelta, agradecida de haber evitado el sermón que le esperaba.

—¿Es verdad que usted es de París? —La niña jugaba con uno de los bordes de su pizarra.

—Sí, es verdad.

Un murmullo de admiración recorrió el salón.

—¿Y por qué se ha ido de al í? —preguntó otra niña que estaba sentada cerca de la primera la.

Un torrente de maldiciones silenciosas escapó de la garganta de Celine. Por un momento, consideró repetir la palabrota que Bastien había usado la noche anterior durante su primer encuentro. Solo para ver qué se sentiría al conmocionar a todas las presentes con solo un par de sílabas.

Celine apretó los párpados.

—Porque quería una aventura. —Otra sonrisa radiante se dibujó en su cara—. ¿Qué tipo de aventuras os gustaría tener a vosotras?

—A mí me gustaría ver las pirámides —respondió la primera niña.

—Quizás viajar en barco algún día. —Una niña con coletas rubias golpeó su mentón con un dedo.

—Yo quiero probar... ¡el calamar! —exclamó una tercera desde la derecha.

Sonidos alegres se mezclaron con sus reacciones de asco exageradas.

████████████████████

La risa infantil se elevó hacia el techo de yeso. Catherine echó una mirada sospechosa en dirección a Celine, pero volvió a juzgarla desde el rincón sin decir ni una palabra.

Una vez más, Celine había conseguido su salvación en las escaleras de la horca.

Menos de una hora más tarde, un golpe resonó contra la puerta.

Catherine respondió como si lo hubiera estado esperando todo ese tiempo y, al acercarse, su falda azul grisácea rozó el suelo de piedra pulida con un *frufriú*. La joven que esperaba al otro lado inclinó la cabeza cubierta de pelo castaño opaco como si lamentara lo que estaba por decir.

—¿Señorita Rousseau? —Se dirigió a Celine—. Me disculpo por interrumpir su clase, pero hay un cabalero esperando por usted y por la señorita Montrose en el huerto de limones que da al vestíbulo.

Celine se armó de valor mientras seguía hacia fuera a la joven vestida con el hábito. En un banco cerca de una la de plantas de tomate muy cuidadas, estaba Pippa sentada con un vestido de día de color lavanda, la mirada perdida y sombras debajo de los ojos. Al igual que Celine, era obvio que no había dormido bien. Cuando Pippa vio que habían llegado a buscarla, les ofreció una sonrisa de lo más diminuta. Ese simple gesto tranquilizó a Celine, aunque le inquietaba que su amiga hubiera terminado en una situación precaria una vez más.

Si Pippa no se hubiera ofrecido a acompañar a Celine la noche anterior...

Si Celine no hubiera sido tan insistente. .

Si la Madre Superiora no hubiera enviado a Anabel para que las
espiara...

Si...

El latido de Celine era un trueno en su pecho mientras se preparaba para enfrentar al detective. Para hacer la actuación de su vida.

Cuando doblaron la última esquina y su escolta las abandonó a su destino, Celine se asombró al descubrir que quien las esperaba bajo las hojas de aroma cítrico no era el detective Michael Grimaldi.

Era Arjun.

Estaba de pie a la sombra de un limonero con un bombín azul oscuro en la mano y el monóculo colocado en el ojo derecho. Parecía estar absorto en una charla con el jardinero, un cabalero encorvado cuya piel bronceada y arrugada había envejecido más allá de su edad real y tenía la apariencia de un hechicero, completada por una barba larga y rala. El jardinero ofreció a Arjun un brote de algo, un tallo de un verde vibrante con frondas pequeñas, envuelto en un trozo de lino humedecido. Arjun se inclinó desde la cintura y se estiró para tocar la punta del pie del jardinero, como si le estuviera dando las gracias. Después recibió el brote y se giró hacia Celine y Pippa

para ofrecerles una sonrisa de lo más hipócrita.

Celine no iba a permitir que la superaran, así que le devolvió el mismo gesto.

—Discúlpeme —comenzó—, pero estoy un poco confundida. ¿Puedo preguntarle...?

—Es cilantro —la interrumpió Arjun—. Una hierba que suele usarse en la cocina de las Indias Orientales. Echaba de menos su aroma, y Wil iam ha sido muy generoso y me ha ofrecido un brote para mi jardín.

—Qué amable por su parte. —Celine parpadeó dos veces.

—Y esa no era para nada la pregunta que usted quería hacer. —Arjun

esbozó una sonrisa amplia—. Bastien me ha pedido que venga hoy aquí. Lo aconsejo en asuntos legales, y él no quería que usted y la señorita Montrose fueran interrogadas por la policía sin tener a alguien que las defendiera.

Celine comprendió todo por n. Además de ser el lacayo de Bastien

—de repartir golpes a pobres ingenuos en cal ejones rancios—, Arjun también era el abogado que había sido mencionado de pasada la noche anterior. Una risa amarga recorrió a Celine por dentro. No estaba sorprendida de aprender que Bastien contaba con un representante legal entre sus conocidos más cercanos, disponible, sin duda, a cualquier hora del día o la noche.

—Entonces... ¿usted es abogado? —preguntó Pippa mientras una brisa jugaba con las puntas de los rizos rubios que enmarcaban su cara en forma de corazón.

—Algo así —respondió Arjun sin perder un segundo—. Conozco todos los pormenores de la ley, aunque no se me permita practicarla.

—No lo comprendo. —Una expresión confundida atravesó la cara de Pippa.

—Es una lástima. —Otra sonrisa castigadora se formó en sus labios

—. Mi piel no es del color indicado, señorita Montrose, y lo mismo ocurre con mi ascendencia. Estoy seguro de que usted más que nadie podrá entenderlo.

—¿Disculpe? —Parpadeó para despejar la estupefacción que le nublaba la vista.

—Guiándome por su acento, apostaría a que usted es de Yorkshire.

Una joven inglesa correcta por donde se la mire.

—Sí, vengo de Yorkshire. —El color inundó las mejil as de Pippa.

—En ese caso, no tengo ninguna duda de que es consciente de que

nadie jamás permitiría que un pendenciero de las Indias Orientales trabajara como abogado en

cualquier círculo con algo de importancia.

—Arjun sostuvo el bombín debajo del brazo y guardó el pequeño brote de cilantro en el bolsillo del pecho de su levita gris—. Y eso es intencional, por si no lo sabía. —Rio para sí mismo.

—No todos creemos en esas cosas —señaló Pippa en voz baja.

—Puede que eso sea cierto —respondió él—, pero no cabe ninguna duda de que todos ustedes se benefician de ellas.

Pippa palideció, incapaz de responder.

A sabiendas de que esa charla no le estaba haciendo ningún favor a su amiga, Celine interrumpió con una reverencia pequeña.

—Muchas gracias por tomarse esta molestia por nosotras, *monsieur*...

—esperó a que Arjun ofreciera su apellido.

—Desai. —Apartó la mirada de Pippa y se aclaró la garganta—. Pero, por favor, sentíos libres de llamarme Arjun, porque creo que ya hemos superado esas formalidades. —Sus ojos color avellana resplandecieron.

—Aprecio que haya venido aquí hoy para defendernos, pero me temo que no contamos con los medios para pagarle. —Celine luchó contra el impulso de encogerse ante su mirada ja—. Y no desearía aprovecharme de su valioso tiempo.

Arjun rio por la nariz.

—Parece que a ninguno de los dos nos gusta estar en deuda con otras personas. Y aunque mi tiempo es, en efecto, valioso, no es necesario que te preocupes por los honorarios. Bastien se hará cargo de todos los gastos.

Cuánta arrogancia. Por parte de *los dos*. Celine entornó los ojos. Pippa le echó una mirada de reojo con una expresión de incomodidad suprema.

—¿Y por qué haría eso? —insistió Celine.

Arjun inclinó la cabeza de un lado hacia el otro considerándolo.

—No sería capaz de especular sobre sus motivos. Una joven muy sabia dijo una vez que solo podemos conocer los pensamientos que nos pertenecen a nosotros mismos. —Una media sonrisa se dibujó en su cara cuando le recordó a Celine las palabras que él había usado la noche anterior.

Celine sentía cómo sus labios comenzaban a fruncirse. Se mantuvo callada y dejó que sus ojos respondieran por ella.

—Bravo, señorita Rousseau —comentó Arjun—. Mi recomendación es que mantengas esa

indignación durante el interrogatorio de hoy. —

Dio un paso hacia Pippa y acortó el espacio que los separaba con un solo movimiento—. Manteneos cal adas a menos que estéis seguras de que las próximas palabras que vayáis a decir son irreprochables.

Convertid al silencio en su amigo. Gozad de él.

Ahora era el turno de Celine de soltar una risa por la nariz.

—Será fácil. Lo único que nos está pidiendo es que nos comportemos como las damas que nos han criado para ser.

—Apostaría a que eso es más fácil para algunas que para otras.

—No hay necesidad de que haga esos comentarios despectivos —

señaló Pippa con el ceño fruncido—. Es indigno.

—La verdad es con frecuencia indigna. Pero eso no significa que sea injusti cada.

—Esa es su opinión. —Pippa levantó su mentón delicado, preparada para la batalla.

Celine no quería que Pippa cayera presa de las provocaciones de Arjun, así que decidió que lo mejor sería cambiar de tema.

—Todavía no ha respondido la pregunta que le hecho antes, *monsieur*

Desai. ¿Por qué se haría cargo *monsieur* Saint Germain de los gastos de nuestra representación legal?

—Ya lo dije anoche, señorita Rousseau —respondió él—. Bastien solo está haciendo lo que mejor sabe hacer. No lo interpretes como otra cosa. Habría hecho lo mismo con cualquier otra persona que necesitara la ayuda, así como lo ha hecho con muchas otras señoritas de la ciudad.

—Qué magnánimo por su parte —comentó Celine con un tono de voz frío.

Una sonrisa fantasma se cruzó por los labios de Arjun.

—Créeme que su mayor preocupación es poner n de inmediato a cualquier cosa que pueda llegar a afectar de forma negativa el negocio familiar.

Bueno. Celine resopló, su indignación seguía creciendo. Le molestaba mucho que Bastien se hubiera hecho cargo de tomar decisiones por el as sin siquiera consultarles. Ni que hablar de que, si sus sospechas eran acertadas —si Bastien efectivamente tenía algo que ver con la muerte prematura de Anabel, tal como el lazo amarillo en su bolsillo o parecía sugerir—, entonces, en esencia, él les estaba sirviendo de un pozo de agua envenenado.

Además Celine detestaba la idea de deberle algo a Bastien.

LA ACTUACIÓN DE SU VIDA

Ala luz del día, el detective Michael Grimaldi no parecía tan intimidante como la noche anterior. Ni tampoco tenía tanto aspecto de profesor. De hecho, era casi... atractivo.

Por desgracia, ese cambio de aspecto no ayudó demasiado a reducir la tensión que se estaba generando en el cuerpo de Celine.

El a se dejó caer sobre la sil a de madera que chirriaba delante del escritorio de la Madre Superiora. Después se alisó la falda del vestido menos agraciado que tenía. Era del color del agua que quedaba sucia después de lavar los platos y había sido relegado a las ocasiones en las que Celine había experimentado con tinturas en el atelier. Sus orejas todavía ardían al recordar el tono frío que el detective Grimaldi había usado para reprocharle el uso de sus encantos femeninos para atraerlo a su bando. El atuendo de ese día había sido elegido para transmitir el mensaje de que a Celine no le importaba en lo más mínimo que el joven detective, altivo y vanidoso, la encontrara atractiva.

La joven más bella que jamás haya conocido... sí, claro, refunfuñó Celine hacia sus adentros.

Después soltó un gran suspiro.

No podía dejar que su temperamento lo estropeará todo, como casi lo había hecho la noche anterior.

Desde el otro lado del escritorio de la Madre Superiora, Michael Grimaldi la observaba en un silencio atento antes de considerar a Pippa,

que estaba sentada entre Celine y Arjun. Las palmas de Celine comenzaron a sudar cuando el detective Grimaldi posó una mirada helada sobre Arjun, quien cruzó un talón sobre la rodil a antes de sacar un cuaderno de cuero pequeño y apoyarlo sobre el escritorio junto a un lápiz de gra to.

La inmensa cruz de madera que colgaba de la pared que estaba delante de Celine parecía crecer con cada momento que pasaba. El mismo Jesús parecía clavar su mirada torturada sobre el a y decir: «¿He sufrido esto por *tu* salvación?».

Celine apartó la mirada.

Era importante que conservara la sensatez. Que no perdiera de vista la indicación que Arjun les había dado. Si actuaba con modestia y permanecía en silencio, entonces quizás Michael Grimaldi las dejaría en paz.

Pero si las cosas no salían bien, Celine conocía una forma de dirigir su atención en otra dirección.

Para ser más especí ca, la ubicación del lazo amarillo para el pelo que estaba desaparecida.

El detective Grimaldi se aclaró la garganta.

—Gracias por aceptar reunirse conmigo, señorita Rousseau y señorita Montrose —comenzó.

—Por supuesto —murmuró Pippa—. Queremos ayudar como podamos.

Celine inclinó la cabeza. Apartó la mirada. Se abstuvo de compartir sus pensamientos, aunque estaba segura de que su expresión hablaba a gritos. A la izquierda de Pippa, Arjun sonrió y sacó un cuchil o angosto para comenzar a sacar lo a la punta de su lápiz de gra to.

El *chic, chic, chic* del metal contra la madera era tan reconfortante como irritante.

—¿Pudo descansar algo, señorita Rousseau? —preguntó el detective Grimaldi directamente a Celine.

Celine inhaló por la nariz.

—Qué amable por su parte preguntar, detective Grimaldi. He dormido tan bien como era de esperar.

—Entonces supongo que no ha dormido para nada bien. —Apoyó su gorro de *tweed* sobre el escritorio y se reclinó contra el respaldo de la silla de madera.

—No estoy segura de cómo responder a eso, detective. ¿Está queriendo preguntar de forma indirecta si he dormido como lo haría alguien culpable? Si es así, debo decirle que no funcionará.

El *chic* del cuchil o contra el lápiz se detuvo en la mitad del movimiento.

—Comparte sus pensamientos con mucho candor, señorita Rousseau.

—Michael Grimaldi arqueó una ceja.

Celine consideró enseñar los dientes en una sonrisa feroz. El muy maldito estaba intentando provocarla a propósito. De nuevo. Volvió a alisar la falda y clavó la mirada en una mancha lavada de color verde que estaba cerca del dobladillo.

—Supongo que preferiría que guardara mis pensamientos para mí misma.

—No. Aprecio su candor. Espero que continúe compartiendo lo que piensa conmigo.

La respuesta de Celine fue mantenerse callada.

Sin inmutarse ni en lo más mínimo, el detective Grimaldi se giró hacia Pippa.

—Valoro mucho una buena noche de sueño. Siendo el mayor de cinco hermanos, era un lujo que pocas veces me pude dar cuando era niño.

¿Cuántos hermanos y hermanas tiene, señorita Montrose?

—¿Cómo sabe que tengo hermanos? —La pregunta había sobresaltado a Pippa.

—No ha sido más que una simple deducción. La manga interior de su vestido está gastada. El color ya no está a la moda, aunque ha sido confeccionado para una mujer joven hace no tanto tiempo, lo cual sugiere que no le pertenecía a su madre. —Le echó una mirada intensa

—. La lógica indica que usted no es hija única.

La indignación se atoró en la garganta de Celine en el instante en el que la cara de Pippa se sonrojó. Celine abrió la boca para hacer un reproche al detective, pero se contuvo y echó una mirada hacia Arjun en busca de consejo.

El abogado terminó de alar su lápiz. Apoyó el monóculo sobre su ojo derecho y abrió su pequeño cuaderno de cuero. Sin decir ni una palabra, se dispuso a escribir, y el rasgueo del gra to contra el papel fue su única contribución al interrogatorio.

Qué hombre más exasperante, pensó Celine.

—El traje me lo dio mi prima —respondió Pippa con voz clara.

Sincera—. Y yo también soy la mayor de mi familia.

—¿De cuántos? —preguntó el detective Grimaldi como si hubieran quedado para beber té en Claridge's.

—Tres. Tengo un hermano y una hermana.

Él la consideró durante un instante.

—Usted debe de haber sido un excelente modelo a seguir. Sin ninguna duda, mejor que yo.

—He hecho lo mejor que he podido, detective Grimaldi. —Pippa apartó la mirada. Tragó saliva.

—¿No se siente cómoda siendo cándida en mi presencia, señorita Montrose? —El detective frunció el ceño.

Era... inesperado que acusara a Pippa de no ser sincera.

—Estoy respondiendo sus preguntas —insistió Pippa.

—¿Ayudaría en algo si le dijera que no albergo ninguna sospecha en contra suya, señorita Montrose?

Pippa inhaló con cuidado.

—Ayudaría un poco, sin ninguna duda. —Se mordió el labio inferior

—. Pero eso debe querer decir que tampoco sospecha de Celine, dado que estuvimos juntas todo el tiempo.

Arjun levantó la mirada de su cuaderno.

El detective inclinó la cabeza sin que sus ojos descoloridos parpadearan.

—¿Está segura de que estuvo en presencia de la señorita Rousseau durante la totalidad de la noche?

El corazón de Celine se agitó en su pecho como un pájaro enjaulado.

Había pillado a Pippa en una mentira. Había sido muy fácil.

—Yo... —Pippa palideció. Echó una mirada hacia Arjun, que continuaba escribiendo en su cuaderno sin ofrecer ni un solo consejo—.

Hubo un período corto de tiempo en el que me aparté de él. Pero no pudieron haber sido más de quince minutos —concluyó a toda prisa.

—Y en ese período... —El detective Grimaldi echó una mirada a Celine—. ¿Interactuó usted con alguien más, señorita Rousseau?

Celine ni siquiera se molestó en echar un vistazo hacia Arjun para recibir una indicación. Estaba claro que el detective Grimaldi ya sabía las respuestas a las preguntas que estaba haciendo. Estaba intentando que tropezaran. Que embarraran las aguas. El motivo de ello, Celine solo podía intentar adivinarlo.

—Creo que ya conoce la respuesta —señaló Celine con delicadeza.

De todas formas, él espera a que él respondiera.

Celine soltó un suspiro pequeño y continuó.

—Durante ese período, tuve una charla breve con el dueño del establecimiento.

—El señor Saint Germain.

Celine asintió.

—¿Y él estuvo presente durante toda la duración de su visita a Jacques'?

El entendimiento recorrió el cuerpo de Celine, caliente y rápido. El detective Grimaldi iba detrás de *Bastien*, no de él. Después de presenciar la muestra de hostilidad mutua de la noche anterior, tendría que haberse dado cuenta antes. El alivio la inundó como una ola de agua fría en un día caluroso. Su cabeza comenzó a dar vueltas mientras consideraba si revelar sus observaciones sobre el lazo amarillo.

Pero cada palabra que pronunciara debía ser irreprochable. Y no tenía ninguna prueba irrefutable.

—No —respondió Celine con cuidado—, no lo estuvo.

Arjun dejó de escribir, su lápiz permaneció suspendido sobre el cuaderno después de un instante. Después sonrió para sí mismo antes de continuar con sus garabatos. Pero ese momento breve

había evidenciado su intención. De pronto, la verdad de por qué el abogado estaba allí quedó clara.

No estaba allí para ayudarlas a ellas. Había ido para proteger a Bastien. Para asegurarse de que su empleador no quedara implicado en algo inapropiado. Esos canales se habían entrometido en la situación desafortunada de Pippa y Celine para salvaguardar sus propios intereses y habían demostrado que los demás no les importaban ni en

lo más mínimo. Aunque eso mismo era lo que Arjun había dicho en otras palabras, la ira de Celine aumentó de forma repentina. La revelación del lazo amarillo o amenazó con salir por sus labios en un torrente de furia descontrolada, y que la falta de pruebas se fuera al diablo.

—¿Sucede algo, señorita Rousseau? —preguntó el detective Grimaldi.

Maldito sea él por ser tan observador. Celine despejó sus pensamientos con una sacudida de sus rizos oscuros.

—Más allá del hecho de que estoy siendo interrogada por la policía, no se me ocurre nada más que pueda estar sucediendo.

—Me refero a que ha parecido alertarse de pronto. Como si algo relevante hubiera captado su atención.

—Solo he llegado a una conclusión inquietante. Eso es todo.

—¿Puedo preguntar cuál es esa conclusión?

Celine fulminó a Arjun con una mirada plena de intención. Él la miró a los ojos, se reclinó contra el respaldo e hizo crujir la madera al cambiar su peso. Las esquinas de sus ojos avelanados se entornaron y su monóculo desprendió un brillo a modo de advertencia.

—Tiene que ver con *monsieur* Saint Germain —respondió Celine.

Michael Grimaldi no movió ni un músculo, una falta de movimiento que ocultaba su interés.

—Aunque solo la vi durante un instante —comenzó Celine—, la imagen de Anabel muerta estará siempre grabada en mi memoria, y quería asegurarme de que usted hubiera tomado nota de cada detalle.

El detective asintió.

Arjun golpeteó el cuero negro de su cuaderno con la punta del lápiz y esbozó una sonrisa, aunque mantuvo su atención clavada en Celine.

Sin decir ni una palabra, ella lo desahogó a que la detuviera.

—La piel pálida —continuó Celine—. Los ojos abiertos y congelados de terror. —A su lado, Pippa se estremeció—. El pelo *desatado* que le cubría la cara...

Observó a Arjun para ver su reacción. Aparte del constante golpeteo del lápiz contra el cuaderno, no demostraba ninguna emoción.

—Y... —Celine hizo una pausa—... esa horrible herida irregular. —El detective esperó—. Una herida que, sin ninguna duda, debió de haber sangrado muchísimo —observó Celine—. Sería prácticamente imposible que cualquiera de los que estuvimos presentes anoche, incluido *monsieur Saint Germain*, hubiera cometido un crimen tan espantoso y hubiera tenido tiempo su ciente para drenar la sangre de la víctima y deshacerse de todos los rastros de su presencia.

El detective Grimaldi juntó las puntas de sus dedos delante de él.

Observó a Celine con actitud pensativa. El a no podía descifrar si estaba impresionado o irritado.

—Yo mismo he l egado a una conclusión similar, señorita Rousseau

—dijo él—. Pero se pueden haber tomado precauciones. Las prendas manchadas pueden ser cambiadas. Los abrigos y los guantes pueden ser quitados con la misma facilidad con la que pueden ser puestos. —Se inclinó sobre sus manos unidas—. Teniendo eso en cuenta, ¿hay algo que usted o la señorita Montrose hayáis visto que pudierais considerar sospechoso?

Bastien se había quitado su levita. Varios miembros de *La Cour des Lions* habían l evado armas consigo. Cuchil os, pistolas, picahielos, incluso *anillos* que podrían hacer las veces de instrumentos de tortura y violencia. De pronto, la pequeña mancha roja del cuel o de la camisa de Odette no parecía tan inocente.

¿Que Odette fuera una *asesina*? Celine casi rio para sí misma.

Después se le heló la sangre.

Celine era una asesina.

Cualquier persona era capaz de cometer actos atroces. Y cada uno de los miembros de La Corte de los Leones parecía poseer dones sobrenaturales. Algunos podían saborear el engaño. Podían hacer que las piezas de ajedrez se movieran solo con la mente. Podían predecir el futuro con un simple toque.

El mismo Arjun había dejado a un hombre en un estado de estupor con solo sostenerlo por la muñeca.

Celine echó una mirada a su alrededor y sintió que el miedo se colaba en su alma. Todos esos individuos estaban más al á de lo común, sus habilidades sobrepasaban por mucho los simples trucos de salón. ¿Pero hasta qué punto? Vólvió a recordar lo que las dos mujeres habían revelado antes en la plaza, sus sospechas de que era muy probable que

«la Corte» fuera responsable de la chica decapitada en el puerto.

La Corte. *La Cour des Lions*.

Celine no creía en las coincidencias.

Y solo un tonto provocaría a criaturas con un apetito incalculable y habilidades desconocidas.

Si Celine deseaba mantenerse a salvo —mantener a Pippa a salvo—, entonces necesitaba dejarse llevar por el viento, sin importar el sabor amargo que eso dejara en su boca. De pronto entendió por qué los otros oficiales de la Policía Metropolitana de Nueva Orleans habían evitado a Bastien.

Cognez au nid de guêpe, et vous serez piqué.

Si agitas un nido de avispas, te picarán.

Celine se alisó la sobrefalda. Miró a los ojos penetrantes del detective y se negó a encogerse ante él.

████████████████████

—Siento decir que no he visto nada que haya llamado mi atención, detective Grimaldi.

La decepción atravesó su cara. Dirigió su vista hacia Pippa.

Celine estiró la mano por debajo del escritorio con disimulo para alcanzar la de Pippa. La apretó con fuerza.

—Lo siento, detective Grimaldi —respondió Pippa con voz clara—.

Pero yo tampoco he visto nada.

—Es una lástima que mis clientes no hayan podido ser de mayor ayuda, detective Grimaldi —dijo Arjun mientras sostenía abierta la puerta de la oficina de la Madre Superiora.

Había que reconocer que no parecía nada engreído.

De todas formas, una ira hueca se retorció en el estómago de Celine.

—Sí, es una verdadera lástima —coincidió el detective Grimaldi con frialdad. Se apartó para dejar pasar a Pippa y esperó justo al otro lado de la puerta de roble.

Cuando Celine atravesó el umbral hacia el pasillo cavernoso, el joven detective cambió el sombrero de *tweed* a la otra mano para caminar junto a él.

Había estado esperando a Celine. Quizás en busca de otra oportunidad de atraparla con las defensas bajas.

Antes de que el detective Grimaldi pudiera continuar indagando, Celine decidió tomar control de la situación y pillarlo desprevenido primero.

La solución era provocar al detective como él la había provocado a ella.

—Parece que conoce bien a *monsieur* Saint Germain —observó

Celine, esperando que, después del intercambio tenso entre ambos jóvenes la noche anterior, eso lo hiciera reaccionar.

Michael Grimaldi la sorprendió. No parecía para nada perturbado por su comentario.

—Sí. Fuimos compañeros de clase cuando éramos niños. Éramos mejores amigos. —Ofreció esa información con una expresión astuta.

Como si estuviera interesado en ver cómo esa noticia la afectaba a el a.

—¿Amigos? Entonces ¿por qué...? —Celine frunció el ceño.

—Creí que yo era el que estaba haciendo las preguntas.

Celine se mordió las mejil as mientras caminaban.

—Me disculpo por preguntar —respondió, aunque no lo sentía en absoluto.

—Puede que lo que estoy a punto de decir suene raro, pero usted podría haber sido una excelente detective, señorita Rousseau. —El indicio de una sonrisa tocó sus labios.

Celine rio por la nariz con desdén. Mientras seguían a Pippa y a Arjun por el pasil o en dirección a las puertas dobles que l evaban al exterior, el a recordó lo que Arjun había dicho antes esa misma tarde. Lo de ser el tipo de persona equivocada con el tipo de piel equivocada.

—Incluso usted debe de ser consciente de que las personas del sexo débil jamás podrían aspirar a posiciones tan elevadas, detective Grimaldi.

—Por desgracia, no está equivocada. —El detective hizo una pausa contemplativa—. ¿Sabía que la Policía Metropolitana de Nueva Orleans es una de las únicas fuerzas policiales del país que permite que hombres de color sirvan entre sus las?

—No lo sabía. —Una nueva chispa de sorpresa se encendió dentro de Celine.

—Es un desarrol o reciente. Lo más probable es que se trate de algún experimento retorcido. —Soltó un suspiro para sí mismo—. Pero como nieto de esclavos, supongo que es algo por lo que debería dar las gracias.

Un par de pasos más adelante, Pippa y Arjun se acercaban cada vez más a las enormes puertas dobles. Arjun estiró la mano para tirar del picaporte de madera. Se detuvo para echar una mirada en dirección a Celine y el haz de luz que se ensanchaba a su izquierda hizo que sus ojos desprendieran un destel o plateado durante un instante, como si fuera un depredador agazapado entre las sombras.

Inhumano.

Perturbada por el pensamiento recurrente, Celine volvió su atención a Michael Grimaldi y se tomó

un momento para inspeccionar sus facciones.

—Cuando nos conocimos por primera vez, pensé que era italiano.

¿Estaba equivocada?

—No. —El detective sostuvo el sombrero debajo del brazo y se aferró al otro picaporte—. La familia de mi padre es de Sicilia. Pero la familia de mi madre es de sangre mestiza, al igual que muchas de las personas que viven en Nueva Orleans desde hace años. Al otro lado del Distrito de los Jardines, claro. —El detective Grimaldi se apartó para dejar que Celine pasara hacia la luz del sol.

—Ya veo —respondió Celine con lentitud. Tener la opción de ocultar la verdad de su propia ascendencia mixta signi caba que no había tenido que sufrir ese tipo de juicios crueles—. No debería ser revolucionario pensar que el color de piel no debería tener que in uir en el sitio que cada uno ocupa en la sociedad.

El detective sostuvo la puerta abierta mientras Celine salía hacia el
bril o cegador del sol de la tarde.

—Estoy de acuerdo —dijo él—. Puede que no esté al tanto de esto, pero la sociedad de Nueva Orleans, y, de hecho, la sociedad de todo el Sur, basa gran parte de sus ideas en la regla de la gota de sangre. —

Caminó detrás de el a—. Si una persona posee aunque solo sea una gota de sangre africana, no recibirá demasiada consideración.

Celine re exionó sobre eso mientras su visión luchaba por ajustarse a la dura luz blanca. Entornó los ojos para mirar al detective.

—Entonces esta es la tierra de los libres solo en teoría.

Una media sonrisa se dibujó en su cara.

—Los miembros de la familia de mi padre eran zapateros humildes en Palermo. Con frecuencia les era difícil conseguir dos ramas para iniciar un fuego. La oportunidad de tener una vida mejor fue lo que los trajo a la Ciudad de la Luna Creciente hace cincuenta años. —Levantó una mano para proteger sus ojos del sol—. ¿Qué la ha traído a usted a las oril as del Nuevo Mundo, señorita Rousseau? La Madre Superiora me ha contado que l egó en barco hace unos quince días Celine se aferró con fuerza a la tela gastada de su falda.

—Lo mismo que ha traído a su familia, detective Grimaldi. —Celine sonrió hacia la luz con una expresión de determinación—. La búsqueda de oportunidades.

El detective se movió hacia un lado para hacerle sombra a Celine y protegerla de gran parte del
bril o del sol.

—Es muy buena —susurró.

—¿Disculpe?

—Es muy buena ocultando lo lista que es.

—Y usted es muy malo intentando ser encantador.

—¿No le parezco encantador? —Sus labios temblaron.

—Sigue interrogándome, detective Grimaldi. ¿Le parecería usted encantador si estuviera en mi situación?

Pasó una mano enorme entre su pelo ondulado.

—Tiene razón. Y, por favor —dijo—, llámeme Michael.

—No... no estoy segura de que eso sea apropiado.

—Esas nociones me parecen tediosas. Es apropiado si nosotros decidimos que lo es.

—Si fuera tan simple... Si todos fuéramos tan inteligentes de deshacernos del tedio como usted...

Sus ojos descoloridos —un tono de celeste tan claro que parecía casi blanco— desprendieron un brillo curioso durante un instante. Casi como si se estuviera divirtiendo.

No muy lejos, Pippa tosió para aclararse la garganta y Celine se giró hacia él. Arjun y Pippa esperaban justo fuera de la entrada de hierro con expresiones incongruentes. Pippa parecía alerta y observadora, sus ojos se encontraban muy abiertos, pero no en un gesto de desaprobación. En contraste, Arjun parecía despreocupado por lo que sucedía a su alrededor, con excepción de la luz penetrante que todavía brillaba en sus ojos.

Si Celine tuviera que adivinar, diría que el joven abogado estaba...

enfadado.

Una idea tomó forma en su cabeza. Un modo simple de hacer entender a Arjun —y su empleador— que él haría lo que quisiera, a pesar de sus intentos de intervenir.

Celine ofreció la mano derecha a Michael.

—Tenga un buen día, detective Grimaldi. Por favor, asegúrese de no volver pronto. —Le dedicó una sonrisa socarrona.

Él le ofreció una sonrisa incómoda, casi forzada, y después levantó la

mano de él para llevarla hacia sus labios. Eran suaves y cálidos. A pesar de que su intención era ganar ventaja, Celine sintió que sus mejillas comenzaban a sonrojarse.

—¿La incomodo? —preguntó él sin previo aviso.

—Para nada.

—Miente. —Sus dedos se apretaron alrededor de los de él.

—¿Qué? —Celine parpadeó desesperada. ¿Era *tan* mala disimulando?

—Me afecta muy poco que lo haga. Verá, el corazón... —Michael levantó la muñeca de Celine, donde su pulso se agitaba en las venas—

... no miente.

Sin decir ni una palabra, Celine retiró sus dedos de los de él mientras su maldita cara parecía arder más con cada minuto que pasaba.

Después se giró sobre los talones con la intención de huir hacia la seguridad del convento de inmediato.

—¿Puedo hacerle una advertencia? —preguntó Michael justo cuando él comenzaba a desandar sus pasos.

Celine se giró y esperó con anticipación, a sabiendas de que Arjun estaba escuchando el intercambio con la intención de informar a su empleador.

—Tiene que ver con Bastien —anunció Michael en voz alta mientras colocaba el sombrero de *tweed* delante de él como si fuera un escudo.

Celine, que luchaba por recuperar la compostura, no dijo nada.

—Cuando éramos niños, lo amábamos el Fantasma porque todos los que lo rodeaban parecían morir sin ninguna explicación y no dejaban más que espectros —comenzó Michael—. La primera fue su hermana mayor, Émilie. Después su madre. Por último, su padre. —Hizo una pausa—. Pero no terminó ahí. Cuando cumplió dieciséis años, su tío

sobornó a la academia militar de West Point para que le otorgaran una vacante. Después, uno de los compañeros de cuarto de Bastien murió en una pelea de bar. Bastien atacó a otro chico porque lo culpaba por la muerte de su amigo. La paliza que le dio casi acabó con su vida. Al poco tiempo, lo obligaron a abandonar la academia con deshonra.

—Creo... que entiendo qué es lo que quiere decir —respondió Celine

—. Gracias por la información —añadió con un tono frío mientras Arjun se envaraba al otro lado de las púas de hierro forjado.

—Bastien destruye todo lo que toca —continuó Michael en un tono estridente—, a menos que sea algo tan desalmado como el dinero.

Cuando se trata de dinero, no cabe ninguna duda de que es un príncipe oscuro.

—Aprecio la advertencia, pero es poco probable que *monsieur* Saint Germain y yo pasemos tiempo en compañía del otro, dado que no tengo ningún interés en relacionarme con él.

—Desearía que él opinara lo mismo.

Celine eligió ignorar ese comentario. Echó una mirada hacia la entrada, desde donde Pippa la observaba con ojos que no ocultaban su curiosidad. Mientras tanto, los ojos del abogado de Bastien disparaban dagas contra la espalda de Michael. Un instante después, Arjun inclinó la cabeza hacia Celine en un gesto de desenfado ngido.

—Me gustaría mucho volver a verte, Celine —anunció el detective, como si intentara demostrar algo.

La admisión sacudió a Celine hasta la médula e hizo que perdiera el equilibrio. *¿Este ingenuo cree que le prestaré atención después de haberse burlado de mí y de haberme sermoneado por un asesinato dos días consecutivos?*

Celine pensó con rapidez mientras intentaba descubrir qué esperaba

conseguir con ese espectáculo. No podía ser algo tan sencil o como irritar a Bastien, ¿o sí? Dios la librara de la mezquindad de los hombres.

O quizás...

—A mí también me gustaría, Michael —respondió Celine.

Sería inteligente caer en gracia al detective Grimaldi. Eso sin mencionar que irritaría mucho a su abogado traidor. Celine se contuvo al borde de una sonrisa. Arjun había sido testigo del intercambio amistoso entre el a y el enemigo de Bastien. Apostaría cualquier cosa a que el abogado artero se aseguraría de añadir ese detal e en particular a su colección de garabatos inútiles.

Bien por él, pensó Celine con un placer oscuro.

Cómo deseaba poder ver la cara de Bastien cuando Arjun le informara sobre los sucesos del día. Lo tenía merecido.

La próxima vez, lo pensarían dos veces antes de usar a Celine Rousseau como una pieza en sus juegos.

████████████████████

UNA ASESINA EN LA MISA DEL DOMINGO

Mon amie:

He descubierto la seda perfecta para mi vestido en una tienda que importa telas directamente de China. Bril a como una perla y su tacto es como el agua contra la piel. Ya he comprado rol os y rol os de el a. No veo la hora de enseñártelos cuando l eguen a Jacques' más tarde esta misma noche.

Bastien planea reunirse esta mañana con el obispo. Búscame después de la misa.

Seré la persona que está junto al diablo.

Bisous,

Odet e

Celine leyó la carta de Odette tres veces. Incluso después de múltiples lecturas, el contenido no dejaba de sonar ridículo.

Solo un demonio despiadado como Bastien asistiría a misa en la iglesia cercana al convento de las Ursulinas una semana después de que una de sus residentes muriera en su establecimiento. Y solo una criatura intrépida como Odette insistiría en acompañarlo con el único fin de hablar con su nueva modista sobre un traje para el baile de máscaras.

Celine refunfuñó solo con pensar en Bastien.

Pero Odette —como siempre— era un placer.

¿Alguna vez terminarían las dualidades en guerra dentro de Celine?

Soltó un suspiro. Cuanto más tiempo pasaba, menos probable parecía.

Celine estaba de pie desnuda en el centro de su celda y un terror frío le recorría el cuerpo al pensar en lo que le depararía el día. Tenía la piel húmeda y el aire que la rodeaba olía a la lavanda del jabón de Castil a que había usado en su baño. No era frecuente que se pudiera dar un lujo como ese, el de bañarse en la enorme bañera de cobre compartida por todas las jóvenes que residían en el convento. La mayoría de las noches, debía conformarse con un cubo de agua fría y media ración de jabón sin perfume.

Celine inhaló profundamente la fragancia relajante a lavanda, se colocó ropa interior limpia y ató las cintas de la camiseta interior debajo de las clavículas. Después se puso el corsé a la altura del abdomen e hizo una mueca antes de tirar con fuerza de las cintas que tenía a la espalda hasta que su cintura pareciera imposiblemente pequeña en relación a sus pechos y caderas.

Como siempre, necesitó un momento para recuperarse después de ajustárselo.

Ató las cintas de la camisola sobre las varillas del corsé. Giró en el sitio para considerar los tres atuendos que estaban estirados sobre la angosta cama de cuerdas e intentó decidir cuál de los tres vestidos harapientos era el menos harapiento.

Había usado el azul para la misa del domingo anterior, así que su segunda mejor opción era el de rayas.

Con un suspiro exagerado, Celine levantó el vestido de color salmón.

Tendría calor, pero era el que estaba menos arrugado y todavía conservaba un dejo de su antiguo esplendor.

Celine dio un paso para entrar en la jaula de la crinolina y ajustó el polisón detrás de ella. Anudó sus mejores enaguas alrededor de la cintura antes de comenzar a dar pequeños saltos para acomodar la falda sobre los angostos aros ovalados.

Después de todo eso, ató la falda de base rayada y la sobrefalda a juego encima de las enaguas de lino antes de colocarse el sujetador que completaba el conjunto y dar inicio a la ardua tarea de abrochar todos los diminutos botones de la parte frontal.

Cuando Celine terminó de vestirse, miró hacia abajo para ver el atuendo y deseó que el convento tuviera un espejo de algún tipo cerca.

Algo para determinar si parecía tan tonta como se sentía.

Celine suponía que el vestido era... utilizable. Hacía más de un año, cuando lo había confeccionado, había sido bonito y había estado a la moda. Las semanas que había pasado en la bodega húmeda del barco durante el cruce del Atlántico había alterado la tela de forma irreparable.

Celine se mordió las mejillas.

Estaba bien. Utilizable no era terrible.

Y a Dios no le importaba su apariencia, entonces, ¿por qué debería importarle a los demás?

Tonterías. Claro que su apariencia importaba para ir a misa. Celine no podría pisar el suelo cuadriculado de la nave de la catedral de San Luis sin nada más que su camisola y su ropa interior.

Aunque un comportamiento así de desvergonzado entre esos muros sagrados sí que sería un espectáculo. Era probable que consiguiera desterrarla del convento, una idea que la aterraba e intrigaba a la vez.

No importaba.

Celine arregló la parte delantera de su atuendo y alisó las rayas de un

rosa vibrante bajo las palmas de las manos. Apenas eran las diez de la mañana, pero el calor del día era tan intenso como unas termas durante el verano. El calor espeso de Nueva Orleans nunca dejaba de asombrarla. Finales de enero en esa ciudad sería como julio en París...

si las calles de París hubieran sido inundadas por el mar. Junto a su pie todavía había rastros de un charco pequeño, probablemente donde se había soltado el pelo mojado antes de vestirse.

Distraída, Celine dibujó un símbolo en el charco con la punta de la bota que tenía puesta. En poco tiempo, el mismo símbolo que había sido encontrado junto al cuerpo de Anabel tomó forma sobre el suelo de piedra. Celine lo barrió con el talón de inmediato para no verlo más.

¿Cómo sería Nueva Orleans en julio? ¿Como si el In erno estuviera sobre la tierra?

Celine hizo una mueca.

Imaginó que la sensación debía de ser parecida a la de tener a una asesina en la misa del domingo.

Celine se sentó junto a Pippa en uno de los bancos de roble en la mitad del lado derecho de la catedral de San Luis. Una gota de sudor resbalaba por su cuello. Abanicos improvisados se agitaban junto a costosos artilugios de seda y madera lacada. Susurros tenues se elevaban hacia los frescos del techo. Las cabezas habían empezado a caer incluso antes de que comenzara la homilía, los ojos se cerraban un instante antes de que las personas fueran despertadas con un codazo.

—Dios tenga piedad —murmuró Celine a Pippa—. Hace todavía más calor que la semana pasada. ¿Cómo se supone que soportaremos los meses del verano?

Pippa estaba sentada a su lado con un vestido celeste pálido de organza. Hacía no tanto tiempo, había sido la última moda. Se había tomado muchas molestias para mantener los delicados detalles de encaje, pero tenía varias rasgaduras pequeñas a lo largo de las mangas.

En algunas partes, habían sido remendadas con mucho cuidado.

—Estás muy guapa —susurró Celine.

—A tu lado, parezco un pañuelo mojado. Ese color brillante queda maravilloso con tu piel. — Pippa le empujó el hombro con un gesto afable.

—No deberías hablar mal de mi amiga. Mucho menos en una iglesia.

—Celine chasqueó la lengua.

Pippa contuvo una sonrisa.

Detrás del enorme altar de mármol, el obispo tomó su posición para comenzar su homilía y cambió el latín por el inglés para dirigirse a su congregación como correspondía.

Celine buscó entre la multitud hasta que sus ojos se posaron sobre un par de personas bien vestidas al otro lado del pasillo. Bastien estaba sentado en uno de los bancos al final de la primera fila y Odette estaba a su lado con un vestido de color crema de satén duquesa y un tocado a juego.

Debía admitir que esa no era la primera vez que Celine echaba un vistazo en dirección a ellos.

Se había sorprendido al ver que Bastien parecía conocer bien todos los aspectos de la misa. Recitaba pasajes en latín con seguridad. Sabía cuándo sentarse, ponerse de pie y arrodillarse. Inclina la cabeza con una veneración que Celine juraría que era de verdad.

Decir que la había tomado desprevenida era poco. Casi había esperado que un rayo lo partiera en el momento que sus dedos se

sumergieran en la pila de agua bendita que había junto a la entrada.

—Cuando la tragedia desciende sobre el rebaño del Señor, debemos prestar atención a las lecciones que Él nos enseña. La tragedia es el resultado de la desobediencia —pronunció el obispo con monotonía—.

Como Él mismo nos ha hecho saber en el libro de las Revelaciones... —

Celine cerró los ojos para intentar ignorar sus palabras, incluso mientras la lluvia de fuego y azufre caía alrededor de ella... Y debemos dar las gracias por los actos de penitencia que surgen de estas tragedias.

Debemos ofrecer nuestra bendición a los hijos favorecidos de nuestra bella ciudad por su generosidad inimitable y su arrepentimiento inquebrantable —entonó el hombre mayor con las manos abiertas a ambos lados de sus vestiduras doradas—. Nuestro Dios es misericordioso. Nosotros también debemos serlo.

La atención de toda la iglesia se había dirigido hacia Bastien, quien mantenía los ojos apartados y la cabeza inclinada en señal de oración.

Celine solo necesitó un instante para comprender.

Ese demonio había pagado por sus pecados ese mismo día. Había comprado la absolución de la iglesia con su «generosidad inimitable». Ese tenía que ser el motivo por el cual había quedado con el obispo y se había ocupado de asistir a la misa.

Celine se hundió en su banco y cruzó los brazos llena de ira.

Primero había enviado a su secuaz abogado para cubrir su rastro con la Policía Metropolitana. Después había intercambiado oro por una absolución como si hubiera comprado una hogaza de pan con una moneda. Si esas no eran las acciones de una conciencia culpable, Celine estaba dispuesta a comerse su sombrero y tragarse hasta el lazo de rayas.

Fulminó la nuca de Bastien con la mirada. Aunque detestaba

admitirlo, no podía evitar admirarlo por su ciencia. Envidiaba la capacidad que tenía de estar por encima del mundo sin sufrir las consecuencias.

Si Celine poseyera aunque solo fuera una décima parte de ese poder, no habría nada que no pudiera hacer.

—¡Celine! —Más allá de los escalones que subían hacia la catedral, Odette la saludó desde su asiento en el brillante carruaje negro atado a dos sementales del color de la medianoche.

Celine inhaló por la nariz y se abrió camino por la escalera hacia el vehículo descubierto. Llevó una mano hacia la frente para protegerse del sol del mediodía.

— *Bonjour, Odette* —saludó a regañadientes.

— *Bonjour, mon amie.* —Odette desplegó su sombril a de seda beis con un gesto so sticado y los rubíes que rodeaban su camafeo de mar l centel earon bajo la luz mientras el a le dedicaba una mirada evaluadora

—. Adoro que vistas con tonos tan bril antes. Es mucho más intrigante que todo este mar de pasteles aburridos. —Agitó una mano enguantada para señalar a la plaza—. Algún día tendrás que contarme cuál es tu inspiración.

Celine lo consideró durante un momento sin dejar de protegerse los ojos del sol insistente.

—París solía tener cielos melancólicos. Siempre eran bel os, sobre todo cuando l ovía, pero anhelaba ver algún destel o de color, así que pensé en envolverme a mí misma con él.

— *Bien sûr* —murmuró Odette con una sonrisa comprensiva—.

Siéntate conmigo. —Dio una palmada al cuero rojo como la sangre que estaba a su lado.

—No debería —respondió Celine mientras miraba a su alrededor a lo que imaginaba que debía de ser una gran parte de la alta sociedad de Nueva Orleans salir de la iglesia camino a la barbacoa del domingo.

—Ah, ¿sería inapropiado?

—No inapropiado. Solo... indiscreto. —Celine frunció la nariz.

—Es demasiado pronto después de aquel incidente desafortunado. —

Odette asintió.

Celine solo sonrió.

—De acuerdo —aceptó Odette—, supongo que puedo invitarte desde aquí arriba.

—¿Invitarme?

—A cenar conmigo en Jacques' esta noche, tontita. Todavía tenemos mucho que charlar con respecto a mi vestido para el baile de máscaras.

Y no te preocupes —añadió como si se le acabara de ocurrir—, no será cerca de donde... ocurrió el incidente.

—No... no creo que sea buena idea. Estoy segura de que la Madre Superiora...

—... ya ha accedido a la solicitud, a pesar de sus dudas iniciales. El obispo ha hablado con el a antes de la misa.

—Claro que lo ha hecho —murmuró Celine mientras sentía la indignación en todo el cuerpo.

Sin ninguna duda, era una obra más del diablo.

Después, como si sus pensamientos lo hubieran invocado, unos pasos golpearon contra las escaleras tal adas a su espalda con un ritmo regular. E ciento. Celine giró sobre sus talones al mismo tiempo que Bastien pasaba junto a el a con su traje de lino color gris paloma, su sombrero panamá inclinado sobre la frente y el aroma a bergamota y

cuero que dejaba detrás de él.

No se detuvo para saludarla, así que Celine le devolvió el gesto.

—El carruaje vendrá a recogerte esta tarde a las siete —indicó Odette mientras Bastien se subía al carruaje con un único movimiento uido—.

Y no te preocupes por tu apariencia. Lo que l evas ahora es encantador.

—Sin previo aviso, golpeó el brazo de Bastien con el mango tal ado de la sombril a—. ¿No te parece que Celine está encantadora?

Bastien frunció los labios y echó una mirada en dirección a Celine.

— *C'est un belle couleur*. —Levantó las riendas con una expresión desapasionada.

Odette lo fulminó con la mirada y después le sonrió a Celine.

—Sí, es un color bel ísimo. Pero no estaba hablando de...

El par de cabal os negros relucientes avanzó antes de que Odette pudiera terminar la oración, sus pezuñas repiquetearon contra los adoquines y dispersaron a cualquier pobre persona que todavía estuviera rondando la catedral blanca.

En el alboroto que siguió, Celine escuchó los chil idos de Odette a través del patio, su ira era una mezcla de francés y español dirigida a un blanco en particular.

Celine sonrió para sí misma y, un instante más tarde, su expresión volvió a ser seria. De espaldas a la iglesia, observó cómo el carruaje elegante doblaba la esquina. Un momento después, sus ojos se quedaron clavados en la mirada implacable de una gura conocida que estudiaba a Celine con intensidad desde la otra punta de los escalones.

La Madre Superiora frunció el ceño —la censura obvia en su expresión

— mientras el sol dejaba la mitad de su cara entre sombras.

No era necesario ser un genio para deducir el motivo de su irritación.

Una vez más, sus intentos por controlar a Celine habían sido frustrados,

esta vez por el propio obispo. La mujer refunfuñó y continuó el descenso de los escalones con una postura estoica y un paso rme.

Celine cogió aire y se quedó un momento delante de la catedral, hasta que la estructura de chapiteles se vació de visitantes y Pippa se unió a el a.

—¿Te ha ido bien en la reunión? —preguntó Celine a Pippa.

Pippa asintió. Una brisa cálida tiraba de su falda de organza.

—Tan bien como podía esperarse. Es la primera organización de mujeres a la que me uno. ¿Estás segura de que no quieres acompañarme la próxima vez?

—Sé poco sobre música y arte. Me temo que no podré ofrecer demasiado en materia de conversación.

—Sabes tan bien como yo que charlar sobre arte no es el objetivo real.

—¿Cuántas damas de la asociación te han intentado endosar a uno de sus horribles hijos? — Celine esbozó una sonrisa y levantó una de sus cejas.

Pippa hizo una pausa con una expresión sombría.

—Tres. Uno de el os podría no ser... terrible. —Se giró hacia Celine con la mirada desolada—. Se llama *Phoebus*.

—Asumo que no se parece a su tocayo, el dios del sol. —Una carcajada escapó de la boca de Celine.

—He quedado con la madre para tomar el té la próxima semana. —

Pippa exhaló con un resoplido—. Después de todo, no podemos quedarnos en el convento por siempre. —Se formó una línea a lo largo del puente de su nariz—. Y depende de nosotras hacer lo mejor que podamos con nuestras vidas.

Celine no dijo nada. Con una sonrisa gentil, Pippa unió su brazo al de Celine y las dos emprendieron el breve camino de vuelta hacia el

convento.

Mientras caminaban, los pensamientos de Celine daban vueltas en su cabeza.

No debería ir esa noche. No iría esa noche. Aunque eso signi cara renunciar a una comida en Jacques'. Aunque eso signi cara que el a también tuviera que unirse a un par de organizaciones de mujeres.

Asociarse con cualquier miembro de *La Cour des Lions* era un gran error. Eran peligrosos. Estaban más al á de lo ordinario. Algo oscuro rodeaba todo lo que tocaban.

Sería insensato hacer cualquier otra cosa.

Celine se propuso hacer lo que tenía planeado desde el comienzo.

Comenzar su vida como una joven decorosa. Encontrar un joven decoroso con quien casarse. Tener un aluvión de niños decorosos.

Y eso sería todo.

Volvió a suspirar para sí misma.

Sus mentiras comenzaban a saber amargas sobre su lengua.

¿Qué era lo que a su padre le gustaba decir?

Debemos saborear el amargor antes de poder apreciar la dulzura.

Celine suponía que eso mismo era lo que haría esa noche.



HIVER, 1872

CATHÉDRALE SAINT-LOUIS, ROI-DE-FRANCE

NUEVA ORLEANS, LUISIANA

Quizás te preguntes por qué tengo tanto odio en mi corazón.

Como suelen decir los cuentacuentos, es una larga historia. De hecho, es una historia de cientos de años. Comenzó, como comienzan muchas cosas, con la pérdida de un amor y la ruptura de una conanza.

Podría pasar horas contándote lo que he perdido. Lo que mi especie ha sufrido. Cómo la crisis del Otro Mundo se ha colado como granos de arena en esta vida mortal y amenaza de forma constante nuestra supervivencia. En cierta forma, es la causa célebre de nuestra especie.

Dado que hace tiempo que nuestra supervivencia es motivo de discordia.

En algún momento, todas las criaturas del Otro Mundo existieron bajo el mismo cielo encantado, al otro lado de los portales ocultos al reino de los hombres. Aquel os de nosotros que prosperábamos bajo la luz, nos deleitábamos en los bosques centelantes del Val e Silvano, un sitio de primavera eterna donde el aire siempre era bañado por la calidez dorada del sol. Aquel os nacidos para la oscuridad se refugiaron en la Espesura Silvana, un mundo de noche eterna salpicado con estrellas invernales.

Pero eso había sido antes de que nuestros mayores cometieran su pecado original. Antes del Destierro.

Ahora las criaturas como yo existimos entre la luz y la oscuridad, sin un espacio al que amar nuestro hogar. Somos criaturas desarraigadas.

Desatadas. Solas.

A causa de los crímenes de nuestros mayores, hemos sido condenadas a caminar a la sombra de la humanidad. En poco tiempo —

como era de esperarse—, una grieta se abrió y dividió nuestras las en dos bandos, el de los Caídos y el de la Hermandad. A lo largo de los siglos, nuestras leyendas se expandieron por el mundo. La humanidad nos otorgó muchos nombres a todos los habitantes inmortales de la noche: wode, huargo, dhampir, moroi, no-muerto, muerto viviente, licántropo, alukah, vurdalak, lamia.

El nombre que los habitantes de Nueva Orleans usan con mayor frecuencia es *vampiro*, sin importar que no sea un nombre del todo apropiado, dado que no todos sobrevivimos solo a base de la sangre de otros. Para la Hermandad, el nombre es un insulto. Para los Caídos, es una medalla de honor. Al igual que muchas cosas, sus orígenes se remontan al Viejo Mundo. A un tiempo de oscuridad y guerra perpetuas en el que los poderosos bebían la sangre de sus enemigos y empalaban a los conquistados en estacas de madera que clavaban en el lodo.

El título fue entregado a los habitantes de la noche por vejestorios supersticiosos. Seres tristes que creían que esos demonios podían ser derrotados con dientes de ajo y gotas de agua bendita. Con plegarias susurradas y el reejo de los espejos, estacas de madera y cruces consagradas.

Una ridiculez absoluta. Nada ideado por el hombre podría controlar a seres así.

Las criaturas del Otro Mundo hemos disfrutado de propagar esas ideas, porque mantiene a nuestras víctimas distraídas con la creencia de que sus dioses pueden salvarlos. Los seres ultramundanos —tanto los

de la luz como los de la oscuridad— siempre hemos disfrutado de jugar con las mentes de los hombres de esa forma.

Solo hay una cosa que puede destruir a un vampiro.

La luz del sol.

Y solo hay una cosa que puede dominarlo.

La plata pura.

Pero, en de nitiva, ninguno de estos detal es son importantes.

Lo que es importante es cómo me siento en este momento. Cómo se han sentido durante siglos las personas a las que quiero. Cómo hemos conseguido sobrevivir.

Todavía más importante es lo que planeo hacer. Ya no es su ciente l evar a mi enemigo a la ruina y dismantelar todo lo que ha construido a lo largo de los años. Él me separó de mi familia. Me robó

el aire de los pulmones. Le haré daño de la misma forma que él y su especie me han hecho daño a mí. Con la pérdida de un amor y la ruptura de una conanza.

Con justicia conseguida después de tanto tiempo.

Muchos dirán que esta no es una historia de justicia. Que es una historia de venganza.

Para mí, la verdad es que no existe diferencia.

Esta noche pondré a prueba mis sospechas. Veré si la chica es importante, como he llegado a pensar.

Antes de que amanezca, conoceré cuáles son las cicatrices que la Muerte ha dejado en su alma.

████████████████████

LAS PALABRAS SON ARMAS

—¡Estoy de pie en la cima del mundo! —alardeó Ashton Albert, hijo mayor del magnate naviero Jay Bal on Albert, en dirección al violeta oscuro del horizonte—. Y me gusta lo que veo.

Sonaba engreído en su borrachera. Detestablemente seguro de sí mismo.

Bastien odiaba eso, aunque envió una sonrisa de aprobación a esa comadreja arrogante mientras miraba hacia el manto de nubes.

El hermano menor de Ashton, Arthur —un idiota por derecho propio

—, subió a los andamios de acero a codazos y se acercó demasiado al borde para ser un chico de diecisiete años que acababa de conquistar por primera vez la bebida.

—Haz sitio para mí, Ash. Quiero ver qué se siente al estar de pie en la cima del mundo.

—Técnicamente —interrumpió con una voz nasal y monótona Phoebus Devereux, nieto menor del actual alcalde de Nueva Orleans—, estáis de pie sobre un hotel a medio construir sobre la costa de Luisiana. No estáis ni cerca de la cima del mundo.

Bastien quería reír. En vez de eso, hizo una mueca. Podría haber jurado que Phoebus se había subido las gafas mientras hablaba. Era como una gacela que había entrado al Serengueti con una cojera en el preciso momento en el que los leones habían decidido comer. Ash y Art no perdonarían esa transgresión.

—Cierra esa boca l orona, rata asquerosa —gritó Ash por encima del hombro.

—A nadie le importa lo que tengas que decir —añadió Art, como el buen adulator al que había sido criado para ser.

Bastien cruzó los brazos y se apoyó contra una columna de acero. Se tomó un momento para llevar los dedos de la mano derecha al costado del cuello y sentir su pulso. A pesar de estar

desesperado por reprender a esos malditos mimados (o al menos imaginaba cómo se sentiría al hacerlo), mantuvo la boca cerrada y permitió que la escena se desarrollara.

Bastien odiaba toda esa mierda.

Lo cual planteaba una pregunta: ¿qué hacía al í?

Sus labios se fruncieron hacia delante y sus ojos barrieron la silueta de Nueva Orleans.

Estaba al í porque Sébastien Saint Germain adoraba el dinero. En sus casi diecinueve años, había descubierto que solo había dos cosas a las que quería más: su familia y esa ciudad. El dinero hacía desaparecer cualquier tipo de dificultades. Borraba pecados y abría los caminos que llevaban a las posiciones de poder e influencia. Hacía posible lo que antes había sido imposible.

Esa era la lección más importante que sus padres muertos le habían enseñado. Con el dinero, uno podía comprar cualquier cosa, uno podía comprarlo todo. Incluso una forma de salvar su propia vida.

Era una pena que sus padres no hubieran aprendido esa lección a tiempo para salvarse a sí mismos.

O a Émilie.

Bastien se impulsó contra la columna de metal y se acercó más al borde de la estructura inconclusa.

—Entonces, ¿qué pensáis?

—Creo que es justo el tipo de proyecto que mi padre adoraría. —Ash dio media vuelta y se aferró a un cable de acero para no perder el equilibrio.

—Hace tiempo que nos dice que Marigny necesita un hotel bueno —

añadió Art—. La ubicación es perfecta, está muy cerca del Barrio.

—Ya lo sabe —escupió Ash a su hermano menor—. Por eso lo ha elegido, tonto.

—Por eso lo ha elegido mi tío —corrigió Bastien con un tono moderado. Afable.

Definitivamente para nada homicida.

—Sin duda lo hablaré con él —aseguró Ash—. Es el proyecto perfecto para abrirme el apetito.

—Y para hacer buen uso de esa costosa educación de Princeton —

bromeó Art.

—Créeme que ya he hecho buen uso de él. Solo pregunta a las putas que están al otro lado de Rampart.

Ash rio como una hiena borracha.

Incluso la forma en la que se reía hacía que Bastien quisiera darle un puñetazo. Que quisiera detenerse a ver la sangre que caería de su nariz.

A disfrutar lo que sucedería a continuación.

—Sin embargo, el comité de planificación urbana podría ser un problema —interrumpió Phoebus—. La última vez que otorgaron un permiso para construir un hotel así de alto fue... nunca.

—¿Y a quién le importa lo que digan esas ratas? —Art empujó a Phoebus en el brazo y el chico más delgado tropezó y se golpeó contra una columna de acero.

—Tú y tu hermano parecéis tener una jación perturbadora con los

roedores —respondió Bastien—. Y no te equivocas, Phoebus. Esperaba poder consultar eso contigo. —Se acercó al chico y tuvo cuidado de mantener la postura relajada. No amenazadora. Todo un logro si se tenía en cuenta que le sacaba casi media cabeza al Devereux más joven

—. Agradecería mucho tu opinión sobre cómo podríamos solucionarlo.

Bastien no necesitaba su opinión. Lo que necesitaba era tener en el bolsillo a un miembro de la familia Devereux, con todas sus conexiones políticas. Phoebus era un blanco tan adecuado como cualquier otro.

Hacía poco había vuelto de una temporada en Oxford y los rumores decían que la madre tenía grandes planes para él y su futuro político.

La política era la próxima gran frontera a conquistar.

Bastien dio una palmada a Phoebus en el hombro como si fueran antiguos compañeros. La forma astuta de hacer negocios consistía en identificar el defecto fatal del oponente... y explotarlo.

—Me ayudarías muchísimo con este tema. Estaría muy agradecido.

Phoebus tragó saliva, sus ojos marrones brillaban detrás del marco de sus gafas y traicionaban lo halagado que se sentía de haber recibido la atención de Bastien.

—Veré qué puedo hacer.

—Eres un buen hombre. —Bastien volvió a palmear su hombro, esta vez con una fuerza un poco excesiva.

Necesitaba que Phoebus estuviera más erguido. Que hablara con convicción. Si lo hacía, algún día tendría un poder imponente. Valdría al menos cuatro veces más que Art y ocho más que Ash.

Art sacó una petaca envuelta en cuero del bolsillo interno de la levita.

Dio un trago largo y se la pasó a su hermano mayor.

—No sé si el dios del sol va a ser de mucha ayuda en esto, Bastien.

Está muy ocupado espantando a todas las mujeres que su madre insiste en arrojarle.

—Ahora hasta está intentado reclutar de entre la escoria del convento de las Ursulinas. —Ash volvió a soltar una carcajada.

Bastien apretó los dientes y se tomó el pulso una segunda vez.

—He oído que la última tanda ha incluido un par de manjares. —Un destel o malvado brillo en los ojos de Art.

—Quizás debería echar un vistazo. —Ash se rio todavía más fuerte, el olor desagradable a alcohol estropeaba el aire templado de la noche.

Miró con desdén a Phoebus—. A todo esto, ¿sabrías qué hacer con una mujer, Devereux?

La ira de Bastien se concentró en sus puños. Tenía una sed de sangre que ansiaba ser saciada.

Necesitaba controlar su mal genio. De niño, muchas veces había sido su ruina. Le había costado a Bastien lo que su tío más había deseado para él: una educación en West Point y todo lo que eso traía consigo.

Ahora el tío Nico insistía en que se casara bien para compensar la pérdida, una idea que Bastien aborrecía. Las debutantes risueñas de Nueva Orleans —y sus madres entrometidas— lo agotaban más allá de la razón, algo que divertía mucho a su tío.

«Es mejor que te aburras de ellas que te enamores», solía decir el tío Nico. «Nunca te enamores de una mortal, porque el amor es una locura. Siempre acaba en sangre», le había advertido un sinnúmero de veces en un sinnúmero de idiomas.

La ira también le había costado a Bastien su hermana, una joven con un temperamento intenso y un corazón feroz. Bastien sintió cómo se formaba un nudo en su garganta, al igual que sucedía desde hacía más de una década. Se lo tragó de inmediato con una actitud de desdén ante cualquier señal de debilidad. Ante cualquier oportunidad de que un

oponente pudiera vencerlo.

Aunque se resistió, sus pensamientos derivaron, sin que nadie se lo pidiera, hacia otra joven de alma feroz. En su valor inquebrantable y en su lengua afilada. En la oscuridad de su mirada. En el pelo que brillaba como las alas de un cuervo y los ojos del color de la envidia.

Bastien quería pasar los dedos entre ese pelo. Quería liberarlo de sus ataduras. Dejarlo caer sobre sus hombros como una cascada de tinta negra. Detenerse a sentir los mechones sedosos antes de saborear la sal de su piel.

El amor es una locura.

La frustración ardió en sus venas.

No tenía tiempo para esas tonterías, no importaba lo que Odette opinara. Administrar los asuntos de su tío consumía la mayor parte de las horas que Bastien pasaba despierto. Después de la rendición del general Lee en Appomatox hacía siete años, Nicodemus Saint Germain había comenzado a comprar tierras en ciudades portuarias a lo largo de todo el Sur con el plan de algún día ser el dueño de la mayor colección de hoteles de lujo en el país. El tío Nico pasaba la mayor parte del año entre sus propiedades de Nueva York y Charleston y, en gran parte, dejaba la operación de Nueva Orleans en manos de Bastien. Por lo tanto, siempre había alguien que necesitaba algo, ya fuera una palabra en el oído correcto o la intervención de un puñado de monedas. Había un sinfín de decisiones que debían ser tomadas de un momento para otro.

Celine Rousseau no era una distracción bienvenida. Lo único que traía eran problemas, tal como había demostrado hacía varios días durante el interrogatorio de Michael en el convento, cuando había intentado que los dos mordieran el anzuelo. Y había sido un intento

tonto de la joven que, a todas luces, debería haber fallado.

Por desgracia, no había sido así. Era como si hubiera hechizado a Bastien, incluso desde lejos. Era como si le hubieran dicho que no pensara en el color rojo. Ahora lo único que veía eran sus diferentes tonalidades vibrantes. Las veía en el amanecer y en el atardecer. En cada or temblorosa. En la caída del vino dentro de una copa de cristal.

Siempre acaba en sangre.

Bastien ya tenía demasiado que perder. Esa chica seductora —con un sentido del humor que igualaba al de él y una historia que pedía a gritos ser contada— no sería una víctima más. No si él podía evitarlo.

—Me aseguraré de hablar con mi padre sobre esto mañana —dijo Ash con una sonrisa que dejaba ver todos los dientes.

Bastien le respondió con una sonrisa igual de irritante.

—Excelente. Entonces propongo que volvamos a *terra rma*, vayamos a buscar un plato del mejor lenguado a la Meunière de la ciudad y lo acompañemos con una botel a fría de Chateau d'Ygeum.

Art aul ó hacia el cielo mientras avanzaba con andares pesados y mareados hacia el sistema de plataformas suspendidas que había en el lateral de la estructura, seguido de Phoebus.

Ash permaneció detrás durante un segundo.

—Lo único es que... —Tiró del antebrazo de Bastien para acercarlo, una acción que envió la bola de ira latente que el joven tenía en el pecho hacia la garganta—. Sé que mi padre no congeniará con algunos de tus... asociados.

Una ola fría de sorpresa recorrió la espalda de Bastien. O Ash era mucho más temerario de lo que Bastien había asumido en un principio o era un imbécil absoluto. Ninguna de las dos opciones

sería buena para el maldito. De todas formas, habían llegado a un punto clave en la conversación. Había que tomar una decisión. Sabía qué estaba queriendo decir Ash. Era solo que quería oírsele decir.

Así que levantó una ceja en señal de pregunta.

—Déjate de juegos, Bastien, sabes bien de qué hablo —continuó Ash.

Bastien ensanchó la sonrisa. Parecía que su sed de sangre sería saciada después de todo.

—No tengo ni la más mínima idea de cuál de mis asociados inquieta a tu padre. Tendrás que ser más *especí co*. —Su voz había ido bajando con cada palabra, hasta que las últimas dos no fueron más que un susurro.

—Un hombre como Jay Bolton o Albert no puede ser visto conduciendo negocios con chinos y ne...

Bastien necesitó menos de un segundo para sacar el revólver de debajo de la levita. Lo levantó antes de que Ash pudiera inhalar de nuevo.

Ash, cuyas reacciones eran lentas, permaneció inmóvil con la boca abierta y los ojos que parpadeaban muy despacio. Detrás de ellos, Art se acercó a tropezones para ayudar a su hermano, pero fue derribado por algo que no vio ni oyó. Un fantasma en el viento.

Había que reconocer que al menos Phoebus supo que era mejor no intervenir ni soltar un quejido.

Varias formas indistintas aparecieron entre las líneas y sombras del edificio esquelético y se movieron demasiado rápido para ser seguidas con los ojos. Se escabulleron entre las columnas de acero en silencio, manchas borrosas en la oscuridad que después se volvieron más consistentes y formaron un círculo de guras con capas alrededor de Bastien y Ash.

—¿Qué diablos...? —La voz de Ash temblaba.

████████████████████

Bastien lo intimidó con la mirada y una sonrisa de placer supremo comenzó a dibujarse en su cara.

—Permíteme presentarte a algunos de mis asociados, Ash. —Apuntó el revólver al pecho del chico estupefacto—. Les gustaría charlar contigo.

Antes de que la noche llegara a su fin, Ashton Albert se orinaría los pantalones.

Bastien no disfrutaría de verlo. Ni de olerlo.

No. Eso era mentira.

Disfrutaría muchísimo de verlo.

Era hora de que esa criatura insufrible bajara un par de escalones.

Que supiera lo que se sentía al no tener nada, ni siquiera una madre o un padre cerca que pudieran salvar a un hijo de los demonios que acechaban en la oscuridad.

La tensión se acumuló en los hombros de Bastien. Con un giro sutil del cuello, forzó a sus músculos a relajarse. La última vez que una ira implacable había dominado a Bastien al pensar en la muerte prematura de sus padres había sido hacía casi un año. De todas las posibilidades, Bastien habría deseado que no fuera la visión de un Ashton Albert I oriqueando lo que le hubiera servido como recordatorio de lo que había perdido.

Ese era un motivo más para disfrutar de ver cómo esa comadreja recibía su merecido.

No estaría mal. Bastien suponía que podría conformarse con la imagen del hijo mayor de Jay Balon Albert colgado de forma horizontal sobre una plataforma de metal a ocho plantas por encima de Nueva

Orleans.

Una risa femenina arremetió contra la noche. Hortense se aferró de las botas pulidas de Ash y le dio una vuelta más al chico mientras sus anillos gigantes centelaban en la oscuridad y su piel de ébano brillaba contra el cielo aterciopelado. Cuando la polea que lo sostenía por encima de la plataforma crujió, Ash gritó y rogó por un indulto.

— *Dis-le plus fort, mon cher* —lo arrulló Hortense—. No te oigo.

Boone soltó una risa efusiva y sus facciones angelicales se llenaron de placer. Al borde del edificio, Jae hizo girar su daga de madreperla entre las puntas de los dedos mientras la brisa sacudía su pelo negro.

La hermana de Hortense, Madeleine, puso los ojos en blanco. Cerca del dobladillo de su capa, estaba sentado Art, que se había quedado mudo del miedo y que, con arcadas y la cara manchada de mocos y lágrimas, vomitaba por segunda vez sobre la plataforma.

—¿Qué... qué queréis? —gimió Ash.

Bastien planeaba responderle. En algún momento.

—Oye, Bastien —lo llamó Nigel con su áspero acento *cockney* y una expresión seria—. No te rebajes a su nivel, patrón. No es digno de un líder honorable.

—¿Quién fue el tonto que dijo que yo era honorable? La depravación no conoce límites. —Bastien rio por la nariz.

—Amén —coincidió Boone arrastrando las palabras con exageración.

Nigel refunfuñó y tiró de las cintas que sujetaban su capa.

—Ya es su ciente. —Hizo un gesto con la mano como si estuviera cortando el aire.

Arjun se acercó con los labios alrededor de un puro ardiente y una expresión que sugería que

estaba de acuerdo.

Bastien los observó en un silencio entretenido. Al igual que Odette y

Jae, Nigel Fitzroy había estado a su lado desde el principio, y Boone, Hortense y Madeleine se habían sumado al poco tiempo. Arjun Desai había llegado a Nueva Orleans hacía menos de un año, pero pronto se había unido a sus las y se había convertido en mucho más que un mero colega o conocido. Bastien valoraba el consejo de esos siete individuos peculiares por encima de la mayoría de las cosas, aunque solo lo admitiría bajo presión extrema. Roturas de dedos, aceite hirviendo y cosas por el estilo.

—La verdad es que debería conseguir algunos amigos nuevos —

re exionó Bastien.

—Si puedes darte el lujo. —Arjun exhaló una nube de humo azul grisáceo. Sus ojos de color avelana centellearon con humor.

—Tal como habría dicho el mismísimo marajá. —Nigel soltó una carcajada.

La irritación atravesó la cara de Arjun.

—En muchos de los círculos de tu preciada Corona, un marajá no es mejor que un perro callejero.

—Yo jamás...

—Prohibida la entrada a perros e indios, señor Fitzroy. Eso es lo que dice la entrada de su querido Astoria.

La ira oscureció las facciones de Nigel.

—Si hubiera dependido de mí, ninguna de esas tonterías habrían sucedido. Tengo una mentalidad superior, así como sé quiénes son mis superiores.

—Un imperialista benevolente —observó Arjun alrededor de otra nube de humo—. Qué refrescante.

Un lintillo débil atravesó la noche y les hizo devolver la atención a lo que estaban haciendo. Bastien sostuvo a Ash de la cuerda que tenía

alrededor de la cintura y dio inicio a la tortura lenta de girar en torno a él en círculo.

—Te diré una cosa porque sospecho que no lo sabías —comenzó Bastien con tono conversacional—. Mi madre era cuarterona, una mujer de color libre. ¿Esos *asociados* con los que tu padre no puede ser visto trabajando...? Yo soy uno de ellos. Son mi familia. —Hizo una pausa y bajó la voz hasta convertirla en un susurro—. Nadie insulta a mi familia.

—Mi intención no ha sido...

—Cierra la boca, cerdo patético —interrumpió Boone—. Dios está hablando.

Bastien lo caló con la mirada y se giró de nuevo hacia Ash.

—Es una lástima. Pensaba compartir una botella de vino contigo, Ashton. Ahora... tendrás que participar en una comida con aquellos que prefieren una bebida muy diferente.

Cuando Bastien terminó de hablar, la tensión del aire fue tal que parecía una cuerda a punto de romperse. Ash parpadeó para deshacerse de las lágrimas y se obligó a concentrarse. Lo que fuera que estuviera viendo en las caras que lo rodeaban hizo que sus labios temblaran y que sus hombros se sacudieran.

Bastien sabía qué era lo que estaba viendo. Lo que Art estaba viendo.

Lo que había hecho que Phoebus se escondiera hacía unos instantes.

Demonios. Criaturas de sangre y oscuridad.

La muerte hecha carne.

La familia de Bastien, para bien o para mal.

Art volvió a tener arcadas junto a los pies de Madeleine y casi se ahogó mientras intentaba tranquilizarse. Bastien echó una mirada a Arjun y mantuvieron una conversación sin palabras. Un instante más tarde, Arjun sujetó a Art de la muñeca. El chico se desplomó hacia

delante después de recibir un bendito perdón.

—Lo único que he dicho... —Las lágrimas resbalaban a ambos lados de la cara de Ash.

Bastien dio un paso hacia atrás. Amartilló el revólver. Apuntó.

—¡Por favor! —rogó Ash. Una mancha sospechosa oscureció la parte delantera de sus pantalones y el olor punzante a orina lo cubrió por completo—. Te daré lo que quieras. No diré nada. Olvidaré todo esto...

—No —respondió Bastien—. Nunca olvides esto mientras estés vivo.

Las palabras son armas. Y eso es lo único que importa cuando el diablo te tiene sujeto de los testículos. —Disparó un único tiro.

Ash gritó. La cuerda que lo sostenía sobre la plataforma se cortó, su cuerpo atado cayó sobre la superficie de metal con un ruido que retumbó. Al girarse hacia un lado, la nariz comenzó a gotear sangre y su olor, una mezcla de cobre tibio con sal de mar, se elevó en el aire.

Hortense y Madeleine dejaron de moverse. Dejaron de respirar. Jae guardó una de sus dagas con un *clic*. Boone arrojó la cabeza hacia atrás, inhaló con profundidad y cerró los párpados con fuerza. Nigel, que fruncía el ceño en clara señal de frustración, cruzó los brazos mientras Arjun aplastaba su puro con el talón.

Una risa amarga recorrió el pecho de Bastien. Otro deseo cumplido.

Era posible que ese fuera su día de suerte.

Ash luchó contra sus ataduras mientras las guras con capas que lo rodeaban se acercaban cada vez más con ojos como monedas de plata bajo la luna creciente.

Después Madeleine, Hortense y Boone se abalanzaron sobre Ash como látigos que azotaban el aire nocturno, y sus gritos de terror fueron sofocados por la tela gruesa de las capas. Por los sonidos de éxtasis que se elevaban por encima de Nueva Orleans.

Nigel observaba el frenesí en un silencio mordaz, con los brazos cruzados y una expresión grave en la cara.

—Estás por encima de estas venganzas insignificantes, Bastien. Tu tío no estaría contento.

—Nunca he dicho que sea un santo —respondió Bastien con una expresión indiferente—. Y Nicodemus no está aquí esta noche, ¿o sí?

— *Gompage* —murmuró Jae con gratitud antes de volver hacia el borde del edificio inconcluso; hacía girar una navaja mariposa entre los dedos con una facilidad desenfadada.

—Ha sido un buen tiro —comentó Arjun en un intento exitoso por cambiar de tema—. Has cortado la cuerda con una única bala. Bravo.

Bastien no dijo nada, los bordes de sus ojos se tensaron.

—¿Qué? —Arjun parpadeó—. ¿He dicho algo malo? —Se balanceó un poco de forma inestable.

—Estás débil.

—A veces sucede. Necesité mucho esfuerzo para someter al hermano.

A diferencia de ti, yo no soy Dios —bromeó.

—Ocúpate de comer algo. —Una sonrisa fantasma atravesó los labios de Bastien.

—Pues claro que sí, viejo compañero. —Arjun hizo una reverencia elaborada.

A pesar de sus mejores esfuerzos, la culpa echó chispas en el pecho de Bastien y amenazó con incendiarse. Luchó contra esa sensación, negándose a que sus opiniones lo molestaran. Después le amó a Madeleine, que se acercó a él con el sigilo de una sombra y un movimiento borroso que arrastró la capa detrás de él como si fuera humo. No había rastro de sangre en ningún sitio... hasta que ella abrió la boca y enseñó unos dientes blancos manchados de carmesí y

colmillos largos como los de un lobo.

—Asegúrate de que nadie muera esta noche, Mad —pidió Bastien en voz baja—. Ya tenemos demasiados ojos sobre nosotros ahora mismo.

— *Mais oui, Bastien.* —Madeleine asintió con expresión serena—. ¿Y

qué hacemos con él cuando hayamos terminado?

—Dejad esa basura con su hermano menor en el cal ejón que está cerca de su bar favorito. Aseguraos de que no recuerden nada. Como siempre, deposito toda mi conanza en vosotros.

Madeleine asintió y se giró para continuar con su comida.

Bastien exhaló con lentitud y echó una mirada hacia el espacio abierto que lo rodeaba hasta que sus ojos dieron con lo que estaba buscando: Phoebus Devereux, encogido en un rincón, las rodillas contra el pecho, sin duda rezando para ser olvidado por primera vez en la vida.

Cuando Phoebus notó que Bastien se estaba acercando a él, abrazó sus rodillas y se sujetó de las manos hasta que sus nudillos se pusieron blancos.

Bastien procuró moverse con cuidado y se acuclilló delante de Phoebus.

—Siento de verdad que hayas tenido que ver todo eso.

—¿Qué vas a hacer conmigo? —Phoebus temblaba como una hoja moribunda en la brisa.

—Eso depende de lo que tú quieras que haga —respondió Bastien.

—No... no lo entiendo.

—Puedo dejarte ir y ya está.

—¿Po... podrías? —Los ojos de Phoebus se agrandaron detrás de sus gafas sucias.

—Si así lo desearas.

—No tienes nada de qué preocuparte. No diré nada, Bastien. —

Phoebus asintió.

—Sé que no lo harás. —Una sonrisa se dibujó en la cara de Bastien—.

¿Quién te creería? —Sus facciones estaban teñidas de comprensión—.

No sería más que otra historia seductora sobre la Corte, algo que he descubierto que ayuda más de lo que daña, por razones que estoy seguro que entiendes. —Phoebus se estremeció y apartó la mirada—.

Por otro lado, podría hacerte olvidar. —Bastien hizo una pausa—.

Puedo ocuparme de que los acontecimientos de esta noche no te atormenten en sueños.

—¿Piensas... matar a Art y Ash? —Phoebus tragó saliva.

—No. El os tampoco recordarán nada. —Su expresión se endureció

—. Pero el os no pueden elegir. Tú sí. Jamás le quitaría la posibilidad de elegir a alguien a quien respeto.

—¿Tú... me respetas? —preguntó Phoebus con voz ronca.

—Eres un hombre bueno. Asegúrate de seguir así. —Bastien se desenvolvió para ponerse de pie con la agilidad de un felino de la selva

—. Y toma una decisión.

Phoebus empujó las gafas hasta el puente de la nariz con dedos temblorosos. La convicción se asentó en su cara sudorosa.

—Quiero... olvidar.

—Entonces eso es lo que harás.

Muy alto por encima de la Ciudad de la Luna Creciente, el nieto menor del alcalde comenzó a gritar como si lo estuvieran matando, en dirección a un cielo cubierto de nubes que parecían heridas.

████████████████████

CHAMPÁN Y ROSAS

Celine se reclinó contra el damasco de color intenso de su silla dorada.

—No tengo nada.

—¿Nada? —Odette rio. Estiró el brazo para elegir otro bocado de codorniz y separó la carne tierna con sus dedos delicados.

—No hay nada que pueda decir —continuó Celine—. No hay nada que pueda hacer. No hay ninguna forma de que pueda explicar lo maravilloso que ha sido esta comida. Casi no puedo creerlo. —Soltó un suspiro extendido—. Quizás si pudiera bailar como un hada alada estaría más cerca de hacer justicia a lo que siento.

—De todas las cosas que has dicho, esa es mi favorita, *mon amie*. —

Otro estalido de risa se elevó en el aire.

—Y la más cierta. —Celine respiró hondo y estiró la mano por encima de sus cubiertos dorados

para alcanzar el tallo de cristal de su copa de vino.

Celine había pasado la gran mayoría de sus diecisiete años en París.

Eso significaba que había vivido a meros pasos de algunos de los establecimientos culinarios más renombrados del mundo. Por desgracia, el precio de frecuentar dichos establecimientos había sido demasiado para su familia. Estaba muy lejos del alcance de la mayoría de las personas a las que ella conocía.

Pero, en ocasiones especiales, su padre solía llevarla a un bistró que

estaba a la vuelta de la esquina de su apartamento. El cocinero de cara reluciente que dirigía la cocina era famoso por su pollo asado decadente, servido con pequeñas patatas doradas que habían sido sumergidas en grasa de pato durante horas. De niña, Celine adoraba llevar a su boca una patata perfectamente redonda cuando todavía estaba demasiado caliente, sentir la textura de la piel crujiente en la lengua mientras soplabla alrededor de la patata en un intento por enfriarla y consumirla al mismo tiempo. Su padre la había regañado por no comportarse como una señorita, aunque había tenido que contener una sonrisa.

Esa había sido la comida favorita de Celine.

Todos los años por su cumpleaños, su padre le llevaba a la casa una única porción de *mille-feuille* de una pastelería reconocida del distrito ocho. Un milhojas. Capas de masa fina delgadas como el papel y separadas con crema pastelera, almendras molidas y delgados hilos de chocolate.

Esos eran algunos de los recuerdos más atesorados de Celine. A pesar de su severidad y austeridad, su padre había conseguido demostrar su amor con gestos sencillos. Gestos que ella recordó en los momentos más oscuros del cruce transatlántico, porque le habían traído consuelo cuando más lo necesitaba.

Pero todo eso palidecía en comparación con esa noche.

Esa noche —a los diecisiete años—, Celine estaba segura de que había consumido la mejor comida de su vida.

Langostinos cocidos en mantequilla, vino blanco y tomillo. Rodaballo incrustado con pistachos y espolvoreado con copos de trufas blancas.

Codorniz asada servida con *crème d'olive*, acompañada con tubérculos salteados con hierbas de Provenza y decorada con flores comestibles. Ni

que hablar de las exquisiteces y las perfectas combinaciones de vinos que fueron ofrecidas durante toda la comida.

Todo eso había sido sublime hasta la última gota. El lado más fantasioso de Celine soñaba con llevar algún día a su padre a ese sitio.

Con compartir también esa comida con él.

Odette se limpió la comisura de los labios con una servilleta de seda antes de hacer un gesto hacia uno de los *maîtres*, quien apoyó un cuenco grande de latón lleno de pétalos de rosas sobre un pedestal de mármol junto a ella. Después llenó el cuenco con champán burbujeante para que Odette pudiera enjuagarse las manos. Cuánta indulgencia.

Cuánto derroche. Una vez que sus dedos estuvieron limpios, Odette alisó su corpiño de satén duquesa y torció un poco el camafeo de marfil que llevaba en el pecho al rozarlo con el pulgar.

—Usas ese broche con frecuencia. Debe de ser muy importante para ti —comentó Celine mientras el *maître* servía una nueva botella de champán y rosas. Las burbujas le hacían cosquillas en las muñecas y el aroma intenso de los pétalos trepó hasta su garganta.

— *Mmm* —murmuró Odette a modo de respuesta—. Sí, así es. —

Enderezó el camafeo con un movimiento cuidadoso. Un resplandor travieso brilló en sus ojos—. ¿Me creerías si te dijera que está hechizado? ¿Qué mantiene a salvo mis secretos más sombríos?

—

Guiñó un ojo.

—Después de tanta comida y vino, creería casi cualquier cosa. —

Celine gimió mientras intentaba, en vano, encorvarse en el sitio—.

Dime algo, Odette, ¿por qué debemos usar corsés hasta para comer?

—Porque los hombres disfrutan de tenernos enjauladas a todas horas.

—Odette hizo girar el vino en la copa—. Así estamos *contenidas*. Tienen miedo de lo que sucedería si fuéramos libres. —Sonrió—. Aunque

quizás si yo tuviera tu aspecto con un corsé, estaría diciendo algo muy diferente. Por desgracia, no todas podemos ser bendecidas con una cintura pequeña y un pecho abundante por naturaleza — bromeó.

—No... no es tan maravilloso como te imaginas. —Celine hizo una mueca incómoda y el vino hizo que sus pensamientos comenzaran a dar vueltas—. Desde los doce años detesto la forma en la que los hombres me miran. Como si fuera algo que les gustaría comer.

Odette inclinó la cabeza hacia un lado y su mirada reflejó una luz curiosa.

—Nunca lo he pensado desde ese punto de vista. —Hizo una pausa para reflexionar—. Discúlpame por haber hablado cuando no debía. —

Un destello de convicción iluminó su cara—. *C'est assez!* Ninguna de nosotras debería usar un corsé a menos que *nosotras* loelijamos.

Mientras tanto, propongo que los llevemos a la plaza y los quememos a todos.

—¿A los corsés? —Los ojos de Celine centellearon.

—No, a los *hombres*, por supuesto.

—Dices cosas muy escandalosas. —Un repiqueteo de risas brotó de los labios de Celine.

—Solo digo la verdad. Los hombres son detestables, querida. He renunciado a ellos de forma absoluta. Me los quedaré como amigos, pero jamás serán bienvenidos en mi corazón.

Celine sintió una chispa de placer en el pecho.

—Por favor, comparte tu secreto conmigo. Yo también deseo deshacerme de ellos. —Se le ocurrían uno o dos en particular.

—No es ningún secreto. —Odette apartó su plato de porcelana de Limoges para apoyar los codos contra el borde adornado de la mesa—.

Simplemente no tengo ningún interés en ellos. —Hizo una pausa y

adoptó una expresión pensativa—. A decir verdad, prefiero la compañía de las mujeres, en todos los sentidos. —Odette pronunció eso con sencillez y observó la reacción de Celine.

Celine necesitó un momento para comprender todo lo que significaban esas palabras. Sus ojos se abrieron como platos al siguiente instante y el color comenzó a trepar por el cuello.

—Por favor, debes saber que me siento muy halagada, pero...

Odette rio por la nariz.

—No me refería a ti en particular, mi deliciosa narcisista. Aunque eres muy bello... pero terminarías siendo una gran molestia por ese mismo motivo. Hace años prometí que no amaría nada más bello que yo. —

Soltó un suspiro dramático—. Por fortuna, eso me deja con muchas opciones y muy variadas.

Celine se atragantó con la risa justo cuando había bebido un sorbo de vino. Le quemó la parte trasera de la lengua y la hizo toser como una tonta jovencita entrada en copas.

—Pero no nos mintamos, *mon amie* —dijo Odette por encima de la tos de Celine—. No deseas deshacerte de *todos* los hombres, ¿verdad?

—Claro que sí. —Celine se aclaró la garganta y se secó las lágrimas que tenía debajo de las pestañas—. No son más que una molestia.

— *Menteuse*. He visto cómo miras a Bastien. —Odette agitó un dedo en dirección a Celine. Se inclinó hacia delante con una expresión astuta.

Como si supiera algo.

Celine se sobresaltó y empujó la copa de agua.

—¿Qué dices...? —Se sentó erguida mientras su corazón galopaba dentro de su pecho—. ¿Cómo lo miro?

—Como si estuvieras muerta de sed, *mon amie*. Como si hubieras deambulado por el desierto durante cuarenta años en busca de la Tierra

Prometida.

—¿Parezco... sedienta? —Celine soltó un gemido de protesta y sus mejillas se sonrojaron. Una mezcla de furia y vergüenza le recorrió las venas. Consideró negarlo. Intentó, en vano, idear una posible explicación. Después levantó el mentón en señal de desafío. ¿Por qué debería mentir?—. De acuerdo —anunció—. No lo negaré. Me atrae Bastien. Creo que es... demasiado atractivo para ser real.

Odette aplaudió como si hubiera acabado de escuchar a la soprano más reconocida del mundo cantar su aria favorita.

—Ahora *esa* es mi favorita entre todas las cosas que has dicho. —Se echó a reír de una forma que hizo que Celine pensara en una niña pequeña. Ya no conocía a nadie que soltara risas como aquellas—.

Ahora bien... —Odette hizo una pausa para dar unos golpecitos con el dedo índice contra el mentón—. ¿Qué podemos hacer con esta situación...?

—Nada —respondió Celine con determinación—. No hay nada que hacer. No tengo intención de intentar conquistar a alguien como Sébastien Saint Germain, Odette —advirtió—. Nada resultará de tus intentos poco disimulados de interferir. Sabes tan bien como yo que Bastien no es un caballero decoroso.

—¿Y tú necesitas un caballero decoroso?

—Así es. —Celine asintió con convicción.

—Lo discutiremos más tarde. —Odette frunció los labios con una expresión escéptica. Después cambió la dirección de la conversación con la agilidad de una bailarina—. Dime qué opinas sobre mi idea para el baile de máscaras.

Agradecida por el cambio de tema, Celine no dudó en responder.

—Creo que no deberías ir vestida de María Antonieta. Me animo a

decir que habrá al menos otras quince mujeres vestidas así para la ocasión. Porque es lo que se espera. Lo que yo propongo es que tú hagas algo inesperado. —Un destello travieso encendió su mirada—.

No te vistas de la mujer. Vístete de la amante.

—¿Disculpa? —Odette soltó un estalido de risas—. ¡Y esto lo dice la chica que necesita un caballero decoroso!

Celine agitó una mano para quitarle importancia al comentario.

—Eso no importa. Tú deberías ir de Madame du Barry.

— *Scandaleux!* —Odette aplaudió con alegría—. ¡Las mujeres de la alta sociedad quedarán con los ojos como platos!

—Y será el vestido que nadie olvidará —prometió Celine.

—Lo haré... pero debo insistir en que me acompañes al baile de máscaras, así como a otra velada a la que ansío asistir. —Odette jugó con el lazo de seda que rodeaba su cuello—. Dicen por ahí que el anfitrión, uno de los miembros de una nueva cofradía conocida como los Juerguistas de la Noche de Reyes, planea decorar sus jardines al estilo de *Sueño de una noche de verano*.

Aunque ambos planes la tentaban con las posibilidades que presentaban, Celine negó con la cabeza.

—No creo que sea buena idea.

—¿Aunque Bastien vaya a estar allí con toda su falta de decoro? —

Odette guiñó un ojo.

—Sobre todo si él estará allí.

—Ah, no seas tan difícil, *mon amie*. —Odette hizo una pausa plena de significado—. Ya has admitido que es... ¿cómo lo has dicho?

Celine protestó mientras sentía que el arrepentimiento crecía en su estómago.

—Demasiado atractivo para ser real.

██████████

Algo cayó sobre el suelo a sus espaldas.

La sangre desapareció de la cara de Celine durante un instante. Se quedó congelada donde estaba con los ojos bien abiertos. Solo necesitó echar una mirada hacia Odette para confirmar lo obvio.

Sébastien Saint Germain estaba detrás de Celine.

Y había escuchado cada una de las palabras que acababa de pronunciar.

— *Je suis désolée*. —Odette frunció la nariz, aunque estaba claro que no lo lamentaba en absoluto.

Celine consideró hacer una bola con la servilleta de seda que tenía en la mano y arrojarla a la cara de muñeca de Odette. Lo reconsideró de inmediato. Aunque habría sido satisfactorio en el momento, no haría mucho para mejorar su situación. Su pulso estaba provocando el caos en todo su cuerpo, pero Celine se dio media vuelta.

Y de inmediato deseó poder encogerse hasta desaparecer.

Bastien estaba al final de la escalera curva, tan deslumbrante como siempre y con el sombrero panamá en una mano. Estaba anqueado por varios miembros de *La Cour des Lions*, y cada uno exhibía distintos niveles de entretenimiento.

Antes de que alguien pudiera decir algo, Arjun se inclinó para recoger su cuaderno de cuero con una expresión que parecía disculparse con él. Si Celine tuviera que adivinar, diría que lo había dejado caer a propósito.

Extinguió la chispa de gratitud. El muy traidor había dejado caer el cuaderno demasiado tarde.

El héroe solo era un héroe si conseguía salvar a la damisela a tiempo.

Avergonzada, Celine se puso de pie de inmediato, las patas de la silla dorada se trabaron en la alfombra afelpada y la falda a rayas de color salmón se enredó alrededor de sus pies. Celine apretó los dientes y permitió que su vergüenza se transformara en furia. Cerró las manos en forma de puño y alargó el cuello para poder mirar a los recién llegados desde arriba y con un desdén inconfundible.

Una de las mujeres elegantes que llegaban al salón soltó una risa.

— *Comme une reine des ténèbres.*

Como una reina de las tinieblas.

Una risa relajada recorrió la habitación. Bastien permaneció en silencio, no apartó los ojos plomizos y mantuvo sus bellas facciones inescrutables.

Celine sentía el latido de su corazón en los oídos como si fuera el aleteo de un colibrí. No podía parecer débil. Si se rendía a la vergüenza, jamás podría volver a aparecer por ahí.

—Hola. —Celine asintió una sola vez con la tela del vestido apretada en sus puños.

A modo de respuesta, Bastien hizo una reverencia pronunciada y sostuvo el sombrero hacia un lado. Cuando volvió a erguirse, el indicio de una sonrisa bailaba en sus labios.

—Buenas tardes —saludó con voz sedosa. Pecaminosa.

Celine quería patalear y huir. Quería gritar fuerte como una *bean sídhe* para dañar su propia audición.

— *Bonsoir, Bastien* —respondió Odette con una sonrisa tonta.

Antes de que alguien pudiera decir una palabra más, el reloj de pie tal adonde que estaba contra la pared comenzó a repicar para anunciar la hora en tonos furtivos mientras su péndulo de latón se balanceaba de un lado para el otro.

La interrupción dio a Celine la oportunidad perfecta.

—Me temo que debo irme. —Se abrió paso junto a la mesa con la cara sonrojada.

—¡Todavía no! —Odette se puso de pie con sus ojos oscuros bien abiertos, suplicantes—. Al menos tienes que probar las *îles ottantes*.

—¿Islas otantes?

—Es un postre que Kassamir está muy entusiasmado por añadir al menú. Nosotras íbamos a ser las primeras en probarlo. Son nubes de merengue perfectas que otan en una salsa decadente de crema inglesa.

—Aunque eso suena delicioso, me temo que es tarde. Mis amigas del convento se preocuparán por mí. —Celine sonrió con tristeza.

Odette dibujó una expresión triste con los labios y se colocó un rizo castaño detrás de la oreja.

—Entonces, al menos espera mientras lamo al carruaje.

—No —respondió Celine mientras se alisaba la falda, muy consciente del público que tenían—. Estaré bien. Son solo un par de calorías hasta el convento.

—Me temo que debo insistir —declaró Odette—. No puedes caminar sola hasta el convento, no después de todo lo que ha estado pasando en estos últimos días.

La frustración se apoderó del estómago de Celine. Necesitaba marcharse *de inmediato*.

—De acuerdo. Entonces pagaré por un transporte.

—Pero eso no es necesario —protestó Odette—. No cuando...

—Odette —dijo Celine entre dientes—. Muchas gracias por la comida maravillosa y por tu hospitalidad excepcional. Ahora puedo ir sola a casa.

—No puedo dejarte ir con la conciencia tranquila...

—Déjala, Odette —interrumpió Bastien con suavidad, y el sonido de su voz hizo que Celine se quedara congelada en el sitio—. *Tu ne peux pas tout contrôler*.

— *Mais, Bastien, elle...* —Odette se apartó de su lado de la mesa.

—Estaré bien, *mon amie* —aseguró Celine con una sonrisa—. Por favor, dile a Kassamir que la comida ha sido una obra de arte.

Comenzaré a confeccionar tu vestido para el baile de máscaras de inmediato. Siéntete libre de enviar los rollos de tela y todos los materiales al convento mañana a primera hora.

Después de eso, Celine levantó el mentón y se abrió paso hacia las escaleras que llevaban a la planta baja de Jacques'. Los miembros de *La Cour des Lions* —quienes habían observado todo ese incómodo intercambio en silencio— se apartaron para dejar pasar a Celine, aunque ella sintió que la seguían con los ojos a medida que descendía la escalera; Boone inhaló con profundidad cuando ella pasó junto a él.

Sus manos temblaban entre los pliegues de la falda, pero Celine no aqueó. Era una montaña, una torre, un roble cien años en el...

Detrás de ella, una risa suave se elevó hacia el techo artesonado.

Que se vayan todos al Inerno.



CONOCE A TU CREADOR

Celine lamentó la decisión de caminar hasta el convento un instante después de haberla tomado.

A menos de una calle de Jacques', todas las sombras que se movían y los sonidos desconocidos le amaban su atención y aumentaban su cautela, lo que se prestaba a generar un miedo que crecía poco a poco.

Si la Corte pudiera ver a la reina de las tinieblas en ese momento...

Era el orgullo que no dejaba que Celine admitiera que no tenía dinero para alquilar un caballo. Y era su arrogancia la que no le permitía aceptar nada más de Odette. Ni de Bastien. Ni de cualquier otro miembro de *La Cour des Lions*.

Pero ahora que el fervor de los sucesos recientes se había tranquilizado, Celine sintió cómo el arrepentimiento se desplegaba a lo largo de su columna vertebral. Había sido demasiado apresurada.

Debería haber aprovechado la oferta del carruaje en lugar de permitir que el orgullo sacara lo peor de ella.

Suspiró para sí misma.

No. No era solo el orgullo. Simplemente estaba cansada de que le dijeran qué hacer.

Se armó de valor y decidió dejar que la belleza de la noche de Nueva Orleans la distrajera de sus pensamientos.

Una brisa agradable agitó un árbol de magnolias a su izquierda e hizo que sus aterciopeladas orejas blancas se balancearan con el viento.

cálido. La brisa se acercó más, l evaba el perfume dulce de la madreSelva y la lavanda y hacía que las ores diminutas se asomaran entre las púas de la verja de hierro forjado que estaba al frente de una mansión señorial de cuatro plantas. Por encima de su cabeza, los balcones rodeaban toda la casa y las cestas colgantes rebosaban hojas cerosas y ores de colores bril antes. Una hilera de cipreses azules derramaban musgo español y formaban capas de aromas y sombras. En la distancia, un hombre comenzaba a cantar con una voz bel ísima, una mezcla de francés y algo que Celine no alcanzaba a distinguir.

En solo un par de semanas, había aprendido a apreciar la manera en la que la ciudad parecía cobrar vida cuando el sol se hundía en el horizonte. No era una vida común, l ena de sol y risas. Era una vida siniestra y sensual. Una caricia tibia y un susurro frío.

A pesar de todo, Celine sentía que se estaba enamorando un poco de la ciudad.

Mientras continuaba su camino hacia el convento, unos pasos comenzaron a oírse detrás de el a, claros y de nidos contra los adoquines grises y azulados. Pasos decididos, como los de un hombre.

Celine escuchó mientras se acercaban cada vez más. Después enderezó la columna. No había ningún motivo para temer a la persona que tenía a sus espaldas. Los peatones ocupaban las cal es del Barrio a todas horas del día y de la noche. Era irracional pensar que esos pasos podrían pertenecer a alguien —o a algo— en particular.

De todas formas, no podía evitar recordar aquel a noche espantosa en el atelier, cuando su inocencia la había traicionado y había cambiado el rumbo de su vida.

Celine dobló en la próxima cal e. Los pasos continuaron detrás de su sombra.

El miedo hizo que se le erizara la piel de la nuca. Era la sensación de estar siendo seguida.

Se contuvo de girarse a enfrentar a su perseguidor por temor a parecer tonta por segunda vez en la misma noche o, peor, a provocarlo a hacer algo. En vez de eso, decidió hacer una prueba. Disminuyó la velocidad de sus pasos hasta l egar a la de un paseo relajado con la esperanza de que el peatón la pasara.

No lo hizo.

En vez de eso, él también disminuyó la velocidad de sus pasos para imitar los de el a.

Celine luchó contra una ola de pánico al recordar los eventos de aquel a noche terrible. Echó una mirada a su alrededor sin mover la cabeza para ver quién podría estar cerca. Un caballo solitario caminaba al otro lado de la cal e con un bastón que golpeaba los adoquines y la mirada centrada en el camino delante de sus pies, sin prestarle atención a nada más.

¿Por qué se molestaría en ayudarla?

Por un instante, consideró cruzar la cal e a toda velocidad y detenerse junto a él, sin que nada de eso le importara. Después distinguió los sonidos de un des le en la distancia. Un sitio donde sin duda se reunía una cantidad in nita de gente. Decidió acelerar el paso para dirigirse hacia la

multitud, aunque estuviera en el sentido contrario al convento.

Los pasos que se oían detrás de el a se detuvieron de pronto. Después Celine juró oír que algo levantaba vuelo entre el ruido de hojas agitadas y un golpe contra los barrotes de una barandil a de hierro.

El pánico se apoderó de el a e hizo que se detuviera en seco. Se animó a mirar por encima del hombro.

No había nada.

Su corazón se precipitó hacia el estómago y su latido latía con fuerza en todo su cuerpo, como un trueno.

—Celine —susurró una voz detrás de el a. Una voz como el chirrido de uñas contra una pizarra.

El terror la atravesó como una lanza y la inmovilizó durante un momento.

Después se giró... y no vio nada.

— *Mon amour* —dijo la voz áspera a sus espaldas, y las palabras fueron un roce helado contra su piel—. Hueles divina. Ven conmigo al corazón de Chartres. *Muere en mis brazos*.

Celine levantó su falda y corrió con los pies suspendidos sobre los adoquines grises. Se dio prisa hasta la esquina más cercana y la dobló mientras sus dientes castañeteaban dentro de su cráneo.

Los pasos golpearon la acera detrás de el a y después se disolvieron en un susurro de hojas secas. El a continuó corriendo hacia el ruido del des le en la distancia, negándose a detenerse hasta alcanzar a la multitud.

Una mano se extendió de pronto de un hueco entre los edificios a su izquierda, la sujetó del brazo y casi la hizo tropezar al tirar de el a para apartarla de su camino.

Celine soltó un grito que expulsó todo el aire de sus pulmones. Una palma fría cubrió sus labios para hacerla callar. Después un par de brazos fuertes la empujaron detrás de una pared de músculo con aroma a bergamota.

Bastien.

Una vez posicionado delante de el a, Bastien apuntó su revolver hacia las sombras oscuras que había debajo de un toldo cercano. De sus profundidades se alcanzaba a oír un murmullo peculiar, casi como un

zumbido de insectos o un rechinar de dientes.

—Vete —pronunció Bastien, y las palabras sonaron severas por su precisión—. O quédate y conoce a tu creador, pues no tendré piedad alguna.

Celine presionó la cara contra su hombro y clavó los dedos en su espalda.

El murmullo se aquietó y la criatura oculta trepó por uno de los lados del edificio antes de desvanecerse en la noche.

Durante un instante, Celine y Bastien permanecieron en el mismo sitio, inmóviles, con los cuerpos tensos, inhalando y exhalando en sincronía. Después Bastien se giró hacia ella; su expresión parecía talada en piedra mientras guardaba el arma en la pistolera.

Algo dentro de Celine estaba a punto de romperse. Sentía como si sus piernas no tuvieran huesos, como si su cuerpo estuviera exhausto. Una corriente eléctrica recorría sus venas y hacía que sus manos temblaran.

Los dedos de Bastien apretaron sus brazos con más fuerza en el momento exacto en el que las piernas de Celine comenzaron a ceder. Él la mantuvo en el mismo sitio con los ojos clavados en los de ella.

La visión de Celine estaba borrosa, así que parpadeó para aclararla.

Después exhaló con lentitud.

—Celine —susurró Bastien con voz suave. Cuidadosa.

—Estoy bien. —Celine asintió. Continuó mirando la cara de Bastien, recorriendo cada línea en un intento por tranquilizarse, con la garganta seca y las palabras hechas un nudo sobre la lengua—. ¿Cómo...?

Quiero decir, no tienes que...

—Celine —repitió Bastien. De modo tentativo, le envió una mano a la mejilla de ella.

Ella permaneció inmóvil, aunque quería entregarse a su tacto.

— *Tu vas bien?* —preguntó él mientras rozaba su piel con un pulgar en una caricia tranquilizadora.

Celine asintió.

—Pero... por favor... quédate.

—Eso haré. —Algo centelleó en su mirada—. Lo prometo.

—¿Qué... era eso? —susurró ella.

Bastien vaciló y su pulgar rozó el borde de sus labios.

—No me mientas —pidió ella en voz baja—. Estoy cansada de todas las mentiras.

Él inhaló por la nariz.

—Era... —Buscó la palabra indicada.

—Algo inhumano —concluyó Celine.

Bastien lo consideró durante un instante. Después asintió.

—¿Esa... cosa es lo que ha matado a Anabel? —preguntó Celine.

—No puedo estar seguro. Es posible.

Sus palabras parecían tener el sonido de la verdad. O quizás el a solo quería creerle. Quería olvidar el lazo amaril o. Ignorar la lógica y oír los susurros de su corazón.

Por más variable y tonto que fuera.

—Esa cosa sabía mi nombre. Me dijo que fuera al corazón de Chartres con el a. —Celine se estremeció—. Me pidió que *muriera en sus brazos*.

—Ya se ha ido. —Un rastro de ira atravesó la cara de Bastien.

—Puede volver.

—Lo encontraré antes. —Los dedos de Bastien se deslizaron por su cara y la palma enmarcó su mentón. Sus rasgos adquirieron un aspecto peligroso, sus ojos salpicados de acero eran bril antes e intensos.

Parecía... despiadado. Como un ángel vengador. O un demonio del In erno.

Celine rodeó una de sus muñecas con la mano. La forma en la que él estaba hablando en ese momento —la forma en la que la estaba mirando— debería haberla atemorizado. Pero no lo hizo. En vez de eso, Celine se entregó a sus caricias. Apretó la mano alrededor de la muñeca de Bastien. La criatura que corría por su sangre estaba inquieta, enfebrecida.

Bastien se inclinó para estar más cerca, su aliento era un viento fresco contra la piel de Celine y sus labios estaban lo bastante cerca como para tocarla. Para morderla. Para saborearla.

Él la besaría. El a le devolvería el beso.

Y, durante un instante, nada más importaría.

Un par de pisadas al otro lado de la cal e destruyeron el momento de ensueño. Una pareja bien vestida de la edad del edad madura se había detenido en seco para mirar con jeza a Bastien y Celine con expresiones l enas de una reprobación compartida.

De inmediato, Celine recuperó el sentido del decoro. Sabía por qué la otra pareja los miraba con tanto desdén. Para cualquier persona que pasara por al í, Bastien y Celine parecerían ser dos amantes jóvenes compartiendo un abrazo apasionado en una esquina oscura. Sin percatarse, los dedos de el a se habían enredado en la tela delicada del chaleco de Bastien, como si tuviera la intención de acercarlo más a el a.

La palma de la mano libre de Bastien estaba apoyada contra la parte baja de la espalda de Celine

para atraerla hacia él.

El a sintió el calor de Bastien a través del corsé. A través de la falda.

Lo sintió atravesar la piel y llegar hasta su alma.

Lascivo. Pecaminoso. Perfecto.

Con una exclamación ahogada, Celine se alejó de un empujón.

Los dedos de Bastien cayeron de su garganta. Él retrocedió un paso.

El fuego de sus ojos se extinguió en un instante y fue reemplazado por una indiferencia divertida.

Celine, de pronto abatida, tragó saliva.

—Gracias... por acudir en mi ayuda esta noche, *monsieur* Saint Germain.

Bastien asintió.

—Por supuesto. —Frotó la palma de una mano contra el cuello y se detuvo a sentir su pulso por motivos que Celine no podía ni siquiera imaginar.

El a se enderezó con rigidez, echó una mirada a su alrededor en busca de su propia distracción. A un par de manzanas, el ruido del carnaval se elevaba hacia sus oídos, más cerca de el a con cada segundo que pasaba.

—Deberíamos dirigirnos al convento —indicó Bastien por encima del escándalo que cada vez se oía con más intensidad.

Celine asintió a modo de acuerdo. Pero una inquietud se adueñó de el a al pensar en caminar por los pasillos oscuros del convento de las Ursulinas. O en intentar dormir entre sus sombras expectantes.

No podía estar sola en ese momento, aunque se negaba a decirlo en voz alta.

—Agradezco que te hayas ofrecido a acompañarme hasta el convento

—comenzó a decir con una voz que temblaba por la incertidumbre—.

Pero es que...

La expresión de Bastien se suavizó. El corazón de el a palpitó cuando él se dispuso a acercarse, aunque se detuvo a mitad de un paso.

—¿Preferirías ir a otro sitio primero? ¿Quizás a una cafetería cercana para beber un café o una taza de té? —preguntó él con un tono que rozaba lo formal.

Celine odiaba oír la distancia en sus palabras. La atravesó una nueva ola de tristeza inexplicable.

Cómo desearía poder pedirle lo que quería en realidad. Cómo desearía poder admitírselo a sí misma.

La criatura que vivía dentro de él se agitó su jaula y exigió ser liberada.

Como si alguien quisiera burlarse de él todavía más, una risa estridente sonó en la distancia con un eco alegre. Despreocupado.

Celine sintió un resentimiento enorme. Lo que quería más que nada era sentirse tan libre como esa risa. Recordar cómo era sentirse a salvo en su propia piel.

La oscuridad la envolvió como un velo y le recordó su verdad. ¿Cómo osaba desear algo así? Había matado a un hombre y había desobedecido la ley francesa al huir. Si la verdad llegaba a salir a la luz, la ahorcarían por ello.

¿Acaso merecía una asesina sentirse libre?

Una nueva cadena musical otó por el cielo con una melodía brillante. Efervescente.

Llamaba a Celine de tal forma que casi parecía tomar una decisión por él. Aun así, vaciló.

Después, como si le hubiera leído la mente, Bastien dijo:

—Quizás podríamos aventurarnos en dirección al desierto y caminar con la multitud durante unos minutos.

Él asintió con una expresión de gratitud evidente.

Quizás una chica destinada a la horca no merecía sentirse libre.

Ahogar sus tristezas sombrías en algo luminoso. Pero tampoco merecía hacerlo cualquier joven que intentara forzar a una mujer.

Y Celine seguía sin arrepentirse de lo que había hecho.

████████████████████

MÉFIEZ-VOUS DU ROUGAROU

La multitud palpitaba alrededor de Celine y Bastien, yendo y viniendo como una marea caprichosa. Vtores y risas salvajes impregnaban el aire y echaban abajo los peores de sus miedos. El pulso de Celine latía bajo su piel, la sangre corría por sus venas a una velocidad embriagadora. Si cerraba los ojos, casi podía sentir como si estuviera otando con la multitud, dejándose llevar por una ola errante.

Nunca antes había experimentado una distracción más bienvenida.

Trozos de papeles de colores cayeron a su alrededor y se acumularon entre los rizos de Celine y contra la piel de Bastien antes de ensuciar el suelo. La música golpeteaba en dirección al cielo,

las trompetas de latón resonaban y chillaban en la noche como si no pudieran contener su alegría. Los juerguistas se reunían bajo los aleros y sobre las esquinas adornadas con banderines vibrantes, y muchos estaban unidos de las manos o los brazos, cualquier sentido del decoro olvidado bajo la luz de la luna creciente.

Un carro alegórico decorado con papel maché rodaba por la calle a paso de tortuga. Los hombres llevaban puestas chaquetas adornadas con chorreras doradas —como si fueran soldados rasos del ejército de Napoleón— y se reían mientras arrojaban monedas, botones pintados y cuentas de madera hacia la multitud.

Cada uno de los sentidos de Celine estaba en llamas. El sudor y el olor a tierra revuelta se mezclaban con las delicadas nubes de azúcar

para formar una fragancia única. Pronto se vio absorta en la conmoción, los miedos reducidos por la visión del espectáculo en curso.

Giró en círculo y dio un paso hacia atrás cuando los miembros de una compañía de baile que llevaban antorchas se abrieron paso por el centro de la multitud, con faldas que giraban alrededor de sus cuerpos esbeltos a tanta velocidad que estas parecían difuminarse. Hombres sin camisa, con pechos musculosos, bigotes engominados y pantalones escandalosamente apretados realizaban trucos acrobáticos en mitad de la calle.

El caos de la multitud amenazaba con separarlos, así que Celine estiró su mano hacia la de Bastien sin pensarlo. Él entrelazó sus dedos con los de ella como si fuera algo natural. Como si lo único que tuviera sentido entre toda esa confusión fuera el tacto de su piel contra la de ella.

Celine avanzó junto a Bastien con los ojos muy abiertos y una sonrisa que amenazaba con formarse en su cara. El mar de cuerpos en movimiento los tragó y pronto fueron empujados hacia un callejón angosto donde una pareja joven y bien vestida compartía un beso ardiente entre las sombras, como si ellos fueran las únicas dos almas que existían, los dedos de ella enredados en el pelo de él, las manos de él sobre las caderas de ella.

Celine se sonrojó y apartó la mirada. Estaba mal mirar algo tan íntimo.

Estaba mal mirarlos. Estaba mal querer ser ellos.

— *Faites attention!* —gritó un hombre mientras que la multitud formaba un aluvión repentino.

— *Nom de Dieu* —maldijo Celine cuando casi se dio de bruces con un hombre fornido que se aferraba a una botella vacía de oporto.

Bastien tiró de ella con un movimiento rápido y los hizo girar para

alejarse de la confusión incipiente.

Antes de que ellos pudieran recuperar el aliento, tres mujeres jóvenes doblaron la esquina y se detuvieron a un pelo de Bastien y Celine.

Plumas de avestruz azules formaban abanicos alrededor de sus cabezas, los cintos anchos que llevaban estaban hechos de satén y cuentas brillantes con los colores del arcoíris, y las faldas estaban confeccionadas con capas de tules translúcidos. Un par de rosetones de tela cubrían el centro de sus pechos.

El resto de su piel pálida estaba descubierta.

Bastien rio cuando las mujeres soltaron un sonido de indignación dirigido a una Celine atónita, a quien rodearon con facilidad.

— *Faites attention* —susurró él a su oído con tono juguetón.

El hombre estaba echando una mirada por encima de su hombro, lista para responderles, cuando se abalanzó sobre ellos una gura alta con una máscara aterradora, con un pelaje que temblaba alrededor de la cara y garras de cáscara de nuez que casi rozaban sus hombros.

Celine ahogó un grito, retrocedió y se topó con Bastien, quien rodeó su cintura con un brazo firme.

El hombre de la máscara peluda inclinó la cabeza hacia el cielo. Soltó un único aullido.

— *Mé ez-vous du rougarouuuuuu!* —Alargó la última palabra hasta convertirla en otro aullido y empezó a dar vueltas en una danza torpe.

Celine abrió mucho los ojos. Aunque su corazón todavía estaba agitado, una sonrisa tiraba de la comisura de sus labios. Bastien se rio y después se inclinó hacia el hombre enmascarado, quien comenzó a alejarse a zancadas.

—Cuidado con... ¿qué ha dicho? —Celine inclinó la cabeza hacia un lado y luchó por hacerse oír por encima de la conmoción.

—El *rougarou*.

Celine parpadeó.

—¿Qué es un *rougarou*? —preguntó en voz alta.

—Una criatura oscura cuyo objetivo es infundir temor en el corazón de los niños. —Bastien, con una mirada brillante ante, le dirigió una sonrisa relajada—. Mitad hombre, mitad lobo, acecha en pantanos y bosques.

Busca a su próxima presa bajo la luz de la luna.

Aunque estaba claro que bromeaba, Celine no pudo ignorar el nudo que se le había formado en el estómago. Hacía menos de media hora, algo inhumano la había atacado. Las peores de sus pesadillas se habían convertido en posibilidades muy reales. ¿Esa criatura pertenecía a la realidad o a la ficción?

Los rasgos de Bastien se suavizaron al comprender.

—No te preocupes, Celine. El *rougarou* solo existe en nuestra imaginación.

—Y en tu imaginación, ¿qué es lo que mata? —preguntó él con cuidado.

—Malos católicos.

Una risa inesperada brotó de los labios de Celine.

—No puedes hablar en serio.

—Asegúrate de cumplir todas tus promesas durante la Cuaresma. —

Levantó una ceja. Se inclinó hacia él, consiguió que la piel que estaba debajo de su oreja se electri cara y la hizo estremecer desde el cuello hasta la punta de los pies—. *O mé ez-vous du rougarou.*

Celine volvió a reír y lo alejó de un empujón.

— *Regardez!* —ordenó una voz ronca no muy lejos.

Bastien y Celine siguieron la indicación y se giraron para mirar hacia un lado.

Cuatro mujeres mayores con piel oscura estaban de pie formando un semicírculo, y la más vieja de todas, que estaba en el medio, agitaba una mano en dirección a Bastien.

— *C'est un beau diable* —declaró, y las demás mujeres soltaron una carcajada a modo de respuesta—. ¿No estás de acuerdo? —preguntó a Celine.

Celine respondió con un asentimiento de cabeza sin nada de humor.

Bastien sí que era un hermoso diablo.

—Baila conmigo, *beau diable* —ordenó la señora a Bastien con las arrugadas manos extendidas.

Sin dudarle ni un segundo, él la levantó del suelo al ritmo de una cuadril a festiva que resonaba hacia el cielo nocturno, tambores y violines que se elevaban en conjunto. Pronto otras parejas se unieron al baile, hasta que un rincón pequeño de la calle se dispuso a bailar con pasos familiares, intercambiando parejas, entrelazándose de un lado para el otro como si fueran los juncos que formaban una cesta.

Celine se vio incorporada a la *melé*, rozó manos y hombros, vio destellos de caras borrosas, sintió el sudor que le caía por la frente y el polvo rojo que su falda a rayas de color salmón levantaba alrededor de los pies.

Cuando la cuadril alzó a su fin —reemplazada por una nueva melodía rápida—, Celine se rio en voz alta y aplaudió junto a la multitud que comenzaba a dispersarse. Después echó una mirada a través de la gente y se encontró con que Bastien la estaba mirando con una expresión curiosa.

Mantuvieron la mirada hasta que casi chocaron en el centro de la calle.

—Bailas bien —observó Celine con una sonrisa incómoda.

—Tú también.

—Estaba un poco insegura con los pasos. No he tenido muchas oportunidades de bailar. —Hizo una mueca.

—Deberíamos hacer algo al respecto. —Bastien sacudió el polvo que se estaba asentando sobre sus propios hombros—. Y bailar bien no tiene nada que ver con conocer los pasos. Se trata de conocerse a uno mismo.

—Eso está un poco trillado, ¿no te parece?

—¿Trillado? ¿Por qué sería trillado conocerse a uno mismo? —Llevó los labios hacia adelante.

—Quiero decir... ¿alguna vez conseguimos conocernos de verdad?

—Eso espero. Conocernos a nosotros mismos es necesario para determinar quiénes queremos ser.

Bastien observó a Celine en busca de pistas sobre cómo proseguir. Sin decir ni una palabra, él se dispuso a serpentear por los bordes de la multitud, avanzando en dirección al convento, segura al sentir la palma de Bastien contra la parte baja de su espalda.

Una vez que se alejaron del desfile, Celine se movió junto a Bastien, cómoda por primera vez desde que había salido de Jacques', cuando su preocupación principal había sido la reciente humillación que había sentido en manos de Odette. Celine casi se reía de sí misma. No podía creer que eso había sucedido hacía menos de una hora.

Pero ahora nada de eso era importante. Al menos no demasiado.

Sus dedos ya no temblaban. Sus costillas ya no apretaban a su corazón. No se encontraba del todo segura, pero al menos ya no tenía miedo.

Y estaba agradecida.

Durante el tiempo que tardaron en caminar la próxima manzana,

Celine consideró lo último que Bastien había dicho.

—Si conocernos a nosotros mismos es parte necesaria de saber quiénes seremos, entonces ¿quién eres, Sébastien Saint Germain?

—Debo advertir que sería justo que te devolviera la pregunta. —

Bastien rio por la nariz.

Celine hizo una pausa para deliberar.

—Esta noche, estoy de acuerdo. A partir de este momento, hablemos solo con verdades.

—¿Y mañana?

—Volveremos a ocultarnos detrás de mentiras reconfortantes.

Bastien soltó una risa profunda y reverberante.

—De acuerdo, entonces. ¿Quién soy? —re exionó—. Soy... un hombre. —Algo brilló en su mirada.

Celine lo miró de soslayo con expresión sardónica.

—Soy el hijo de dos personas de mundos diferentes —continuó sin dejar de sonreír—. Mi madre era una mujer de color libre y mi padre era taíno. —Hizo una pausa—. Durante un tiempo breve, también fui... —

Una sombra atravesó su cara... un hermano. Después de perder a mi familia, me convertí en un sobrino. Mi tío me trajo de nuevo a Nueva Orleans cuando tenía nueve años y viví aquí hasta que me enviaron a la academia, donde, si no hubiera sido por un incidente poco afortunado, me habría convertido en un soldado. —Un dejo de humor amargado tocó sus labios—. Ahora administro los asuntos de mi tío cuando él viaja por negocios. —Levantó un hombro—. Supongo que eso es todo.

Celine se contuvo de desahogarse. Era posible que Bastien no hubiera dicho ninguna mentira, pero había ocultado la verdad, había destilado toda su vida hasta dejar solo un par de datos particulares. Celine tenía una fuente de preguntas en la garganta. La recomendación que Michael

le había dado hacía unos días retumbaba en su cabeza y la alentaba a presionar a Bastien en busca de detalles para entender la totalidad de la triste historia del Fantasma.

Elegió ignorar ese deseo. Sería más fácil ocuparse de esas preocupaciones al día siguiente que lidiar con su peso esa noche.

—Puedes preguntarme, Celine —indicó Bastien—. Al fin y al cabo, Michael no te lo ha contado todo. —Un humor cáustico impregnaba sus palabras.

—Claro que no. Estoy segura de que has notado lo mucho que te odia.

—Puedo asegurarte que el sentimiento es mutuo. —Su sonrisa apestaba a arrogancia.

—¿Puedo preguntar por qué?

—Puedes hacerlo. Pero puede que yo no te responda. Porque he prometido que no mentiría.

Los labios de Celine quedaron atrapados entre el silencio y el habla durante un instante.

—De acuerdo —masculó—. Si de algo sirve, Arjun es un pésimo espía.

Bastien rio por la nariz.

—Además de ser un excelente abogado.

—Para demonios y canal as por igual. —Hizo una pausa—. Pero hablando en serio... ¿qué le ha ocurrido a tu familia? —En ese momento, al menos deseaba saber eso.

Una mirada de apatía inexpresiva se asentó en su bella cara.

—Mi madre murió seis meses después que mi hermana. Después de sus muertes, mi padre me llevó de Nueva Orleans a Saint Domingue. Al poco tiempo, cayó enfermo y nos mudamos a su casa en San Juan.

—Y... ¿cómo murió tu hermana?

—En un accidente, a los quince años. —Aunque la respuesta de Bastien sonaba indiferente, sus facciones se endurecieron durante un instante y un destello de furia brilló detrás de sus ojos antes de que su hábil máscara volviera a su posición. Allí había algo que contar. Una fuente inmensa de dolor. Pero Celine no quería presionar a Bastien sobre ese asunto. Todavía no—. Mi padre pronto sucumbió a su enfermedad y después de eso volví a Nueva Orleans —concluyó.

Una mano invisible apretó el corazón de Celine. Le perturbaba el tono indiferente con el que Bastien hablaba de sus pérdidas. Quizás así era como hablaba de las cosas que le importaban en serio, de modo frío y distante.

—He oído a mucha gente decir que las tragedias nos moldean —

continuó Bastien—. Pero yo no soy lo peor que me ha sucedido, ni tampoco soy lo peor que he hecho. Nada en la vida es así de simple. —

Echó una mirada hacia las calles oscuras de Nueva Orleans con expresión firme. Determinada.

Celine sintió sus palabras como si fueran un golpe. Todos los días, ella negaba partes de sí misma. Intentaba ocultar lo peor que le había sucedido, lo peor que había hecho. Toda su vida había negado quién era su madre, como si se tratara de una especie de gran vergüenza. Gracias a eso, no sabía nada sobre la mitad de su pasado. La mitad de su propia historia.

Desde los cuatro años, Celine había escuchado que esa era la única forma de hacer las cosas.

—¿Alguna vez deseas ser otra persona? —preguntó Celine con tono solemne.

—Con frecuencia. Sobre todo cuando era niño. —Bastien se giró

hacia ella—. ¿Y tú?

Celine palideció.

—No me mientas. —Bastien repitió las palabras que ella había pronunciado antes—: Esta noche hablamos solo con verdades.

—Lo cual es... difícil, porque toda mi vida está construida sobre una mentira.

Estaba siendo sincera. Más sincera de lo que Celine había sido con cualquier otra persona en su

vida. Inhaló profundamente por la nariz.

—Mi madre era de un país del Lejano Oriente. Nunca me han dicho de cuál. Pero... mi ascendencia es mestiza, soy la hija de una unión entre Oriente y Occidente —soltó Celine, casi como si sus propias palabras la sorprendieran—. Nunca se lo he contado a nadie —

concluyó con prisa.

Y, a pesar de todo, las palabras se precipitaron de su boca con una facilidad asombrosa.

Bastien la observó mientras caminaban. Fueran cuales fueran sus pensamientos, los ocultaba bien.

Con la cabeza sorprendentemente tranquila, Celine jó los ojos sobre los adoquines grises que tenía delante de el a.

—Cuando mi padre y yo llegamos a París, yo era muy joven. Él me dijo que mantuviera en secreto quién era mi madre. Me dijo que si el mundo llegaba a saberlo, yo sería el blanco de burlas durante toda la vida. Así que le hice caso, y mentí. Y... me siento avergonzada de haberlo hecho. Es como si esa mentira se hubiera convertido en una parte esencial de mi verdad, como si fuera una especie de piedra angular retorcida. Tanto es así que no sé cómo... —Por un instante, luchó por continuar—... cómo pensar o comportarme de forma diferente, por temor a que todo se derrumbe y se haga añicos.

████████████████████

Aquí estaban. Varias verdades dolorosas descubiertas. Verdades que no había sido capaz de admitir ni siquiera a sí misma. Le sorprendió que, de todas las personas con las que se había encontrado hasta ese momento, hubiera elegido compartir esas verdades con Bastien.

Celine aguardó en silencio durante un momento mientras contemplaba esa revelación. Mientras deseaba poder ignorar lo que eso signi caba.

—Lamento mucho tu dolor, Celine —dijo Bastien en un tono suave

—. Gracias por con arme tu verdad.

Una punzada a lada atravesó el pecho de Celine y, en un primer momento, no supo qué decir. Cuando al n habló, lo hizo con una voz que era apenas una caricia de sonidos.

—Y yo lamento mucho tu dolor, Bastien. Creo que la con anza es algo muy valioso. Puedes estar seguro de que siempre trataré la tuya como tal.

— *Merci, mon coeur*. De mi corazón al tuyo. —Él le echó una mirada con esos ojos de plata líquida.

Caminaron el resto del camino hasta el convento de las Ursulinas sin más acompañamiento que el canto de los insectos y el susurro de las hojas de palma. Una vez que doblaron la última esquina y el convento se alzó alto en la oscuridad, Celine inclinó la cabeza hacia el encaje de estrel as que rodeaba a la luna en forma de hoz y sintió la luz fría correr por sus venas. Bastien se detuvo junto

a el a, aunque no siguió su mirada.

—¿Tan cautivadoras son las estrellas? —bromeó él con un tono amable.

—Claro que sí —respondió el a sin apartar la mirada—. Son infinitas.

Lo ven y lo saben todo. Estas son las mismas estrellas que colgaban del cielo en los tiempos de Miguel Ángel y Shakespeare. ¿No es fascinante?

El suspiro que Bastien soltó fue un sonido sombrío.

—Jamás entenderé la fascinación por lo infinito. Todo tiene un final, también las cosas buenas.

—Chaucer era un imbécil, no sabía lo que decía. —Celine le echó una mirada y levantó una ceja con humor—. Y el infinito nos cautiva porque nos permite creer que todo es posible. Que el amor verdadero puede perdurar más allá del tiempo.

Él no respondió. En vez de eso, clavó sus ojos de pestañas espesas en Celine. Pestañas deliciosamente oscuras. Cuando Celine apartó la mirada, Bastien se aclaró la garganta y se detuvo para tomarse el pulso.

—Lo has vuelto a hacer —observó Celine.

—¿El qué?

—Te tomas el pulso con frecuencia. Siento curiosidad por el motivo.

—Para recordarme que soy humano. —Una sonrisa sardónica se formó en la cara de Bastien.

La misma sensación rara se adueñó de Celine. La sensación de que algo se escapaba de su entendimiento. Algo... importante. Antes de que pudiera detenerse a sí misma, preguntó:

—¿Y lo eres?

La pregunta tomó a Bastien desprevenido. La observó con sus labios perfectos presionados hacia delante con lenta deliberación. Después levantó la mano de el a y la llevó a un lado de su cuello. Bajo la punta de los dedos de Celine sonaba el tambor de un corazón constante. Uno que comenzó a acelerarse ante su tacto y que hizo que un cosquilleo cálido le recorriera el cuerpo. Bastien sostuvo las manos de ambos al í

durante un momento, consciente de que su pulso lo traicionaba.

Consciente y, a todas luces, despreocupado.

«El corazón no miente», había dicho Michael.

Celine dejó caer su mano temblorosa. Y decidió ignorar todo el sentido común.

—Como estamos hablando con verdades solo durante esta noche, quería decirte que me siento

atraída por ti.

—Y yo me siento atraído por ti —admitió Bastien sin vacilar.

—Antes, esta noche, he tenido ganas de besarte. —El a levantó la mirada para mirarlo con ojos impávidos.

—Yo he tenido ganas de besarte desde la noche que nos vimos por primera vez en Jackson Square.

—Lo recuerdas —murmuró el a—. Creí que lo habías olvidado.

Bastien inclinó la cabeza.

—¿Cómo podría olvidarlo? Me sorprendiste. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que algo me había sorprendido.

—¿Yo te sorprendí a ti? —Celine parpadeó.

Él soltó una risa. Después su expresión se volvió seria.

—Algún día, alguien debería decirte lo preciosa que eres a la luz de la luna —dijo Bastien en voz baja.

Celine sintió un calor que crecía en su estómago, subía por el pecho y llegaba hasta su garganta.

—Alguien debería hacerlo. —Celine tragó saliva—. Pero... no creo que debas ser tú.

—Estoy de acuerdo. —De nuevo, Bastien no vaciló.

—No te enamores de mí —volvió a advertirle, casi sin aliento—. No eres bueno para mí. Y yo no soy buena para ti.

—Estoy de acuerdo con todo lo que has dicho.

—Lo más probable es que necesites a una joven adinerada y de familia importante. Alguien que tenga una posición ya establecida en la sociedad —continuó Celine—. Y yo necesito un caballero decoroso.

Los ángulos de la cara de Bastien parecieron a larse y revelaron una chispa de emoción demasiado sutil para percibirla.

—Tienes razón en todo —admitió—. No tienes el linaje adecuado. —

Una media sonrisa se dibujó en su rostro—. Y yo no soy ningún caballero.

—De todas formas, estoy agradecida por lo que has hecho por mí esta noche, más de lo que podría expresar. Y en el futuro... —Celine inhaló

—... no me ofendería que eligieras mantener las distancias.

—No creo que eso sea necesario. Si estás de acuerdo, creo que estaremos a salvo siendo solo simples conocidos. —Bastien hizo una pausa como si tuviera la intención de decir algo más. Después guardó silencio y sus labios se curvaron hacia arriba.

Pero... ¿quién quiere estar a salvo? Celine desterró ese pensamiento imprudente de su cabeza y estiró una mano.

—Gracias otra vez. No olvidaré tu amabilidad.

—De nada, *mon coeur*. —En vez de inclinarse para besar su mano, Bastien le dio un apretón, tal como lo haría con un igual, y su anillo les devolvió el destello a las estrellas.

Una ola de satisfacción recorrió el cuerpo de Celine.

—¿Los simples conocidos usan esos términos afectivos?

—En mi mundo, sí.

—Tu mundo es precioso, Bastien. Me gustaría poder quedarme. —

Sonrió a través de una chispa de tristeza.

—Yo también.

Después de esas palabras, Celine alejó su mano de la de él, pero hizo

que las puntas de los dedos permanecieran en contacto un instante más del necesario. Después se giró hacia el convento, asombrada de que fuera posible sentirse tanto feliz como destruida al mismo tiempo.



LA HORA DE LAS BRUJAS

Con el rabillo del ojo, Celine vio cómo la última vela que tenían comenzaba a parpadear y apagarse.

Todavía no, imploró en silencio. *Por favor, todavía no*.

Su lengua se asomaba entre los dientes mientras ella aceleraba su trabajo e hilvanaba los trozos de tela lustrosa en una carrera contra la luz titilante. Justo cuando estaba a punto de llegar al final de la unión, la puerta de la celda de Pippa se abrió con un chirrido. Una brisa leve sopló por la ranura, apagó la vela antes de que Celine pudiera parpadear y la hundió en la oscuridad.

—Ay —soltó Pippa, cuya gura menuda era una silueta contra un rayo de luz de luna—. Lo siento muchísimo. —Usó el pie para abrir la puerta a medias—. Pero traigo regalos. —Entró en la habitación. Entre las manos llevaba una bandeja de madera sencilla cargada de lo que parecía ser comida y el cabo de una vela en un candelabro antiguo de latón.

Celine necesitó un momento para que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad.

—Las disculpas no son necesarias, sobre todo si has traído queso.

—Y jamón y mostaza de Dijon, así como té, una corteza de pan caliente... ¡y un trozo de panal de miel que le he robado antes a una colonia de abejas gloriosas! —exclamó Pippa, triunfal.

Celine casi podía oír la sonrisa de Pippa. Eran momentos como esos

los que más apreciaba. Pippa Montrose era un rayo de sol y bondad. Un panel de miel por derecho propio. Quizás sonaba un poco tonto, pero tener una amiga como Pippa la ayudaba a creer que era bienvenida ante los ojos de la sociedad decente, a pesar de todo lo que había ocurrido en las últimas semanas.

Con una sonrisa amplia, Celine clavó la aguja en la bril ante tela blanca y se inclinó hacia atrás en su mesa de trabajo improvisada para estirar los brazos por encima de la cabeza. Por un instante, consideró esperar para comer. Sería sabio aprovechar la vela diminuta que Pippa se había procurado con alguna artimaña para terminar lo último que le quedaba por hilvanar antes de dar por terminada la noche. Después de todo, solo quedaba una semana antes del baile de máscaras. Celine nunca había terminado un vestido en tan poco tiempo, mucho menos sin ningún tipo de asistencia.

Pero estaba famélica. Ya se había privado de la cena por haber estado tan inmersa en su trabajo. Cuando Pippa había sugerido que combinaran sus escasas raciones de luz para que duraran más, Celine se había sentido más que agradecida por el gesto. Desde la llegada al convento hacía menos de tres semanas, se había lamentado por la falta de lámparas de aceite.

Una vez que el sol se había ocultado, Celine pasó sus cosas a la celda de Pippa, que era un poco más grande que la suya, donde su amiga había elegido trabajar en sus acuarelas mientras Celine daba puntadas a la luz de sus velas compartidas.

Ahora Pippa se movía de un lado para el otro mientras tarareaba una melodía familiar, encendía la ceril a corta y colocaba un banco en el centro de la habitación para que hiciera las veces de una mesa donde apoyar la bandeja.

En el lado opuesto de la celda, Celine retrocedió para observar su trabajo.

Estaba contenta con lo mucho que había conseguido terminar en solo dos días. Tan pronto como el alba había despuntado la mañana anterior, había consultado con un carpintero de la Rue Bienville, recomendado por la Madre Superiora. Después de que Celine explicara qué aspecto debía tener el guardainfante de estilo barroco —extendido hacia ambos lados de las caderas de modo exagerado, la silueta de delante y de la parte trasera cerca del cuerpo—, el carpintero había sugerido que usaran ramas de sauce, que serían ligeras, exhibibles y fáciles de conseguir. Serían perfectas para construir los aros que habían dejado de estar a la moda hacía casi un siglo. Para el gran placer de Celine, él le aseguró que tendría una muestra de prueba en tres días.

Celine había proseguido a volcarse de lleno en la confección del traje de Odette con una concentración inquebrantable. Había servido para distraerse de las muchas preguntas sin respuesta

que estaban dando vueltas en su cabeza.

La primera vez que Celine había visitado Jacques', había llegado a la conclusión de que los miembros de La Corte de los Leones no eran humanos corrientes. Por supuesto, ese conocimiento hacía que surgiera una pregunta: si no eran exactamente humanos, entonces, ¿qué eran?

Celine no tenía ni la más mínima idea. ¿Eran duendes o niños cambiados? ¿Brujas o hechiceros? ¿Quizás algún tipo de hada oscura o síl de efímera? Esas eran algunas de las posibilidades más fantásticas.

Las que Celine había tomado prestadas de libros o había robado de las historias que había oído de niña. Se sentía más segura con la creencia de que eran criaturas pícaras como Puck o miembros de la aristocracia feérica, como Oberón y Titania. Era más seguro creer eso antes que

creer que podían ser criaturas tan terribles que Celine no podría haberlas concebido ni en sus peores pesadillas.

Después de todo, si la magia era posible, todo era posible.

La idea que más la alarmaba era la probabilidad de que La Corte de los Leones hubiera tenido algo que ver con el asesinato de Anabel. Que Bastien hubiera ocultado el lazo amarillo o con la intención de proteger al culpable.

O que él mismo hubiera sido el culpable.

Quizás Celine no tenía estómago suficiente para la verdad. Quizás deseaba permanecer en la bendita ignorancia, una preocupación que la desconcertaba aún más.

Sentía dentro de su cabeza un nudo de espinas. Celine pasó los dedos sobre los retazos de tela que había apilado con cuidado sobre la cama de cuerdas de Pippa. Lo que había comenzado esa mañana como nada más que una lista de medidas y trozos de muselina dispersos se había convertido en el comienzo de un gran vestido de esta.

Celine dejó que el desafío consumiera su mente. Recibió la distracción con gusto.

La próxima parte del proyecto sería la tarea más difícil que jamás hubiera llegado a cabo. Una porción del traje de Odette para el baile de máscaras sería una sorpresa. Por lo tanto, Celine no contaba con ella para que la ayudara a completarlo. Tendría que buscar ayuda por otro lado. Quizás Pippa podría ser una buena opción. Su cuerpo era similar al de Odette en tamaño y forma, a pesar de la diferencia de altura.

—¿Ya has terminado por esta noche? —preguntó Pippa mientras despejaba los últimos elementos para las acuarelas.

—Más o menos. —Celine volvió a estirarse mientras un bostezo abría su boca.

—Nunca he visto a nadie trabajar tanto tiempo sin detenerse. Era como si hubieras podido seguir trabajando hasta la hora de las brujas si no te hubieran interrumpido.

—La verdad es que lo estoy disfrutando. —Celine le dedicó una sonrisa cansada—. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que tuve la oportunidad de crear algo tan grandioso. Falta apenas una semana para el baile de máscaras. Por lo general, tendría meses para confeccionar un atuendo así de complejo. Ha sido muy afortunado que Odette tuviera en su posesión una gran cantidad de encaje y cuentas para que use. —Se arrodiló delante de la mesa improvisada y sirvió una taza de té para Pippa—. No te he visto antes esta tarde. ¿Has ido al mercado con Antonia o al sombrerero con Catherine?

Pippa sacudió la cabeza.

—He ido a beber el té con la madre de Phoebus Devereux. —Revolvió una gota de leche en su té y el color pálido se arremolinó en la taza.

—Casi me había olvidado de eso —comentó Celine mientras untaba mostaza de granos gruesos sobre un trozo de pan y luego colocaba capas de queso gruyere y jamón salado encima—. ¿Cómo ha ido?

Pippa frunció sus labios delicados hacia un lado.

—Raro. Dijo que su hijo ha estado un poco enfermo estos últimos dos días. Los médicos están teniendo dificultades para determinar qué es lo que lo aqueja. Por fortuna, ya está recuperándose. Él quiere que lo conozca pronto. Phoebus enviará una invitación cuando se encuentre mejor.

—Si todo sale de acuerdo al plan de su madre, ¿qué piensas de la idea de que él te corteje? —Celine mordió el pan y saboreó la acidez de la mostaza y la sal del queso.

Pippa partió un trozo del panal y dejó que la miel dorada se volcara

dentro del té mientras consideraba cómo responder.

—Para ser sincera, me preocupa más qué sucederá conmigo si no consigo encontrar pareja. Qué haré una vez que ya no pueda residir en un convento sin ser monja. —Lamió la miel de la punta de sus dedos con una expresión taciturna.

La sinceridad desoladora de su amiga enfureció a Celine.

—¿Y si no tuvieras que preocuparte por ese tipo de cosas?

¿Coincidiría un matrimonio con un chico como Phoebus con lo que tú sientes?

—Eso creo. Sería agradable tener algo propio. Un espacio donde dibujar. Pintar. Tocar música. Ser yo misma. La familia Devereux parece tener recursos suficientes. —Pippa hizo una pausa—. Estaría bien atendida si me casara con Phoebus, si es que él decide pedírmelo. —La resignación tiraba de la comisura de sus labios.

Celine sorbió de su taza de té mientras deseaba poder hablar con total sinceridad sobre lo mucho que le perturbaba esa situación. Le dolía que una chica tan maravillosa como Pippa tuviera que abandonar sus deseos para poder llevar una vida cómoda y protegida.

—Supongo que todo eso suena razonable y prudente. — Y

desalentador, agregó para sí misma.

—Ya sé que todo esto es frustrante para ti. —Pippa volvió a hacer una pausa para reflexionar—. Pero es que... Yo no tengo el temperamento para aguardar con la esperanza de que aparezca algo mejor. No dejo de preocuparme por lo que me sucedería. Incluso las metas más razonables pueden ser inalcanzables cuando una es una mujer joven sin posibilidades —declaró con simpleza mientras que la luz de sus ojos se apagaba—. Eso lo aprendí en mi hogar en Yorkshire, cuando entendí que no importaba cuánto nos esforzáramos mi madre o yo, nunca

podríamos expiar las faltas de mi padre.

Expiación. Un concepto que también había acosado a Celine en los últimos tiempos.

—¿Crees que sería posible que tu padre expiara sus pecados?

—¿Ante mí o ante Dios?

—Ante ti.

Pippa no respondió, pero las líneas de su cara adoptaron la forma de un ceño fruncido, como si la idea la perturbara. Celine inhaló con cuidado.

—Creo que lo que estoy preguntando es si es posible que cualquier persona expíe sus pecados de verdad. Si es posible pedir perdón y ser perdonado de verdad.

Durante un instante, Pippa permaneció pensativa.

—Desde hace ya un tiempo, he creído que el pecado no es blanco y negro como quieren hacernos creer —respondió con tono absorto—.

Creo que hay veces en las que el pecado depende de quien lo mire.

—Cuando nos conocimos por primera vez, no pensé que fueras capaz de decir algo como eso.

—¿Eso es un elogio o un insulto? —Pippa sonrió con amabilidad.

—Es un elogio. Estoy agradecida de que te sientas cómoda para compartir esas ideas conmigo. — Celine se mordió el interior de la mejilla—. Quizás tengas razón. Quizás lo que alguien podría considerar un pecado, otra persona podría considerarlo... supervivencia.

—Como cuando Jean Valjean robó una hogaza de pan para alimentar a su familia en *Los miserables*. —Pippa asintió para señalar que estaba de acuerdo y preparó pan con jamón y queso para ella misma. Un silencio cómodo se extendió entre las dos mientras terminaban de comer su ligera cena de medianoche.

Justo cuando Celine estaba tragando los últimos restos de su té caliente, Pippa inclinó la cabeza hacia un lado.

—Celine... Hay algo que he querido decirte desde hace tiempo.

Puede que lo fastidie todo, pero espero que tengas paciencia conmigo mientras intento hacerlo.

—Por supuesto. —El estómago de Celine se tensó de horror. Ella forzó una sonrisa.

—Creo que todas las que hemos venido al convento estamos aquí porque no teníamos una mejor opción —comenzó Pippa—. Es posible que algunas de nosotras estemos intentando... escapar de algo de nuestro pasado. —Vaciló durante un instante—. Pero yo creo que tú eres una persona maravillosa, con un buen corazón y un alma cálida.

Sea lo que sea que hayas hecho en tu vida pasada, creo... no, sé que Dios puede perdonarte.

—Pippa, yo... —Un nudo se formó en la base de la garganta de Celine.

—Espera, espera, hay más. —Pippa respiró hondo para tranquilizar su respiración—. Si Dios te perdona, entonces yo también puedo hacerlo.

—La determinación se dibujó por encima de sus cejas—. Y todos deberíamos hacerlo. —Tragó saliva y apretó los labios en un gesto avergonzado—. Lo he estropeado, ¿verdad? Sonaba mucho mejor en mi cabeza. Mucho más conmovedor y significativo.

—No lo has estropeado. Yo... —Celine tenía la boca seca.

—No tienes que decir nada. Solo he creído que debías saberlo. —Con una sonrisa tierna, Pippa apoyó lo que quedaba del panal de miel sobre el borde del plato para la taza de té de Celine.

Durante un momento, los ojos de Celine ardieron con las lágrimas que se negaban a caer. Parpadeó para evitar que se deslizaran por su

██████████

rostro y apartó la mirada mientras luchaba por recuperar la compostura.

—Gracias —pronunció con una voz plena de emoción. Después se llevó el trozo de panal dorado a sus labios.

No había forma de que Pippa supiera lo que había hecho por Celine.

Lo que su titubeante declaración había significado para ella.

De pronto, Celine se dio cuenta de cómo, a veces, las palabras más simples podían ser las más importantes.

Sí y no. Amor y odio. Dar y recibir.

Por primera vez desde que había matado un hombre y huido de Francia, se sentía comprendida. Vista.

Segura.

—Ufff —jadeó Pippa cuando tropezó con una piedra irregular en los pasillos oscuros del convento de las Ursulinas. La cesta de tela hilvanada casi se había desparramado sobre el suelo, pero había conseguido aferrarse a ella.

—¿Estás bien? —preguntó Celine en un susurro fuerte un par de pasos detrás de ella.

La risa de Pippa era suave. Arrepentida.

—Tengo las manos resbaladizas por el agua y el jabón. Tal vez deberíamos haber ido a lavar las cosas *después* de devolver todo a tu celda. —Se irguió con movimientos torpes a causa de la carga.

—O tal vez deberíamos haber guardado lo que quedaba de vela para otra cosa que no fuera burlarnos de Catherine.

—¡Yo no me he burlado de ella!

—Bueno, me has visto burlarme de ella. Y te has reído, lo cual es igual de terrible.

—Claro que no. —Pippa ahogó una risa.

Celine sonrió para sí misma y sintió que su alma era bañada por la calidez. A esas alturas, ya había perdido la cuenta de cuántas veces había dado las gracias en silencio por la existencia de Pippa. Quizás si hubiera tenido una hermana —tal como había deseado con frecuencia durante su infancia—, podría entender mejor qué se sentía al tener una aliada junto a ella en las buenas y en las malas. Alguien con quien enfrentar las noches más oscuras.

Un destello de movimiento capturó la mirada de Celine al final del pasillo. Como una sombra que se alargaba en un rayo de sol.

Se detuvo en seco mientras sus últimas pisadas resonaban en sus oídos.

El recuerdo de aquella criatura sin forma rechinando los dientes y trepando por el lateral del edificio parpadeó en su cabeza e hizo que el aliento se atascara en su garganta. La falda de Pippa barrió el suelo de piedra unos pasos más adelante y el sonido le hizo recordar el momento en el que la criatura había levantado vuelo en una confusión de ramas abatidas por el viento.

La piel de Celine se erizó, como si se hubiera topado con una tela de araña. Los pelos de la nuca se le pusieron de punta. Clavó la mirada en el otro extremo del pasillo y una parte de ella deseó que la sombra se volviera a mover, mientras otra parte rogaba que no lo hiciera.

Un momento más tarde, decidió que su mente cansada le había jugado una mala pasada. Con los hombros rígidos, cambió las manos para sostener mejor la cesta de mimbre y siguió a Pippa.

Cuando llegaron a la puerta de su celda, Celine descansó la cesta de elementos de costura sobre una cadera y se preparó para empujar la pesada puerta de madera. Justo antes de apoyar la mano

sobre el

picaporte, se giró hacia Pippa.

—¿Tienes algún momento libre mañana para que mida un trozo de tela sobre ti?

—De ninguna manera. —Pippa le dedicó una sonrisa amplia—.

Detesto la idea de estar envuelta en seda brill ante. Parece como si no me conocieras en absoluto.

Celine soltó una risa por la nariz.

—Entonces, ¿nos vemos al mediodía? —Giró el picaporte de su celda.

La puerta se abrió de pronto, empujada por una corriente de aire inesperada.

Pippa soltó un grito al mismo tiempo que su cesta de instrumentos de costura golpeaba contra el suelo de piedra. Sin detenerse a respirar, Celine levantó unas tijeras de la pila que había junto a sus pies y blandió las puntas a ladas como si fueran una daga.

El olor fue lo primero que registró. Una mezcla de peniques y la pestilencia de una carnicería.

De un lugar en el que mataban animales.

—Pippa —pronunció Celine con tranquilidad, a pesar del temor que se agitaba debajo de su piel—. Ve a buscar a la Madre Superiora.

—No te dejaré sola. ¿Qué pasaría si...? —Pippa se tragó las palabras cuando tuvo que ahogar un grito.

Una sombra se deslizó del suelo de la celda hacia el techo con un movimiento demasiado rápido para distinguirlo.

—¿Quién está ahí? —exigió Celine mientras el corazón galopaba dentro de su pecho.

Detrás de el a, Pippa luchaba por encender una ceril a larga, hasta que la caja cayó junto a sus pies y todos los palillos se dispersaron.

—¡Ve! —ordenó Celine. Pero Pippa insistía y se negaba a dejarla.

La criatura que otaba contra el techo chilló e hizo rechinar los dientes, lo que provocó que Celine echara los hombros hacia atrás y que un escalofrío le recorriera la espalda. Sobre el suelo, junto a la ventana abierta, otra criatura soltó un quejido, el sonido de un silbido débil.

Como si estuviera atrapada en las garras de la muerte.

Celine necesitó un instante para comprender lo que estaba sucediendo. El demonio que acechaba entre las sombras había atacado a alguien en su celda. El a se movió para ayudar a la pobre alma herida que estaba bajo la ventana, pero sus pies resbalaron sobre algo húmedo, y el derecho

derrapó hacia un lado. Celine se aferró de la pared para estabilizarse y levantó la mirada al oír una carcajada que provenía desde el techo.

El terror corría por las venas de Celine y ella luchaba por mantenerse erguida mientras sus rodillas amenazaban con ceder. Pippa gritó y retrocedió.

—¡Vete de aquí! —exigió Celine a la oscuridad que se cernía sobre ella mientras sus dedos temblaban alrededor de las tijeras.

La cosa hizo un movimiento rápido del techo hacia el suelo, como una tempestad que barría un campo de trigo. Después se puso de pie con lentitud y desplegó su gura en un rayo de luz de luna. Antes de que Celine pudiera parpadear, se abalanzó sobre ella, la sujetó de la muñeca y golpeó su espalda contra la pared de yeso duro. Se acercó a ella con el olor de la sangre y la lluvia. La humedad de la tierra. Respiró hondo contra el cuello de Celine y los dientes rozaron el lóbulo de su oreja, donde dejaron un rastro mojado y pegajoso.

—Cada vez que me esquivas, solo consigues que te desee aún más —

jadeó con una voz que sonaba como el metal contra la piedra—. No puedes escapar. Eres *mía*. — Después arrastró los dedos sangrientos por

la cara de Celine, como si estuviera marcándola.

Un grito horrorizado se atascó en su garganta. Se mantuvo rígida, sin parpadear, se esforzaba por notar algo destacable. Algo que pudiera ayudarla a identificar a la criatura a la luz del día. Pero la habitación estaba demasiado oscura, el demonio estaba demasiado cerca. Los pasos de Pippa golpeaban a lo largo del pasillo, sus gritos eran confusos y no tenían sentido.

—La muerte lleva a otro jardín. Bienvenida a la batalla de Cartago —

susurró el monstruo a oídos de Celine, sus palabras eran como un chirrido desquiciado, su acento sin embargo, era elegante—. Sé ella misma.

Celine apuñaló a la criatura en el pecho con las tijeras de costurera.

Con un rugido, el demonio la empujó hacia un lado con una fuerza inhumana y soltó un grito que partió la oscuridad. La cabeza de Celine dio un golpe seco contra el suelo y su visión se distorsionó por el impacto. Se esforzó por enfocar la mirada en la gura que se cernía sobre ella. Lo único que alcanzaba a distinguir era la silueta de lo que parecía ser un hombre, alto y musculoso, agitado, y con las mangas y el dobladillo del abrigo hechos jirones.

—No te tengo miedo —declaró Celine con tono áspero.

—Lo tendrás. —La risa del demonio era un gorgoteo húmedo.

Se oyó una conmoción en los pasillos más allá de la celda de Celine.

Puertas que se abrían con un golpe y los gritos de las jóvenes que se acumulaban sobre la

oscuridad espesa, el tamborileo de sus pisadas sobre los suelos de piedra, la luz de las velas que vacilaban contra las paredes.

Después, el demonio saltó por la ventana de Celine con una agilidad sobrenatural.

Con un zumbido en el cráneo y la visión borrosa, Celine se estiró para levantar la caja de ceril as que se había caído. Se esforzó por sentarse derecha y encender una mientras sus pies resbalaban sobre el charco caliente y húmedo que se había acumulado junto a el os. Sus dedos temblaban cuando la ceril a encendió una l ama y el aroma picante de la pólvora impregnó el aire.

El corazón de Celine martil aba contra las sienas, la calidez había abandonado todas sus extremidades. En el momento en el que la l ama de la ceril a se estiró para expandir su luz, Pippa irrumpió por la entrada de la celda blandiendo un atizador de la chimenea como si fuera una espada de esgrima. Su grito estridente se convirtió en muchos otros que se multiplicaban como las ondas que se expanden en un estanque.

Caras horrorizadas y l enas de sueño se estiraban para conseguir un vistazo del otro lado de la puerta y de inmediato se arrepentían de su curiosidad.

Porque nada podría haberlas preparado para la imagen sobre la que caían sus ojos.

Estirado sobre el alféizar de la ventana abierta de Celine estaba el cuerpo mutilado de un hombre. Una de sus piernas estaba torcida en un ángulo antinatural, un brazo estaba doblado detrás de él, casi arrancado del hombro. La barba rala caía sobre el suelo de piedra.

Burbujas rojas brotaban alrededor de su boca a medida que la sangre caía desde una herida en el cuel o y se ltraba entre las grietas como si fueran a uentes siniestros de un río.

Por encima de su cuerpo, pintado sobre los postigos de madera, había otro símbolo, pintado en color carmesí:



LA LIBERTAD SOLITARIA DE UNA CALLE NEBLINOSA

Celine sintió un adormecimiento que la envolvía, se asentaba sobre sus hombros y rodeaba sus extremidades. Lo recibió con gusto.

Deseaba que se la tragara entera.

Un demonio la había tocado. La había marcado.

Había arrebatado una vida más.

Wil iam, el jardinero amable que parecía un hechicero, había sido asesinado esa noche en la celda de Celine, durante la cúspide de la hora de las brujas. Su muerte había sido similar a la de Anabel, la garganta desgarrada de modo espantoso, el cuerpo derramaba sangre con toda la velocidad con la que el corazón podía bombearla. Esta vez, el asesino había sido menos meticuloso. En vez de drenar toda la sangre de Wil iam, había permitido que salpicara en todas direcciones, como si hubiera habido una lucha. O quizás el demonio había elegido jugar con su presa.

Ninguna opción era reconfortante.

Celine se sentó sobre los escalones que estaban más al á del vestíbulo del convento de las Ursulinas. Una lluvia espolvoreaba el aire y salpicaba su piel, aunque no podía sentirla, gracias al bendito adormecimiento de su cuerpo. A su alrededor, voces apagadas y pisadas rápidas perforaban la noche, intercaladas con lantos intermitentes.

Por fortuna, después de la avalancha inicial de preguntas, nadie quería molestar o acercarse a Celine. Era como si hubieran legado a la

misma conclusión a la que el a había legado. Que Celine era una maldición. Una peste sobre la vida de todas las.

No podía ser una coincidencia que Anabel hubiera sido asesinada después de seguir a Celine a un antro de inmoralidad. Tampoco podía ser casualidad que Wil iam hubiera encontrado su nal sangriento en su celda. Con la excepción del crimen aparentemente sin relación del muelle, el asesino parecía estar eligiendo a personas conectadas con Celine Rousseau por motivos que escapaban al entendimiento de todos.

No parecía haber ninguna lógica en lo que estaba haciendo, a excepción de la asociación de las víctimas con el a y con el convento de las Ursulinas.

¿Era posible que la joven del muelle *también* estuviera relacionada con el a de alguna forma?

A esas alturas, no se podía ignorar ningún detalle, no importaba lo disparatado que fuera.

Cada vez que me esquivas, solo consigues que te desee aún más.

No puedes escapar. Eres mía.

Celine hizo una mueca de dolor con la mirada clavada sobre el granito del suelo junto a sus pies y la lluvia que brillaba sobre la superficie rugosa. Se envaró cuando Pippa se acucliló a su lado, y después echó una mirada de soslayo a su amiga hasta encontrar un par de ojos azules muy abiertos por la preocupación. Sin decir ni una palabra, Pippa le entregó un pañuelo de lino limpio. Después esperó con atención mientras Celine limpiaba la sangre de su cara y los trocitos secos caían como copos sobre el vestido húmedo, lo que le revolvió el estómago e hizo que el ácido

estomacal burbujeara hasta la garganta.

—¿Hay algo que pueda hacer? —preguntó Pippa con voz dulce.

Puedes dejarme sola. La forma en la que Pippa parecía ignorar su

supervivencia hacía que la sangre de Celine hirviera. A esas alturas, ya debería saber que no era conveniente buscar la compañía de una apastada como el a.

A esas alturas, todas deberían haber huido de al í.

—¿Puedo traerte un poco de té? —preguntó Pippa.

Celine retrocedió y no dijo nada. Le preocupaba abrir la boca por temor a que de el a brotara un torrente de palabras espantosas, a que sus peores miedos se hicieran con una voz. Eran cosas que nadie merecía oír, mucho menos Pippa.

Aunque Celine todavía no había respondido a la pregunta de Pippa

—ni siquiera había reconocido su presencia de modo signi cativo—, la chica permanecía cerca, merodeando de un modo que irritaba a Celine todavía más.

¿Por qué no intentaba salvarse a sí misma? ¿Acaso deseaba morir?

Los pensamientos de Celine se volvieron despiadados. Irracionales por la furia que sentía.

Una pared de lana negra se levantó delante de el a y obstruyó toda su visión. Como de costumbre, Celine olió a la Madre Superiora antes de ver la cara de la mujer mayor. Era el mismo aroma a perro mojado en un pajar. Pippa se puso de pie de inmediato, pero Celine permaneció sobre los escalones, cualquier sentido del decoro arrojado al viento.

La pared de lana continuó con su estrategia rme, observando y esperando. Un relámpago oscuro de humor atravesó a Celine. Deseaba volver al día en el que había creído que la superiora del convento de las Ursulinas era su peor enemiga. Cuando las tardes más memorables de Celine habían sido aquel as en las que había imaginado formas creativas de frustrar sus planes.

Durante un instante, Celine se preguntó si había habido un punto en

el que habría podido evitar ese destino. ¿En qué momento preciso había elegido el camino equivocado? Por desgracia, ya no había nada que pudiera hacer al respecto. Pero quizás había una forma de impedir que esos acontecimientos aterradores volvieran a suceder en el futuro.

La Madre Superiora, cuyo rosario de madera colgaba de su cintura, se aclaró la garganta para l amar la atención de Celine sin pronunciar ni una palabra. Celine estudió con detenimiento la cruz pequeña que se balanceaba delante de sus ojos. Observó la luvia que goteaba hacia abajo.

— *Mademoiselle* Rousseau —comenzó la Madre Superiora con tono sombrío—. Quería...

—¿Por qué envió a Anabel a espiarnos? —preguntó Celine con la voz hueca y los ojos clavados

en la pared de lana negra que tenía delante de el a.

Se oyó una inhalación repentina por encima. Celine levantó la mirada. Los rasgos de la Madre Superiora estaban tensos. Cansados. El hábito se le había torcido y la lluvia goteaba del dobladillo.

—Podría haberse negado a dejarnos ir —continuó Celine—. No necesitaba usar a Anabel como una pieza en su plan. Usted la envió a su muerte. —La acusación fue un golpe bajo. Despiadado.

—¡Celine! —la regañó Pippa en voz baja.

En los rincones más profundos de su cabeza, Celine sabía lo injusto que era acusar a la Madre Superiora de ser responsable por la muerte de Anabel. Pero su corazón exigía respuestas. La herida que lo rodeaba crecía a cada momento que pasaba y el dolor le quemaba el pecho hasta alcanzar los pulmones. Tenía que detenerlo. Tenía que detener todo lo que estaba sucediendo.

—¿Por qué? —repitió Celine.

—Yo... —La Madre Superiora vaciló, su expresión parecía curiosamente insegura. Después su ceño se frunció con severidad y las líneas que tenía a ambos lados de la boca se hicieron más profundas.

Celine se preparó para oír una respuesta dura—. Soy humana —dijo la Madre Superiora con simpleza—. Como tal, he cometido un error.

Celine sacudió la cabeza.

—Esa no es una respuesta. Por favor. —Se puso de pie de inmediato, gotas de lluvia resbalaban desde la punta de la nariz—. Ayúdeme a entenderlo. Necesito entender *por qué*.

La Madre Superiora contempló a Celine con ojos inquietos.

—Porque vi en usted un espíritu imprudente del tipo que busca peligro y quise tener pruebas. Una maleza que se deja crecer es la muerte de todo el jardín.

El dolor en el pecho de Celine se intensificó.

—Entonces, ¿usted envió a una chica sola con la única intención de demostrar que estoy podrida hasta la médula? ¿Por qué no me lo preguntó? *Je vous l'aurait dis, Mère Supérieure!* —Sus manos eran dos puños a ambos lados del cuerpo.

La Madre Superiora sujetó la muñeca izquierda de Celine, la apretó con fuerza y la acercó hacia sí misma. Durante el tiempo que tardó en dar un respiro, Celine creyó que la mujer estaba a punto de golpearla.

Pero después las cejas grises de la mujer mayor se unieron en el centro y sus rasgos se fruncieron de pena.

—Está dolida en este momento, *mademoiselle* Rousseau —observó con tranquilidad—. Yo

también estoy dolida. Yo también deseo poder señalar al culpable con el dedo. Pero no serviría de nada. Le ruego que acepte su dolor. Que lo deje pasar sin descargar golpes a su alrededor.

No le hará ningún bien. —Soltó la muñeca de Celine—. Confíe en esta

lección que aprendí hace mucho tiempo: la ira es momentánea. El arrepentimiento es para siempre.

Celine se esforzó por dominar su furia. No estaba lista para renunciar a su ira y sucumbir a la tristeza que seguro que la seguiría. Si lo hiciera, signi caría que aceptaba todo lo que había sucedido esa noche. No quería aceptarlo. Quería luchar en su contra. Hacer añicos esa verdad.

Pero la Madre Superiora tenía razón. ¿De que serviría despotricar contra la anciana? Anabel y Wil iam no habían muerto por culpa de la Madre Superiora.

Habían muerto por culpa de *ella*.

Celine parpadeó para apartar la lluvia de los ojos. Forzó la tensión en sus hombros a ceder.

—Sí, *Mère Supérieure*. —Tragó saliva. Se dio cuenta de que estaba temblando y de que las sienas le palpitaban—. Pido disculpas por mi comportamiento. No volverá a suceder.

La Madre Superiora asintió.

—¿Necesita algo más en este momento? ¿Algo que yo pueda hacer por usted?

Celine sacudió la cabeza.

Un suspiro cayó de los labios de la Madre Superiora.

—Si llega a cambiar de opinión en cualquier momento, ahora o en el futuro, no dude en decírmelo. Estoy aquí para ayudarla como pueda. —

Hizo una pausa para mirar a Celine a los ojos con una expresión sombría—. Los próximos días no serán fáciles, mi niña.

Celine asintió, segura de qué era lo que la Madre Superiora estaba a punto de decir.

—Muchas de mis hermanas se han acercado a mí durante esta última hora —continuó la Madre Superiora en voz baja—. El consenso es que

quizás haya llegado la hora de que encontremos un alojamiento alternativo para usted.

Celine seguía asintiendo.

La Madre Superiora volvió a estirar el brazo. Esta vez sujetó la mano de Celine, y su tacto era gentil y cálido, a pesar del frío de la lluvia.

—Ya he comenzado a hacer averiguaciones. No la arrojaremos a la calle, y no es necesario que se

vaya esta noche. Pero no es seguro que usted permanezca aquí. —Hizo una pausa—. Por favor, sepa que esto no es para nada lo que queremos hacer. Pero estoy de acuerdo en que es lo mejor que podemos hacer. Por el bien de todas las personas que residen entre estos muros.

—Una maleza que se deja crecer es la muerte de todo el jardín —

pronunció Celine con un dejo de tristeza en la voz.

Con otro suspiro, la Madre Superiora asintió. Apretó la mano de Celine. Y la soltó.

Celine enderezó la columna y cruzó la mirada con los ojos arrugados de la matrona.

—Gracias por darme la oportunidad de comenzar mi vida en un mundo nuevo, *Mère Supérieure*. No... no sé qué habría sido de mí sin el a.

—No hay de qué, querida. Que Dios la acompañe. Y que su vida sea plena y esté llena de propósito.

Después, tras una ligera vacilación, la Madre Superiora se giró hacia el convento y se alejó, con la cruz balanceándose al ritmo de sus pasos y dejando un rastro de lanolina y ungüento medicinal.

Celine se quedó bajo la lluvia durante un instante, mientras Pippa la esperaba no muy lejos y se secaba las lágrimas de las mejillas con el dorso de una mano. Era un esfuerzo inútil, porque la lluvia no tardó en

caer en serio, con gotas gordas que golpeaban contra la verja de hierro y salpicaban su piel.

Pippa se quitó el chal de sus hombros y lo colocó sobre los de Celine.

—Estás temblando.

—¿En serio?

Las palpitaciones en la cabeza de Celine eran cada vez peores. Se elevó una mano a la sien, donde encontró un punto sensible que se había golpeado contra el suelo durante su lucha con el asesino.

—Mañana hablaré con algunas mujeres de mi organización —

continuó Pippa—. Quizás la madre de Phoebus conozca algún sitio al que puedas ir.

—Gracias —murmuró Celine—, pero el barco al Tártaro ya está lleno.

—Esto último lo dijo en voz baja. *Después de todo, soy una titánide*, pensó para sí misma con desdén.

—Lo siento. No te he oído, cariño. —Una paciencia inimitable envolvía la respuesta de Pippa.

—He dicho que gracias, pero yo misma buscaré qué hacer. —Celine se contuvo de hacer rechinar los dientes, consciente de lo mal que estaba volcar sus frustraciones sobre su amiga más cercana.

Las cejas de Pippa estaban fruncidas y traicionaban su propia irritación, que estaba aumentando.

—No es necesario que lo hagas todo sola, Celine. No es tu culpa que un loco se haya desatado y haya atacado a quienes están cerca de ti. Ni tampoco es tu culpa que te hayan pedido que abandones el convento.

—Incluso si la Madre Superiora no me hubiera pedido que me fuera, me habría marchado por voluntad propia. No es seguro que me quede.

Sería mejor... que nunca más volviera a enseñar mi cara por aquí.

—Ya veo. —Pippa parpadeó bajo la lluvia y sus ojos soltaron un brillo

sospechoso. Después se secó el mentón con la manga. Renovó sus convicciones con una sonrisa deslumbrante—. Bueno, quizás podríamos alquilar una habitación juntas. ¿No sería eso maravilloso?

Siempre me ha gustado Marigny.

Sus palabras helaron la sangre de Celine. Hicieron que quisiera huir lo más rápido que fuera posible. No podía permitir que Pippa estuviera cerca de ella. De todas las personas que existían, ella era quien debía permanecer más lejos de Celine. Estar cerca de Celine Rousseau se había convertido en un beso de la muerte.

Y no estaba segura de qué haría si algo llegara a ocurrirle a Pippa por su culpa.

A su derecha, las puertas del convento se abrieron y rasparon contra el suelo con la lentitud de un bostezo. Se asomaron dos oficiales de policía taciturnos que cargaban un bulto envuelto en sábanas de lino. El centro de las sábanas ya estaba teñido de rojo, y la lluvia hacía que la mancha se expandiera y que sus bordes se aclararan hasta convertirse en un rosa pálido. Celine los observó en silencio mientras ellos avanzaban hacia una carreta abierta que los esperaba sobre la calle para llevar el cuerpo a la comisaría.

Los brazos de William colgaban inertes a ambos lados de su cuerpo, una de las manos todavía estaba torcida en una posición antinatural. Se sacudían como un par de pescados mientras los dos oficiales levantaban el cuerpo mutilado para cargarlo en la parte trasera de la carreta. Las lágrimas comenzaron a acumularse en los ojos de Celine.

Hacía solo un par de días, William había ofrecido a Arjun un brote del jardín del convento para ayudarlo a recordar su hogar. Había hecho un acto de bondad sin esperar nada a cambio.

Ahora estaba muerto, y el último recuerdo de su vida era la cara de su asesino.

Las lágrimas se desbordaron y cayeron por la mejilla de Celine en un par de hilos constantes.

No había llorado en serio ni una sola vez desde aquella noche en el atelier. Su mente le había

prohibido ese alivio. No había llorado cuando se había dado cuenta de que su vida en Francia había acabado. La primera noche a bordo del *Aramis*, había escuchado los susurros suaves de un sinnúmero de otras jóvenes. Sin embargo, había sido incapaz de derramar aunque solo fuera una lágrima. No había llorado cuando asesinaron a Anabel.

¿Por qué había sido la visión del cuerpo roto de William lo que la había afectado hasta las lágrimas? Quizás el dique que lloraba dentro de ella no había estallado. O quizás esa era la última grieta que su fachada podía soportar.

Sé el a ti misma. El asesino había citado a Shakespeare, como si pudiera ver el alma de Celine.

La culpa se filtró entre sus huesos y, a medida que recorría su cuerpo, la quemaba como si fuera ácido. La bilis se le atascó en la garganta.

Celine era el motivo por el cual ese hombre amable y una joven encantadora habían muerto.

No sería el motivo de ninguna otra muerte. Nunca más.

Sin pensarlo o considerarlo, Celine se dispuso a caminar mientras las lágrimas trazaban caminos en sus mejillas y se unían a la lluvia.

—¿Celine? —lloró Pippa a sus espaldas.

Celine la ignoró y aceleró el paso. Se dirigió hacia el huerto de limones, serpenteando entre los árboles a propósito, deteniéndose durante un instante en un esfuerzo por perder a Pippa. Debajo de una rama que goteaba, Celine respiró hondo y se llenó la cabeza con el

aroma dulce a cítrico que se mezclaba con el metal y el musgo de esa lluvia de comienzos de la primavera. Rogó a su espíritu que le otorgara la fortaleza necesaria para hacer lo que debía hacer.

La calle estaba vacía al otro lado de la entrada de hierro, a un par de pasos cortos y a un mundo de distancia.

En un momento, ella desaparecería y jamás daría vuelta atrás. No importaba a dónde fuera. Lo único que importaba era que se esfumara sin dejar rastro. Que nadie más muriera por su culpa.

—¡Celine! —Oyó que Pippa gritaba desde el otro lado del huerto de limones.

Esa sería su mejor oportunidad. Celine salió corriendo de la sombra del árbol y se abrió camino hacia la puerta y la libertad solitaria de una calle neblinosa.

Un hombre alto se interpuso en su camino con un gorro de *tweed* sobre la frente.

—Celine —pronunció con tranquilidad, sus ojos eran como dos trozos de hielo.

Celine trastabilló en la mitad de un paso y su compostura estuvo al borde de romperse.

—¿Sí, detective Grimaldi?

—¿A dónde vas?

—Me han pedido que abandone el convento. —Celine intentó esquivarlo, pero él volvió a moverse y bloqueó el camino hacia la entrada.

El enfado delineó los rasgos de Michael.

—¿Te han pedido que te vayas... esta misma noche? —Sus palabras se oían apagadas. Era como si estuviera hablando hacia el vacío o desde el final de un túnel largo.

—Déjame ir, Michael. Por favor. —La desesperación estrujaba su corazón.

—Este no es momento para que alguien camine a solas por las calles, mucho menos *tú*.

El tono de la afirmación había sido frío. Sin embargo, la había quemado como un hierro caliente al recordarle las muchas muertes que cargaba en la conciencia. Una de ellas, por mano propia.

—Apártate de mi camino —exigió ella, y su voz estuvo a punto de quebrarse.

—No.

Celine empujó a Michael con toda la fuerza que tenía. No se detuvo a verlo caer. Solo corrió hacia la entrada con los pies suspendidos sobre los adoquines y el corazón latiendo a un ritmo desenfadado. El recuerdo de lo que Bastien le había dicho la noche en la que se conocieron por primera vez retumbó entre sus orejas. La había comparado con una diosa lunar que arrastraba la oscuridad consigo adonde fuera.

Ya no llevaría la oscuridad hacia él. Ya había huido una vez para comenzar una vida nueva. Podía hacerlo de nuevo, y sin echar una sola mirada por encima del hombro.

Una mano firme la sujetó con fuerza del antebrazo y la apartó de su camino. Después tiró de ella hacia un pecho sólido, sostuvo ambas muñecas detrás de ella y la forzó a exhalar todo el aire de sus pulmones.

Michael se alzaba por encima de ella y la tenía enjaulada entre los brazos, así que Celine estaba efectivamente inmovilizada. Él era más fuerte de lo que aparentaba a primera vista, su cuerpo se movía debajo de su vestimenta mojada como si estuviera hecho de pura brasa.

—No seas tonta —gruñó él en voz baja, sus rasgos estaban a los

por la furia—. ¿Crees que puedes huir y que todo volverá a ser lo que era?

—Vete al Infierno. —Celine lo fulminó con la mirada mientras las gotas de lluvia caían sobre sus ojos.

—¿Tendrás más sentido en el Infierno? En ese caso, enséñame el camino.

—¿Sentido? —exclamó ella—. Esta noche me ha atacado una criatura voladora. Se ha burlado de mí. Me ha dicho que le pertenecía. Me ha dicho que la muerte es un jardín y ha comparado sus

acciones con la batallón de Cartago. Hace dos noches, me acechó algo que trepó por las paredes y *se esfumó en el viento sin dejar rastro*. —Celine soltó una risa que sonaba como si estuviera al límite de la locura—. Sabía mi nombre.

Dime, Michael Grimaldi, ¿acaso algo de todo eso tiene sentido?

Las fosas nasales de Michael se inflaron. El detective soltó las muñecas de Celine y un velo de serenidad letal descendió sobre su cara.

—¿Por qué me estoy enterando ahora del incidente de hace dos noches?

—¿Debo presentarte un informe cada vez que haga algo? —Celine volvió a reír. Lo alejó con un empujón y arrojó las manos al aire—.

Además, parezco una demente. Como alguien que ha vivido toda una vida en los calabozos de la Bastilla, privada de la luz del sol y el aire y todo lo que es necesario para sobrevivir. —Su pecho se agitó cuando intentó tomar una bocanada de aire entrecortada.

Michael jió sus ojos pálidos sobre ella y adoptó una expresión inescrutable.

—¿Qué sucedió cuando la criatura te acechó hace dos días? ¿Cómo conseguiste escapar?

—Bastien.

—¿Bastien? —Michael entornó los ojos, uno de los músculos de su cuello se tensó—. ¿Por qué estaba Bastien allí?

—No tengo ni la más mínima idea. Quizás deberías dejar de comportarte como un niño hostil y preguntarle. Es posible que él también quiera morir.

Michael abrió la boca para responder, pero el traqueteo de un carruaje que se aproximaba robó su atención y le ahorró a Celine el resto de la charla.

Un vehículo negro y brillante se detuvo justo fuera de las puertas de hierro del convento. La puerta del carruaje estaba adornada con una orla de lis en la boca de un león rugiente. Durante un instante, Celine se permitió a sí misma esperar que un joven de hombros anchos fuera a descender de su interior con ojos como dagas y una mandíbula que parecía tallada en piedra. Se animó a soñar que él le regalaba ese carruaje encantado, capaz de llevarla hasta los confines de la tierra. Que le decía que fuera a cualquier sitio que deseara. Que juraba que la seguiría adonde fuera que se dirigiera, incluso al mismísimo Infierno.

Ridículo. Un hombre no debería tener que otorgarle ese tipo de libertad. Celine debería poder conseguirla por mano propia. Pero ya lo había intentado. Lo había intentado y había fallado en numerosas ocasiones, y el mundo no dejaba de recordarle que su propia libertad no era algo que ella pudiera otorgar, mucho menos conseguir. Una mujer sin dinero o posibilidades no encajaba en la buena sociedad. En esos círculos, las mujeres y las hijas eran posesiones legales. Bienes que servían para ganar riquezas y favores.

Tal vez era hora de que Celine rechazara a la buena sociedad.

Como para resaltar la idea, la puerta del carruaje se abrió y Odette descendió por sus escalones a saltos, vestida con pantalones, un par de

botas hessianas pulidas y una chaqueta de estilo militar sobre los hombros.

Corrió hacia Celine y pasó junto a Michael con una mirada que podría haber quemado al sol.

— *Mon amie* —exclamó con expresión seria y el borde de los ojos rojos.

Celine se armó de valor mientras sus hombros casi temblaban de gratitud. Los cuentos de hadas de su infancia habían estado llenos de mentiras. Ningún hombre había acudido a su rescate esa noche como solían hacerlo en las historias.

Pero sus amigas sí lo habían hecho. Primero Pippa, con su espada de esgrima. Después Odette con su carruaje.

Y hacía tan solo un momento, Celine había estado a punto de darles la espalda para siempre.

Antes de que Celine pudiera decir algo, Michael fulminó a Odette con la mirada, con esos ojos desteñidos que parecían capaces de perforarle hasta el corazón.

—Señorita Valmont —dijo con brusquedad—. Veo que los rumores viajan muy rápido... y despiertan hasta a quienes más atesoran el sueño.

—Esta noche no estoy para tus tonterías. —Odette volvió a mirarlo con odio y una expresión de piedra—. Mi paciencia para los jóvenes mediocres ha llegado a un punto peligrosamente bajo. —Echó una mirada a Celine y sus rasgos se suavizaron—. He venido tan pronto como he oído lo sucedido. —Sus manos enguantadas envolvieron los dedos de Celine—. ¿Qué deseas hacer? Te llevaré adonde sea que quieras ir.

Michael se aclaró la garganta.

—Es un ofrecimiento innecesario. Procuraré un espacio para Celine en el cuartel general de la policía. Está bien protegido en contra de posibles intrusos y habrá oficiales de guardia cerca en todo momento.

—Estaba muy erguido y de su gorra de *tweed* goteaba agua—. Yo mismo patrullaré las calles que lo rodean dos veces cada noche, así que no es necesario montar todo este espectáculo dramático de preocupación.

Vuelva a su hogar dorado, señorita Valmont. Deje el trabajo real a quienes están acostumbrados a hacerlo.

Odette soltó un resoplido cargado de desdén.

—No te sientas orgulloso de esa contestación, idiota moralista.

Mirarte con cara seria es trabajo más que su ciente. —Sus ojos oscuros se convirtieron en un par de rendijas—. Y quizás deberíamos dejar que Celine tome sus propias decisiones, en vez de informarle de cuáles son las tuyas, como parece que estás tan deseoso por hacer. —Se giró hacia Celine—. *Mon amie*, podemos ir adonde quieras. Charleston o Atlanta.

Nueva York, si eso es lo que pre eres. Quizás incluso a San Francisco. Y

si deseas quedarte en Nueva Orleans, puedo hacer que tengan una *suite* lista para ti en el Dumaine en menos de una hora.

Celine asintió mientras sus pensamientos se arremolinaban en su cabeza. Podía ir adonde eligiera. Podía huir de ese sitio y de los horrores que parecían multiplicarse. Cerró los ojos y se permitió soñar con una nueva vida. Borrón y cuenta nueva una vez más.

Unas pisadas chapotearon en un charco cercano y se detuvieron de pronto con jadeos de temor que atravesaron la oscuridad. Celine abrió los ojos y los jó en una única imagen.

Era Pippa, el color se había ausentado de su piel, sus labios se encontraban temblorosos, los rasgos cubiertos de un alivio inconfundible. El dobladil o del vestido tenía quince centímetros de

lodo y una rama había arañado una de sus mejil as, de donde goteaban delgados hilos de sangre hacia el mentón.

Todo ese tiempo, Pippa había estado buscando a Celine y la preocupación que sentía por su amiga había hecho que ignorara todo lo demás, incluso su bienestar.

Si Celine huía en ese momento, quizás nunca atraparan al asesino.

Era probable que continuara causando estragos en el mundo que el a dejaba atrás. Tal vez no tendría que verlo con sus propios ojos ni sentirse aterrorizada ante la posibilidad. Sin embargo, siempre lo sabría.

Siempre se preguntaría al respecto.

Y sus amigas permanecerían en peligro.

La ira es momentánea. El arrepentimiento es para siempre.

Celine ya tenía demasiados arrepentimientos en la cabeza. Huir como una víctima no sería uno de ellos. El a no era ninguna víctima.

El a era una superviviente.

—Quiero permanecer en Nueva Orleans —declaró Celine—. Pero tengo una condición.

████████████████████

EL RETRATO EMBRUJADO

Una hora más tarde, Celine, Michael y Odette estaban de pie en un rincón de mármol con vetas oscuras en los conos más lejanos de un recibidor de hotel vacío.

Por encima de ellos, las arañas de cristal y latón colgaban como centinelas silenciosos que tintineaban por lo bajo en una brisa fantasma. Los faroles, rodeados de esferas de cristal opaco, brillaban alrededor de la sala, como fuegos fatuos en la noche. Orquídeas púrpuras y jazmines blancos perfumaban el aire, un aroma que sugería riqueza y sitios lejanos. En ambos lados del salón de entrada había enormes jarrones chinoscos que rebalsaban con rosas de tal o largo cuyo rojo era tan profundo que sus pétalos parecían negros a la sombra.

Si su agotamiento no le pesara como un ancla alrededor del cuello, Celine se habría dado un minuto para maravillarse del esplendor del espacio. Todo allí parecía haber sido decorado para complacer a una reina de las tinieblas.

—Ya hemos esperado su ciente, *mon amie* —observó Odette con voz rasposa y cansada—. Dinos cuál es tu condición, *s'il te plaît*.

Michael estaba a una distancia saludable de Odette, con los largos brazos cruzados y los rizos oscuros revueltos por la lluvia. Aunque su cara estaba marcada por el desagrado, sus ojos pálidos tenían un brillo intenso.

En un susurro apenas audible, Celine les informó de cuál era su plan.

Una vez que terminó, ambos la miraron y permanecieron en un silencio atónito mientras Odette parpadeaba con rapidez, como si su cerebro estuviera intentando repasar cada uno de los resultados posibles en la duración de una sola respiración.

—Sobre mi cadáver —anunció Michael con voz monótona.

—Eso espero, *mon cher* —bromeó Odette. Se giró hacia Celine con ojos oscuros e inciertos—. Pero debo coincidir con los sentimientos del patán. Usarte a ti misma como cebo para atrapar a un asesino desquiciado... suena demasiado imprudente.

Michael resopló con desdén evidente.

—Al menos una pizca de cordura. —Asintió en dirección a Odette, quien le devolvió una reverencia en broma.

—Sabía que no estaríais de acuerdo al principio —respondió Celine

—. Pero espero que antes de mañana podáis ver la lógica del plan. Que podáis ver que tiene más sentido actuar que vernos arrinconados contra la pared.

—¿Lógica? —Odette rio—. Es una locura, *mon amie*. Una locura, así de simple. Ahora comprendo por qué le has mentado a Pippa antes de dejar el convento. Debes de haber sabido que jamás aceptaría esto como opción.

—Pippa es... —Celine exhaló con cuidado—. No quiero tener a Pippa cerca de mí, al menos no

hasta que todo esto haya acabado. No es lo su cientemente egoísta para preocuparse por su propia seguridad.

La imagen de Pippa temblando en un charco —sus ojos bril antes y los hilos de sangre que caían por su mejil a— era algo que Celine no olvidaría en mucho tiempo.

—No preocuparse por la seguridad propia no es abnegación. Es estupidez. —Odette levantó una ceja y frunció los labios en un gesto

crítico.

Celine asintió.

—Estoy de acuerdo. Pero no tengo la paciencia para discutir eso con Pippa. No soy quién para persuadirla. Y pre ero ser la cazadora antes que la presa. ¿Tú no preferirías lo mismo?

Una expresión contemplativa se asentó en la cara de Odette al mismo tiempo que las comisuras de los labios de Michael se tensaban hacia abajo.

—Entonces, ¿cuento con tu apoyo? —Celine le preguntó a Odette.

El a inhaló con lentitud y asintió con la cabeza.

—Aunque estoy segura de que me arrepentiré.

—No lo harás —declaró Celine con una voz que estaba colmada de toda la seguridad que no sentía—. Gracias, Odette.

Después de eso, volcó su atención en Michael. El desagrado que el detective sentía creció cuando el a posó su mirada sobre él.

—No tengo ninguna intención de acceder a este plan, así que no te esfuerces —a rmó con palabras bruscas, como era característico en él.

Palabras insensibles—. Ha sido una tontería venir aquí. Para los dos. —

Michael se giró sobre los talones y se dispuso a avanzar hacia las puertas dobles de la entrada del hotel—. Mañana enviaré a alguien a buscar tus cosas y después me acercaré al Dumaine para recogerte a ti

—anunció por encima de su hombro.

Un calambre en el cuello de Celine envió una ola de incomodidad a través de la columna. El a inclinó la cabeza hacia un lado sin dejar de hacer una mueca de dolor.

—Es una lástima que no estés dispuesto a hacer caso a la razón, Michael —gritó Celine a la espalda del detective—. Pero, hasta que no accedas a ayudarme, planeo permanecer aquí, en el Hotel Dumaine.

Él dio media vuelta y la ira brilló en sus facciones. Después de solo un par de pasos largos, estaba de nuevo delante de él.

—Es una tontería, sobre todo cuando ya he conseguido una habitación para ti con protección policial absoluta.

—No es ninguna tontería —insistió Celine—. Si tú no puedes respetar mis deseos, no veo por qué yo debería acomodarme a tu voluntad. Además, ningún sitio en la ciudad es seguro si el asesino me está observando, y eso es lo que creo que está haciendo. —Un escalofrío recorrió la piel de Celine, pero mantuvo la mirada firme.

Él unió sus cejas tupidas.

—Esto no tiene nada que ver con respetar tus deseos. Se trata de qué es lo mejor para ti. Lo que te mantendrá más segura.

La irritación comenzó a bullir alrededor de su visión.

—Entonces, ¿la Policía Metropolitana de Nueva Orleans solo me protegerá si hago todo lo que el detective Michael Grimaldi dice?

Michael no respondió nada. Una risa suave emanó de Odette. Celine suspiró.

—Sea cual sea el motivo, esta... *cosa*... me ha elegido. Podemos huir de ese hecho o usarlo a nuestro favor. —Respiró profundo—. No soy ingenua. Soy consciente del peligro, y prometo que siento todo el temor que es apropiado. Pero me niego a seguir siendo una víctima durante un segundo más. —Un músculo tembló debajo de su ojo izquierdo.

Celine se frotó la piel de esa parte de la cara y encontró otro rastro de sangre seca en la punta del dedo, desprendía un olor espeso y metálico.

La imagen le revolvió el estómago—. Solo desearía saber qué es este monstruo para determinar la mejor forma de destruirlo.

—No creas todos los mitos que escuchas. Si no hay dioses entre nosotros, entonces no puede haber demonios —señaló Michael con

una voz vacía de emociones—. La misma lógica que ya has empleado indica que el asesino debe de ser un hombre. La mayoría de los asesinos con múltiples víctimas lo son.

—No es solo un hombre. —Celine sacudió la cabeza—. Es algo...

diferente. Algo inhumano.

—Si está vivo y respira, entonces se lo puede matar como cualquier otra criatura que está viva y respira.

El agotamiento se asentó en la profundidad de los huesos de Celine.

La fuerza para seguir discutiendo con el intratable Michael Grimaldi disminuía con cada respiración. Los dedos de sus manos y pies habían perdido toda sensibilidad. Pronto tendría dificultades para mantenerse erguida.

Con todo, Celine no pasó por alto el hecho de que Odette no había contradicho las últimas afirmaciones de Michael. Celine tampoco pudo ignorar la inclinación pensativa de la cabeza castaña de Odette.

Odette Valmont poseía información valiosa y estaba haciendo todo lo posible por ocultarla de los os.

Alí estaba la prueba de algo que Celine sospechaba desde hacía tiempo. Los miembros de La Corte de los Leones tenían una idea de qué —o quién— podría ser ese demonio. Pero por qué elegían mantener ese conocimiento entre ellos seguía siendo un misterio. Tal vez fuera porque el asesino residía entre ellos y deseaban proteger su identidad. Pero sus comportamientos recientes no parecían seguir la línea de ese razonamiento. En los últimos días, Odette se había convertido en algo más que una simple conocida de Celine y, la otra noche, Bastien se había esforzado por mantenerla a salvo. Incluso había llegado a amenazar con destruir a la criatura de una manera despiadada.

¿Por qué se habría tomado todo ese trabajo para protegerla si su lealtad residía en la del asesino?

A menos que... todo eso fuera parte del plan.

Un truco elaborado para establecer su inocencia.

Si eso era cierto, entonces Celine ya había perdido la batalla. Hacía solo unos minutos, le había confesado todo su plan a Odette. Si ella la traicionaba, todos sus esfuerzos serían en vano.

Los hombros de Celine se hundieron.

Estaba agotada de especular. Necesitaba la verdad. Y Celine sabía a quién preguntar, aunque no ansiaba oír su respuesta. La mentira que él ofrecería en lugar de lo que ella deseaba. De todas formas, Celine planeaba hablar con Bastien al día siguiente. Exigiría que compartiera con ella todo lo que sabía. Basta de mentiras. Basta de máscaras. Era hora de que hicieran a un lado sus fachadas y dejaran todo al descubierto.

Bastien ya no tenía otra opción. Si se negaba a ser comunicativo, ella le contaría a Michael lo del lazo amarillo y permitiría que todos ellos fueran juzgados.

—Abandona este plan irrisorio —ordenó Michael a Celine con el semblante serio y abstrayéndola de su agitación interna—. Porque jamás accederé a usarte como cebo.

Celine frunció el ceño y deseó con toda su fuerza poder asfixiar a Michael. Aunque solo fuera un poco.

—No tengo intención de abandonar nada. Estoy segura de que tú más que nadie puedes entender eso. —Estiró su mano para sujetar la de él en un intento débil por canalizar un poco de dulzura en

vez de amargura—. Por favor, Michael. No seas tan terco. Te pido que lo vuelvas a considerar.

Él parpadeó dos veces ante su tacto y una de las venas de su cuello saltó a la vista.

—No lo volveré a considerar. Pero... lo que sí puedo hacer es prometer que haré todo lo que pueda por mantenerte segura.

Eso último lo dijo con un tono fervoroso, palabras entrecortadas y un tacto brusco. Celine no creía que Michael fuera consciente de que había envuelto sus manos alrededor de las manos frías de Celine y que estaba aferrado a sus dedos con una desesperación curiosa.

No importaba lo que dijera o cómo lo dijera, la intensidad de Michael siempre lo traicionaba.

Se preocupaba por él. Y ese conocimiento perturbó a Celine aún más.

Por un instante, consideró aprovecharse de eso. Si le rogaba, quizás cedería. Si debía estar al borde de las lágrimas o se enfurecía del modo correcto, quizás podría conseguir lo que no había conseguido hasta el momento y vencería la obstinación del detective.

Pero no quería interpretar el papel de la damisela reservada. No así.

De todas formas, nunca había sido un papel que le sentara bien, algo que había quedado en evidencia con sus interacciones previas. Celine necesitaba ser fría y calculadora. Si Michael se negaba a ayudarla, el plan no funcionaría.

Esa no era una opción.

Su vida —y la vida de quienes la rodeaban— dependía de que todos trabajaran juntos para el mismo fin.

—No necesito tu ayuda —mintió Celine con esas palabras crueles que canalizaban a Michael en sus mejores momentos—. Le pediré ayuda a Bastien y con eso será su culpa. —Retiró sus dedos de la mano del policía.

La desesperación agitó su cara durante un instante y desapareció al siguiente. Después Michael esbozó una sonrisa fría.

—Pídeselo. —Su sonrisa se volvió cruel—. No tengo ninguna duda de cuál será su respuesta.

— *Mon cher*, no lo conoces tanto como crees. —El comentario de Odette fue incisivo—. Ese es el encanto de los demonios bellos como Sébastien Saint Germain: siempre hacen lo que uno menos espera. —

Se sacudió una mota de polvo inexistente del hombro—. Y, al final, *siempre* se le van la corona.

Celine no podría haber dado una respuesta más perfecta. Había sido un arma cargada, amartillada y apuntada al pecho de Michael.

A veces era necesario ser astuta como un zorro, aunque eso también significaba ser cruel.

Michael entornó los ojos. Sus fosas nasales se inundaron.

—La Corte de los Leones no está al mando, señorita Valmont. Veré esta ciudad arder en llamas antes de ceder el control de mi investigación a una banda de bestias delincuentes. —Después, se giró hacia la entrada para retirarse mientras el propio aire que lo rodeaba parecía hervir.

No importaba. Celine había plantado la semilla. Odette la había regado. Ahora solo tenían que verla crecer. Si había algo que Celine había aprendido en los últimos días era que el detective Michael Grimaldi no era el tipo de hombre que permitiría que su enemigo lo venciera. De ninguna forma.

Celine contaba con el oído.

— *Connard* —maldijo Odette en voz baja cuando Michael desapareció de la vista.

El mármol vetado que rodeaba a Celine comenzó a oscilar, los

fuegos fatuos se volvieron borrosos en el fondo.

—No puede parecer demasiado obvio —señaló a Odette, y parpadeó con fuerza—. Y necesitamos trabajar en los detalles. —Enrolló los dedos de la mano en la falda húmeda y apretó la tela estropeada en un esfuerzo por mantenerse alerta—. Si contamos el primer asesinato de la mujer joven del muelle, el asesino se ha cobrado una vida por semana desde mi llegada —balbuceó—. Si este patrón continúa, es probable que el próximo asesinato ocurra la semana próxima, lo cual nos daría un par de días para preparar nuestra trampa. —Su cabeza comenzó a caer hacia adelante—. ¿Qué te parece planearla para la noche del baile de máscaras? —pensó en voz alta al mismo tiempo que el suelo pulido se acercó a su cara a toda velocidad.

— *Ah, putain!* —exclamó Odette, y sujetó a Celine justo antes de que se diera de bruces contra la piedra fría—. Te estás desmoronando delante de mis propios ojos. —Pasó un brazo por el de Celine, rodeó sus hombros con el otro y se dispuso a guiarla por un pasillo oscuro.

Celine se apoyó contra Odette mientras sus ojos se esforzaban por mantenerse abiertos.

—Gracias. —Sus palabras eran roncas—. Por todo. —Se aferró con fuerza de la mano enguantada de su amiga.

—De nada, mi cervatillo valiente. Pero si quieres que funcione tu plan irrisorio, en serio, ¿quién usa esa palabra?, necesitarás más que valentía.

Necesitarás ser despiadada. Después de esta noche, confío en que eso no será un problema. No todos los días conoces a una chica que ha apuñalado a un demonio con un par de tijeras de costurera. ¡Ah, lo que habría dado por ver eso! —La risa de Odette era un poco triste y sonaba como unas campanillas—. También me parece fascinante lo mucho que has hablado después de haber sido testigo de un evento tan

estremecedor. La mayoría de las personas a las que conozco suelen quedarse mudas ante esas situaciones. Eres inusual por donde se te mire, Celine Rousseau. —Esbozó una sonrisa de

admiración.

Incluso a través de la neblina del agotamiento, Celine sonrió. Sus pensamientos se despejaron un instante más tarde.

—¿Por qué se odian tanto? —murmuró.

—¿Quién odia a quién, *mon amie*? Yo solo sé de amor.

—Por favor. —Celine empujó las costillas de Odette con el codo—.

Estoy demasiado agotada para jugar a estos juegos. Es un desafío apoyar un pie delante del otro.

—¿Por qué crees *tú* que se odian?

—¿Cómo podría saberlo?

—Adivina. Es la misma historia de siempre.

—¿Por una mujer? —Los ojos de Celine volvieron a temblar y su nariz se frunció en respuesta.

—Correcto.

—Ah. —Sus hombros cayeron.

Quizás esa era la joven que tenía el linaje adecuado. Celine exhaló con lentitud. Esas cosas no deberían importarle. Ya no.

Doblaron una esquina con pasos ligeros sobre el mármol pulido.

Celine casi podría jurar que Odette estaba cargando todo su peso compartido, como si poseyera la fuerza de una amazona.

—¿Era una joven impactante? —La voz de Celine sonaba pequeña.

Aguda. Apropiada para esa pregunta.

—Mucho —respondió Odette, relajada a pesar del peso que le evaba encima—. Cantaba como una alondra y bailaba a la luz del sol. —

Después añadió al oído de Celine—: Pero no te preocupes, no era tan bella como tú.

Celine resopló por la nariz y se tropezó consigo misma, como si hubiera bebido demasiado champán. Con la elegancia de un cerdo en el lodo, se desplomó sobre el suelo.

Los labios de Odette soltaron una maldición fuerte. Repitió la palabra en otros dos idiomas por las dudas. Tiró de Celine para ponerla de pie y procedió a arrastrarla el resto del camino. Se detuvieron delante de un inmenso ascensor de latón brillante ante cuyos barrotes estaban labrados con vides y aves del paraíso. Entre las plumas podían verse turquesas persas.

—No deberías haberte molestado —mascul ó Celine—. Una jaula para mí sola.

Odette soltó una risita. Hizo un gesto hacia la derecha y un hombre de una altura extraordinaria, con el pelo rojizo recogido en la nuca y una chaqueta de levita de color medianoche y guantes a juego dio un paso hacia delante para abrir un candado reluciente de plata pura. Aunque era esbelto como un bailarín, consiguió abrir la puerta corrediza del ascensor casi sin esfuerzo.

Una vez dentro, Celine descansó la cabeza sobre el hombro de Odette, y sus ojos se cerraron cuando el ascensor comenzó a moverse bajo la dirección rme de su guardián.

—La lista de quienes tienen permitido el acceso a este sitio es corta —

señaló Odette—. Este ascensor tiene solo un destino: la última planta del hotel. Mientras residas en el Dumaine, ese espacio será solo tuyo.

Celine consideró esa información, aunque el agotamiento estuviera cayendo sobre el a como una manta de lana caliente.

—¿Y si el asesino puede trepar por los muros del hotel? —Celine recordó cómo el demonio había subido por una pared del edi cio antes de desaparecer en el viento.

—¿También puede destruir barrotes de hierro y candados de plata sólida?

—Asumamos que sí.

—En ese caso, *t'es foutue* —maldijo Odette en voz baja—. Al igual que el resto de nosotros.

— *Merci, Odette.* —Celine soltó una risa suave sin abrir los ojos.

— *Pas du tout, mon amie* —respondió Odette—. Nosotros cuidamos a los nuestros.

La respiración de Celine se atoró en su garganta.

—¿Y esa... *cosa* es de los vuestros? —preguntó con tono inseguro.

Odette no dijo nada hasta que el ascensor comenzó a detenerse.

—No.

Aunque su vacilación sugería lo contrario.

—Sabes qué es. —Los ojos de Celine se abrieron de pronto—. ¿Por qué no me lo dices?

—No me corresponde contar esa historia.

—Por favor...

El ascensor se detuvo del todo, y el cabal ero esbelto de levita de terciopelo azul abrió la puerta con un movimiento uido y una mirada de hastío supremo.

—Se han acabado las preguntas —anunció Odette mientras alisaba los rizos despeinados de Celine con un gesto tranquilizador. Después hizo contacto visual con ella y se negó a parpadear, como si estuviera en un trance—. Ahora te llevaré a tu habitación y dormirás toda la noche, como si estuvieras flotando entre las nubes. —Una sonrisa triste se curvó en su cara de muñeca—. Los únicos sueños que tendrás serán sueños placenteros, llenos de islas de merengue flotante y copas de champán burbujeante. —Su voz parecía tener varias capas. Sonaba

pesada. Resonaba a través de Celine y llegaba a latrarse hasta la médula de sus huesos.

Lo último que Celine recordó fue el murmullo de una jaula de latón.

Del pájaro en su interior volando hacia la libertad.

Celine se despertó sobresaltada, con el corazón agitado en el pecho. La desorientación se adueñó de ella mientras su visión se esforzaba por enfocarse en algo. Sus ojos iban de esquina en esquina, en busca de algo reconocible. Estaba luchando por algo que se pareciera a un asidero.

No tenía ningún recuerdo de ese sitio.

Después, como una ola que golpea contra la costa, todos los eventos de la noche anterior inundaron su cabeza. Estaba enclaustrada en la *suite* de la última planta del hotel más elegante de la ciudad. Un ascensor adornado con aves doradas la había llevado hasta ese sitio.

Antes de retirarse, Odette se había asegurado de que Celine estuviera cómoda. Cálida y cuidada.

El día siguiente comenzarían a planear la trampa para atrapar al asesino.

Ese último pensamiento hizo que Celine se sentara erguida de inmediato, con el aliento atascado en la garganta y un dolor apagado en la cabeza. Echó una mirada a su alrededor y barrió una vez más el espacio, pero esta vez con mayor atención.

Las sábanas de color beis que estaban bajo la punta de sus dedos tenían un ligero brillo, la superficie era suave y los bordes estaban bordados con un delicado hilo de oro. Al pasar la mano por encima, su tacto le recordó al agua fría. Como si hubieran sido tejidas de pura seda

de araña. Por encima de ella colgaba un dosel de damasco dorado, sujeto en el centro por un emblema con un entramado de ligrana intrincado. Había cortinas de terciopelo rojo como el vino atadas alrededor de cada uno de los cuatro postes de caoba de la cama.

Celine se quitó las sábanas de encima y hundió los pies desnudos en la lujosa alfombra Aubusson mientras las borlas que la rodeaban brillaban a la luz de las velas.

Un número infinito de pinturas colgaba de la pared más alejada de la estancia, desde el suelo hasta el techo, unos seis metros en total. Un par de ellas tenían el ancho de la palma de Celine, otras la doblaban en altura. Cada una había sido pintada con la mano de un maestro, con detalles tanto en la oscuridad como en la luz, como si el coleccionista apreciara el contraste del sol y de las sombras en igual medida.

Coronando los otros tres lados de la habitación, había una especie de balcón angosto que no se parecía a nada que Celine hubiera visto antes.

Estantes sobre estantes de libros llenaban la mitad superior de las paredes de la alcoba, con escaleras de hierro y ruedecillas engrasadas a la espera del retorno inevitable del erudito a quien pertenecían.

Velas altas y aromáticas habían sido encendidas alrededor del dormitorio, como si Odette hubiera sabido lo desconcertante que habría sido para Celine despertar en un espacio frío y desconocido.

Atravesó el dormitorio hacia un par de ventanas con parteluz. Notó la falta de un balcón en el exterior. El nivel de seguridad de la última planta del Dumaine era, sin duda, extremo. Como si estuviera destinado a alojar dignatarios o miembros de la realeza que estuvieran de visita.

Celine deshizo sus pasos y tomó nota de cada una de las entradas y salidas. El acceso principal a la habitación era un par de puertas dobles que habían sido construidas para parecer parte de los elaborados

paneles y cuyos bordes eran molduras bañadas en oro. Otra puerta que llevaba a un cuarto de baño parecía ser una obra de arte en sí misma, y un marco ancho se ocupaba de ocultar las uniones. Dentro del cuarto de baño, una bañera de cobre se encontraba sobre una plataforma rodeada de baldosas cuadradas de mármol blanco. Cada uno de los candelabros tenía incrustaciones de cristales. El aire que envolvía a Celine olía a iris y agua dulce, y un sinfín de velas blancas bailaban a lo largo de las paredes y repisas.

Con los pies firmes sobre el mármol, Celine dejó caer el vestido que todavía estaba húmedo y no se molestó en levantarlo del suelo. En un silencio que conocía de memoria, se quitó los broches del cuello y se detuvo a frotar cada uno de los puntos doloridos que dejaban detrás. Después avanzó hacia un cuenco de porcelana y una jarra que estaban rodeados en tres de sus lados por un espejo de latón decorado.

Celine observó su reflejo. Los ojos eran más grandes que los de un mapache y el pelo parecía una bandada de cuervos. Todavía tenía salpicaduras de sangre seca sobre la piel. Las diminutas manchas rojas resultaban más perturbadoras cerca de los ojos, que desprendían un brillo tuberculoso, como si Celine estuviera sufriendo una ebre. Sin pensarlo dos veces, llenó el cuenco con agua transparente de la jarra y se dispuso a salpicar su cara y frotar sus mejillas hasta que estuvieran rojas. Hasta que las tres versiones de ella que se reflejaban en los espejos se vieron apropiadamente irritadas.

Celine no se detuvo a secar su cara. Volvió a la cama con dosel, se elevó las sábanas hasta el mentón y permitió que absorbieran la humedad y refrescaran su piel caliente.

Posó la mirada sobre una chimenea enorme que estaba frente a los pies de la cama de cuatro postes.

Había sido talada de un bloque sólido de mármol italiano, y la rejilla que lo cubría estaba hecha

de una mal a de hierro y oro. Encima de la repisa escalonada colgaba el retrato de un hombre joven de no más de veinticinco años que tenía un endemoniado remolino de pelo negro sobre la frente y el destello astuto de un pirata en los ojos. Aunque su coloración era mucho más clara que la de Bastien —y sus rasgos poseían un giro europeo distintivo—, Celine detectó una vaga semejanza, sobre todo en el borde de la mandíbula. En la arrogancia inconfundible de sus ojos ámbar.

Una l ave maestra hecha de oro descansaba sobre su palma, y un lazo carmesí colgaba de la punta. Era un joven que sin duda tenía recursos abundantes y poseía la l ave a un sinfín de puertas.

Qué gracioso.

Pero lo más impactante del retrato era la paleta de colores. La piel y las facciones del sujeto habían sido representadas en tonos naturalistas, pero todo lo demás forzaba un poco la noción de realismo. Las sombras eran de un azul demasiado brillante, los bordes estaban difuminados, las esquinas habían sido salpicadas con pintura ocre, como si el artista hubiera estado al borde de la locura.

Celine observó el retrato durante un tiempo. Después cerró los ojos.

Sentía como si alguien la estuviera mirando. Como si la mirada del retrato la estuviera siguiendo, al igual que en las historias sobre la obra maestra de Leonardo da Vinci, la *Mona Lisa*. Decidió concentrarse en la vela que tenía junto a la cabeza, que derramaba cera en hilos constantes, hasta que pareció que el candelabro reluciente lo oraba.

Otra imagen desconcertante. Donde fuera que mirara, algo siniestro cobraba vida. Celine consideró esperar a que saliera el sol para volver a

dormir. Esperar a que los rayos blancos y dorados se colaran hasta sus sábanas de seda. La imagen del amanecer debería traer consigo una pizca de paz.

Pero ¿por qué sentía que no sería así?

Su cabeza se hundió en la lujosa almohada mientras su cuerpo permanecía inquieto y los ojos del extraño cuadro que estaba frente a la cama parecían burlarse de él.

Perturbada por la sensación de ser observada mientras dormía, Celine extendió las cortinas rojas como el vino que rodeaban la cama y dejó que la reconfortante oscuridad la enguliera.

HIVER, 1872

RUE BIENVILLE

NUEVA ORLEANS, LOUISIANA

Desde mi esquina desierta, observo cómo las caras cortinas de la planta superior del Hotel Dumaine se apartan hacia un lado. La cara de una joven despampanante con a los lados ojos verdes y

el pelo del color de la tinta derramada se asoma por la abertura. Desaparece un instante más tarde y el damasco vuelve a caer en su lugar.

Sonríó.

Qué apropiado que la hayan llevado a los aposentos de Nicodemus.

Una alcoba digna de un Rey Sol, repleta de muestras excesivas de riqueza del tipo al que se ha acostumbrado a lo largo de los años. Un homenaje a Versal es en su mejor momento. O en el peor, según quién lo mire.

No importa. Ahora Nicodemus casi nunca la ocupa. Sabe que no le conviene venir a Nueva Orleans y tentar su suerte. Ha perdido mucho en los últimos años.

Pero yo he perdido más. Y todavía nos quedan muchas cosas por perder a los dos. Recuerdos y esperanzas, deseos de un futuro que no podrá ser remplazado una vez perdido. A esta altura, no tengo duda de que Nicodemus ha sido llevado a la seguridad de su guarida en Nueva York en respuesta a la serie de asesinatos recientes en Nueva Orleans.

Volverá a la ciudad pronto, tal como he previsto.

Justo a tiempo para mi actuación.

La satisfacción me recorre las extremidades y hace que baje la guardia

durante un momento. Todo está sucediendo de acuerdo al plan. Me regodeo en este fragmento pequeño de tiempo antes de permitir que la ira se acumule en mi pecho y tiña mi visión. Después inhalo profundamente el aire salado. Dejo que la humedad llene mis pulmones a medida que mis sentidos agudizados se extienden y absorben hasta el último detalle de mis alrededores. No muy lejos, un caballo con dolor de dientes huele a sangre y dulce descomposición. Migajas de pan de centeno se agitan en el canalón con un perfume agrio y acre. Una rata muerta permanece en la esquina de una alcantarilla cercana y los gusanos que la cubren se retuercen bajo un rayo de luna.

Y, justo al otro lado de la esquina, el palpitar de unos corazones. Uno viejo. Dos jóvenes. Si tuviera que adivinar, diría que los más jóvenes están participando en un acto de lujuria en el que sus corazones se agitan al ritmo de sus suspiros.

El corazón viejo late con lentitud. Con constancia. Palpita hacia su final inexorable.

Otra criatura de la noche se aproxima. Mis músculos se tensan y mis dientes se alargan por instinto, como las garras de un gato. Me tranquilizo al darme cuenta de que es un aroma familiar. Uno que no necesito temer.

Continúo respirando hondo hasta que mis hombros caen. Después vuelvo a echar una mirada hacia la última planta del Dumaine. Otro sitio que conozco bien... hasta las puertas secretas y los pasadizos ocultos.

Hace no mucho, visité esos aposentos al amparo de la noche para observar el mundo de mis

enemigos, a sabiendas de que me enfrentaría a ellos en poco tiempo. Incluso elegí tumbarme sobre la cama de Nicodemus y admirar su colección de libros, cuyos estantes coronan el

espacio de techos altos como si fueran una tiara brillante. Empujé las escaleras con las ruedas engrasadas y me maravillé ante los movimientos resplandecientes antes de llevarme uno de mis tomos favoritos, una primera edición de *El conde de Montecristo*. Es una lástima que haya perdido la oportunidad de despedirme una última vez de mi querido Alexandre.

Los recuerdos hacen que la satisfacción recorra mi piel.

La habitación de Nicodemus es un sitio apropiado para dejar mi próxima marca.

Continúo con mi delicioso ensueño en la misma esquina mientras un agradable tarareo se forma detrás de mis labios. Una canción salida de tiempos más brillantes, mejores.

Una mendiga pasa junto a mí y estira las manos para recibir limosna, su chal es un trapo hecho jirones que ondea con el viento. El ritmo de su corazón me resulta familiar. El alma vieja que he sentido hace unos momentos. Meto la mano en el bolsillo para ofrecerle todo lo que tengo, algo que cualquier persona consideraría una pequeña fortuna.

No necesito dinero. Lo que necesito, lo tomo. Las monedas no son importantes para una criatura como yo. No busco descansar bajo un dosel dorado o bañarme en una sala llena de mármol pulido.

Lo único que busco es sobrevivir.

No. Eso es una mentira. Deseo prosperar. Ver a quienes querrían dar fin a mi existencia sufrir una muerte lenta y dolorosa. Después de que hubieran presenciado cómo todo lo que valoraban se desmoronaba delante de ellos.

Es lo justo.

—Bendita sea su alma —dice la mendiga con un sonido sibilante que sale de entre un manojito de dientes.

—Que el Señor la proteja —respondo con una sonrisa.

Mi voz la toma desprevenida. Eso no me sorprende. Su música profunda atrae a los mortales de una forma que nunca deja de divertirme. Es muy útil para hacer más apacible el camino que lleva a sus inevitables muertes. En cierto modo, creo que nos encontramos entre los depredadores más perfectos. Imitamos los comportamientos de nuestras presas. Caminamos entre ellas sin ser vistos ni reconocidos.

Cuando se dan cuenta de que están atrapadas en nuestra red, ya es demasiado tarde. La transformación es el golpe de un vaso que se ha caído, el giro de un picaporte.

El fin de una vida. En un momento, está aquí. En el próximo, se ha ido.

Solo hay otro tipo de criatura que compite con nosotros en este sentido. O quizás dos, aunque la

mayoría de las criaturas del bosque me resultan muy molestas, con todo eso del *glamour* y las promesas. Con sus cuentos alegres sobre cómo han engañado a los mortales para que pactaran acuerdos desastrosos. ¿Para qué podría necesitar al primogénito de alguien? Un infante que no deja de gimotear es un fastidio, no una recompensa. Y solo los monstruos verdaderos lo convertirían en una cena.

Además, no pacto acuerdos con seres inferiores. Tomo lo que quiero.

Y después hago los arreglos necesarios para prosperar algún día. Dadas las manchas de nuestro pasado, albergar esperanzas para ese futuro ya es una bendición.

Recuerdo la última vez que vi morir a un vampiro.

Era una vampiresa a la que quería más de lo que podía expresar con palabras, aunque no debía hacerlo, porque sabía que eso solo podía terminar en sufrimiento. Pero cuando alguien encuentra a su alma

gemela, ¿cómo podría darle la espalda? Esas conexiones son excepcionales, incluso entre los inmortales. Para mí, son lo que alimenta a la vida.

Vi cuando arrojaron a Marin a un hoyo angosto. Las personas que estaban en mi camaril a fueron testigos desde los márgenes, vestidos de centinelas encapuchados. Enterré mi afecto por el a en las profundidades de mi corazón. Lo guardé con l ave en mi pecho para que nadie de nuestras las supiera lo mucho que quería a una criatura que ignoraba nuestras reglas y trataba los dones que le habían sido entregados como si no fueran más que una muestra de aprecio de un dios oscuro.

Esa era una de las cosas que más me gustaban de el a. Marin nunca se tomaba a sí misma demasiado en serio.

Después de que la arrojaron al hoyo, necesitó un momento para recobrar la noción de lo que estaba sucediendo. Solo un momento. Se dio cuenta de dónde estaba en cuanto levantó la mirada.

Recuerdo haber visto su cara en el instante en el que el entendimiento le recorrió el cuerpo, y di las gracias por que no pudiera distinguirme entre las sombras.

Estaba aterrada. Sus ojos se convirtieron en piedra, perdieron toda la luz.

Pero el a rio. Des a ante hasta el nal.

Nos l amó a gritos, a sabiendas de que estábamos a su alrededor, al amparo de la oscuridad, seguros en nuestra superioridad moral. A salvo bajo la protección de nuestro odio compartido.

Marin arrojó insultos terribles en nuestra dirección. Exigió saber qué buscábamos probar al dar n a su existencia.

La l amo *existencia* porque, incluso todavía, no creo que lo que el a

vivió fuera una vida. Cazaba al amparo de la noche. Estaba en una guerra constante con bestias del

Otro Mundo. No dejaba de preocuparse por saber a quiénes podía amar y a quiénes enemigos. No era una vida porque Marin nunca había anhelado algo más allá de eso. Era autocomplaciente. En todos sus años, no había aprendido nada.

Y al final, esa autocomplacencia le falló. Él debería haberme traicionado a mí antes de que yo la traicionara a ella. Nunca debería haber sido mi amiga. Yo nunca debería haberla amado. Al final solo me trajo dolor. El recuerdo de su piel, suave y dura a la vez, como terciopelo y acero. El sabor de sus labios sobre los míos, siempre agridulces.

Pero no importa. Esa es una historia para otra noche.

Al poco tiempo de que Marin fuera arrojada al hoyo, el sol comenzó a moverse por encima de la apertura de ese abismo angosto, reemplazando la luz de la luna menguante. Observamos en silencio a medida que sus rayos caían sobre el suelo de piedra. Escuchamos a Marin reír más fuerte y apretar el cuerpo contra las piedras apiladas de la cámara cilíndrica.

En sus últimos momentos, pidió ayuda a gritos. Chilló entre las risas para rogar por un indulto. Aulló para que la rescataran, una canción que era una melodía rota.

Sus gritos me atormentaron durante años. El olor de su carne quemada es un recuerdo que todavía me revuelve el estómago, y ya no hay muchas cosas que puedan hacer eso. Por desgracia, el fuego nunca será mi amigo. En los años que siguieron, me insensibilicé a esas imágenes. Esos castigos eran necesarios si mi especie pretendía sobrevivir. Si nuestra intención era consolidar nuestra posición en este mundo.

Después de la muerte de Marin, su aquelarre se dispersó a los rincones más lejanos de la tierra. De vez en cuando, oía historias de alguien de sus las que acechaba a alguien de las nuestras como represalia.

Una misión inútil. La venganza verdadera no es algo que ocurra en un instante. Sucede a lo largo del tiempo. Se trata de repartir chas con cuidado, de ejercer autocontrol con diligencia. Cuando coseche lo que he plantado, lo haré desde una posición segura. Será una bocanada de aire que podré saborear. Y estaré muy lejos cuando al final llegue.

Me alejo de mi encantadora esquina para acercarme a un caléjón angosto oculto por una oscuridad espesa. Un sitio en el que mi especie ha prosperado durante siglos, a lo ancho de todos los continentes del mundo.

Percibo una presencia conocida, aunque se mueve sin emitir ni un sonido. Espero a que se acerque. Está tan cerca que solo yo puedo percibir sus palabras.

—Jefe —pronuncia él, y sus ojos brillan como brasas en la noche—.

He hecho lo que me ha pedido.

Asiento con expresión fría. Distante. Incluso a través de las capas de oscuridad, es imposible no percibir la adoración de su mirada. El deseo casi fervoroso de conseguir mi aprobación.

—¿Y la chica? —continúo.

—Ya no es bienvenida en el convento. —Casi parece vibrar con el placer que siente al comunicar esas noticias.

Es irritante lo mucho que ansía mi afecto. Como un perro que ruega por el tacto de su amo.

—Bien —respondo—. ¿Y la Corte?

—Saben que está en apuros. Han enviado a un miembro de sus las delincuentes para rescatarla.

Delicioso. Eso hará que mi venganza sea todavía más dulce.

—¿Él lo sabe?

Mi sirviente el se acerca todavía más, la barba de su joven mentón disimula su velocidad inhumana.

—Eso asumo. Sin ninguna duda, la criatura Valmont se lo contará.

El a me enfurece, jefe. Ahora más que nunca deseo silenciarla. Deseo silenciarlos a todos por lo que nos han robado.

—La chica es secundaria, al igual que el resto. El único que importa es el usurpador.

El silencio nos engul e a ambos durante un instante.

—¿Jefe? —pregunta él con voz dubitativa—. ¿Cuál es el signi cado detrás de los símbolos cartagineses que me ha indicado que deje?

—Es la marca de mi especie. Su signi cado más profundo no tiene por qué preocuparte. — Mantengo un tono rme, mi declaración es nal.

Cuando mi sirviente se echa hacia atrás, frustrado, sus movimientos envían hacia mí un olor a sangre seca. Sangre inmortal. Entorno mi mirada en su dirección.

—¿Qué ha causado tu herida?

—El a... me ha atacado, jefe.

—¿Has permitido que una estúpida niña humana te venciera?

—No esperaba que fuera tan... intrépida.

—Ya te lo he dicho; se ha encontrado con la Muerte y ha vivido para contarlo. Claro que ha sido capaz de hacerte daño. Tienes suerte de que la hoja con la que te ha atacado no fuera de plata.

—Sí, jefe —mascul a—. ¿Hay algo más que necesite de mí?

Siento su irritación. No deseaba que yo me enterara de su herida.

Incluso se ha cambiado la camisa para intentar ocultarla. Su perdición no será causada tanto por su sed de venganza como por su orgullo. Por su deseo de notoriedad. De ser considerado el salvador que ha resucitado a sus demoníacos compañeros de la noche —los que hemos sido desterrados de la Espesura Silvana— y nos ha devuelto el espacio que nos corresponde bajo las estrellas invernales.

Pero Lázaro no fue ningún salvador, y este imbécil patético no es asunto mío. Todos son sacrificables. Cada uno de ellos es un medio para alcanzar mi fin.

—¿Jefe? —insiste—. ¿Requiere algún otro servicio?

—No en este momento. —Hago una pausa—. No. Eso no es cierto.

Deseo que te bañes.

—¿Jefe?

Su confusión me irrita.

—Puede que te hayas cambiado la vestimenta, pero todavía apuestas a muerte. Te olerán antes de que sus ojos se posen sobre ti. —Recurso a mi mayor ventaja. El poder de cautivar a los seres inferiores sin usar nada más que mis palabras—. Esta es tu próxima lección: si deseas infundir respeto y ascender a una posición superior, debes ser mejor que tus hermanos. Debes ser más astuto. Tu vida te ha sido arrebatada y te has visto relegado a una posición de servidumbre durante demasiado tiempo. Pero no eres un sirviente. Tienes a mano las herramientas necesarias para ser el rey de esta jungla. Tienes los medios para construir un puente sobre la grieta que nos divide... y salvarnos a todos.

—Dejo que mi voz se esfume con significado e inclino mis facciones hacia arriba.

—Un león —suspira él, y sus ojos se vuelven luminosos de gloria.

Asiento con la cabeza.

—Pero nunca debes olvidar. Todo el mundo es un escenario.

—Y todos los hombres y mujeres son meros actores —concluye con gran efecto.

Le indico que se marche con un movimiento del mentón. Él hace una reverencia antes de disolverse en la oscuridad, sus pasos ligeros por su éxito.

Tonto insignificante cante.

Ansía complacerme. Ansía tomar el lugar del usurpador y asentarse en una posición de poder. Ese es el motivo por el cual lo elegí hace no tanto tiempo. Porque yo también ansío arrebatarme de mí

enemigo lo que me ha sido arrebatado. Ansío hacerle saber qué te hace sentir la pérdida de un amor y la ruptura de una conanza.

Por un momento, recuerdo el momento en el que la traición me perforó el alma. Cuando me di cuenta de lo que había sucedido, sentí que mi cuerpo se convertía en un cascarón hueco, como es de esperar cuando la esencia de una persona queda chamuscada. Necesité años para recoger todas las brasas. Para recomponerme en un ser entero.

Después de ese período difícil, dejé de sentir tristeza por lo que había perdido. Solo sentía furia. Odio.

Ahora siento venganza. Sabe dulce. Más dulce que toda la sangre y la muerte que podría haber soñado con tragar.

Un hombre en su vida interpreta muchos roles.

Ellos creyeron que no había ningún motivo para temerme. Que me había dispersado en los vientos como las cenizas de una urna. Buscaron robar lo que me pertenecía por naturaleza e instalar un rey falso sobre el trono.

Se equivocaron.

████████████████████

VELADA DE UNA NOCHE DE VERANO

No. — B

Bastien se había negado a quedar con Celine. El canalino insufrible ni siquiera se había molestado en mostrar la más mínima pizca de cordialidad en su respuesta.

Las primeras cinco veces que él leyó la nota —su inicial garabateada en una letra más grande que la propia vida—, la ira recorrió sus venas.

Había recurrido a caminar de un lado para el otro sobre la alfombra acolchada de su habitación prestada mientras hervía de furia.

Después, con la sexta lectura, se recompuso. Dominó su expresión.

La ira era momentánea. Él se arrepentiría de eso para siempre.

Fría y serena, Celine hizo planes. Envío una nota a Odette por medio del mensajero del hotel, quien también le trajo su respuesta, en la que le informaba sobre los planes de Bastien para esa noche.

Asistiría a la velada de Una Noche de Verano organizada por los Juerguistas de la Noche de Reyes. La misma esta a la que Celine se había negado a asistir cuando Odette la había invitado durante la cena, hacía solo un par de días.

En aquella noche en particular, la esta no cumplía ningún propósito.

Pero ese día era otra historia. La intención de Celine era que ese evento cumpliera varios propósitos, todos a su favor. De hecho, frecuentaría todas las ridículas funciones de carnaval en el futuro

cercano —incluso el maldito baile de máscaras— si eso signi caba erradicar al culpable de esos crímenes espantosos, que ahora estaban sucediendo a su alrededor una vez por semana.

Su plan para esa noche era doble: conseguir respuestas para sus muchas preguntas del mismísimo león y hacer saber al asesino que Celine Rousseau no huiría con el rabo entre las piernas.

Que planeaba quedarse y luchar.

Se tomó un tiempo para prepararse. No importaba que hubiera tenido menos de una sola tarde para conseguir un disfraz. Otro mensaje rápido a Odette le aseguró un vestido prestado por una familia que le debía «un barril de dinero» a la Corte.

El traje nal no le quedaba del todo bien, pero Celine pasó la última parte del día convirtiéndolo en algo que sirviera para la ocasión, un evento al aire libre que tenía lugar junto a una casa parroquial en la calle más adinerada del Distrito de los Jardines. No había ninguna duda de que era de mal gusto que Celine asistiera a una esta de cualquier tipo cuando hacía un par de días la habían echado del convento.

Pero ya no importaba.

Fuera como fuera, la buena sociedad no tenía sitio para Celine. Era hora de que ella se retirara de sus con nes.

Cuando terminó de aplicar los detalles al disfraz, Celine guardó la carta de Bastien en el bolsillo de su vestido prestado.

Planeaba buscarla con la mano con frecuencia para pel izcar el pergamino entre los dedos mientras imaginaba que era el cuello de él.

La mera idea la llenaba de valor. Podía ser que Sébastien Saint Germain hubiera ignorado su citación previa, pero no podría esquivar a Celine esa noche. Esa noche, ella tendría sus respuestas. Conocería la verdad sobre el lazo amarillo. Sobre la participación de él en los

██████████

asesinatos. Sabría con exactitud qué eran todos los miembros de La Corte de los Leones.

Al fin sabría de qué lado estaba todo el mundo.

Si no estaban luchando a su lado, estaban en su contra. Y Celine tenía la intención de usar todas las herramientas que tenía en su arsenal para proteger a quienes ella quería —y a sí misma— de cualquier cosa que pudiera venir.

Aunque el In erno mismo desatara todos sus monstruos sobre la Ciudad de la Luna Creciente.

Se oyeron gritos eufóricos a lo largo del seto de rosales de color ocre que estaba a espaldas de Celine. Un hombre pasó como un rayo por la entrada del laberinto que estaba en el jardín con la vestimenta cubierta de hojas, ramas colocadas en sitios estratégicos sobre la cabeza y una copa de champán cuyo contenido se derramaba en la mano. Rio y echó una mirada por encima de su hombro mientras corría. Una mujer joven con una falda diáfana teñida de un color jade muy pálido casi se dio de bruces contra Celine en un intento por seguir al cabal ero borracho. La chica corrió hacia los brazos del joven y chocaron el uno con el otro antes de deshacerse en risas.

Celine respiró con lentitud. Quizás había sido un error ir al í.

Cuanto más tiempo usaba ese traje, más cuenta se daba de lo mal que le quedaba. El corpiño de seda color esmeralda era caluroso, y las capas de enaguas de color crema eran pesadas. Lo peor era que la tal a pequeña la había obligado a ajustar el corsé. Y, si se guiaba por los

«disfraces» que los otros invitados habían elegido para una velada con la temática de *Sueño de una noche de verano* de Shakespeare, sus

esfuerzos no habían valido nada.

Los miembros de los estratos más altos de la sociedad de Nueva Orleans habían usado la temática de la esta como una simple sugerencia. Celine ya había avistado gente disfrazada de ninfas del bosque o hadas, con gemas de bisutería, prendas translúcidas y ramas pegadas sobre sus elegantes chaquetas de levita. Había al menos cinco sátiros presentes. *Cinco* hombres jóvenes de familias prominentes vestidos como cabras lascivas. En su opinión, uno ya habría sido demasiado.

¿Alguien se había molestado en ver o leer la obra?

El a había esperado canalizar a Hermia, un personaje que l evaba el nombre del dios del comercio. Como tal, Celine sintió que sería apropiado l evar un vestido del color de la avaricia. Había recortado láminas doradas delgadas en forma de monedas y las había colocado a lo largo de los pómulos y alrededor de los ojos, como si estuvieran cayendo de la corona de rizos negros que cubría su cabeza. También había colgado bil etes reales del peinado, que consistía en dejar la mitad del pelo suelto, arrojado sin cuidado sobre un hombro. Hacía años que la sociedad no consideraba que fuera apropiado que Celine l evara el pelo suelto en público.

Daba igual, que la sociedad se pudriera. Bueno, que se pudriera a medias.

Después de la insistencia de Odette, Celine aceptó un toque nal de polvo hecho de perlas molidas distribuido en su cara y escote.

«Tienes que usarlo, querida, es así de simple», había dictaminado Odette, como si eso tuviera algo de sentido.

Cada vez que Celine se inclinaba hacia un lado o se estiraba para alcanzar algo, oía cómo las costuras del corpiño color verde

comenzaban a gritar. Estaba tan apretada como las varillas del corsé se lo permitían, pero aun así la exquisita tela verde que le cubría el busto se sostenía de una pieza por poco más que una plegaria. Era probable que, antes de que la noche llegara a su fin, sus pechos se liberaran del corsé, una imagen que atraería cierto tipo de ignominia. Aunque la ayudaría a retirarse de la buena sociedad, haría que esa conclusión fuera un poco abrupta. Algo con lo que todavía no estaba del todo cómoda.

Sin embargo, tal y como parecía estar progresando la noche, ese podría no ser el evento más escandaloso de la velada.

Cuando Celine y Odette habían entrado al vestíbulo frente a ese magnífico lugar, el champán había uido con libertad y se le había servido a todo aquel que lo deseara. Horas más tarde, los pilares más glamurosos de la sociedad de Nueva Orleans estaban bien sumergidos en alcohol. Había parejas que ya habían comenzado a desaparecer entre los setos de las profundidades del imponente laberinto en busca de esquinas oscuras colmadas de susurros fervientes.

Celine tiró el escote de su traje esmeralda en un intento vano por levantarlo.

—Deja de toquetearlo, *mon amie*. Solo conseguirás llamar más la atención hacia la imponente franja de piel descubierta que tienes ahí —

señaló Odette desde un lado. Llevaba un vestido ceñido que caía desde uno de los hombros en una cascada de organza y el pelo recogido con una redonda a brida sobre la cabeza. Se había puesto prendas al estilo de la Regencia, con una pizca de influencia grecorromana. Una madeja de tules delgados como un susurro y teñidos de un profundo púrpura de Tiro habían sido colocados sobre su pecho y las puntas habían quedado como una cola a su espalda. Llevaba un cinturón dorado alrededor de la cintura, inspirado por el personaje de Hipólita, reina de

las Amazonas.

—No me molesta una franja de piel descubierta —respondió Celine

—. Lo que sí me molestaría es que mi pecho se saliera del vestido en una esta repleta de sátiros.

—Si eso sucede, tendrás tres propuestas de matrimonio antes de que termine la noche. —Odette soltó una risa y agitó sus rizos castaños sueltos con su abanico de marfil.

—No tengo ninguna intención de convertirme en la futura *madame* Cabra. —Celine resopló—. Además de eso, me siento como un jamón atado para una cena de celebración.

La risa de Odette resonó hacia el cielo iluminado por estrellas.

—Solo has bebido una copa de champán y ya eres mucho más entretenida que el mismísimo Bardo. —Los bordes de su cara encantadora se fruncieron al echar una mirada cálida en dirección a Celine—. Antes de que me olvide, estás divina con ese color. Combina a la perfección con tus ojos.

Sus palabras hicieron que Celine se encogiera. Quién la atormentaba había usado esa palabra

aquel a noche en el Barrio. *Divina*. Que signi caba «de los dioses». Esa noche no se sentía como si fuera «de los dioses», eso era seguro.

—Debería haberme disfrazado de árbol —comentó Celine con tono inexpresivo.

Cuando recorrió toda la longitud del seto con la mirada, vio a *otro* sátiro, con sus orejas de cabra bien arriba sobre sus rizos y una cola confeccionada con lana y plumas prendidas de la parte trasera del pantalón de gabardina.

—¿Alguno de estos bufones ha leído la obra? —La exasperación se propagó desde su pecho.

Odette se rio con alegría mientras su largo manto púrpura se arremolinaba a sus pies.

Una gura familiar l amó la atención de Celine desde el otro lado de donde estaba. Su corazón dio un salto al ver un par de ojos de color za ro que pasaban peligrosamente cerca de donde Celine estaba, y la sonrisa dulce y serena que estaba debajo de el os.

Pippa Montrose estaba presente en esa velada, vestida de lo que Celine apostaba que era Titania, la reina de las hadas. Había l egado del brazo de un joven plácido de compleción delgada y gafas grandes y redondas, probablemente Phoebus Devereux.

Por fortuna, parecía que Pippa todavía no había visto a Celine a través de la multitud.

Sin pensarlo dos veces, Celine se giró para darle la espalda a Pippa sin dejar de desear poder desaparecer entre los rosales. Si su amiga la veía, lo más probable era que hubiera una confrontación. Solo ese día, Pippa había enviado dos mensajes al hotel, y los dos consistían en preguntas sobre el bienestar de Celine. Durante la segunda parte de la tarde, Pippa se había acercado al Dumaine en persona, con la esperanza de ver cómo estaba su amiga. Celine se había excusado en cada uno de esos intentos por establecer contacto y había creado una telaraña de mentiras piadosas diseñadas para mantenerla lo más alejada de el a que fuera posible, aunque eso signi cara estropear su relación.

Era mejor que Pippa se sintiera dejada de lado a que permaneciera bajo la mira del asesino.

—Deberíamos irnos —murmuró Celine a Odette justo al mismo tiempo que otro aluvión de invitados alegres levantaban a un joven sobre los hombros y procedían a celebrarlo como si sus cabal os hubieran ganado el Derby.

—Creí que querías ver a Bastien. ¿Ocurre algo? —Odette se acercó más a el a, sus facciones fruncidas de preocupación.

—No pasa nada. —Celine se esforzó por parecer indiferente—. Pero ya han pasado tres horas desde que l egamos. Si él tuviera alguna intención de enseñar su cara, ya estaría aquí.

Odette hizo un gesto con la mano para quitarle importancia al comentario y las joyas que adornaban sus dedos resplandecieron. No había ninguna duda de que no eran de bisutería.

—Ah, tonterías, siempre l ega tarde a este tipo de cosas. Al maldito le gusta hacer entradas

dramáticas.

A pesar de la certeza de Odette, la duda se desplegó en el estómago de Celine. Madeleine y Hortense habían llegado no mucho después que Celine y Odette, vestidas como hadas etéreas, sus hombros oscuros brillaban con polvo de oro. Boone las había seguido un momento más tarde, vestido de blanco y con un halo literal alrededor de la cabeza. La imagen había causado que el cuerpo de Odette se sacudiera de risa.

Celine estaba a punto de renovar sus objeciones cuando Odette agitó los dedos en el aire sobre la cabeza y esbozó una sonrisa radiante.

—¡Nigel! —Odette sujetó la mano de Celine para arrastrarla con ella.

En dirección a donde Pippa y Phoebus estaban charlando con la ory nata de la sociedad de la Ciudad de la Luna Creciente.

—Odette —jadeó Celine mientras intentaba soltarse de la mano firme de la joven.

La calidez húmeda de la noche y el rugido amortiguado de la fiesta consiguieron ahogar las protestas de Celine. Nigel las encontró a mitad de camino, seguido por dos guras enmascaradas que deambulaban a paso tranquilo. Su gura alta serpenteaba con facilidad entre el sinfín de cuerpos que circulaban y se desparramaban por todos lados. Al igual

que la mayoría de los otros invitados presentes, había encarado su disfraz con bastante apatía y había recurrido a enrollar sus brazos con un par de ramas de sauce que dejaban colgar sus hojas y generaban, en su totalidad, un efecto bastante mediocre, a excepción de la corona de laureles que decoraba su cabeza.

Boone apareció de la nada y sobresaltó a Celine al acercarse a ella con una camisa blanca que se inclinaba alrededor de su torso esbelto y el halo dorado inclinado sobre la frente.

Agradecida por el escondite que esa cercanía le proveía, Celine se detuvo a observar su atuendo.

—¿Y quién se supone que eres?

—Teseo —respondió Boone sin dudar.

—¿El héroe fundador de Atenas? —La incredulidad brilló en la cara de Celine—. No bromees. Vas vestido como un ángel.

—La verdad es que pensé que era una fiesta de santos y pecadores.

—¿Y se te ocurrió vestirte de santo?

—¿No lo sabes, cariño? —dijo arrastrando las palabras—. Los mejores santos son todos pecadores.

A pesar de todo, Celine soltó una risa, y el sonido llenó sus pulmones e hizo que sus varillas ajustadas se estiraran todavía más. Presionó una mano contra su esternón y exhaló con lentitud

para recuperar el aliento.

Boone echó una mirada lujuriosa hacia el pecho de Celine con todo el deseo de un pecador veterano, y Celine no ignoró la ironía.

Nigel sonrió cuando Odette empujó a Boone en el hombro con una nota de advertencia en la mirada. Al instante siguiente, el a se giró hacia Nigel y soltó un suspiro tan profundo que pareció salido del alma.

—¿Y a quién estás intentando canalizar con ese maldito disfraz?

Esperaba más de ti, *lord* Fitzroy.

—Oberón, desde luego. —Nigel retorció las puntas enceradas de su bigote rojizo con expresión traviesa y acento muy marcado—. El único e inigualable rey de las hadas.

—Más bien rey de los árboles que necesitan ser podados —bromeó Odette, y arrancó una hoja sin vida de su codo.

Él la observó desde su altura con una actitud imperiosa exagerada.

—Sea como sea, tengo el control sobre todo lo que está en mi dominio. Arrodílate ante mí, Hipólita.

—No tienes control sobre nada, mi niño dulce e ingenuo. —Odette pasó la punta de un dedo enguantado por el mentón de Nigel mientras su cara dibujaba el fantasma de una sonrisa—. Mucho menos sobre la reina de las amazonas.

Nigel hizo una reverencia exagerada y el movimiento provocó que temblaran las hojas que rodeaban sus muñecas. Le dedicó un movimiento de cabeza descarado a Celine, cuya atención se desvió a las dos guras enmascaradas que merodeaban en su sombra. Quizás

«merodear» no fuera la palabra indicada. Porque ninguno de los dos cabaleros parecía estar interesado ni en lo más mínimo por el espectáculo que se desarrollaba delante de ellos.

Uno de ellos era, sin ninguna duda, Arjun Desai. Una máscara de burro ocultaba la parte superior de su cara morena. Una cola de eltro colgaba de su trasero. Al menos él sí había tenido en cuenta la temática de la velada, porque estaba claro que su intención era representar a Nick Bottom, el pobre bufón que era transformado en un animal de carga por el famoso bromista, Robin Goodfellow.

Arjun barrió sus alrededores con la mirada y, cuando sus ojos se posaron sobre Pippa, las comisuras de sus labios temblaron.

—¿Esa es tu amiga, la que va del brazo de Phoebus Devereux? —

preguntó a Celine.

—Eso creo —respondió de forma evasiva. Con la esperanza de que no insistiera más en el tema.

—Fascinante.

La sonrisa de Arjun se amplió al dedicar una mirada signi cativa al joven alto y de hombros anchos que estaba a su izquierda. La totalidad de su cara estaba cubierta por una máscara que incluía un par de cuernos espiralados que salían de la frente y cuyo per l hacía pensar en un toro. Su cuerpo estaba envuelto en un abrigo de cuero con el cuel o levantado, para ocultar aún más sus rasgos.

Lo único que lo identi caba era el anil o dorado que l evaba en el dedo meñique de la mano izquierda con el sel o de La Corte de los Leones en relieve.

Los ojos de Celine permanecieron sobre el anil o, y los dedos elegantes de Bastien se exionaron a sus costados, como si pudieran sentir su mirada inquebrantable. El hecho de que Celine notara esa grieta particular de su fachada no debería haber signi cado nada para el a. Sin embargo, para su disgusto, provocó que su estómago se tensara y que su piel se estremeciera, como si hubiera salido a una vigorizante noche invernal.

La forma en la que él la notaba la hacía sentir viva. Lo cual signi caba que la hacía sentir algo entre la nada y el todo. Sin ninguna duda, se trataba de un desarrol o fastidioso. Casi tan inquietante como la inevitable pregunta que seguía.

¿Bastien se sentía feliz de verla, o irritado?

Esa era la primera vez que se veían desde la admisión de su atracción mutua. Desde la noche en la que habían acordado no ser nada más que meros conocidos. Por desgracia, la presencia de un mero conocido no

habría desatado una plaga de mariposas en el estómago de Celine que luego se amontonaron alrededor de su corazón sin dejar de aletear.

La frustración se extendió como un calor debajo de su piel.

Odette adoptó una pose dramática con la cadera derecha hacia fuera e hizo un gesto en dirección a Bastien.

—A ver, dime, ¿quién se supone que eres?

—El Minotauro. —Una voz profunda emanó desde detrás de la máscara de toro y su tono sonaba algo divertido.

—¿Hay un minotauro en la obra de Shakespeare? —preguntó Odette.

Bastien sacudió su cabeza con cuernos una sola vez.

—Veo que eso te ha importado un cuerno —bromeó Celine, y deseó poder ver sus ojos. Deseó poder leer sus pensamientos como si fueran las hojas de un libro querido sobre las que se detendría para saborear hasta la última palabra. Los dedos de Celine se movieron hacia el bolsil o por voluntad propia y pel izcaron la nota insolente para avivar la ira en su sangre, con la

esperanza de que las lamas vencieran al deseo.

La cabeza de toro se inclinó en dirección a Celine con un movimiento lleno de desprecio. Después Bastien apartó la mirada, como si la mera idea de mirarla le resultara aburrida.

Aunque fue sutil, su rechazo llenó a Celine de una furia desproporcionada cuyo fuego se tragaba todo lo que se interponía en su camino. Hizo una bola con la nota que sujetaba en el puño. Ya la había ignorado una vez ese día. Después de eso, Celine se había tomado muchas molestias para asistir a esa condenada reunión con la única intención de hacerle frente.

¿Y ahora él planeaba tratarla a *ella* con desdén?

Una locura, de principio a fin. Era cierto que una parte ingenua de Celine había querido verlo y que él la viera a ella. Ahora merecía

sentirse herida. Sucumbir a la locura nunca resultaba en algo bueno.

No importaba. Para usar las propias palabras de Bastien: Celine no tendría piedad alguna con él. Ya había jugado con él durante demasiado tiempo. Esas no eran las acciones de un conocido. Esas eran las acciones de un enemigo. Celine ya había tenido sus cientos enemigos.

Si Bastien era el Minotauro, entonces Celine sería Teseo, armado con la espada de Egeo.

Lista para matar a la bestia.

Como si pudiera saborear la incomodidad que se estaba acumulando en el aire, Arjun rio, levantó su máscara de burro y las cintas de seda que la ataban se arrastraron entre las ondas rebeldes de su pelo.

—Bueno, apuesto a que este evento será la cumbre del libertinaje de esta temporada. ¿A alguien le interesa establecer las condiciones? —Su acento británico sonaba demasiado refinado para una fiesta en la que los sátiros rondaban los jardines con una facilidad insidiosa. Demasiado culto para una noche en la que bufones borrachos perdían sus inhibiciones en un laberinto de rosales olorosos, de los cuales olvidaban las espinas.

Como si tuviera la intención de ilustrar sus palabras, una joven belísima con el pelo del color de las brasas ardientes vertió una copa de champán burbujeante sobre la piel pálida de su garganta y lo dejó correr entre las clavículas y empapar el frente de su corsé. El líquido dibujó la forma de sus pechos antes de que ella se negara a estar escandalizada, como si solo se hubiera equivocado al beberse a la boca. Soltó una risita aguda y falsa.

Fuera cual fuera la atención que la joven buscaba obtener, la había conseguido. Todas las miradas —tanto masculinas como femeninas—

se posaron en su cuerpo esbelto, escandalizadas y tentadas a la vez.

Con una sonrisa satisfecha, la joven dio una vuelta para unirse a la ronda de amigas que reían nerviosas, seguras y mimadas.

Por el momento.

Distraída por el espectáculo, la mirada asombrada de Pippa se posó sobre Celine y, en un instante, las dos se dieron cuenta de lo mismo. Un destello de dolor apareció en los rasgos de Pippa y sus labios se abrieron con sorpresa. De inmediato se inclinó hacia su acompañante y habló en voz baja.

Celine sabía que Pippa necesitaría avanzar menos de diez pasos para enfrentarse a él. El asesino necesitaría la mitad de esa distancia para percibirla, si es que estaba presente, como Celine suponía. Y Celine no podía permitir que eso sucediera.

El pánico arraigó en su estómago. Una risa irritante se elevó por el aire a su alrededor y se mezcló con el parloteo incesante. El aroma a hierbas frescas y el hierro de la tierra removida llenó la nariz de Celine mientras buscaba una escapatoria.

Con un único movimiento serpenteante, Bastien se quitó la máscara de toro para revelar sus ojos plateados como nubes de tormenta y una expresión resguardada. Como si sintiera su desesperación.

Sus miradas se cruzaron durante un instante.

Al siguiente, Celine dio media vuelta sin advertencia y corrió hacia la entrada del laberinto, donde las espinas atrapaban su falda de color crema con cada paso que daba.

████████████████████

LA ENCARNACIÓN DE LAS TINIEBLAS

Celine no sabía por qué estaba segura de que Bastien la seguiría.

Solo sabía —con la certeza de una luna ascendente— que lo haría.

Cuando echó una mirada por encima de su hombro, vio que la sombra de su abrigo se extendía a espaldas de él y tuvo la sensación de que algo nunca antes visto, ni oído, ni sentido, se agitaba en su sangre. Pulsaba al mismo ritmo que su corazón y la llevaba por un camino malvado que se adentraba cada vez más en las tinieblas del mal.

El a *era* Teseo. Y estaba tendiendo una trampa para el poderoso Minotauro en un laberinto maldito.

Como si él lo estuviera guiando con un hilo, Bastien se deslizaba tras sus pasos. Celine lo sentía a través de las capas de sombras, como si la noche la hubiera acogido y la hubiera vuelto a recrear en su imagen.

Los sonidos alegres se disiparon en suspiros, el olor a sudor y ores aplastadas impregnó el aire cálido.

Celine serpenteó entre un par de mujeres jóvenes que se abrazaban en un rincón mientras pisoteaban los pétalos a sus pies hasta formar una pasta. El tirante del vestido de una de las chicas

se había deslizado por su brazo, y el pintalabios de su amante no era más que una mancha en su mejilla.

Con la cara ardiente y una expresión de disculpa, Celine rodeó la siguiente esquina y se topó con un camino sin salida. Se giró y mantuvo

la cabeza en alto. Bastien estaba de pie delante de él, iluminado por detrás por la luna, con la mayor parte de la cara cubierta por el cuello levantado de su abrigo y la cabeza del Minotauro colgada de una mano.

El a lo fulminó con la mirada a través del vacío y se prometió que se aferraría al plan, aunque el espacio que los rodeaba estuviera cargado de insinuaciones.

—¿El Minotauro, Bastien? ¿En serio?

—Tengo cierta ansiedad por los monstruos.

—¿Y el abrigo largo y negro?

—Me gusta dar un espectáculo. —Su cara no enseñaba nada más que sombras y el contorno de su mandíbula re nada. Como si no hubiera nada en la situación que lo perturbara ni en lo más mínimo.

Eso provocó a Celine todavía más.

—¿Y qué hay del lazo amarillo de Anabel?

—¿Qué pasa con él? —Bastien dio un paso hacia adelante. Un frío ártico emanaba de su piel.

—¿Por qué lo tienes tú?

Él no dijo nada durante un instante.

—¿Por qué crees que lo tengo yo? —Bastien dio otro paso hacia adelante y acorraló a Celine contra la esquina.

—Detente —ordenó el a.

—¿Tienes miedo? —Él se detuvo en seco.

—No. Estoy furiosa.

—Ya veo. —La respuesta de Bastien fue lenta. Deliberada—. Crees que yo la maté —dijo en voz baja.

—Ya no sé qué pensar. —La noche tan oscura hacía que fuera difícil para Celine discernir sus facciones.

—Si te dijera que yo no la maté, ¿me creerías? Si te dijera que

encontré el lazo en la escalera, ¿sonaría a verdad? —Volvió a avanzar, al acecho como una pantera, y bajó aún más el timbre de su voz—. ¿O me creerías si te dijera que pertenecía a una persona a la que quise hace muchos años?

—No... no lo sé.

—¿*Quieres* creerme? —Era como si el mismísimo Lucifer le hubiera hecho la pregunta a Celine, su voz llena de una diablura oscura.

Sí, respondió su corazón.

—No. —Las manos de Celine formaron un par de puños.

—Mentirosa. —El último paso que Bastien dio alumbró su cara bajo un rayo de luz de luna.

Celine llenó sus pulmones con una inhalación repentina. La belleza de Bastien era dolorosa. No era como el arte o la poesía. Sino como la violencia. La forma en la que verla te atrapa y no te deja ir. Como una tormenta eléctrica detrás de un banco de nubes. Un maremoto que golpea contra la costa. Un recordatorio de que la vida no es más que un instante en el tiempo.

Que cada segundo de ella debe ser disfrutado.

—¿Qué clase de criaturas sois los miembros de La Corte de los Leones? —preguntó Celine directamente, inquieta por el temblor de su pecho—. Porque no creo que ninguno de vosotros seáis humanos.

Celine esperaba ver un destello de sorpresa en su cara. Él permaneció inexpresivo mientras el borde de su abrigo largo se agitaba a su alrededor como si fuera la encarnación de las tinieblas.

—Odette hace que todo sea posible. Arjun es hábil con las palabras.

Nigel se ocupa de la balanza del banquero. Jae elimina cualquier peso muerto. Boone encuentra cosas que desean permanecer ocultas.

Madeleine hace funcionar esas cosas mientras Hortense retoza en el

fondo. Y, aparte de mi amor por las serpientes, yo soy tan humano como tú —explicó Bastien con sencillez.

—¿Me tomas por tonta? —replicó ella.

Él no respondió nada.

—Si La Corte de los Leones no es responsable de la muerte de Anabel y de William, entonces, ¿quién lo es? —exigió Celine en un susurro áspero—. ¿Y cómo lo detenemos?

Se oyó el ruido de una rama pisada al otro lado de la esquina, un crujido de advertencia.

Antes de que Celine pudiera pestañear, Bastien la empujó contra el rincón y la cubrió con el cuerpo mientras las hojas cerosas a su espalda le pinchaban la piel descubierta de sus brazos. Todo el aire que tenía en los pulmones la dejó y la sangre inundó sus venas en un frenesí ferviente. Por un instante ridículo, Celine pensó que Bastien estaba a punto de besarla, como uno de los héroes de las novelas baratas que él solía robarle a su amiga Josephine.

Sus brazos la rodearon al mismo tiempo que él adoptaba una posición expansiva que la protegía de ser vista. Cualquiera persona que los viera de cerca pensaría que eran un par de enamorados perdidos en el desenfreno de la noche. Celine no dejó de notar que Bastien no había adoptado una posición defensiva.

Lo cual signi caba que su intención era solo proteger.

Unas pisadas sonaron a espaldas de Bastien y un grupo de guras indistintas se hicieron visibles. Con cada segundo que pasaba, se acercaban más y más, sus identidades ocultas por la oscuridad de la noche.

El cuerpo de Bastien emanaba una amenaza inconfundible. Desde cada uno de los músculos tensados debajo del chaleco negro hasta cada

uno de los tendones extendidos en los brazos. El aliento de Celine se atoró en su garganta, el pulso le vibraba en los oídos. Un nuevo recordatorio de por qué tantas personas preferían evitar a Bastien.

De pie delante de Celine, había un hombre joven capaz de derramar sangre sin dudarle ni un instante. Un demonio implacable que podría matar a un soldado armado a caballo y asistir a misa al día siguiente.

Los intrusos se acercaron, como si estuvieran buscando algo entre los setos, farful ando y tropezando en la oscuridad. El brazo derecho de Bastien serpenteó alrededor de la cintura de Celine para colocar la empuñadura de una daga pequeña en la palma de su mano, mientras su mano izquierda se deslizaba hacia el revólver que estaba guardado en la pistolera que colgaba de su hombro.

Él sacudió la cabeza una vez. Celine asintió para indicar que entendía.

No diría nada. Esperarían como un par de serpientes enrolladas y listas para atacar.

Una forma esbelta —que pertenecía a una mujer joven— se tropezó y apareció por encima del hombro de Bastien.

—¿No has dicho que habías visto a Sébastien Saint Germain entrar al laberinto persiguiendo a una mujer? —preguntó a la persona que la acompañaba a sus espaldas con palabras que se

amontonaban por la bebida.

—Juraría que lo he visto. —Otra voz femenina sonó detrás de el a.

—¿Qué ratoncita afortunada ha conseguido atrapar a un león? —

protestó la primera chica.

—Puede quedárselo —respondió su amiga con un estremecimiento que se alcanzaba a oír—. Él y todos los miembros de la Corte me asustan. No me importa cuánto dinero o influencia manejen.

—¿Cómo puedes decir eso? Él es un trofeo se mire por donde se

mire. ¿Has visto qué aspecto tiene cuando sonrío? —Suspiró—. Su cara podría prender fuego la ropa interior de cualquier chica.

Una luz fría apareció en la mirada de Bastien mientras el as hablaban.

El hielo de una noche sin luna en la cima del Himalaya.

—Bueno, él no está aquí —declaró la segunda chica—. Y *maman* estaría furiosa si se enterara que nos hemos metido en el laberinto. Todo el mundo sabe qué es lo ocurre aquí después de la medianoche.

—Maldita sea —masculó la primera chica entre dientes—. Esperaba irme con al menos *una* buena historia de esta esta.

—Con los asesinatos que ha habido, deberíamos estar agradecidas de estar aquí.

La amiga sensata tiró de la chica y la obligó a deshacer sus pasos hasta que, un instante más tarde, sus palabras comenzaron a derretirse y se esfumaron por completo.

Incluso después de que estuvieran lo bastante lejos como para no oírlos, Bastien no retrocedió. Sus ojos estaban clavados en Celine, sus labios estaban fruncidos y su expresión era calculadora.

Celine levantó los ojos y le devolvió la mirada con la misma intensidad. Inhaló y sintió el aroma a bergamota de su colonia mezclado con el olor a cuero blando.

—Parece que tu reputación te precede —señaló el a con palabras mudas. Traidoras.

Con cada instante que pasaba, la carga del aire mutaba, y el peligro fue cambiando hasta convertirse en algo más cálido, más embriagador.

Pero no por eso menos mortal.

—Al menos hay una mujer aquí que tiene la inteligencia suficiente para temerme —respondió él, y estaba claro lo que quería decir.

—¿Eso es lo que crees? —Celine frunció el entrecejo—. ¿Que no soy

nada más que una tonta envuelta en faldas de seda?

—No te pareces en nada a esas mujeres. El as son sanguijuelas. Tú eres una leona.

Una ola de placer le recorrió el cuerpo al oír su elogio.

—¿Y qué quieren las sanguijuelas de los leones?

—Quieren tener la oportunidad de beber de nuestra sangre helada.

—Se acercó más y su aliento frío le acarició la piel.

Celine consideró su cara y se concentró en la forma en la que su boca formaba las palabras. La forma en la que ese surco perfecto se hundía en el centro de los labios. Qué fácil que sería ponerse de puntillas y hacer lo que había querido hacer desde la primera vez que había posado sus ojos sobre él.

No estaba sola en su deseo. Incluso a la luz azul de la luna, la evidente avidez de Bastien rompía las amarras de Celine y la dejaba a la deriva en un mar tormentoso.

Era la clase de deseo que dolía.

—Celine. —Él pronunció su nombre como si fuera una plegaria—.

¿Qué quieres?

—Quiero... —Se vio a sí misma reflejada en su mirada líquida.

Bastien rozó su frente contra la de ella.

—Pon fin a nuestra miseria —susurró—. Por favor.

Celine se elevó sobre la punta de sus pies, invadiendo su espacio tal como él había invadido el de ella. Lo sostuvo de sus solapas impecables con el cuchillo o todavía entre los dedos, su hoja blanca bajo el brillo de las estrellas. La parte delantera de su corsé presionaba contra los planos duros del cuerpo de él, y el corazón de Bastien corría una carrera contra el suyo. Él miró hacia abajo y se mantuvo firme.

Sus labios estaban a un milímetro de tocarse.

—Quiero... —La lengua de Celine estaba a un bocado de distancia—

... que respondas a mis malditas preguntas.

Bastien necesitó un momento para registrar sus palabras. Una sombra cruzó su cara, un músculo se tensó en su mandíbula mientras él se relajaba y daba un paso cuidadoso hacia atrás. Las manos de Celine cayeron de su pecho, sus talones volvieron una vez más a la tierra, la daga colgó inerte de su palma.

El a esperaba su enfado. Desde muy joven, Celine había aprendido que a los chicos no les gustaba que las chicas jugaran con sus deseos.

Estaba preparada para su enfado. Estaba preparada para soltar un poco del propio a cambio.

Una risa profunda sacudió la noche. Comenzó en el pecho de Bastien, después salió despedida de sus labios perfectos, un sonido de apreciación desvergonzada.

Celine se quedó congelada, atónita y muda.

¿Por qué nunca se comportaba como era de esperar? ¿Y por qué eso lo hacía todavía más atractivo, maldita sea?

Bastien siguió riendo como si nadie estuviera al í para escucharlo. Sus labios se torcieron en una media sonrisa.

—Celine Rousseau, eres...

—... bril ante —concluyó el a, negándose a admitir lo mucho que la había inquietado su reacción —. Un placer absoluto.

—Iba a decir «imposible». —Bastien sacudió la cabeza, y durante un instante minúsculo pareció desconcertado. Después borró la expresión de su cara, como el camaleón experto que era—. Pero supongo que estaría dispuesto a considerar otras opciones. —Se irguió—. Si quieres que responda tus preguntas, dime tus condiciones.

—¿Quieres negociar? —Celine parpadeó, resentida por la facilidad con la que él cambiaba de actitud.

—Si envainas tu arma. —Bastien hizo un gesto en dirección a la daga que el a tenía en la mano.

Sin darse cuenta, Celine había levantado la hoja pequeña entre el os dos. Parpadeó como un ciervo atrapado en un claro del bosque y giró la empuñadura iridiscente hacia él.

En lugar de aceptarla, Bastien le entregó la funda de madreperla a el a.

—Llévala contigo en todo momento. La hoja es de plata pura. En estos momentos, un arma como esta es una necesidad, no una opción.

—Su tono no admitía ningún reproche—. Y, de ser necesario, apunta siempre a la garganta.

Celine tragó saliva.

—Gracias —murmuró—. ¿Tú... de verdad prometes responder mis preguntas?

Bastien se tomó el pulso. Asintió una vez con la cabeza.

—Aquí no. Cada uno de los setos de este laberinto maldito contiene al menos cinco espías. —Se

frotó un lado del cuello—. Ven conmigo.



TEN CUIDADO

Sébastien Saint Germain detestaba lo que estaba a punto de hacer.

Pero sus sentimientos no podían influenciar su decisión.

Debía hacerlo. Esa misma noche. Sin ningún rastro de piedad.

Celine Rousseau sufría de muchas ideas equivocadas. La primera de las cuales era que podía ser parte de ese mundo y no sufrir las consecuencias. Que podía plantarse delante de criaturas que la destrozaban sin pestañear... y vivir para contarlo.

Si había algo que Bastien había aprendido en sus dieciocho años de vida era que los humanos — sin importar lo formidables o resilientes que fueran— no pertenecían al Otro Mundo lleno de demonios y bestias. Al submundo sombrío de criaturas que no sentían más que desprecio por la fragilidad de la vida.

El mundo en el que Bastien había sido criado.

No importaba que Bastien quisiera más que cualquier otra cosa que Celine estuviera en ese mundo. Ella era la primera chica mortal en plantarse delante del heredero de Nicodemos Saint Germain sin encogerse. Y quizás, si los asesinatos no hubieran tenido lugar, eso habría sido posible.

El amor es una acción.

Durante el tiempo que tardó en tomar una respiración, Bastien se permitió soñar. Al instante siguiente, el sueño se enroscó como una serpiente alrededor de su corazón y lo apretó con fuerza. Necesitaba

silenciar ese deseo ingenuo. Su tío ya se lo había dicho: «Olvidamos nuestros sueños, pero las pesadillas permanecen con nosotros para toda la eternidad».

Celine era el opuesto exacto de lo que el tío de Bastien deseaba que él tuviera como mujer. Era tenaz en la búsqueda de lo que quería.

Intransigente en su modo de actuar. Características que su tío se negaba a tolerar en cualquier mortal. Ni que hablar de que no poseía la distinción de una familia prestigiosa. La unión de Bastien con uno de los pilares de la sociedad de Nueva Orleans era de máxima importancia para su tío Nico. Su matrimonio no debía ser nada más que una transacción de negocios, y Celine Rousseau no era una elección sabia en ese sentido, por un sinnúmero de razones.

Pero esos asuntos no incidían en la decisión de Bastien de esa noche.

El único mes que Celine había pasado en su mundo ya había causado un daño irreparable. Lo más

bondadoso que Bastien podía hacer era expulsarla de él para no convertirse en una de las pesadillas que permanecerían con él para toda la eternidad.

Prefería ser un sueño que Celine tuvo alguna vez. Hermoso durante un instante. Destinado al olvido.

Siempre acaba en sangre.

Bastien no era un tonto noble. Estaba muy lejos de serlo. No había nada noble en lo que planeaba hacer. Era puro egoísmo por su parte.

No podía verla morir como había visto morir a su familia. La imagen de la vida de Celine escurriéndose de su cuerpo —la chispa de sus ojos desapareciendo ante él— le robó el aliento de los pulmones.

Lo estaba haciendo por él. No por el a.

Bastien se puso más erguido y hundió el mentón en el cuello de su abrigo con expresión taciturna. Celine se inclinó contra los barrotes del

ascensor de latón mientras subían hasta la última planta del Dumaine.

Cuando la miró de soslayo, Bastien intentó hacer caso omiso del encantador tono rosado de sus mejillas. Se esforzó por ignorar la curiosa electricidad que palpitaba entre los dos.

Luchó en vano por expulsar el recuerdo del cuerpo de él contra el suyo. El recuerdo de cómo sus ojos verdes lo tentaban a pecar. Ahora él estaba demasiado cerca, su piel olía a lavanda y madre selva, un aroma que le secaba la garganta y lo invitaba a acercarse.

Solo para probar a qué sabía.

Como siempre, el ascensor se sacudió y se detuvo en el momento justo.

—Gracias, Ifan— dijo Bastien al hada oscura que se encargaba del ascensor. Un paria de la Espesura Silvana a quien su tío pagaba una fortuna obscena todos los meses con el propósito expreso de vigilar ese puesto. Con un solo toque de su mano, Ifan poseía la habilidad de congelar a los intrusos donde estuvieran.

Ifan asintió con expresión fría. Bastien no tenía ninguna duda de que, si no fuera por la promesa que lo ataba a Nicodemus, Ifan desdeñaría a cualquier ser humano que se dignara a mirarlo a los ojos. Era probable que su alma inexistente se chamuscara al tener que servir a un humano de esa forma.

Bastien esperó a que Celine saliera del ascensor, a sabiendas de que se encontraba más cómoda guiándolo en lugar de siguiéndolo.

Necesitaba que se sintiera cómoda.

Así, cuando le quitara esa sensación, sería más doloroso.

Él se quitó su máscara de toro y la dejó en un rincón mientras Celine pasaba delante del espejo que colgaba de la pared cubierta de damasco del pasil o angosto sin saber lo que era. A simple vista, brillaba con

intensidad y no era nada más que un simple espejo, pero la plata había sido hechizada para ver más allá de la superficie. Para descubrir la verdad que acechaba debajo de la piel de un merodeador.

Bastien había aprendido a la edad de cinco años que la mayoría de las apariencias estaban diseñadas para engañar.

Celine se detuvo delante de las puertas dobles que llevaban a la habitación de su tío. Una vez más, Bastien recordó lo mucho que él la desconocía. La forma en la que los hechizos de protección usados en las molduras de las puertas —ocultos con mucha astucia entre el tallado elaborado— quemarían la piel de un intruso indeseado.

Inconsciente de la magia que la rodeaba, los dedos de Celine se detuvieron sobre uno de los picaportes dorados. Giró sobre sus talones.

—¿Sucede algo, Bastien?

—¿A qué te refieres?

—No dejas de mirarme como si te debiera dinero. —Celine frunció el ceño.

La reacción más inmediata de Bastien fue reírse. Controló ese impulso por más que le doliera hacerlo. Una de las cosas de Celine que más lo atraían era su ingenio.

No importaba. Nada de él podía seguir cautivándolo.

Antes de tener la oportunidad de reconsiderarlo, Bastien fulminó a Celine con una mirada que habría hecho que hombres inferiores corrieran en busca de sus madres. Solo con la fuerza de esa expresión, Bastien la empujó contra las puertas dobles, y después descansó la mano derecha contra la porción de roble inglés que estaba junto a la cabeza de Celine. Aunque los ojos de él se abrieron de par en par, Celine no retrocedió. En lugar de eso, se erizó e hizo una advertencia sin usar palabras.

Ten cuidado, Sébastien Saint Germain.

Maldita fuera su audacia. Por igualarlo en todos los sentidos.

—No me debes nada —respondió Bastien con un tono embebido de advertencia—. Así como yo no te debo nada a ti.

—¿Cuándo vas a...?

—Querías respuestas. Lo único que necesitas saber es esto: hay demonios en la noche que no desean nada más que drenar tu sangre y dejar atrás un cascarón sin vida. —Bastien la interrumpió

antes de que el a pudiera decir algo—. No importa cómo se l aman. No importa qué es lo que los mata. Lo único que importa es que encontrarán la forma de matarte. El mejor consejo que puedo darte es que te mantengas alejada y dejes estos asuntos en las manos de aquel os equipados para tratar con el os.

Celine casi se ahogó con un brote de risa oscura al mismo tiempo que su pulso aleteaba debajo de la piel delgada que cubría su cuello.

—Si estáis tan equipados para lidiar con este demonio, ¿cómo es que todavía está sembrando el caos entre nosotros? Merezco saber cómo defenderme. Odette me diría...

—¿No has oído ni una palabra de todo lo que he dicho? —Bastien se estiró para alcanzar su altura máxima con la intención de elevarse por encima de el a, aunque continuó hablando con un tono medido—.

Mantente lejos de todos los miembros de La Corte de los Leones. No confíes en mí. No confíes en ninguna de las personas que me rodean, ni siquiera en Odette. Oigas lo que oigas, no creas nada de lo que te digan. Veas lo que veas, cree en menos de la mitad.

—Tú... me has prometido la verdad. —Sus ojos se entornaron hasta convertirse en dos rendijas.

—He mentido. —Levantó un hombro con desdén.

La furia salpicó la cara de Celine y las láminas doradas que cubrían sus pómulos destelaron. Para la eterna frustración de Bastien, esa expresión hacía que estuviera todavía más encantadora, con sus ojos que parecían dos gemas y los dientes expuestos como cuchillos.

—Entonces me has traído hasta aquí solo para...

—Deberías haber huido cuando tuviste la oportunidad. Hay...

—Deja de interrumpirme, *ls de pute*. —Celine lo empujó con palmas que sintió como un par de marcas de ganado contra su pecho—. Y para tu información, ya he intentado huir.

—Mentirosa. —Bastien apartó sus manos como si fueran un par de moscas—. Si hubieras querido huir, te habrías ido de este sitio hace tiempo. No me digas que lo has intentado. Los malditos egoístas como tú y yo no lo intentamos. *Lo hacemos*. —Las palabras parecían ácido sobre su lengua, y la verdad lo quemó hasta llegar a su alma.

Celine se encogió y abrió la boca. Una expresión de entendimiento cubrió su preciosa cara.

—Estás intentando asustarme. No va a funcionar.

Bastien rodeó su garganta con una mano cuidadosa y, cuando la acercó hacia él, los rizos sueltos de Celine le hicieron cosquillas en la muñeca y lo distrajeron durante otro momento enloquecedor.

—Entonces eres una tonta.

—¿Por qué no me ayudas? —La voz de Celine al fin se quebró, el primer indicio visible de que él

le había causado dolor.

La imagen golpeó a Bastien en el estómago como si fuera un puñetazo.

—¿Te preocupa la criatura que *podría* matarte? —Un aluvión de risa cayó de sus labios—. Debería preocuparte el demonio que lo hará.

Porque te mataré yo mismo si no te mantienes alejada.

—Mentiroso. Jamás me harías daño.

A pesar de todo, Celine se negaba a rendirse.

Bastien no podía admirar su actitud. *No* admiraría su actitud.

—No sabes nada sobre mí —declaró él—. He matado, Celine.

Incontables veces. Es más, lo he disfrutado y jamás he pedido perdón.

Su intención era aterrorizarla con esa confesión. Sel ar sus destinos de una vez por todas.

Celine exhaló con lentitud y su aliento tembló al abandonar sus labios.

—Yo también.

La mano de Bastien cayó de su garganta y la tensión comenzó a a orar debajo de su piel al mismo tiempo que su corazón se contraía de sorpresa. Pensó en acusarla de mentir. Pero no estaba mintiendo. La conocía lo su ciento como para saber que una revelación como esa no podía ser una mentira. Era demasiado brutal, como solía serlo la verdad.

Celine levantó su mentón puntiagudo. Lágrimas de furia se reunían en sus ojos.

—Maté a un hombre con mis propias manos. —Sus puños estaban cerrados a ambos lados de el a—. Por eso escapé de París. —Inhaló mientras todo su cuerpo temblaba—. Y no lo siento, para nada. No le temo a la muerte, Sébastien Saint Germain. Ni tampoco te temo a ti. *Tú* eres quien debería temerme a *mí*. —Volvió a empujarlo y las lágrimas se derramaron sobre sus mejil as.

Bastien la agarró de las manos y la sujetó mientras el a volvía a tomar una bocanada de aire entrecortado. Sus pensamientos estaban agitados y las preguntas se acumulaban en su lengua.

—¿Quién era?

—Un joven que intentó violarme.

Todo el fuego que Bastien sentía en el cuerpo lo abandonó con una velocidad que le robó el alma. Era igual que siempre. Cada vez que Bastien estaba a punto de destruir algo, sentía hielo, no fuego.

—Bien —respondió él, sin tener con anza su ciento en sí mismo como para decir algo más.

—Quizás tú y yo no somos tan diferentes.

Estaba muy lejos de la verdad. Muy cerca de lo que su corazón ansiaba creer. Bastien no pudo contenerse. Llevó una palma a la cara de él y le secó las lágrimas con el pulgar.

—Dime por qué tienes el lazo de Anabel —pidió Celine con ojos verdes vidriosos—. Por favor.

Bastien la sujetó con más fuerza y ambas manos sostuvieron su mentón. Detestaba tener que explicarse. Detestaba lo que eso signi caba.

—Mete la mano en el bolsil o que está en el lado derecho de mi pecho.

Con el ceño fruncido, Celine retiró un retazo de seda de color amaril o pastel del lugar que ocupaba sobre el corazón de Bastien. En una de las esquinas del pañuelo gastado había un conjunto de iniciales: *ESG*

La confusión se concentró en el puente de la nariz de Celine.

—¿Qué...?

—Perteneía a mi hermana, Émilie —explicó Bastien—. Me lo dio el día que murió. —Respiró y sintió que el aire le quemaba los pulmones en el momento en el que pronunció su nombre—. Siempre lo llevo conmigo. Me da fuerza.

Pasaron un instante en silencio. Celine esperó a que él volviera a

hablar, como si supiera que unas escuetas palabras de condolencia no cambiarían nada, incluso después de más de una década.

—El a murió por mí.

Bastien luchó por disimular su dolor, como siempre hacía. Por quitarle importancia para que nadie supiera que los recuerdos del pasado todavía lo atormentaban en el presente.

Celine le echó una mirada inquisidora.

—No deberías ocultar tus sentimientos, Bastien. No de mí. Prometo que nunca te juzgaré por el os.

—¿Y por qué harías una promesa como esa a un chico al que apenas conoces?

—Creo que sabes por qué. —El a no apartó la mirada.

Una vez más, Bastien se sintió atraído. *Eso* era verdadero poder. El poder de cautivar sin usar palabras.

En ese momento, Bastien dejó de desear poder ocultarse de Celine. Ya no quería eso. Cuando estaba con el a, su dolor no era una debilidad que podía ser explotada por un enemigo. Era una fortaleza, tal como Émilie habría querido.

—Me siento... destruido cada vez que pienso en mi hermana —

confesó con la voz hecha polvo por la emoción no controlada—. Es como si mi corazón estuviera hecho de cristal y sus astil as me atravesaran el pecho. —Cada palabra era una descarga. Una verdad que ansiaba ser libre.

Celine asintió con expresión melancólica.

—¿No sería maravil oso que todos pudiéramos tener un corazón hecho de diamante?

—Irrompible. —Los labios de Bastien se torcieron en una media sonrisa.

En los ojos de el a, él vio una pregunta respondida.

El amor es una a icción.

—No deberíamos —dijo él por lo bajo.

—Pero lo haremos.

—No. —Aun así, Bastien no pudo contenerse de tocarla. De dejar que sus dedos se deslizaran a lo largo de su piel caliente—. No lo haremos.

—Sí, lo haremos. Como también me ayudarás a tender mi trampa en el baile de máscaras.

—No lo haré.

Celine se entregó a sus caricias.

—Qué mentiroso eres. —Presionó todo su cuerpo contra el de él y una l ama se encendió en su mirada—. Y qué cobarde —suspiró debajo del mentón de Bastien, y él sintió cómo la sensación se desenvolvía a lo largo de su columna.

Antes de que Bastien pudiera responder algo, Celine se impulsó sobre la punta de los pies e inclinó sus labios contra los de él. En el momento en el que se encontraron, el a se ablandó en sus brazos para moldearse contra él. Él se rindió y el resto del mundo se evaporó. Cuando la lengua de el a rozó los labios de él, Bastien gimió, incapaz de seguir resistiéndose.

Ese no era un beso de curiosidad, ni tampoco era un beso tentativo de exploración. Era salvaje. Temerario. Y Bastien no podía hacer más que responder de la misma manera. Había querido eso desde la primera noche que se conocieron. Cuando Celine lo había sujetado por el pañuelo del cuello. Cuando lo había fulminado con la mirada —con la intención de que Sébastien Saint Germain se encogiera de miedo— y le había robado el corazón astil ado.

Todo en un único momento perfecto.

Bastien la levantó del suelo y, con manos duras, envolvió las piernas de Celine alrededor de su propia cintura. Abrió las puertas dobles de un empujón con Celine en brazos y fueron engul idos por una oscuridad repentina. Apenas consciente de su alrededor, Bastien atravesó la habitación

hasta llegar a la cama de cuatro postes de su tío. Una risa lo recorrió por dentro, rápida y cálida. Sin ninguna duda, el tío Nico montaría un escándalo por esa falta de respeto.

Valdría la pena.

Se hundieron en las sábanas frías. Bastien besó palabras en español sobre la piel del cuello de Celine, promesas que ningún hombre mortal podría cumplir, juramentos de un tonto poeta. Los dedos de él soltaron los broches enterrados en la corona de rizos de medianoche de ella, los trozos de metal cayeron libres y el pelo se enroscó alrededor de los dos como si fuera una capa hecha de oscuridad. Ella tiró de los botones de la camisa de Bastien y el sonido de la tela desgarrada hizo que Bastien sonriera contra el hombro expuesto de Celine.

—Me gustaba esa camisa —murmuró él contra su oído con voz ronca.

—Entonces reza una oración por su alma inmortal.

Bastien soltó una risa. Cada contacto con su piel, cada roce con su mano enviaba una nueva ola de deseo por sus venas.

En los rincones más recónditos de su mente, Bastien consideró cuáles eran los posibles significados. Él no había arriesgado demasiado al llevar a Celine a la cama. Ella lo había arriesgado todo. Su reputación, su futuro, quizás incluso su bienestar. Eso era algo que Odette solía señalar. La injusticia que todo eso implicaba.

Bastien consideró detenerse, pero al mismo tiempo comenzaba a recoger la falda de Celine en las manos.

—Celine.

—Bastien.

Ella se arqueó hacia él y arrastró las uñas por sus brazos, lo que hizo que la visión de Bastien se volviera oscura. Él la sujetó por detrás de las rodillas y se deleitó en la sorpresa de su gemido.

Debería poner fin a todo eso. Sabía que debía hacerlo.

—¿Está bien esto?

—Sí.

Las manos de él subieron un poco más.

—¿Y esto? —La sangre rugía en el pecho de Bastien.

—Sí.

El pulgar de Bastien rozó la piel suave entre los muslos de Celine.

—¿Y... esto?

—Bastien. —Celine echó la cabeza hacia atrás y todo su cuerpo tembló—. Por favor, yo... ¿qué?

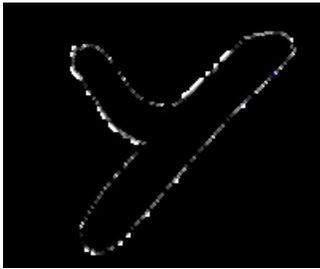
La interrogación en su voz llamó la atención de Bastien. Él se sentó de pronto y escudriñó las sombras de la pared que tenía enfrente.

Después apartó a Bastien con un empujón y un grito desgarrador le rasgó la garganta.

Bastien se puso en pie de inmediato y sacó el revólver con un movimiento rápido. Después siguió la mirada de ella.

La oscuridad que cubría la distancia era oscura y espesa. El contraste con la luz que se colaba por las puertas abiertas de la entrada a la estancia dificultaba la visión más allá de la cama. Bastien necesitó un momento para detectar qué había causado el grito de Celine. Para darse cuenta de qué era lo que ahora arrancaba de ella un sollozo lleno de dolor.

Bastien cayó sobre sus rodillas y el revólver repiqueteó contra la alfombra Aubusson.



Siempre acaba en sangre.

Allí, a lo largo del balcón de libros que se elevaba por encima de sus cabezas, yacía lo que quedaba de un brazo envuelto en ramas de sauce rotas que goteaba sangre de donde había sido arrancado. Sobre la barandilla descansaban los restos de una cabeza humana cortada cuyos rasgos habían sido mutilados por las garras de un animal.

Pero no importaba. Nada podía ocultar la verdad de su identidad. No de Bastien.

Nigel.

Sobre la pared que estaba sobre el charco de sangre había otro símbolo:



HIVER, 1872

RUE BIENVILLE

NUEVA ORLEANS, LOUISIANA

El hielo que está bajo los pies de mi enemigo es cada vez más delgado. Debe soportar el peso de todos sus seres queridos.

Ahora sabe que le quitaré lo que más aprecia en este mundo. No tendré nada de piedad. Se lo quitaré todo, poco a poco, hasta que no les quede nada que perder.

Pronto entenderán que mi alcance no tiene límites. Porque yo he traspasado el muro de protectores de Nicodemus. El último baluarte que permanecía en pie. Ya no habrá socorro. No habrá socorro de mi ira.

Él intentará proteger a su familia —tal como ha hecho durante siglos

—, pero no puede haber ninguna duda sobre quién vencerá en esta batalla. Solo yo tengo todas las cartas. No hay ninguna puerta que esté cerrada para mí. No hay ninguna montaña demasiado alta para escalarla. No hay nada fuera de mi alcance en este Inerno.

Permanezco entre las sombras, con la mirada levantada hacia el Hotel Dumaine. Observo a su Corte de los Leones esconderse en la oscuridad.

Soy testigo de una fuerza policial impotente que desciende sobre el majestuoso edificio. Los escucho cuando hablan. Cuando ella llora y grita con furia. Cuando todos se lamentan por lo que alguna vez ha sido.

La pérdida duele, ¿no es así?

No duele más de lo que me dolió a mí cuando perdí todo lo que quería en

este mundo. Cuando todo lo que apreciaba se hizo añicos y ellos lo pisotearon hasta hacerlo polvo.

Su tormento electriza mi piel. Mi alma vuela libre.

Ahora él sabe que esto es personal. Cuando su conanza le sea arrebatada —cuando la persona a la que más quiera sea marcada por el beso eterno de la Muerte—, entonces sabrá por qué ha sucedido. Sabrá a quién culpar.

No hay forma de que volvamos atrás. La yesca ya ha sido reunida. La cerilla ha sido encendida.

Solo uno de nosotros dos puede sobrevivir a las llamas del Inerno.

████████████████████

LA PIANAGRANE

Celine estaba sentada al borde de un catre desvencijado en la cocina de Michael, en el cuartel general de policía. El *tic-tac* de un reloj cercano reverberaba en su cerebro y el sonido se volvía más fuerte con cada segundo que pasaba. Unos rayos de luz filtrada dibujaban líneas sobre los tableros de madera que estaban bajo sus pies, indicios de un sol que se calentaba en preparación para su gran día.

El pulso de Celine latía en sus oídos mientras ella estudiaba la gran pizarra que estaba al otro lado de la habitación, cubierta con un sinnúmero de listas y diagramas meticulosos que Michael había

construido desde la noche del primer asesinato en el muelle hacía menos de un mes. Se detuvo sobre el mapa desgastado que estaba sujeto en una de las esquinas de la superficie lisa y gris. Observó con detenimiento los detalles que ella misma había compartido sobre la noche en la que el asesino la había seguido por una calle oscura de la ciudad. Las cosas que ese demonio le había dicho, tanto esa noche como la noche en la que William había sido asesinado. Las amenazas que esa criatura le había rugido al oído.

Bienvenida a la batalla de Cartago.

Eres mía.

La muerte lleva a otro jardín.

Sé el a ti misma.

Muere en mis brazos.

Celine se estremeció al recordar la sensación del aliento frío del demonio contra su espalda. El aroma cálido a cobre que había dejado detrás después de pasar unos dedos ensangrentados por su cara. Celine apartó la mirada y sus ojos se detuvieron sobre la adición más reciente a la pizarra: la que atañía al asesinato de Nigel la noche anterior en la *suite* del Dumaine. Una nueva pista horrorosa para añadir a su colección de símbolos.

Ella suspiró y encorvó los hombros hacia delante, como si estuviera cargando con un peso innito.

Desde hacía horas se sentía así.

Celine no le encontraba ni pies ni cabeza a la situación.

Las letras en sí mismas podrían ser lo que aparentaban ser a primera vista: una *L*, una *O* y una *Y*. Sin embargo, al unir las, Celine no les encontraba ningún sentido. La primera letra podría ser una *L* invertida o de lado, en griego o en latín. ¿Quizás incluso una *C*? Tal vez el asesino la había escrito mal, o quizás la perspectiva había estado distorsionada. Podía decirse que la segunda letra era una *O*, si es que era una letra. ¿Y la última? Podría ser una de varias letras. Una *A*, una *Y*, una *W*. Tal vez una *U*, todo dependía de sus orígenes. Podía incluso pertenecer a un idioma previo al griego antiguo.

Quizás ni siquiera fueran letras y Michael había acertado al asignarles un significado matemático.

Era agotador. Todas las posibilidades innitas habían acosado a Celine hasta mucho después del amanecer. A medida que las horas habían pasado, los eventos de la noche habían comenzado a enredarse en su cabeza hasta dejar una mezcla inquietante de recuerdos. Lo que más impactaba a Celine era el contraste entre el frío y la calidez. La

oscuridad y la luz. La forma en la que había sentido el aire en el laberinto, denso y pesado. El recuerdo de la chica que derramaba champán sobre la piel de su cuello, el cristal centelleante que recortaba su silueta en el jardín. La forma en la que los nervios de Celine se habían enfriado ante cualquier amenaza y sus huesos se habían tensado como si hubiera salido a una noche helada de

inverno. La sensación de las manos de Bastien que le quemaban la piel, sus labios ardientes contra su garganta. La calidez deliciosa que le recorría el cuerpo incluso en ese momento, con tan solo recordarlo. El momento espantoso en el que un grito se había congelado en la lengua de Celine.

El olor cálido de la sangre.

El frío glacial de la muerte.

Apretó con fuerza la nota que tenía en la palma de la mano. La que una Odette con cara seria le había entregado de pasada un minuto después de que Michael hubiera separado a Celine y Bastien al llegar al hotel con la intención de llevarla hacia el cuartel de policía de tres plantas ubicado en Jackson Square, junto a la catedral de San Luis.

Te veré a medianoche, estés donde estés.

—B

A Celine no debería haberle importado que Bastien hubiera pensado en ella instantes después de descubrir a su amigo asesinado. Pero le importaba más de lo que podía expresar con palabras. La nota que tenía en la palma de su mano era prueba de que no eran los «conocidos casuales» que habían acordado ser hacía solo unos días. Estaban más allá de esas necedades. Quizás a alguien en algún sitio le importara que Celine no fuera una pareja adecuada para Bastien, ni que él no fuera el

pretendiente decoroso que ella había imaginado para sí misma.

Pero a ella ya no les importaba.

Celine veía detrás de las máscaras de Bastien. Él veía más allá de las mentiras que ella había construido durante toda su vida. Y, al encarar esas verdades —lo peor que les había sucedido, lo peor que habían hecho—, ni Bastien se había encogido ni Celine le había dado la espalda.

Esas eran las únicas verdades que tenían sentido entre todo ese caos.

Celine se le volvió un rizo errante detrás de una oreja y avanzó hacia la pizarra para inspeccionar de cerca el mapa gastado y perforado en investigaciones previas con alfileres de metal. Una vez más, se esforzó por comprender qué era lo que había hecho que el asesino redirigiera su atención hacia ella. Qué lo había llevado a asesinar a esa pobre chica en el muelle hacía semanas. Si todo estaba conectado, ¿cuál sería el próximo paso del asesino? La mirada de ella se detuvo sobre el nombre de la calle que corría delante de la comisaría: Rue de Chartres.

Ven conmigo al corazón de Chartres.

La frase estaba ausente en la colección de Michael. Era evidente que Celine había olvidado mencionársela. ¿Importaba? ¿Tenía algún significado? ¿Quién era ese loco, y por qué estaba matando gente alrededor de ella? ¿Dónde se escondía, a plena vista o en su propio laberinto de sombras? Podía ser alguna de las tantas personas que había conocido hasta el momento. O podía no ser ninguna de ellas.

Solo una cosa estaba clara: Celine había terminado de esperar a que hiciera su próxima jugada.

La frustración le apretó la garganta y el calor de la ira que apenas podía contener le recorrió la piel. Su resolución se fortaleció todavía más. Haría que el asesino cayera en su trampa durante la noche del

baile de máscaras, mientras él creyera que ella estaba demasiado ocupada bebiendo. Simularía entregarse a las celebraciones del carnaval y se marcharía del baile para deambular por el Barrio Francés sola, tal como lo había hecho la primera noche que el asesino la había seguido, hacía solo una quincena.

El demonio no sabría que habría miembros de la Corte al acecho en un círculo cada vez más estrecho, a la espera de que él se revelara. A la espera de que al fin cometiera un error.

¿Y si no funcionaba?

Celine solo volvería a tender la trampa en otro sitio y en otro momento.

Quizás fuera ridículo pensar que podía ser más lista que un vilano como aquel. Pero al menos haría *algo*.

Junto a sus pies, los rayos de sol se estiraban, largos y estrechos, a medida que el atardecer comenzaba a descender sobre Nueva Orleans y el cielo se prendía fuego en el horizonte. Celine resopló y el eco se desenvolvió hacia el techo de yeso.

—Qué pérdida de tiempo —murmuró a la habitación vacía.

Se contuvo de dar una patada a una de las patas del escritorio excesivamente ordenado de Michael como si fuera una niña a quien le han negado un dulce. Había tantas otras cosas que podría estar haciendo... Que debería estar haciendo. Su mirada se posó sobre la falda del vestido de Odette para el baile, estirado sobre los pies del catre desvencijado. Esa mañana, Celine se había esforzado durante horas para perseverar y dar los últimos toques al traje. Faltaban solo dos días para el baile de máscaras y todavía necesitaba tiempo para completar su propio disfraz. Pero, con los nervios tan exaltados como estaban después de los eventos de la noche previa, sus dedos temblorosos

habían dejado caer las agujas. Sin importar lo que Celine hiciera, no conseguía silenciar el revuelo de sus pensamientos.

Unas pisadas militares doblaron la esquina que estaba al otro lado de la puerta cerrada. Celine las oyó y echó una mirada al reloj para verificar, una vez más, el horario en el que los guardias patrullaban los pasillos que rodeaban la oficina del detective Grimaldi.

Haber estado en cuarentena como una paciente de cólera había sido un desperdicio de tiempo valioso en muchos sentidos, pero al menos había ayudado a Celine a reunir la información necesaria para la misión de esa noche:

Fugarse de una prisión a medianoche.

Según lo que él le había contado, los guardias patrullaban el imponente edificio de ladrillo ubicado junto a la catedral de San Luis cada quince minutos. Cada dos horas, alguien golpeaba la puerta de la cocina de Michael para ver cómo estaba Celine o para darle algo para comer. Si deseaba atender sus necesidades físicas, había un baño posicionado justo al otro lado de la esquina más cercana para asegurarse de que volviera directamente a la cocina.

El propio Michael la había visitado dos veces desde el amanecer para ver cómo estaba.

Tal como él había prometido, Celine estaba bien protegida. Sería todo un logro que cualquier intruso se abriera camino entre el imponente escuadrón de guardias que rodeaba el edificio para subir por las escaleras de caracol hasta la segunda planta y atravesar los muchos pasillos, patrullados a todas horas como estaban.

Pero ella estaba segura de que nadie había considerado que Celine *quisiera salir* de esa prisión provisional.

Claro que si intentaba hacer algo como eso sería desquiciado e

irresponsable. Por desgracia, Celine sospechaba que, si llegaba a pedirle salir del recinto, el propio Michael frustraría cada uno de sus movimientos. Además, Celine no creía que él fuera a tomarse a bien su petición de reunirse con cualquier miembro de *La Cour des Lions* en el cuartel de policía, mucho menos con Bastien.

Merde, pensó para sí misma. *No debería haberle contado nada, menos aún mi plan de usarme a mí misma como cebo.*

Celine resopló por la nariz. Le irritaba estar encadenada a un sitio de esa forma, como si fuera una princesa en una torre, esperando a un príncipe azul. Después de todo, ella no era una tonta. No correría ningún riesgo innecesario esa noche. En todo momento tendría la daga de plata de Bastien a mano. Y no tenía ninguna intención de alejarse lo suficiente del cuartel como para que no la pudieran oír. En vez de eso, esperaría a Bastien en el corazón de Jackson Square, cuando no faltara más que un minuto para la medianoche, a menos de cuarenta pasos de las puertas de entrada de la catedral.

¿Qué clase de asesino inepto intentaría atacarla a solo unos metros de un cuartel lleno de policías armados?

Varios pares de pisadas se acercaron a la puerta y se detuvieron justo al otro lado. Un puño dio tres golpes suaves contra la superficie de roble. Después esperó un instante antes de golpear cuatro veces más.

Era la señal que Michael había elegido para indicar que estaba fuera y que todo estaba bien.

Celine abrió la puerta y vio al joven detective allí de pie, con una tormenta inminente en sus ojos desteñidos. Por encima de su hombro asomaba un hombre gigante y jovial que llevaba una incongruente cesta pequeña y una mujer encorvada con un chal tejido sobre los hombros y un plato cubierto entre las manos arrugadas.

La mujer mayor escudriñó más al á de Michael con expresión burlona.

—Apártate, *caro*. —Su acento estaba lleno de erres fuertes y vocales muy redondas—. Y no te olvides de presentarme. —Su mirada atenta destelaba.

Cuando Michael no atravesó el umbral ni pronunció una sola palabra, la mujer mayor lo apartó de un codazo con un bufo alegre mientras el bruto amenazante reía por lo bajo, un sonido que parecía el ladrido de un sabueso grande.

Con un suspiro resignado, Michael los siguió hacia el interior de su cocina con movimientos atípicos por la torpeza.

—Nonna, esta es la señorita Celine Rousseau de París. —Hizo una pausa—. Señorita Rousseau, me gustaría presentarle a mi abuela.

Los ojos de Celine se abrieron de par en par. Se irguió mientras guardaba la carta de Bastien en el bolsillo de sus enaguas.

—Es un placer conocerla, *madame* Gri...

—Nada de esas tonterías. Llámame Nonna. —Su sonrisa hacía que cada línea de su frente se arrugara, y el efecto era más reconfortante que una taza de té caliente. Pasó junto a Celine arrastrando los pies—. He traído un poco de *ribollita*. —Nonna apoyó el plato cubierto sobre el escritorio de Michael con un golpe seco—. Es una sopa que mi madre me enseñó a hacer cuando era niña. Verás, yo era algo así como una *piantagrane* en mi juventud. —Hizo un círculo pequeño con las manos, un gesto que servía para remarcar sus palabras—. Siempre estaba destruyendo algo o metiéndome en problemas. Así que mi madre me daba pan viejo para romper en trozos, ¡y después esperábamos a que absorbieran el caldo delicioso antes de darnos un festín! ¿Alguna vez has comido *ribollita*? —preguntó a Celine al mismo tiempo que hacía un gesto con la mano para llamar a su enorme escolta, quien se acercó

con pasos delicados, como si lo hubiesen herido hacía poco tiempo.

—No, señora. —Celine sonrió y una calidez afectuosa se asentó en su estómago.

—Te encantará. —Nonna esboza una sonrisa radiante. Cada vez que se movía, un olor a canela y salvia impregnaba el aire.

—Luca, *per favore*, ¿dónde están los cuencos? —Se giró hacia el gigante jovial con una expresión estricta—. Y, Michael, ¿por qué estás ahí parado como si te hubiera golpeado un rayo? *Muoviti!* —Agitó las manos hacia un lado para ahuyentarlo.

Por primera vez desde que Celine conocía a Michael, vislumbró una expresión de desconcierto absoluto en su cara. Él se dispuso a avanzar, después se detuvo, aclaró su garganta y arregló los puños de sus mangas.

A pesar de todo, una burbuja de risa oscura amenazó con escapar de los labios de Celine. La abuela diminuta de Michael había conseguido descolocarlo, y Celine estaba disfrutando de cada

segundo que lo veía tropezar.

—Imagino lo poco que mi nieto debe de haber pensado en proveer comida adecuada para ti cuando él mismo suele olvidarse de comer —

continuó Nonna. Dio media vuelta y el chal cayó de uno de sus hombros—. Déjame mirarte. —Sin previo aviso, sujetó a Celine del mentón y giró su cara de un lado para el otro—. *Bella, bella, bella* —

murmuró—. ¿De dónde has sacado esos ojos y eso pómulos, *cara*?

—De mi madre.

— *Ovviamente* —respondió Nonna con un gesto afirmativo de la cabeza—. Tu madre debió de ser una gran belleza. —Guiñó un ojo al hombre al que había llamado Luca—. No muy diferente a mí en mis mejores épocas.

El aludido rio y el sonido bailó por la habitación poco iluminada cuando dio un paso hacia delante.

—Como está claro que mi primo no puede hablar, tendré que disculparme por él y presentarme a mí mismo. —Inclinó la cabeza en una reverencia pequeña—. Luca Grimaldi, a tu servicio.

Cuando sonrió, Celine notó el parecido en la línea de la mandíbula y las cejas despeinadas. Pero en vez de darle una apariencia erudita como a Michael, esos rasgos hacían que Luca pareciera más bien fuerte.

Como un hombre que trabajaba con sus manos a la intemperie durante largas horas. Sus ojos le hicieron pensar en el color del chocolate derretido y, cuando le llevó la mano de Celine a sus labios para depositar un beso cortés sobre ellos, la solidez de su apretón la hizo sentirse todavía más tranquila.

—Es un placer conocerte, Luca. —Celine sonrió hacia arriba, maravillada de lo alto que era.

—Trae una silla para la señorita, *caro* —ordenó Nonna a Michael mientras usaba una cuchara para verter la sopa sustanciosa en unos cuencos pequeños que había sacado de la cesta de Luca. Celine se acercó para ayudar, pero fue apartada sin ningún preámbulo—. No, no.

Tú eres nuestra invitada aquí.

Nonna entregó un cuenco a Celine, y la *ribollita* humeante calentó la palma de sus manos y le llegó hasta su corazón. Una sensación rara apareció en su pecho. No recordaba la última vez que alguien había preparado algo especialmente para ella, con sus propias manos. En su casa en París, ella se había ocupado de la mayoría de las comidas. Y

Celine nunca había conocido a ninguna de sus abuelas.

Se aclaró la garganta.

—Gracias, Nonna.

—Desde luego. —Nonna sirvió cuencos de sopa para Michael y Luca

—. Siéntate, siéntate, antes de que se te escape la comida. —Rio por la nariz—. ¿Puedes creer que mi nieto no quería que yo viniera hoy aquí?

—preguntó Nonna mientras todos se reunían alrededor del escritorio de Michael para disfrutar del plato improvisado de *ribollita*—. Fue muy fervoroso en sus protestas. Así que, por supuesto, hice que Luca me trajera. —Colocó un rizo plateado detrás de una oreja—. Aunque las circunstancias están lejos de ser ideales, quería conocerte, querida Celine. —Sus ojos resplandecían—. Michael habla muy bien de ti.

—Todo el tiempo —añadió Luca en tono burlón.

Michael clavó su mirada en el cráneo de su primo con la precisión de una lanza.

—Dios Todopoderoso, deja que esto acabe pronto —masculó con expresión taciturna al mismo tiempo que revolvía la sopa con lentitud.

Con más velocidad que un rayo, Nonna le dio un golpe en la nuca.

— *Non pronunciare il nome del Signore invano, Michael Antonio Grimaldi!*

Michael cerró los ojos y apretó los dientes, todo mientras Nonna continuaba comiendo como si no hubiera sucedido nada. Como si no acabara de golpear al principal detective de la policía de Nueva Orleans por atreverse a pronunciar el nombre del Señor en vano.

Los labios de Celine se estremecieron. Celine tosió. Después rio por la nariz de un modo que no era para nada apropiado en una señorita.

—Lo siento mucho. —Se aclaró la garganta.

—¿Por qué? —preguntó Luca, una pregunta teñida de diversión.

—Porque no puedo dejar de ver eso una y otra vez en mi cabeza.

Luca soltó un ladrido y golpeó el escritorio con un puño gigante que sacudió la sopa de Celine.

—No está nada mal, primo.

Luca aulló. A su izquierda, Nonna soltó una risita que hizo temblar sus hombros.

—Supongo que no importa que nadie haya pedido tu opinión —

respondió Michael con tono frío y cortante.

—Para nada. —Luca sorbió su sopa y se inclinó hacia Celine—. Te contaría historias terribles sobre él, pero me temo que ya hemos provocado demasiado a mi primo al aparecer en su puerta

sin aviso.

—¿De niño era tan difícil como me lo imagino? ¿Lleno de preguntas moralizantes y respuestas engreídas?

—Peor. La próxima vez te hablaré sobre su quinto cumpleaños, cuando me apuñaló en el cuello con un lápiz recién a lado. —Se inclinó para estar más cerca—. Todavía tengo una cicatriz, justo aquí. —Luca señaló una mancha oscura pequeña debajo de la oreja izquierda.

Celine chasqueó la lengua, contenta de sentir la ira de Michael ardiendo junto a ella.

— *Basta, Luca* —ordenó Nonna—. Te lo merecías por haber roto todos sus lápices como lo hiciste, y creo que Michael ya ha sufrido lo suficiente por una sola noche. Hablemos de algo agradable. —Su cuchara golpeó contra el cuenco—. Como cuando planeas traer a esta jovencita a casa. La que no deja de escribirte esas cartas encantadoras.

Sabes que cada día estoy más vieja, Luca Grimaldi.

Luca soltó una carcajada y casi se ahogó con la boca llena de *ribollita*.

—Pensé que querías hablar sobre temas agradables, Nonna.

—Quería decir agradables para ella —comentó Michael.

—Recurriré a cualquier tipo de humillación si eso es lo que necesito para sostener a algún bisnieto en brazos antes de morir. —Nonna refunfuñó.

—¿Y qué hay de ti, Michael? —Luca echó una mirada a su primo y la acompañó con una sonrisa pícaro—. ¿No me habías dicho que la semana pasada una jovencita había llamado tu atención?

Celine esperaba que Michael respondiera con una mirada fulminante dedicada a su primo fornido. Pero lo único que hizo fue mirar a Luca con una expresión de irritación apenas contenida.

—¿Quién ha capturado tu atención? —exigió Nonna con indignación claramente fingida. Era demasiado dramática para ser real—. ¿Y por qué me estoy enterando de esto justo ahora? —Su mano diminuta dio una palmada contra el borde del escritorio—. *Rispondetemi*.

Luca rio en voz baja, cruzó los brazos y se reclinó sobre la silla mientras Celine miraba con jeza el cuenco de sopa y rezaba por que alguien cambiara de tema.

Michael se limpió la boca con un pañuelo de lino y habló con palabras medidas.

—No te he dicho nada sobre ella porque todavía estoy intentado demostrar que soy digno de su atención. —Levantó los ojos hacia el reloj de la pared con una mirada determinada.

Celine se contuvo de retorcerse en el sitio.

—Cualquier jovencita que no pueda ver lo maravilloso que eres debe de ser una tonta —señaló Nonna con palabras punzantes—. Mi Michael siempre ha sido el chico más listo estuviera donde

estuviera. Es muy trabajador. Y más atractivo de lo que ningún joven tiene derecho a ser.

El color trepó por el cuello de Celine con una ferocidad desenfrenada.

Una parte de ella deseaba decir algo para alterar el curso de la conversación, pero le faltaban las palabras indicadas. No importaba lo que dijera o cómo lo dijera, encontraría la forma de ofender a alguien.

Y la familia de Michael había sido muy amable con ella. Más amable de lo que Celine merecía.

—Ella no es ninguna tonta —corrigió Michael con cuidado—. De hecho, está muy lejos de serlo. Es aguda e ingeniosa. Nota detalles que otras personas pasarían por alto. A pesar de sus propias dificultades, consigue ser cálida y generosa. Lo que es más, se niega a inclinarse ante el altar del dinero —continuó—. Pero sí es terca, y un poco distraída.

Celine casi dejó que su boca se abriera por la sorpresa. Nunca había oído a Michael hablar de alguien con tanta estima, mucho menos de ella.

—Bueno, solo tienes que conseguir que se concentre —observó Nonna, y golpeó el escritorio con el costado de la mano como si fuera un cuchillo—. Usa tus encantos con ella.

Luca soltó una risa.

—¿Sus encantos? Ninguna mujer quiere que la inunden de datos inútiles o que la obliguen a tratar con cuellos almidonados y horarios de trabajo inhumanos. —Luca elevó su atención hacia Celine y adoptó una expresión astuta—. ¿Tienes alguna sugerencia para mi primo, señorita Rousseau?

—¿Perdón? —Celine se sentó erguida, dejó caer la cuchara sobre el escritorio y el caldo delicioso salpicó por todos lados.

—Eres una mujer joven —insistió—. ¿Qué tendría que hacer un hombre para captar tu atención?

La extravagancia de la petición casi hizo que Celine se cayera de la silla. Solo una tonta de lo más ingenua no vería qué era lo que Luca y Nonna intentaban hacer. Cuando echó una mirada en dirección a Michael, vio que él estaba tan incómodo como ella.

—Quizás... —Celine intentó hablar con más firmeza—... ¿el

detective Grimaldi podría comenzar con un poema?

—¿Has oído eso, Michael? —Luca apoyó ambos codos sobre el escritorio y sus ojos de chocolate arrojaron un destello entusiasta—.

Deberías enviar un poema a la jovencita.

Michael consideró la sugerencia de su primo, como si esa charla no tuviera nada de raro. Después se giró hacia Celine y la observó con atención al hablar.

—Personalmente, me gusta Blake. ¿O quizás Byron?

Celine tragó.

—Me inclino más a favor de Shakespeare, aunque de vez en cuando disfruto de Blake.

No estaba segura de qué fue lo que la hizo decir eso. Quizás fueron los elogios de Michael, que todavía resonaban en sus oídos. Sin embargo, escucharlo recitar su soneto favorito de memoria no daría vida a los sentimientos que él no tenía por él. Lo que sentía por Bastien todavía no era amor, pero era... algo. Un sentimiento que Celine ya no podía ignorar.

—Shakespeare. —Michael asintió una vez con expresión resuelta—.

Vale la pena intentarlo.



MIL CORTES PEQUEÑOS

Esa era su oportunidad.

Los pasos de botas que sonaban fuera de la oficina de Michael se disiparon al doblar la esquina. Si se daba prisa, Celine podría escabullirse por el pasillo y abrirse camino hasta el exterior.

El reloj de la pared comenzó a sonar para anunciar la medianoche con tonos melódicos.

Uno. Dos. Tres.

Celine respiró para armarse de valor y se quitó los zapatos. Descorrió el cerrojo de la puerta. Giró el picaporte.

Siete. Ocho.

Se deslizó por el pasillo, con cuidado de pisar sobre la punta de sus pies cubiertos por las medias. Cuando el oficial que estaba de guardia cerca echó una mirada en su dirección, Celine se zambulló por una puerta abierta para esconderse y se mantuvo atenta para seguir en cuanto él volviera a apartar la mirada.

Celine voló por los escalones en penumbra con un tambor de batalla en las venas y con cuidado de detenerse en cada descansillo para asegurarse de que no hubiera ni un alma a la vista. En el momento en el que llegó a la planta baja, echó un vistazo al sargento corpulento que ocupaba el escritorio de la recepción. Lo observó beber un sorbo de café de una taza manchada. Lo escuchó toser y aclararse la garganta antes de verter un poco de whisky en la taza.

Con una pequeña sonrisa, Celine se arrastró contra la pared hasta llegar a una puerta lateral con pestillo. Tuvo mucho cuidado al descorrer el cerrojo para que no se oyera ni un suspiro de metal y se deslizó por la apertura hacia la noche. Una vez más, esperó debajo de un alero, atenta a cualquier mirada que estuviera al acecho. El triunfo se asentó en su cara y ella dio un paso hacia el camino oscuro, los oídos llenos del cantar de los insectos y los ojos fijos sobre la elegante explanada de palmeras que estaba delante de la catedral de San Luis.

—Marceline.

La voz que había hablado a sus espaldas era grave. Tenía un acento marcado. No sonaba amenazadora. A pesar de eso, había aterrado a Celine hasta lo más profundo de su ser. Habían pasado meses desde la última vez que había oído su nombre completo en voz alta. Aunque en principio no reconoció la voz, su dueño pronunció esas sílabas con un propósito inconfundible. Como si supiera cómo prefería beber el té, así como cuándo había sido la última vez había rezado a alguien para pedir algo.

Celine se congeló en mitad de un paso, su corazón galopaba en su pecho como si fuera un caballo espantado.

— *N'aie pas peu* —le aseguró la voz a sus espaldas, un barítono profundo y claro—. No estoy aquí para hacerte daño.

Por un instante, Celine consideró huir. Pero algo le decía que no llegaría muy lejos. El velo no de su nuca estaba erizado, como si estuviera en la mira de un rifle, rodeada de ojos en todas direcciones.

Aunque sus dedos temblaban, Celine consiguió desenvainar la daga de plata de Bastien antes de girar sobre un talón envuelto en un calcetín.

De las profundidades de una sombra cercana, emergió un caballo esbelto con sombrero de copa de otro y un traje del azul más oscuro

posible. El bastón que llevaba en la mano izquierda estaba coronado por un león de oro sólido y su reloj de bolsillo había sido elaborado con bronce antes lingotes españoles. Cuando se quitó el sombrero, Celine ahogó un grito de sorpresa.

Reconocía a ese hombre.

Era el joven de la pintura de colores curiosos que colgaba sobre el hogar de la *suite* en el Dumaine. El que la había atormentado desde el otro lado de la cama de cuatro postes.

Él le echó una mirada, su expresión era tranquila y serena. Después una sonrisa lenta se desplegó sobre su cara elegante. Celine se sobresaltó, porque fue como ver una estatua cobrar vida. Un momento antes, su cara estaba quieta e inexpresiva, como si hubiera sido talada por la mano de un maestro. Al siguiente, todos sus rasgos se suavizaron e hicieron que pareciera casi humano.

Casi.

Al igual que Arjun y Odette y los otros miembros de la Corte, ese hombre no era del todo humano. Celine estaba dispuesta a apostar su vida por ello.

No dijo nada mientras él la evaluaba en silencio. A pesar de la incredulidad que se agitaba dentro de ella, Celine supo a primera vista quién era. Quién tenía que ser.

El tío de Bastien. *Le Comte de Saint Germain*.

Sin nada más que hacer más que devolverle la mirada inquebrantable, Celine exploró sus facciones en busca de similitudes, como si eso fuera a tranquilizarla.

El conde le echó una mirada desde arriba con la misma precisión rigurosa que tenía su sobrino, y el borde de su mandíbula no era menos a lado. Las cejas eran tan oscuras y expresivas como las de Bastien,

aunque su piel era varios tonos más clara.

Celine tomó una repentina bocanada de cálido aire nocturno. El conde debía de haber sido apenas un niño él mismo cuando asumió la tarea de criar a su sobrino. El retrato que estaba en la *suite* bien podría haber sido terminado el día anterior, porque el tío de Bastien no parecía tener ni un día más de veinticinco años.

Imposible.

—Soy Nicodemus Saint Germain —dijo e interrumpió los pensamientos de Celine.

Su acento era difícil de ubicar, aunque sus palabras eran líricas y precisas, como si hubiera sido profesor en una vida pasada. Cuando avanzó hacia el brillo o difuso de un farol distante, una corriente de miedo recorrió la piel de Celine.

Incluso la forma en la que se movía la tomó desprevenida. Era como si estuviera dibujado en humo. O como si se estuviera moviendo más lento que de costumbre a propósito, como haría cualquier persona con un animal acorralado.

Celine levantó la hoja de plata que tenía en la mano por instinto, como si tuviera la intención de ahuyentarlo.

Una brisa sopló junto a ella y la dejó inmóvil por el asombro, agitó los rizos sueltos de su pelo y el borde de su falda arrugada. Antes de que Celine pudiera pestañear, apareció una gura repentina. En un momento, no había nada más que un remolino de oscuridad. Al siguiente, había un hombre entero en ese mismo sitio. Como si siempre hubiera estado allí, un espectro observador en sí mismo.

Jae. El miembro de la Corte que, según Bastien, «eliminaba cualquier peso muerto».

Aunque ella no tuviese idea de lo que eso significaba.

El joven ágil del Lejano Oriente deambulaba entre Celine y el conde, una daga corta en cada mano. Cuando hizo girar una entre los dedos, Celine vio algo que antes había pasado por alto: incontables cicatrices pequeñas en el dorso de sus manos, marcas con relieve y apenas blancas. La mirada de Celine viajó hacia arriba y notó las mismas cicatrices en un lado de la garganta, justo por encima del cuello almidonado. No parecían tener ningún diseño, porque habían sido hechas al azar, algunas incluso cruzadas, y cada una era dolorosa de ver.

—En la antigua China —comenzó Nicodemus Saint Germain en un tono conversacional—, hubo un momento en el que la pena capital era infligida a través de una técnica conocida como *lingchi*, o la

Muerte de los Mil Cortes.

Celine retrocedió un solo paso. Después se irguió, decidida a mantenerse firme, a pesar de que cada bra de su cuerpo le pedía huir.

—Jaehyuk fue atrapado hace algunos años durante un recado en Hunan —continuó Nicodemus—. Apenas consiguió escapar con vida.

Doy gracias todos los días por tenerlo a nuestro lado.

Jae tenía la mirada clavada en la nada, no parpadeaba ni respiraba, como si no deseara ni siquiera mirar algo parecido a la humanidad.

—Valoro la lealtad por encima de la mayoría de las cosas —declaró el conde—, y Shin Jaehyuk posee esta cualidad en abundancia.

— *Monsieur le Comte*, no estoy segura de qué... —intentó Celine, después de respirar para tranquilizar sus nervios.

—Sébastien no es para usted, señorita Rousseau —interrumpió Jae con una voz que no era más que un susurro—. Cuide su corazón... y su vida.

El primer corte.

La indignación comenzó a tomar forma en el pecho de Celine. Abrió

la boca para replicar cuando un ruido resonó desde la oscuridad a sus espaldas. El golpe de unos pasos que se acercaban. Luchó contra el impulso de estremecerse en el momento en el que un par de guras esbeltas se deslizaron junto a él.

Las dos mujeres jóvenes de los anillos inolvidables. Bajo la luz de las estrellas, las gemas brillaban como un incendio, la piel era lustrosa y oscura y las faldas de seda estaban immaculadas.

Mientras ellas pasaban, el tío de Bastien observaba a Celine.

—Madeleine de Morny es la estratega más talentosa que he conocido en toda mi vida, una rival del mismísimo Napoleón. Su hermana menor, Hortense, tiene una voz como la de un pájaro cantor y baila como el viento. —El conde se apoyó sobre el bastón, aferrado al león—.

Pero por encima de todas las cosas, valoro la franqueza de ambas.

Madeleine es extremadamente sincera y Hortense es incapaz de engañar.

Cuando las dos mujeres se colocaron al lado derecho del conde, Celine se mordió el interior de la mejilla.

Madeleine de Morny miró con jeza a Celine sin pestañear.

— *Bastien est trop dangereux pour la santé* —advirtió—. Sea más inteligente de lo que está

siendo, *mademoiselle*.

— *À moins que vous souhaitiez jouer à l'imbecile*. —Una sonrisa malvada se desenvolvió en la cara de Hortense.

El segundo y el tercer corte.

Otra ráfaga de viento voló desde detrás de Jae y sacudió su pelo largo y negro.

Boone avanzó desde las sombras, tranquilo, silbando, con las manos en los bolsillos y los rizos angelicales sobre la frente.

—Ah, cariño —se lamentó él cuando su mirada se cruzó con la de

Celine—. Esperaba que las cosas no llegaran a esto.

—Déjame adivinar —comenzó Celine—. Has venido a decirme que me mantenga alejada de Bastien.

Una expresión arrepentida atravesó la cara de Boone.

—Yo lo evitaría si fuera tú, Celine Rousseau. Irritas muchísimo a Bastien. Estoy seguro de que le sacas mucho provecho. —Esbozó una sonrisa, pero su expresión se amargó de inmediato—. Pero acabamos de perder a Nigel. No podemos darnos el lujo de perder a nadie más.

—Ese es un excelente punto, *monsieur* Ravenel. La pérdida de uno de nosotros es, en efecto, un golpe atroz —coincidió el conde con tono suave—. Como siempre, aprecio su apoyo y su sabiduría. —Una vez más, devolvió su atención a Celine.

El cuarto corte.

A pesar de su creciente irritación, Celine sintió que comenzaba a encogerse por dentro, como si el miedo amenazara con superar todo lo demás. En el siguiente instante, se forzó a sí misma a reanimarse. A canalizar a la diosa Selene, quien dominaba el cielo nocturno y sus innumerables estrellas.

— *Monsieur le Comte*, he oído mucho sobre usted en estas últimas semanas. Es un placer conocerlo al fin. —Aunque Celine hizo todo lo posible por no sonar insolente, supo que había fallado cuando Boone rió por la nariz y Hortense soltó una carcajada.

— *Comme une reine des ténèbres* —repitió Hortense, las mismas palabras que había usado aquel día en Jacques', y su expresión se tiñó de diversión.

Celine casi se rio por lo absurdo de la situación. Si era la reina de algo, entonces era María Antonieta, de camino a conocer la guillotina.

Celine tuvo que reconocer el buen semblante del conde, ya que él se

limitó a sonreír y dejar que sus ojos ámbar brillaran.

—Y es un placer conocerla a usted, *ma chérie*.

En un mundo ideal, debería tratar de conquistar al tío de Bastien. Pero esa oportunidad se había esfumado como humo en el viento. Después de todo, solo una tonta intentaría conquistar a un hombre cuyo primer impulso era amenazarla.

Sin ninguna duda, Nicodemus Saint Germain había conseguido asustar a Celine con su exhibición de bravuconería. Pero el a no tenía ninguna intención de encogerse a la sombra de ese hombre.

—Mi deseo no es faltarle el respeto, *Monsieur le Comte*, pero usted dice valorar la franqueza, así que propongo que no hay necesidad de insistir en sus argumentos. —Celine echó una mirada intencionada al séquito que se había reunido alrededor de él—. Está claro que no cree que yo sea una compañera adecuada para su sobrino. Pero, para ser justos, usted sabe muy poco sobre mí.

—Al contrario, sé mucho sobre ti, Marceline Béatrice Rousseau.

Una vez más, su nombre completo resonó en sus oídos, y el sonido fue arrastrado hacia arriba, por encima de las copas susurrantes de los árboles. Y, una vez más, la respuesta de su corazón fue agitarse detrás de las costillas.

Una risa suave cayó de los labios del conde, como si pudiera sentir su creciente terror.

—Hasta hace poco, residías con tu padre académico en un apartamento pequeño en una tercera planta en Montmartre.

El conde dio otro paso hacia delante. Celine no pudo evitar retroceder al mismo tiempo. Su cuerpo tomó la decisión antes de que el a pudiera razonar con él.

—Y trabajabas bajo la tutela de la famosa Camille de Beauharnais —

continuó Nicodemus. Hizo una pausa cargada de significado—. En la última planta de su atelier... bajo un entramado de candelabros resplandecientes.

El palpitante del corazón de Celine arañaba su garganta.

Lo sabe. Sus preocupaciones invadieron su cabeza. *Lo sabe.*

Esas dos palabras giraban en su mente con el mismo ritmo de su pulso. Luchó por mantener la compostura, se aferró con fuerza a la daga de plata, clavó las uñas en la palma de sus manos hasta sentir dolor.

—Está claro que ha aprendido mucho sobre mi pasado, *monsieur*. No hay ninguna duda de que tiene recursos considerables a su disposición.

Pero esos detalles no afectan necesariamente a mi presente.

La sonrisa de Nicodemus era un castigo.

—He oído que también disfrutas de ser temeraria. Que te adentras en sitios que se te han

prohibido. Que mientes descaradamente e ignoras las reglas.

—¿A qué reglas se refiere? —El color inundó las mejillas de Celine.

—A las únicas que importan. *Las mías*. —La última palabra fue la punta de un cuchillo en la espalda de Celine.

Ella se negaba a sentirse intimidada, aunque sus rodillas temblaran debajo de la falda.

Una nueva emoción cruzó la cara del conde. Una que ella no conseguía reconocer. A medida que Nicodemus la estudiaba, una línea se formó a lo largo del mármol que era su frente. En el siguiente instante, se alisó y desapareció de la vista.

—Admiro tu audacia, Celine. Más que cualquier cosa que haya aprendido sobre tu pasado, puedo apreciar por qué mi sobrino está tan encantado contigo. No hay muchas jóvenes que se atrevan a

mantenerse firmes en compañía de tantas personas que podrían matarla sin pensárselo dos veces. — Volvió a avanzar y la punta de su bastón golpeó los adoquines que estaban bajo sus pies con un *tac* decisivo—. Personas que podrían matarte cuando yo lo indicara sin vacilar ni siquiera un instante.

Un temblor se adueñó de Celine. Mordió la nada misma para evitar que llegara hasta sus dientes. No había nada que pudiera decir a modo respuesta. El tío de Bastien acababa de anunciar en términos claros que Celine seguía respirando porque esa era la voluntad de él. Una respuesta insolente no serviría de nada en esa situación. Lo único que podía hacer era mantenerse firme. Negarse a acobardarse o rogar, aunque su mandíbula estuviera más apretada con cada segundo que pasaba y sus músculos estuvieran tensos, preparados para luchar o huir.

Después de todo, Celine Rousseau no era ningún ternero gimoteante destinado al matadero. Si era necesario, podía defenderse. El chico al que había matado por atreverse a tratarla como una cosa conquistada era prueba de ello. Su último aliento sobre esta tierra no estaría manchado de arrepentimiento, de eso Celine estaba segura.

Los ojos del conde echaron chispas hacia la noche, como si pudiera leer sus pensamientos, inmóvil como estaba. Una montaña bajo la luna.

—También he oído los rumores de que no temes derramar un poco de sangre. Pero debes saber que yo tampoco tengo ningún reparo en destruir lo que se interponga en mi camino.

—¿Por qué insiste en amenazarme, *monsieur*? —Celine sujetó su falda mientras sentía en la palma de la mano el frío de la empuñadura de la daga que Bastien le había dado—. ¿Qué intenta conseguir?

Otro destello de esa emoción inescrutable. Si Celine lo conociera menos, juraría que era admiración.

—Yo no amenazo a la gente, *ma chérie* —corrigió Nicodemus—. Mi negocio son los favores. Si hay algo que yo pueda hacer por ti, lo único que tienes que hacer es pedirlo.

Celine casi rio. ¿Ahora le ofrecía un favor? Parecía que Bastien había aprendido sus actitudes camaleónicas de su tío.

—No quiero su dinero, *monsieur*.

—Jamás la insultaría con una oferta de algo tan poco aburrido como el dinero.

—¿Puedo preguntar qué es lo que quiere a cambio de ganarme su favor?

El conde no lo dudó.

—Quiero que rechace a mi sobrino. Que lo aparte. Mejor aún si lo hace por otra persona.

Celine parpadeó.

—¿Por qué se opone tanto a mí? —Entornó los ojos—. ¿Es mi falta de fortuna o linaje?

—Como ya he dicho, no soy tan aburrido. Tu falta de fortuna es, no puede negarse, una molestia, pero no del tipo insuperable, si fueras adecuada en otros aspectos. —Sus palabras dañaban los oídos de Celine y hacían que la humilación le recorriera todo el cuerpo—. A decir verdad, lo que más me preocupan son dos cosas: eres demasiado inquisitiva y ya te has convertido en una debilidad. No me gusta ver debilidad en mi sobrino. Sobre todo cuando es causada por algo tan inútil como las emociones humanas.

Celine eligió sus próximas palabras con cuidado, consciente de que sus mejillas habían comenzado a sonrojarse.

—Sentir no es una debilidad, *monsieur*. Yo... no soy una debilidad.

—Sí es una debilidad cuando los sentimientos toman control del

propio juicio. Y cualquier tipo de amor, en las manos correctas, es un arma que puede ser usada en contra de uno.

Una parte de Celine estaba de acuerdo con él. Había muchos momentos de su vida en los que había sido presa de sus emociones y, en consecuencia, había fallado en su juicio. Después recordó los hilos de esperanza a los que se había aferrado durante el cruce del Atlántico.

—Debería querer que su sobrino encuentre el amor, señor. Cuando la vida se vuelve difícil, la única fuente de fortaleza que tenemos es el amor. El amor por otras personas, el amor por uno mismo, el amor por la vida en su totalidad.

Nicodemus asintió con la cabeza.

—¿Y qué es el amor, *ma chérie*, una elección o un sentimiento?

Celine tardó un momento en responder la pregunta, que la había tomado por sorpresa.

—Es... un sentimiento. —Inclinó la cabeza hacia arriba mientras hacía tiempo para buscar una

respuesta mejor. Como si hubiera estado esperando hasta ese momento, la luna emergió de detrás de un banco de nubes, rodeada de cientos de estrellas. Celine miró al conde con determinación—. El amor es mirar a alguien como si las estrellas brillaran en sus ojos.

Él volvió a asentir.

—Es una idea muy bella. Pero te equivocas, *ma chérie*. El amor no es un sentimiento. Es una elección. Al contrario de lo que opina la mayoría, hay muchos caminos que conducen a la felicidad. Debo preguntar cuál elegirás tú, porque el camino en el que te encuentras no te traerá nada más que dolor. —El conde avanzó un último paso hasta quedar de pie justo delante de ella. Estaba tan cerca que Celine podía ver los colores que se arremolinaban en sus ojos ámbar y oler la esencia

peculiar y gélida que emanaba de su piel. Como de menta escarchada

—. No perteneces a este mundo, Celine. Puede que sea bello, embriagador incluso, pero la belleza es peligrosa de contemplar, con frecuencia enmascara la putrefacción que acecha bajo la superficie. *Et ça ni toujours dans le sang.*

Y siempre acaba en sangre.

—No me cautiva tanto la belleza, *monsieur*. —Celine le devolvió la mirada sin vacilar—. Porque sé que la belleza no es más que un momento en el tiempo.

—Cuánta razón tienes —murmuró Nicodemus. Después apoyó el bastón delante de él y se sujetó con ambas manos de la empuñadura dorada—. De todas formas, debo hacerte llegar las disculpas de mi sobrino. No podrá quedar contigo esta noche como habíais planeado.

—Ya me había dado cuenta, *Monsieur le Comte* —señaló Celine.

—No te lo tomes como algo personal, *mademoiselle*. Mi única meta en la vida es proteger mi legado. Haz lo que te pido. Rechaza a Sébastien.

Hazle daño ahora una sola vez y evita una vida de dolor para ambos. Si cumples con mi deseo, te otorgaré cualquier favor que pidas. Y te darás cuenta de que mi alcance no tiene límites en ningún ámbito. —Hizo una pausa y la línea volvió a estropear su frente—. Si me desafías, verás tus peores miedos convertidos en tu realidad. Me aseguraré de que te quedes absolutamente sola, Celine Rousseau. Me aseguraré de que tengas que encarar todo aquello de lo que has huido sin tener a nadie que culpar más que a ti misma.

Las palabras fueron como un golpe en la cara de Celine. Como si el conde hubiera echado un vistazo a su alma y hubiera desenmascarado su miedo más grande. Celine se encogió cuando una última ráfaga de viento anunció la llegada de una última persona. La persona a la que

había estado esperando desde hacía bastante tiempo. Se armó de valor, a sabiendas de que esa herida la cortaría hasta lo más profundo. Pero eso no hizo que el dolor fuera menor. Lo sintió con gran intensidad, como si se tratara de la cuerda de un arpa rota de forma repentina, cuyo sonido retumbaba hasta las profundidades de sus huesos.

Odette no miró a Celine a los ojos cuando avanzó hacia la izquierda de Nicodemus. Sus hombros estaban encorvados y sus rasgos, sombríos. De todas formas, tomó su posición junto al tío de Bastien con paso seguro.

—Lo siento, *mon amie* —pronunció Odette con sus ojos oscuros apartados hacia abajo—. Tú eres mi amiga. Pero el os... son mi familia.

Con ese último corte, el conde trazó un límite invisible.

Celine no podía con ar en ningún miembro de la Corte. Era ridículo creer que sus lealtades pudieran estar en algún momento con el a. Si Nicodemus ordenaba que la abandonaran a su destino —que tuviera que valerse por sí misma, sin importar las consecuencias—, entonces el os harían lo que les pedía.

Michael ya se había negado a usar a Celine como cebo. Si Nicodemus evitaba que Bastien la ayudara, quedaría sola por completo, tal como el conde lo había prometido.

Con un asesino al acecho entre las sombras.

Quizás vuelva a recurrir al rezo. Sus pensamientos se volvieron lúgubres. *En el banco principal de la catedral de San Luis, donde los mejores pecadores buscan refugio.*

Se dio cuenta de algo que hizo que un hormigero le recorriera las extremidades.

Ven conmigo al corazón de Chartres.

Una l ama de conocimiento se encendió dentro de Celine y su luz fría

inundó sus venas. Sabía dónde tender su trampa. Y que el diablo se la l evara si pensaba esperar a que un chico desara a su familia antes de elaborar un plan. Haría lo que siempre hacía: lo que se necesitaba hacer.

En París, Celine Rousseau había derrotado a su atacante cuando él había estado en su mejor momento, y el a no había tenido a nadie de quien depender más que el a misma. Había viajado hasta el otro lado del mundo para comenzar una vida nueva sin tener ni siquiera una sola promesa en el horizonte.

Y nadie —humano o demonio— se interpondría en su camino.



HIVER, 1872

JACKSON SQUARE

NUEVA ORLEANS, LOUISIANA

Creo que esta noche acabará en sangre,

y solo yo sé para quién.

Quizás el a me atrape, con su

pequeña y malvada

máscara, con su pequeña y astuta mente.

Todo será en vano, pues el a no sabe lo que hace.

El amor es prueba de que la sangre sola no signi ca nada.

Doy las gracias por que mi sangre sea más espesa que el aceite Et bril e plus fort que le soleil

(Y que bril e más fuerte que el sol).



BELLA PUTREFACCIÓN

Celine había vivido y respirado la moda francesa durante la mayor parte de los últimos cinco años.

En París, había aprendido la importancia que tenía la elección que cada persona hacía de sus prendas. La forma en la que hablaban por una chica, quizás incluso antes de que el a pudiera hablar por el a misma. La vestimenta bien podría abrir puertas o cerrarlas. A nivel práctico, la forma en la que una joven decidía vestirse indicaba no solo su situación de vida, sino también adonde deseaba l egar.

Había cierto arte en vestirse. De todos los motivos que había para adorar la moda, Celine se había enamorado sobre todo de ese. La idea de que podía envolver su cuerpo con colores que re ejaran su alma. La forma en la que un simple vestido podía transmitir sus anhelos, temores y sueños. La forma en la que los rol os de seda podían convertirse en una armadura en las manos de la persona indicada.

Ese era el espíritu que había inspirado a Celine a crear el traje que l evaba en aquel momento. Era del todo inapropiado para el evento en cuestión, pero era perfecto en todos los demás sentidos. Era el atuendo de batal a de una diosa lunar. O quizás un homenaje a una reina de las tinieblas.

Celine sonrió para sí misma. Había veces en las que una chica debía crear su propia magia.

Llenó sus pulmones con el aire sofocante de la noche cálida. La

última l ovizna había terminado justo antes de que el sol se hundiera por debajo del horizonte. Todas las cal es abarrotadas de gente de Nueva Orleans resplandecían como plata recién pulida y el aire olía a hierro y humo. El dobladil o de su falda pasó por encima de un charco de agua que parecía un espejo y el tafetán negro susurró a su paso.

Justo al otro lado del arco de entrada del Salón de Baile Orléans, Celine se detuvo en mitad de un

paso. Durante un instante, imaginó que ese era el sitio exacto en el que el propio marqués de La Fayette había pisado alguna vez.

Aunque era poco probable que él hubiera llegado a la esta dos horas tarde.

Celine había necesitado el tiempo. Había pasado la mayor parte de sus horas de vigilia encerrada en el cuartel de policía terminando su disfraz. Justo el día anterior había conseguido completar el conjunto de Odette. Incluso había intentado entregar las prendas en Jacques', pero había sido rechazada en la puerta por el mismo individuo de pelo rojo que estaba encargado del ascensor del Dumaine. Después de con scar los paquetes y realizar el pago completo, Ifan había adoptado una mueca de desdén autocomplaciente y había prohibido la entrada de Celine y los o ciales que la acompañaban. En consecuencia, había perdido la oportunidad de ver a Bastien o de l evar a cabo una última prueba de vestuario con Odette. Su primer vistazo al disfraz terminado

—un homenaje atrevido a Madame du Barry— sería esa noche, cuando viera a Odette en el baile.

Celine esperaba que su amiga disfrutara de su sorpresa tanto como el a había disfrutado de crearla.

Desde el amanecer hasta el anoecer, Celine había volcado sus esfuerzos en la confección de tafetán negro que vestía en ese momento.

Había comenzado como un vestido de luto, del tipo disponible en cualquier tienda. Lo había desmontado y vuelto a montar con un guiño a la silueta barroca. Dentro de la falda, había incorporado el primer guardainfante que había elaborado el carpintero de la Rue Bienvil e.

El efecto global no era perfecto. Quizás si hubiera tenido más tiempo, Celine habría añadido más volantes. Tal vez habría recortado el encaje negro que colgaba de las mangas pagoda para crear algo más dramático. Pero incluso en su imperfección, ese atuendo era *ella*, para bien o para mal. Imprudente, incompleto e inapropiado.

Y al í estaba, a pesar de todo.

Celine descansó el pie derecho sobre el primer escalón y se tomó un momento para armarse de valor.

No había ninguna duda de que el tío de Bastien estaría presente esa noche, al igual que varios miembros de *La Cour des Lions*. Sin embargo, Celine no estaba segura de que Bastien fuera a asistir al evento tan pronto después de la muerte de Nigel. La mascarada del Salón de Baile Orléans sería la velada más importante de la temporada de carnaval. Su ausencia no pasaría desapercibida entre aquellos de la alta sociedad.

¿Bastaría eso para asegurar su presencia?

Celine esperaba que sí.

Los mejores y más bril antes habitantes de la Ciudad de la Luna Creciente seguro que harían acto de presencia. El tema de ese año había sido anunciado durante la culminación del evento del año

anterior.

Doce largos meses de anticipación para rendir tributo a las cortes deslumbrantes de Luis XV y su hijo Luis Augusto en ese destello de tiempo que antecedió a la Revolución Francesa. Cada uno de los invitados había recibido instrucciones de vestirse de blanco, de la cabeza a los pies.

Y allí estaba Celine, vestida solo de negro, desde el antifaz que cubría su cara hasta la punta de sus zapatos teñidos... con excepción de la daga plateada oculta debajo de la falda, por supuesto. Eso debería haberla asustado. En París, habría sido alarmante contemplar algo así.

Pero Celine ya no estaba en París. Ni tampoco era la misma chica que había huido del atelier aquel terrible noche con las manos ensangrentadas y una expresión frenética en la cara. Esa chica era una criatura que pertenecía a los recuerdos más lejanos. Una criatura que no estaba segura de cuál era su sitio y cuyo pie vacilaba sobre un escalón en dirección a lo desconocido.

Celine subió las escaleras. Esa noche no era una chica que temía encarar sus elecciones. Era una diosa que estaba tendiendo una trampa para atrapar a un asesino.

Con los hombros hacia atrás, Celine se deslizó bajo el arco de entrada.

Al otro lado la esperaban dos caballeros en librea con pelucas empolvadas, zapatos con hebilla y calcetines blancos sujetos a la altura de la rodilla, justo por debajo de los pantalones ajustados.

—Contraseña —pidió el que estaba a la izquierda, sus ojos desenfocados del aburrimiento.

—Capetos. —Celine no vaciló.

Mientras el otro guardia abría las puertas pesadas, el hombre que estaba a la izquierda dedicó una mirada curiosa a Celine. Como si deseara decir algo y no tuviera las palabras indicadas.

Ella sonrió para sí misma. Esa era la verdad de la buena sociedad.

Creaban todas esas reglas pero nunca planeaban tener que aplicarse alguna consecuencia a ellos mismos. Nunca esperaban que alguien de entre sus filas se desviara del camino establecido.

Con el mentón en alto en un gesto de arrogancia, Celine se giró de

lado para hacer sitio al guardainfante ancho y atravesó la puerta hacia lo que bien podría ser su última noche sobre la tierra. Ese había sido su primer pensamiento al decidir rehacer un vestido destinado al luto. Si esa iba a ser su última noche entre los vivos, entonces quería que fuera la noche más gloriosa que pudiera recordar.

Viviría una noche como Selene, la titánide que arrastraba a la oscuridad con ella fuera adonde fuera.

Las cuentas de azabache a lo largo del corpiño resplandecieron cuando Celine pasó bajo el techo abovedado del salón, ignorando las miradas de sorpresa y desagrado que aparecían cerca de ella. Estaba maravillada con la cantidad incontable de candelabros de techo que se reflejaban en el

mármol pulido a sus pies y llenaban el espacio con un brillo cálido. Habían posicionado una corte temporal alrededor de un trono ornamentado y la habían decorado con cintas violetas, verdes y doradas. En el centro estaba de pie un caballero barbudo de poco más de veinte años que llevaba un uniforme de regimiento blanco adornado con trenzas doradas y una expresión de satisfacción engreída en los labios. Celine suponía que era el invitado de honor de la fiesta, el Gran Duque de Rusia, Alekséi Aleksándrovich. Bajo circunstancias normales, era posible que su semblante la hubiera impresionado. Pero esa noche ella era una diosa.

Y una diosa no se preocupaba por las nimiedades de los hombres.

A su alrededor, había parejas que otaban en círculos deslumbrantes, que giraban en los familiares compases del tres por cuatro del vals. Sus prendas blancas les otorgaban la apariencia de nubes esponjosas que se arremolinaban a lo largo de un momento dorado. Lo mejor de la sociedad de Nueva Orleans había empolvado sus pelucas y caras, y el aroma dulce resultaba sofocante en combinación con los ramos

altísimos de flores de invernadero, todas elegidas por sus tonos angelicales. Incluso los camareros que iban de un lado para el otro con sus bandejas de champán burbujeante habían pintado sus mejillas y labios y se habían dibujado un lunar debajo del ojo derecho.

Celine observó a los habitantes más importantes de la Ciudad de la Luna Creciente bailar con sus disfraces empolvados mientras sentía sus ojos sobre ella. Los susurros que se escondían detrás de los abanicos de marfil. Las miradas de desdén masculino acompañadas, de vez en cuando, con un guiño pícaro de aprobación.

Nada de eso importaba. Esa era una libertad diferente de la que Celine había deseado en el viaje hacia allí. Era un poder diferente. Era la habilidad de ver a través de una patina de belleza y poder apreciar la putrefacción que se escondía debajo de ella.

Ahora que había probado ese poder, no quería volver nunca a como había sido antes.

¿Acechaba el asesino entre esas nubes bailarinas? Si lo hacía, Celine se había asegurado de que se jara en ella. Contaba con eso.

Su mirada fue atrapada por una mujer al otro lado del salón. Un joven que se había detenido en seco y había cerrado sus ojos plomizos en ella.

Estaba de pie por encima de la multitud y su pelo negro estaba cortado cerca de la cabeza, como el de Julio César. La ligera de oro que adornaba su máscara contrastaba con el bronce oscuro de su piel. El chaleco de Jacquard de color marfil brillaba bajo la luz cálida de las velas, al igual que el *soutache* que rodeaba los botones dorados de su levita de seda. Dio un paso hacia delante y se detuvo; los pantalones de seda se adherían a las curvas de su cuerpo y su cabeza estaba inclinada en un gesto de admiración.

Que el Cielo la perdonara, pero Bastien era guapísimo. Tanto que

ella debía a ser peligroso.

A espaldas de él había un manojo de jovencitas que se pavoneaban con sus perfectos rizos de *papillote* y expresiones codiciosas.

Pero él tenía ojos para una sola chica.

Un zumbido grave resonó en los oídos de Celine. Calentó sus venas e hizo que la sangre coloreara sus mejillas. Bastien se inclinó con lentitud, un pie delante del otro, e hizo un movimiento hacia abajo con la mano derecha en tributo al período. Cuando volvió a erguirse, Celine no pudo evitar sonreír.

Bastien le devolvió la sonrisa sin dudar, con los ojos como dos monedas brillantes y una promesa muda en la cara. Después desapareció entre la multitud sin que le importara ninguna de las personas que lo rodeaban.

Si Alekséi Aleksándrovich presidía sobre esa corte celestial, entonces Sébastien Saint Germain era el príncipe de la contraparte más sombría.

Ese pensamiento hizo desaparecer los últimos temores que Celine tenía. Sabía que Bastien la ayudaría a atrapar al asesino esa noche, en contra de los deseos de su tío. Estaba segura de eso. Lucifer le pertenecía desde el momento en el que le había devuelto la sonrisa.

Entonces, ¿eso era amor?

Si lo era, Celine quería bañarse en él. Quería disfrutar de esa sensación de saber, sin que nadie se lo dijera, que alguien la veía a *ella* entre toda esa bella putrefacción. Que la veía y estaba a su lado, en contra del propio mundo.

Al instante siguiente, sus hombros se tensaron. A través de un hueco entre la multitud, Celine atisbó el perfil inconfundible de Pippa. Una vez más, su amiga menuda deambulaba por el salón de baile del brazo de Phoebus Devereux, entre la orilla y nata de la sociedad de Nueva

Orleans.

Pippa cruzó la mirada con Celine. Después se dio media vuelta con una expresión fría en la cara.

Aunque Celine se sintió dolida, estaba agradecida. Era mejor que Pippa estuviera enfadada con ella. El enfado la mantendría alejada de la atención del asesino.

Odette pasó con un giro junto a Celine en la pista de baile, meciéndose entre risas en los brazos de Boone y con el manto con falda balanceándose sobre el ingenioso guardainfante. Cuando se giraron, Celine vio los pantalones combinados que había diseñado como sorpresa y que se veían donde el disfraz se abría a la mitad y revelaba la gura de Odette mientras ella giraba al ritmo de la música. Su broche con incrustaciones de rubíes centelleaba bajo la luz de las velas desde el centro del pañuelo de caballero que llevaba alrededor del cuello. Una representación perfecta tanto de Odette Valmont como de Madame du Barry, la cortesana que había ayudado a gobernar un reino.

Celine volvió a sonreír para sí misma. Incluso si Odette no volvía a dirigirle una sola palabra, sabía que su amiga le estaba agradecida.

— *Mademoiselle Rousseau* —anunció una voz familiar detrás de su hombro derecho.

Celine se giró y se encontró con los ojos ámbar de una gura alta y enmascarada. El antifaz negro que cubría su cara se movió y le obstruyó la visión. Se tomó un momento para enderezarlo mientras su pulso se agitaba en todo el cuerpo.

— *Monsieur le Comte* —respondió el a con una reverencia, y sintió un hormigueo en los dedos.

El tío de Bastien estiró una mano cubierta por un guante blanco.

—¿Me concedes este baile?

Una sonrisa astuta pasó por sus labios, como si él fuera la serpiente que le ofrecía a Eva la manzana. Celine deslizó su mano sobre la de él.

Al momento siguiente, el mundo se desdibujó a su alrededor y las llamas de las velas comenzaron a correr por los bordes de su visión.

Nicodemus bailaba como si hubiera nacido para hacerlo. Como si hubiera nacido para todo eso. Para la riqueza, para el libertinaje, para cada uno de los brillantes candelabros. Cuando los hizo dar una vuelta alrededor de la primera curva con pasos fluidos y precisos, Celine cerró los ojos durante un instante de lo más breve. Se preguntó qué se sentiría al depositar toda su confianza en una criatura de otro mundo como él.

Abrió los ojos de pronto. Ese mundo de magia oscura podía intrigar a Celine, pero sabía que no era buena idea dar un bocado a su fruta.

—Una elección atrevida —comentó el conde al notar la forma en la que su falda negra susurraba alrededor de él al ritmo de la música—.

Valoro a las jóvenes que repudian la sociedad.

—Aunque todas las pruebas señalen lo contrario. —El miedo no controlaría sus acciones esa noche.

—Sébastien debe de atesorar tu ingenio agudo.

—Ya sabe lo que dicen, *monsieur* —respondió—. Lo que para algunos es un tesoro...

— *Touché, ma chérie. Touché.* —Otra sonrisa se expandió por la cara del conde y enseñó unos dientes tan blancos que cegaban.

Bailaron en silencio por un tiempo.

—¿Has tenido oportunidad de considerar mi oferta? —preguntó él.

—Así es —respondió el a, con un tono igual de evasivo.

—Dime, *mademoiselle Rousseau*, ¿alguna vez has oído hablar de un juego llamado *shatranj*? —

Algo brilló en los ojos dorados de

Nicodemus.

La pregunta tomó a Celine desprevenida e hizo que perdiera un paso.

—Me temo que no, *Monsieur le Comte*.

—Es un juego de estrategia persa, no muy diferente al ajedrez. La leyenda dice que estaba entre los favoritos de la famosa cuentacuentos Scheherazade.

Celine se sintió perturbada al darse cuenta de que él había conseguido sacarle ventaja con una pregunta que aparentaba ser de lo más inofensiva.

—He jugado al ajedrez, pero no soy una experta. Mi padre siempre me dejaba ganar.

— *Shantraj* es uno de los precursores del ajedrez. Me gustaría enseñarte a jugar. —Su sonrisa era a lada—. Puedes quedarte tranquila, yo nunca te dejaré ganar.

— *Merci, Monsieur le Comte*. Acepto su generosa oferta... y espero demostrarle que se equivoca en todos los sentidos.

Nicodemus soltó una risa cuyo sonido tenía un curioso sabor a aprobación paternal.

—Si has tenido tiempo de considerar mi oferta —los hizo girar en el mismo sitio—, ¿qué es lo que deseas pedirme?

Cuánta arrogancia. Cuánta presunción.

Celine simuló vacilar antes de dar una respuesta.

—Después de mucha consideración... creo que será mejor que me marche de Nueva Orleans.

Celine no necesitaba ser una jugadora experta de ajedrez ni de *shantraj* para saber que los buenos jugadores se anticipaban a las jugadas de sus oponentes y planeaban de acuerdo a el as.

—¿Te marcharías de la ciudad sin mirar atrás? —La mano del conde apretó con más fuerza la de Celine.

—Sería posible convencerme —declaró con reticencia—. Hubo un momento durante la semana pasada en la que deseé poder olvidarlo todo y desaparecer como si nada.

El conde la contempló durante una media vuelta alrededor del salón.

—Si lo dices con sinceridad, podría ayudarte.

—Estoy segura de que estaría más que feliz de ayudarme a desaparecer, *monsieur* —bromeó.

Su expresión adoptó una inclinación pensativa.

—Quiero decir que podría ayudarte a olvidar.

—¿Podría ayudarme a... olvidar?

Nicodemus asintió una vez.

—Me lo llevaría solo un momento. No sentirías nada y tampoco causaría ningún daño duradero. — Hablaba como si la estuviera invitando a una tarde en el jardín de su casa de campo.

Celine estaba más perturbada de lo que podría haber expresado.

—¿Y cómo explicaría este ataque repentino de amnesia?

—No tengo secretos con mi sobrino. Sébastien sabría que ha sido tu elección. Y la respetaría como tal.

Los sonidos de la música murieron y los cuerpos que habían estado girando por el salón de baile disminuyeron la velocidad hasta detenerse del todo. Con la cabeza agitada, Celine soltó una risa falsa y se unió al aplauso cuando la canción concluyó.

El tío de Bastien era un hombre que tenía el poder de robar recuerdos.

La mera idea asustaba a Celine más que cualquier cosa que él hubiera dicho hasta el momento. La obligaba a cambiar de táctica, porque si mentía sobre su intención de abandonar Nueva Orleans, ¿qué evitaba que él le saqueara la mente con solo un chasquido de dedos? Lo que era

más, si después ella le pedía a «desaparecer», nadie cuestionaría su ausencia porque conocerían su decisión de dejar la ciudad. Estaría sola y a la deriva una vez más.

No. Sería más seguro negociar una forma de permanecer en Nueva Orleans.

Celine aceptó el brazo que Nicodemus le ofrecía y caminó con él hacia el borde del salón mientras construía un nuevo plan.

— *Monsieur le Comte*, debo disculparme. Cuando dije que creía que lo mejor sería marcharme de la ciudad, lo dije en serio, porque no hay duda de que es la estrategia más racional. —Hizo una pausa—. Sin embargo, como usted ya ha señalado, mis emociones son una debilidad. Me he dado cuenta de que he llegado a adorar Nueva Orleans y no deseo irme. —Se estremeció como si una ola de miedo hubiera pasado entre sus omóplatos—. Pero tampoco deseo renunciar a mis recuerdos, ni deseo entrar en batalla con usted. Así que tengo una oferta... en caso de que me permita quedarme.

El conde plegó las manos delante de él con una expresión inescrutable.

—¿No exigirás que Sébastien elija entre nosotros dos?

—Bastien ya ha perdido a la mayor parte de su familia —observó Celine—. No desearía que lo

perdiera también a usted. —Se mordió el labio inferior—. Así que lo rechazaré, tal como usted me ha pedido.

Nicodemus no dijo nada durante un momento.

—¿Y qué me pedirás a cambio de rechazar a mi sobrino?

—Tengo tres peticiones. —Celine esperaba que su codicia lo convenciera de su honestidad—. Me gustaría tener un *pied-à-terre* pequeño en el Barrio Francés. Además de una tienda de ropa cerca para poder ganarme la vida.

—¿Y la tercera petición?

Celine se centró en sus ojos ámbar y se esforzó por transmitir una sensación de sinceridad.

—Quiero decírselo a Bastien yo misma, sin ninguno de sus espías o secuaces cerca.

—¿Por qué creerías que accedería a cumplir una petición tan sentimental como esa?

—Porque, a pesar de todo, le caigo bien, *Monsieur le Comte* —

respondió Celine sin encogerse—. Y quiere a su sobrino. Bastien es *su* debilidad. Apuesto a que debe de dolerle hacerlo sufrir.

Otra expresión indescifrable atravesó la cara del conde, y su silencio se alargó durante varias respiraciones.

—¿Cuándo desearías hablar con Bastien?

Esa era la pregunta más importante que le había hecho hasta el momento. Celine mantuvo la voz inexpresiva al responder.

—Supongo que eso depende de qué tan pronto desee usted que este asunto llegue a su fin.

—Entonces, ¿esta noche?

Eso era justo lo que había estado esperando.

—Si así lo desea, *Monsieur le Comte*.

Nicodemus le dedicó una mirada sardónica.

—El amor es, sin ninguna duda, una debilidad. —Se inclinó hacia la oreja derecha de Celine—. Y es cierto que me caes bien, Marceline Rousseau. Sobre todo cuando haces lo que quiero.

El roce de su amenaza le heló la sangre e hizo que sintiera como si cientos de arañas caminaran por su piel.

—Comprendo. —Celine sonrió para enmascarar su miedo.

—Sébastien te buscará en la terraza en veinte minutos.

DOS CARAS DE LA MISMA MONEDA

El aroma a ores moribundas sopló por las puertas abiertas y otó hacia Celine. Le hacía recordar al vendedor de praliné que deambulaba por la esquina de Rue Bourbon y Rue Toulouse todos los sábados con cascabeles en las muñecas y tobillos y una pipa de tabaco que colgaba de sus labios. A la luz de la luna, la balaustrada de travertino sobre la que se apoyaban las puntas de los dedos de Celine brillaba con un tono rosado y estaba cubierta de vetas del color de la sangre seca. Había ramas de buganvil y begonias de color melocotón que envolvían la barandilla de la terraza, y sus pétalos suaves brillaban con gotas de rocío.

Desde ese punto de observación, Celine consideró su próxima jugada.

Había tenido éxito al conseguir lo que más quería: un momento a solas con Bastien. Como resultado de los intentos del conde por mantenerlos separados después del asesinato de Nigel, Celine todavía no había compartido lo que había descubierto al analizar las pistas de la pizarra de Michael.

Ven conmigo al corazón de Chartres.

Como mínimo, era posible que hubiera encontrado la ubicación de la guarida del asesino. Qué deberían hacer con esa información todavía estaba por verse. Él consideró ir a Michael con el descubrimiento, pero él ya había rehusado ayudarla una vez y, hasta el momento, todos los intentos que la Policía Metropolitana de Nueva Orleans había hecho por atrapar a ese demonio de otro mundo habían sido frustrados.

Celine no sabía cuánto tiempo les daría Nicodemus. ¿Sería su ciente para conseguir también la ayuda de Arjun u Odette? Las posibilidades no

parecían ser muchas. Bastien podría estar dispuesto a desear a su tío para capturar al asesino de Nigel, pero sería ingenuo que Celine esperara lo mismo de cualquier otro miembro de la Corte, sobre todo dado el encuentro reciente fuera del cuartel de policía hacía varias noches.

No importaba. Celine tenía intención de usar cada segundo del tiempo prestado que tendría con Bastien, en especial si eso significaba que quizás pudieran tentar al asesino a salir a la luz.

Había varias otras parejas reunidas alrededor del borde del balcón. Un trío de mujeres jóvenes estaban apiñadas y se reían de bromas groseras. Su levedad alegró el tenor de los pensamientos de Celine. Por un instante, consideró unirse a ellas. Sobre todo cuando oyó a una hablar con tono animado sobre el disfraz de Odette Valmont. Sobre cómo la escandalosa amante de Sébastien Saint Germain había osado vestir pantalones ajustados bajo el manto abierto, además del pañuelo de caballero alrededor del cuello.

—¿Quién creéis que lleva los pantalones en la cama? —Los ojos castaños de una de las chicas soltaron un destello travieso.

—Si lo están haciendo bien, ninguno de los dos —respondió la joven a su derecha.

— *Zut alors!* —exclamó la última chica con entusiasmo.

A pesar de todo, Celine no pudo evitar reír. No había mentido al decirle a Nicodemus que le gustaba ese sitio. Nueva Orleans era un mundo de contrastes. Una ciudad de vida y muerte. Un escenario crudo e intenso.

Le sentaba bien.

Deslizó los dedos sobre la balastrada de piedra y trazó líneas sobre la delgada capa de humedad que se estaba acumulando sobre su superficie. Un par de pisadas se detuvieron de forma abrupta por encima de su hombro, demasiado cerca para que se tratara de una coincidencia. Dio media vuelta de inmediato y un grito ahogado se tragó sus palabras.

—Pippa. —La alarma hizo que todo el cuerpo de Celine ardiera.

—He venido aquí porque quiero decirte algo. —El enfado hacía que las bonitas facciones de su amiga se fruncieran.

—Por favor, no debes ser vista con...

—No —interrumpió Pippa—. Esta vez serás *tú* la que escuche.

—No lo entiendes, yo... —Celine tiró de él para adentrarla más en las sombras y echó una mirada frenética a su alrededor con una expresión tensa.

—¡No! —Las lágrimas comenzaban a acumularse en los ojos de Pippa cuando él se soltó con fuerza—. No quiero darte la oportunidad de ofrecer una explicación. Tú me has... *herido*. Muchísimo. Me he preocupado por ti todos los días. Una sola palabra o nota habría sido suficiente. Pero me has apartado de tu vida y no podré conocer el motivo. —Mientras hablaba, gesticulaba, y sus mangas de encaje se engancharon en los elegantes alambres plateados de su petil o barroco—. Ah, maldición —protestó.

—Déjame ayudarte —se ofreció Celine, y estiró una mano hacia el encaje.

Pippa se movió para detenerla. En el momento siguiente, sus hombros se encorvaron y él soltó un suspiro derrotado.

—Maldita sea —masculó—. He salido aquí fuera para causar una impresión y ahora estoy en deuda contigo. —Su peluca de tirabuzones empolvados se deslizó un poco sobre la frente y la cruz que colgaba de su cadena dorada se enredó con un rizo suelto—. Y por si fuera poco, parezco el Fantasma de las Navidades Pasadas.

—No te preocupes. —Una sonrisa tiraba de las comisuras de los labios de Celine—. Me aseguraré de hacer caso a tus advertencias sin importar lo malvadas que sean.

Pippa la fulminó con la mirada y volvió a suspirar.

—Necesito que sepas lo enfadada que estoy... y que no importa que me ignores o me alejes. Siempre estaré aquí, Celine. Te quiero mucho y eso no cambiará solo porque te estés comportando como una desgraciada. —Tiró de su peluca para enderezarla y una nube de polvo se elevó alrededor de su cabeza.

Celine desenredó el último trozo de encaje enredado.

—Yo también te quiero mucho, y no tienes ni idea de cuánto lamento comportarme así —aseguró Celine en voz baja—. Necesito que sepas que tengo motivos para mantener las distancias. Prometo que uno de estos días te lo contaré todo.

—Te tomo la palabra. —Pippa asintió—. Pero nunca olvides que estoy aquí si me necesitas.

—No lo olvidaré. Jamás. —Celine sintió un nudo en la base de la garganta.

Pippa volvió a asentir y su expresión se volvió taciturna.

—Supongo que debería volver al baile. He enviado a Phoebus a buscar algo para beber, y solo un grandísimo tonto se perdería de camino a la fuente de ponche.

—¿Y es *monsieur* Devereux un zopenco de ese nivel? —bromeó Celine con tono suave.

—Puedo asegurarte que no tengo ni idea de qué quieres decir. —Pippa le dedicó una mirada de cejas arqueadas—. Pero si quedamos en beber té el próximo jueves estoy segura de que podríamos desvelar la verdad, juntas.

Parte de Celine estaba desesperada por ser el tipo de chica que podía hacer planes para el próximo jueves con una amiga querida. Pero no tenía ni idea de qué le depararía la próxima hora, y mucho menos los próximos días.

Parecía que no importaba dónde estuviera en el mundo, las dos partes que siempre luchaban dentro de ella estaban destinadas a llegar a un callejón sin salida. Eran dos caras de la misma moneda. Porque Celine era, sin ninguna duda, la chica que usaba vestidos de colores intensos y anhelaba disfrutar del amor y la risa de una tarde de té. Así como también era, sin ninguna duda, la chica que vestía de negro y tenía el corazón lleno de planes homicidas con el fin de causar la muerte de un asesino.

¿Podrían dos fuerzas tan opuestas coexistir alguna vez en la misma alma?

—Me encantaría beber té contigo el próximo jueves —respondió Celine con convicción.

Lo mejor que podía hacer era tener esperanza. Después de todo, la

██████████

esperanza era una forma de magia.

Con el pasar de los minutos, el cielo se oscureció hasta llegar a un púrpura oscuro. Celine esperó al borde del balcón, con la mirada levantada hacia las estrellas. No sabía cuándo se había dado

cuenta por primera vez de lo mucho que la relajaba la visión de la luna. Quizás tenía algo que ver con su madre.

En los momentos más profundos de su mente, Celine recordaba caminar de niña por una costa rocosa de la mano de una gura delgada cuyo pelo negro caía por debajo de la cintura en ondas espesas. En sus recuerdos, su madre le cantaba a una luna llena y la melodía viajaba sobre el agua oscura como la tinta y se elevaba hacia el vasto cielo.

Tal vez fuera un sueño. Nada más.

Una rama se partió en la copa de uno de los árboles que estaban a la izquierda de Celine y la hizo abandonar sus pensamientos con un respingo.

Una energía caliente recorrió sus venas y la temperatura de su piel se elevó como si se tratara de brasas atizadas hasta las llamas. Sus ojos revolotearon de un lado para el otro, y el miedo hizo que Celine se volviera consciente de cada una de sus respiraciones. De cada movimiento. De cada suspiro. Se centró en el bosquecillo de robles que se cernía sobre ella mientras su corazón galopaba en su pecho.

Una lechuza solitaria emergió de las sombras batiendo sus alas al ritmo de la respiración de Celine.

Celine casi se rio. Sus dedos temblaron al apoyarse sobre la piel descubierta de su garganta en un intento por tranquilizar sus nervios exaltados.

Al instante siguiente, un silencio cayó a su alrededor como un martil o sobre un yunque. Las aves dejaron de moverse en las copas de los árboles, las cigarras detuvieron su canto. Un rugido amortiguado sonó en los oídos de Celine cuando se giró hacia las puertas dobles que estaban a su espalda con

la intención de volver a entrar.

Antes de que pudiera dar un paso, los individuos repentinamente mudos que estaban en el balcón le obstruyeron el paso. Todos se giraron para irse al mismo tiempo con caras inexpresivas y pasos mecánicos. Las tres chicas en las que había reparado antes tenían ahora los ojos vidriosos, unieron sus manos y se dirigieron hacia las puertas dobles, que fueron cerradas por la última joven, quien se detuvo para correr el pestil o con un *clac* amenazante.

¿Era eso obra de Nicodemus?

El pánico sacudió el cuerpo de Celine. ¿Qué clase de magia oscura era esa?

¿Le había mentido Nicodemus? ¿Estaba jugando con ella? ¿Había hecho sus propias promesas falsas desde el principio con la intención de deshacerse de Celine a la primera oportunidad?

De pronto, todos sus recuerdos se volvieron más valiosos. Pensó en levantarse la falda y huir. Consideró correr hacia las puertas cerradas, golpear contra sus superficies de roble y pedir ayuda a gritos.

¿Cómo de serias serían las heridas si saltara por encima de la balastrada?

Celine había planeado atraer al asesino al lugar de su primer crimen.

Aprovechar los espacios abiertos y la extensión de agua a sus espaldas para acorralarlo en el puerto y frustrar sus intentos de fuga. Y si eso no funcionaba, estaba decidida a sacarlo de su escondite en el corazón de Chartres.

No se suponía que él la atraparía a *ella*.

¿Era Nicodemus el asesino? ¿Celine se había dirigido por voluntad propia hacia sus garras?

Su pecho se agitó con movimientos rápidos bajo las varil as ajustadas de su corsé. El único recurso que tenía era que, si gritaba con su ciento fuerza, alguien tendría que oírla dentro del salón.

Pero ¿llegarían a ella a tiempo?

Celine plantó los pies sobre el suelo y arraigó sus convicciones. Si esa era su última oportunidad, entonces la aprovecharía. Sus dedos se movieron



hacia el bolsillo oculto en su cadera y se detuvieron a milímetros de la empuñadura de la daga de plata de Bastien.

Una bandada de cuervos emergió de las ramas a su derecha. Celine se giró, los vio elevarse hacia la luna y deseó con todo su ser poder desplegar alas propias y levantar el vuelo.

Justo en ese momento, notó un conjunto de marcas peculiares a lo largo del borde de la balastrada. Sus pies la acercaron antes de que pudiera tener oportunidad de pensar.

Cuatro símbolos habían sido dibujados sobre la barandilla; los bordes secos combinaban con las vetas de la piedra y el centro de las líneas brillaba con un color carmesí húmedo:

L, O, U... ¿P?

Un sonido estrangulado salió por la garganta de Celine. Retrocedió hasta dar con una pared de piedra. La alarma se adueñó de ella cuando un par de brazos largos aparecieron alrededor de su cintura y unas manos enguantadas recorrieron sus costillas.

— *Mon amour* —susurró una voz áspera detrás de su oreja, y el aliento frío rozó la nuca de su cuello—. Eres mía para siempre.

Celine abrió la boca para gritar. Algo a su lado se clavó en un lado de su cuello y un vacío oscuro la

consumió.



MEDIO KILO DE CARNE

Algo iba horriblemente mal.

Bastien lo supo en el instante en el que su tío se acercó a él con una sonrisa cálida en la cara y un brillo inquietante en la mirada. Lo supo en el momento en que Nicodemus le ofreció la oportunidad de hablar con Celine a solas en la terraza.

Ningún muerto viviente otorgaba un beneficio como ese sin antes cobrar un precio atroz. Sobre todo un inmortal melodramático como Nicodemus Saint Germain. Una vez, hacía años, Bastien había presenciado cómo su tío le había quitado medio kilo de carne real a un enemigo, para lo cual había despedido al hombre con lentitud, y había disfrutado de cada uno de sus gritos. En ese momento, Bastien había sido un niño de nueve años. Y, para ser justos, el enemigo en cuestión había matado a su padre.

La ansiedad de Bastien se acumuló en la base de su garganta. El cambio de opinión repentino de su tío solo podía ser un mal augurio.

De todas formas, él murmuró un agradecimiento, atravesó el salón de baile y solo se detuvo para saludar con la cabeza a quienes competían por su atención. Para excusarse y prometer su retorno en un santiamén.

En lo único que Bastien podía pensar era en alcanzar a Celine. En asegurarle que los deseos de su tío no tenían ninguna influencia sobre su corazón.

Aunque ella no necesitaba que ningún hombre le asegurara nada.

Una sonrisa de apreciación se dibujó a un lado de la cara de Bastien al pensar en cómo ella había irrumpido en el salón de baile dos horas tarde, vestida de luto y con una actitud temeraria en cada uno de sus pasos. Esa era una de las cosas que más adoraba de Celine. Lo poco que le importaba la buena opinión de los demás.

Bastien se detuvo delante de las puertas dobles de roble sólido que llevaban a la terraza, confundido por encontrarlas cerradas desde dentro. Con los brazos marcados de tensión, Bastien descorrió el pestillo de las puertas para salir al balcón... donde lo recibió una escena que lo heló hasta los huesos.

No había nadie. Ni una sola alma deambulaba bajo el cielo violeta ni respiraba el aire nocturno.

Celine Rousseau no estaba por ningún sitio.

Bastien apretó los dientes, tensó la mandíbula y se deslizó hacia la barandilla vacía sin dejar de barrer con los ojos en todas las direcciones.

No poseía ninguno de los dones sobrenaturales de su tío. No podía ver en la oscuridad sin

impedimentos, ni tampoco podía detectar el olor a sangre a grandes distancias. Y de nitivamente no podía transportarse a través del tiempo y el espacio en un abrir y cerrar de ojos.

Pero Bastien había aprendido de niño a notar cosas que la mayoría de los mortales pasaban por alto. Como la mancha de sangre sobre la cornisa del balcón que se camuflaba con el color de las vetas del travertino. Y los cuatro símbolos emborronados y escritos con una tinta macabra que olía a cobre y a sal.

Había habido una lucha. Y parecía que el asesino se había llevado a Celine del balcón.

La ira inundó las venas de Bastien. Era la escarcha de la ira más absoluta. Siempre hielo. Nunca fuego.

Bastien se arrancó la máscara ridícula de la cara. Sin mirar atrás, volvió a las puertas dobles y se detuvo bajo el umbral mientras su cabeza se agitaba con un frenesí calculado.

Primero buscó a su tío. Observó la multitud en busca de una gura alta vestida con una larga capa de ópera blanca. Por fortuna, Nicodemus ya no parecía estar mezclándose entre la aristocracia nocturnal de la Ciudad de la Luna Creciente. Lo más probable era que se hubiera retirado a una estancia cercana con alguno de los caballeros más inuyentes de Nueva Orleans para compartir unas copas de coñac, un cigarro y una fuente de secretos. Uno de los rituales más atesorados del Vieux Carré.

Lo cual significaba que tendría menos de media hora antes de que su tío notara su ausencia.

Sin detenerse a pensar, Bastien se deslizó entre las parejas que serpenteaban por la pista para robar a Odette de los brazos de su pareja de baile antes de que el pobre joven pudiera protestar.

El no dio ni un paso en falso. Su sonrisa tampoco aqueó en ningún momento, a pesar de que un vistazo a la cara de Bastien le había dicho que algo no iba para nada bien.

Odette Valmont representaba lo mejor de la familia que él había montado para sí mismo. Ella, Nigel, Hortense, Madeleine, Jae y Boone lo habían rodeado al poco tiempo de su llegada al puerto de la ciudad hacía casi una década, cuando había sido un niño lleno de pérdida y dolor, con una expresión angustiosa que le había ganado el apodo de *Le Fantôme*.

Esa curiosa colección de inmortales habían recibido una sola tarea: proteger al único heredero de Nicodemus que todavía sobrevivía.

Resguardar el legado más grande de su creador. Durante casi diez años,

habían respaldado a Bastien y lo habían ayudado a abrirse camino en la ciudad al mismo tiempo que lo mantenían a salvo de todos los horrores que lo habían arrancado de sus padres y su hermana.

—Ven conmigo al balcón—indicó Bastien a Odette a través de una sonrisa encantadora con palabras que eran más aire que sonido.

Después de eso, ambos se giraron entre la multitud —separando a las parejas que permanecían en la periferia— antes de atravesar las puertas dobles con un giro y salir a la oscuridad aterciopelada.

Tan pronto como se encontraron lejos de los oídos de los invitados, Bastien dejó de moverse y dejó caer ambos brazos a los lados.

—Celine ha desaparecido —anunció en voz baja, consciente de que cualquier persona, o criatura, podría estar escuchando.

Los ojos oscuros de Odette se volvieron negros, sus rasgos se alargaron y sus colmillos se alargaron más allá de los labios pintados. Perforaron ese velo elegante y trajeron al depredador más perfecto del mundo a la superficie. Odette se detuvo para llenar los pulmones con aire.

—Huelo su sangre. Hace menos de cinco minutos todavía estaba aquí.

—¿Cómo puedes estar segura de que es la suya?

Volvió a oler una vez más con la cabeza empolvada inclinada hacia un lado.

—Su sangre canta una melodía inusual.

—¿Alguna vez has echado un vistazo a su futuro? —Bastien entornó los ojos y frunció los labios.

—Solo aquel a vez. —Odette vaciló—. Pero no me dijo nada sobre esto Bastien. Solo me dijo lo que compartí contigo hace semanas. Una verdad que ya se ha cumplido. El a será la domadora de...

—Lo recuerdo. —La furia había llegado hasta la punta de los dedos

de Bastien, quien apretaba y soltaba los puños a cada uno de sus lados.

Necesitó usar todo su control para no romper algo con las manos. Sabía que no debía hacerlo. Cuanto mayor era la ira, más destructiva era su fuerza. No serviría de nada perder la cabeza por esas emociones—.

¿Puedes rastrear su aroma?

Los ojos de Odette volvieron a su color de siempre y sus fosas nasales dejaron de inflamarse como las de un chacal.

—No estoy segura. La lluvia hace que me resulte difícil rastrear aromas. ¿Le has pedido ayuda al Sabueso Infernal? Es nuestro mejor cazador.

—Sabes tan bien como yo que Boone no levantará ni un solo dedo si eso implica desafiarse a Nicodemus —replicó Bastien con un tono a lado por la ira—. Tiene demasiado miedo.

—Nuestro pequeño sabueso siempre ha tenido corazón de cordero —

observó Odette en voz baja—. Él ha sido quien peor se ha tomado la muerte de Nigel. Esta es la primera noche en días que ha vuelto a casa.

Bastien fulminó el aire con la mirada y sintió una punzada que le perforaba el pecho. El tiempo se había convertido en un lujo demasiado valioso para todos.

—¿Puedes conseguirme una hora?

—Tú tío ha prohibido... —Una expresión de alarma atravesó la cara de Odette.

—Me importa un bledo lo que haya dicho Nicodemus. —Bastien escupió con lo que fue casi un gruñido.

El a sujetó la mano de él con dedos enguantados que resultaban fríos al tacto.

—Todos los miembros de *La Cour des Lions* han recibido órdenes explícitas de prevenir que tú vayas a cualquier sitio que se relacione con

Celine Rousseau. Por favor —rogó el a—, Nigel ha *muerto* porque ninguno de nosotros se ha tomado en serio esta amenaza. Si algo llegara a ocurrirte a ti, no sé qué haríamos.

—No soy el niño que conocisteis hace años.

—Ya lo sé, cariño —respondió el a—. Solo Jae es más rápido que tú para desenvainar armas, y todos te hemos visto disparar a un hombre entre los ojos a sesenta pasos. Pero lo que el asesino está intentando hacer es forzarnos a salir a la luz. Nos está eliminando uno por uno —

continuó con ojos que nadaban en lágrimas cada vez más rosadas—.

Solo el diablo sabe por qué. Se suponía que todo esto había terminado hace años.

—Odette. —Bastien la sujetó de los hombros mientras intentaba cambiar su expresión por una de tranquilidad—. Eres la única en la que puedo confiar. Sé que te importa mucho Celine. Si no la ayudamos, podría morir. —Sus tripas se retorcieron con solo pensarlo y las palabras le quemaron la garganta—. No puedo permitir que eso ocurra. Has pasado años obedeciendo a tu creador. Esta noche, ¿no podrías ayudar a tu amigo?

Odette lo observó con los labios presionados hasta formar una línea y un único hilo de lágrimas teñidas de sangre sobre la mejilla.

—No puedo evitar que te busquen, Bastien.

—¿Puedes aunque sea conseguirme una hora?

El a vaciló y luchó por mantener la compostura.

—Yo... haré todo lo posible. Pero el Sabueso Infernal te encontrará, Bastien, como siempre hace. Y todos tendremos que afrontar las consecuencias.

—Gracias, Odette. —Bastien la besó en la frente.

Después saltó por encima de la balaustrada y desapareció en la

████████████████████

oscuridad.

Bastien abrió la puerta de la cocina de Michael en el cuartel de policía con una patada, sin detenerse para respirar. Estaba preparado para encontrar a su amigo de la infancia inclinado sobre su escritorio. Así como había estado anticipando un altercado cuando le exigiera al detective que compartiera todas las notas que había tomado sobre el asesino. Notas sobre quién podría ser. Qué podría ser. Y, lo más importante, dónde podría estar.

La única señal de vida que Bastien encontró fue una lámpara cuya llama solitaria bailaba alegre dentro de un cilindro de cristal transparente.

Por un instante, la furia lo dejó ciego y Bastien deseó hacer añicos la lámpara. En un esfuerzo por apaciguar su ira, barrió el espacio estrecho con la mirada en busca de cualquier cosa que pudiera ayudarlo a encontrar a Celine. A uno de los lados había un catre, con una pila ordenada de mantas dobladas encima y una cesta con artículos de costura a su lado.

Su furia amenazó con convertirse en desesperación.

Muchas de las cosas que él había atesorado le habían sido arrebatadas demasiado pronto. Esas pérdidas le habían enseñado a aferrarse con fuerza a su corazón, con dos excepciones: el amor que sentía por su familia inmortal y el amor que sentía por su ciudad. Se había negado a hacer sitio para cualquier otra cosa. Después, hacía un mes, una semilla había sido plantada en su cabeza y regada por la mano del Destino. Por una sonrisa sardónica y una cascada de rizos como el plumaje de un cuervo. Por una chica que lo igualaba palabra tras palabra, desafío tras

desafío.

Algo se desenmarañó en el pecho de Bastien.

Parecía que ahora había una tercera excepción.

Debería haberle dicho a Celine que él la había capturado su corazón en vez de permitir que las ridículas expectativas y normas sociales se interpusieran en su camino. Si algo llegara a ocurrirle, el propio diablo tendría que responder por ello. Bastien no aceptaría un mero medio kilo de carne.

Antes de terminar, Bastien se aseguraría de que las lágrimas del demonio se convirtieran en cenizas.

Se detuvo delante de la pizarra gigante que corría paralela al escritorio de Michael y frunció los labios hacia delante en una expresión calculadora. Estudió la colección de pistas que el detective había reunido, incluidas las muchas cosas insidiosas que el asesino había dicho a Celine en múltiples ocasiones:

Bienvenida a la batalla de Cartago.

Eres mía.

La muerte lleva a otro jardín.

Sé el a ti misma.

Muere en mis brazos.

Un músculo tembló en el cuello de Bastien. Leyó con detenimiento el mapa viejo que estaba pegado a una de las esquinas de la pizarra y su mirada se detuvo en algo que antes había pasado desapercibido.

Después Bastien se enderezó y sus ojos se abrieron de par en par.

Las notas de Michael estaban incompletas. El asesino había dicho algo muy peculiar a Celine la noche que la había acechado por las calles del Vieux Carré. Su ausencia en la pizarra, que por lo demás era muy meticulosa, llamó la atención de Bastien.

Ven conmigo al corazón de Chartres.

Chartres era una ciudad al sur de París, famosa por la belísima catedral ubicada en su corazón.

La Rue de Chartres atravesaba el centro de Nueva Orleans y pasaba justo por la mitad del mapa de Michael. En el corazón de la calle, se alzaban los tres capiteles de la catedral de San Luis.

¿Podría haber sido tan arrogante el demonio como para guiarlos directamente a su refugio? No había ninguna duda de que era inusual que un asesino buscara guarida en una iglesia. Pero también era el preciso tipo de detalle que deleitaría a la mayoría de los inmortales que Bastien conocía. Buscar santuario en la casa de Dios.

—En el nombre de Dios, ¿qué haces aquí? —exigió una voz áspera detrás de él.

Bastien se giró para encontrarse con la gura astuta de su antiguo amigo.

—Mis disculpas, detective Grimaldi. —Mantuvo el tono de la voz ligero, a pesar del aluvión de ira—. Me retiraré de aquí.

—Al diablo con eso. Has roto mi puerta, maldito, no haces nada bueno. Tú y esa actitud del interior que tienes. ¿Aprenderás algún día?

—Michael lo fulminó con sus ojos desteñidos—. ¿Qué te ha traído a mi oficina a esta hora, pavoneándote como si fueras uno de los reyes de mierda de Francia?

—He tenido un error de juicio momentáneo —ofreció Bastien con tono despreocupado mientras pasaba delante de Michael con la intención de hacer una salida rápida—. Pero ya ha sido corregido.

El joven detective lo sujetó por el frente de su chaleco color mar l.

—Tonterías. Responde la puñetera pregunta. ¿Por qué estás aquí?

Bastien luchó por controlar su furia. No podía atacar al detective. No

atacaría a Michael. Había generaciones de resentimiento que se lo prohibían.

—No tengo tiempo para ver quién orina más lejos. —Sujetó las muñecas de Michael y las retorció para que soltaran su disfraz absurdo

—. Envía la cuenta por los daños a Jacques'. —Su sonrisa se volvió arrogante—. Y asegúrate de probar la *vichyssoise* la próxima vez que estés por al í. Siempre has disfrutado de los placeres más sencillos de la vida. —Intentó salir una vez más.

—¿Le ha ocurrido algo a Celine? —Michael se interpuso en el camino de Bastien con las fosas nasales inadas como si hubiera sentido el olor a la carnada en el agua.

El nombre de Celine en los labios de Michael volvió a encender la ira de Bastien. Si le decía la verdad a Michael, no habría forma de contener el asunto. El idiota ordenaría que una guarnición entera descendiera sobre la catedral y perderían un tiempo valioso en sortear toda esa estupidez legal.

—No tengo ni idea de dónde podría estar Celine Rousseau. ¿No se suponía que eso era asunto tuyo ahora? —dijo Bastien con desprecio mientras volvía a intentar pasar junto a su amigo de la infancia.

Los minutos pasaban en el reloj de la cocina de Michael. En cualquier momento, Boone encontraría a Bastien y su tío seguiría los pasos que el Sabueso Infernal daba con sus zapatos caros. Y todos esos minutos eran valiosos para Celine. Así como se habían convertido en valiosos para Bastien.

Más valiosos que la propia vida.

—Respóndeme, Sébastien. Antes de que l ame a... —Michael lo empujó hacia atrás con las facciones rojas.

Bastien arremetió contra Michael. Algo que hacía años había

prometido no hacer nunca. Atacar al joven detective era un desafío directo a las órdenes de su tío. Que un Saint Germain atacara a un Grimaldi...

Su golpe rompió el puente de la nariz de Michael, que comenzó a chorrear sangre. Un aullido de furia emergió de la boca del detective e hizo que varios pasos corrieran hacia él desde la planta de abajo.

—Ten cuidado, Michael —sugirió Bastien entre dientes—. No vuelvas a interponerte en mi camino. —Después de pronunciar esas palabras, salió de la cocina con el latido del corazón como

un trueno en su pecho.

No había nada que pudiera hacerse al respecto.

Sébastien Saint Germain acababa de violar el tratado de la Hermandad.

████████████████████

EL ÚLTIMO CLAVO

Celine despertó de costado, con la mejila apoyada sobre la piedra fría.

Su nariz percibía un aroma empalagoso y sus sienes latían al mismo ritmo lento de su corazón. Durante un tiempo, tuvo dificultades para enfocar la mirada en algo, su visión nadaba como si hubiera bebido demasiado champán. Se pasó la lengua por los labios secos e intentó levantar la cabeza.

Una exclamación de sorpresa escapó de su boca. Sintió un dolor agudo en el brazo derecho y una humedad cálida se derramó por la clavícula hasta llegar al corsé negro. La herida de su cuello seguía fresca, lo cual significaba que no había pasado demasiado tiempo desde que había sido atacada en la terraza. El aroma punzante de la sangre saturaba el aire y se mezclaba con un perfume a... ¿incienso?

Celine volvió a intentar cambiar la posición, pero estaba débil. Muy débil.

Al menos el asesino la había dejado vivir. Suponía que debía sentirse agradecida. Por un instante horroroso, había estado segura de que había tomado su último aliento en ese balcón.

Celine apretó los dientes para enfrentar el dolor y se esforzó por sentarse, aunque volvió a fallar. Tenía las manos atadas detrás de ella y los pies ligados por los tobillos, y las cuerdas parecían pesos de plomo.

Usó el codo para asegurarse de que la daga de plata de Bastien siguiera

oculta en el bolsillo oculto debajo de la falda. Cuando sintió su peso reconfortante contra la cadera derecha, dejó caer la cabeza sobre la piedra lisa, agotada incluso por la acción más simple.

Sus ojos se posaron sobre el fresco del techo que tenía encima y contó hasta tres para sus adentros. Después elevó las rodillas al pecho con un susurro de la falda de tafetán que irrumpió en el silencio mientras su frente se cubría de perlas de sudor. Con un esfuerzo hercúleo, Celine pasó las muñecas por encima de los pies y rompió varios de los aros de madera que la rodeaban en el proceso, además de torcerse el brazo izquierdo. Ahogó un grito y parpadeó para deshacerse de las lágrimas de dolor calientes antes de observar sus alrededores.

A la izquierda se extendía un suelo que reconocía, de piedras blancas y negras dispuestas en un diseño diagonal. Por el centro corría un pasillo iluminado por velas altas y limitado por bancos de madera a los lados.

Tosió y una risa amarga se retorció en su estómago. Sus suposiciones previas habían sido acertadas. Estaba acostada sobre el altar de la catedral de San Luis, en el corazón de la Rue de Chartres. Si no estuviera tan aterrada, se mofaría de su atacante por toda esa teatralidad. Volvió a toser, rodó hacia un lado y cayó de la super cie de piedra con un castañeteo de dientes y un golpe seco contra el suelo de granito. Sintió astil as de dolor a lo largo de todo su lado derecho, miles de agujas diminutas que se clavaban debajo de la piel.

Celine se mordió el labio inferior para no gritar.

No había tiempo para sucumbir al dolor. Necesitaba soltar los pies de las ataduras para al menos poder intentar escapar. Celine se incorporó y un par de gotas de sangre bril ante salpicaron la piedra fría. Después subió las rodil as hasta el mentón y estiró los brazos por debajo del

borde de la falda para manipular los nudos que tenía alrededor de los tobil os.

—Admiro tu resiliencia, Celine —pronunció una voz cálida desde las sombras que estaban a su espalda, con un acento re nado. Típico de la clase alta británica—. Pero has perdido demasiada sangre. No creo que l egues demasiado lejos.

El terror la apuñaló y un escalofrío fantasmal le recorrió la columna.

Pero ya se había hecho una promesa a sí misma. El miedo no controlaría sus acciones esa noche.

—¿Quién eres? —Su voz estaba ronca pero rme—. ¿Por qué me has traído aquí?

Las pisadas que la rodeaban se acercaban cada vez más, los talones del asesino golpeaban la piedra con una lentitud atormentadora.

—Estoy un poco ofendido de que no te hayas dado cuenta de quién soy, y eso que tienes toda esa maldita inteligencia —continuó con tono burlón—. Aunque para ser justos, cariño... antes sonaba algo diferente, claro. —Su voz adoptó con facilidad un vibrante acento *cockney*. El acento de la clase trabajadora de Londres.

Su tenor la hizo temblar. A pesar de la herida que todavía sangraba, Celine giró la cabeza hacia un lado mientras la incredulidad hacía añicos sus pensamientos.

¿Nigel?

—Pero estabas muerto —susurró Celine cuando Nigel avanzó hasta hacerse visible, fuerte y sano y entero, rodeado por un aroma a tierra que impregnaba el aire. La conmoción l egó a las extremidades de Celine e hizo que sus hombros se sacudieran—. Yo te vi. Tu brazo. Tu *cabeza*. — Celine ahogó un grito al l egar a una conclusión que le robó todo el aire de los pulmones—. Fuiste... *tú*.

El mal no tenía el aspecto que el a había imaginado. Nigel no era el vil ano sediento de sangre que la atormentaba en las pesadil as. Era el amigo afable de Arjun. El chico tonto y dulce de Odette. Uno de los con dentes más cercanos de Bastien.

Nigel aplaudió dos veces con lentitud y dejó caer la capa gris que le cubría sobre los hombros para revelar un chaleco arrugado y una camisa manchada.

—Viste lo que queríamos que vieras, cariño.

—¿Queríamos?

Él ignoró su pregunta y volvió a adoptar el resonante acento de Grosvenor Square.

—Has resultado ser toda una pequeña investigadora. —Volvió a cambiar la voz, como si se estuviera poniendo y quitando un sombrero

—. Tan lista. Tan terriblemente avispada. Sobre todo para ser una chiquilla. —Su acento *cockney* retumbaba contra el techo.

Por Dios, sonaba desquiciado. Pero Celine no percibía ninguna señal de locura. Tenía las mejillas sonrojadas, los ojos bien abiertos, los labios carnosos. No, no era locura.

Era orgulloso.

El orgulloso de actuar delante de un público, como si él fuera un actor venerado sobre un escenario. Si Celine hubiera tenido que adivinar, habría dicho que Nigel estaba disfrutando del éxito de su engaño, como si fuera una prueba de su grandeza.

La determinación se dibujó sobre la frente de Celine. Si el orgulloso era su perdición, entonces ella lo alentaría a hablar sobre sí mismo para distraerlo todavía más. Había hecho lo mismo con el hombre que la había atacado aquella noche en el atelier.

No importaba que eso casi hubiera fallado.

—Por favor, dime por qué —susurró Celine con expresión suplicante

—. No entiendo por qué harías algo así. —Mientras hablaba, sus dedos intentaban desatar los nudos por debajo de la falda y ella se forzaba a permanecer tranquila.

—¿Así que sigues siendo una pequeña detective brillante? —observó Nigel en el inglés de la Reina. Se acercó al trío de escalones redondeados que cubrían al altar y se detuvo para apoyar el pie derecho sobre la base de granito oscuro—. Por cierto, ¿has conseguido descubrir el significado detrás de los símbolos que he dejado para ti?

—No —mintió Celine, y se encogió en dirección contraria a él, con la espalda presionada contra la base del altar y las ataduras de los pies cada vez más sueltas.

—No importa —continuó Nigel con aire casual—. Fue impresionante la velocidad con la que determinaste que podrían pertenecer a algún idioma antiguo. —Apoyó un codo sobre la rodilla adormilada—. Solo estabas equivocada por un par de cientos de años.

—¿El idioma precede al griego antiguo? —adivinó Celine.

—Pertenece a una civilización completamente distinta. —Cambió al *cockney*—. Incluso te di una pista, ya lo creo.

—Cartago. —Celine dejó caer los hombros.

—Correcto. —Sonrió y volvió a cambiar de acento—. En cuanto al porqué de mis acciones... los motivos son varios. ¿Por qué traiciona alguien a las personas a las que quiere? —Se enderezó y adoptó una expresión sombría—. Por poder, quizás. Los Médici, los Borgia, los Tudor, los Ptolomeo y un sinfín de familias inuyentes de la historia podrían dar fe de ello. —Hizo una pausa—. O tal vez sea porque jamás los he querido de verdad.

»¿Sabes por qué existe La Corte de los Leones? —continuó Nigel

mientras sus ojos brillaban con una luz sobrenatural—. ¿Sabes por qué Nicodemus me arrancó de mi hogar en el este de Londres y me convirtió en un demonio, por qué me condenó a compartir su mismo destino? —La ira se expandió por su cara—. ¿A obedecer a mi creador hasta el fin de los tiempos?

Celine sacudió la cabeza al mismo tiempo que su dedo índice se enganchaba debajo de una de las vueltas de sus ataduras y la soltaba.

Un músculo se tensó bajo la piel de la frente de Nigel.

—La Corte de los Leones existe para el único propósito de proteger el legado de Nicodemus Saint Germain. —Rio por la nariz—. Sébastien, el último vástago de la familia Saint Germain. He protegido a un niño mortal durante casi una década. Desde el momento en el que entró enfurruñado a una habitación llena de libros hasta el momento en el que se coronó a sí mismo príncipe de nuestra corte oscura, me he visto obligado a seguir sus órdenes. —Una risa amarga brotó de sus labios—.

Yo, un *ser inmortal* con poderes que no podrías ni imaginar, me he visto encadenado a un maldito humano como si fuera un estúpido perro guardián. —El desdén tiraba de sus labios—. No es ninguna sorpresa que la Hermandad nos deteste tanto como lo hace.

Las ataduras cedieron apenas un poco más; los dedos de Celine ya estaban arañados por el forcejeo.

—¿Por qué necesita Bastien que lo protejan? —Si pudiera ganar aunque fuera un minuto más...

—Estoy seguro de que debes de haber notado que todos los otros miembros de la familia de Bastien están muertos. ¿Crees que eso fue por accidente o a propósito?

Una respuesta amenazó con salir disparada de la boca de Celine. Ella se mordió la lengua y saboreó la sal de su sangre. No podía sucumbir a

la ira, así como no podía dejar que el miedo la consumiera.

—Debe de haber sido a propósito —respondió Celine.

Nigel se sacudió una capa delgada de polvo de los hombros y se ajustó las mangas como si se estuviera preparando para algo. Un nudo de nervios se formó en el estómago de Celine.

—Bastien es la última pieza de una venganza que ha sido planeada durante siglos. Y yo, Nigel Fitzroy, seré quien ponga el último clavo en ese ataúd. Seré el primero de mi especie en salvar la brecha entre los Caídos y la Hermandad. —Inhaló por la nariz y estiró los brazos hacia los lados. Después emitió un solo grito triunfal, un alarido feroz y gutural.

Sonaba como el rugido de una bestia. Como el aullido de una criatura que disfrutaba el botín de su cacería. El eco sacudió hasta el suelo que estaba bajo Celine.

No. El mal no tenía el aspecto que ella había imaginado.

Tenía uno mucho peor. Era odio envuelto en el disfraz de un amigo.

Celine luchó contra una ola de angustia y sintió cómo el abatimiento comenzaba a rodearla y a cernirse como una sombra.

Antes de que pudiera echar raíces, Celine se puso de pie con un tambaleo y se dispuso a correr. Con el ruido del castañeteo de sus propios dientes, se aferró al primer banco y lo usó para impulsarse por el pasillo o hacia la entrada, anticipando que Nigel la detendría en cualquier momento. Sus manos atadas ardían por desenfundar la daga que tenía a un lado. Ardían por defenderse. Por clavar la plata hasta el fondo de donde su corazón solía estar.

Pero una vez que la desenvainara, solo tendría una única oportunidad de usarla.

Ese no era el momento indicado.

Una risa suave siguió a Celine y su eco le quemó el alma. No podía detenerse a cuestionar por qué Nigel no la estaba persiguiendo. No podía perder tiempo en saciar su curiosidad. Celine contuvo la bilis que le subía por la garganta y continuó corriendo por el pasillo, cada paso un nuevo desafío para su cuerpo.

Maldición, ¿por qué era tan débil?

Las puertas de la catedral hacían guardia a menos de diez pasos de distancia. Lo único que importaba en ese momento era escapar.

Una ráfaga de aire sopló junto a Celine y la brisa hizo que su visión se volviera borrosa. Celine parpadeó y un grito de asombro escapó de sus labios.

Nigel estaba de pie delante de las puertas de la catedral. Tan solo un segundo antes, había estado en la otra punta de la iglesia.

Con los sentidos aturridos, se detuvo con un tropezón y apoyó una mano sobre un banco para estabilizarse.

—¿Cómo? —Detestaba la forma en la que su voz temblaba—. ¿Qué eres?

Hubo un momento de un silencio espantoso. Después una sonrisa lenta comenzó a expandirse por la cara de Nigel.

—Pensé que nunca lo preguntaría. —Sus palabras eran letales en su serenidad.

Nigel comenzó a cambiar. Sus ojos se oscurecieron hasta ser negros, un color que se extendía como una gota de tinta en el agua. Sus facciones se alargaron y la parte de arriba de sus orejas se estrechó hasta terminar en punta.

Celine se aferró al banco y se tragó sus gritos. Los dientes de Nigel habían comenzado a alargarse y los colmillos, que brillaban como dagas bajo la luz tenue de las velas, ahora parecían los de un lobo.

El pánico estrujó el estómago de Celine. Sintió ácido en la lengua y tragó su sabor intenso. Dio un paso hacia atrás mientras su corazón se agitaba contra las paredes del pecho en una demanda por ser libre.

Después Nigel se acercó con un movimiento borroso. En un momento, estaba a diez pasos de distancia. En el siguiente, se alzaba a un centímetro de Celine, como si hubiera manipulado el aire que lo rodeaba, como si fuera un fantasma o un espíritu o un demonio de la noche.

Celine juntó las manos atadas delante de ella como en posición de rezo. Se inclinó contra el banco y se esforzó por mantenerse erguida.

Esperaba que la debilidad que estaba mostrando le diera la oportunidad de retirar la daga de la vaina que tenía en la cadera.

—Pregúntame de nuevo qué soy. —La barba del mentón de Nigel brillaba como el cobre derretido y sus ojos eran esquirlas de obsidiana.

Celine no podía responder. Ni podía apartar la mirada.

Nigel soltó una risa suave, sujetó una de las muñecas de ella con fuerza férrea y la atrajo contra su pecho. Después se inclinó hacia delante y lamió la herida que tenía en el cuello. Celine ahogó un grito.

Cuando él elevó la cabeza hacia atrás para levantar la mirada hacia el techo de la catedral —a las pinturas brillantes de ángeles que vencían a sus hermanos demoníacos—, su lengua estaba manchada de carmesí con la sangre de ella. Un sonido de satisfacción suprema escapó de su garganta.

Como si su sangre le resultara deliciosa. Como si disfrutara de beber sangre humana.

Vampiro.

Un chillido brutal brotó de los labios de Celine y ella intentó liberar sus manos de las ataduras para alcanzar la daga que tenía en la cadera,

pero Nigel volvió a reírse de él a mientras se deleitaba en su lucha.

Jugaba con él como si no fuera nada más que un juguete.

—Ya es su ciente, Nigel.

La cruel reprimenda provino de las espaldas de Celine. Del lado derecho del altar.

Un aire de triunfo llenó el espacio cuando Nigel echó una mirada por encima del hombro de Celine. La hizo dar la vuelta al mismo tiempo que su piel vibraba de expectación.

Como si ese hubiera sido su plan desde el principio.

Bastien caminó por la nave hacia ellos con el revólver apuntado a Nigel y una expresión talada en hielo.

Nigel envolvió con un brazo la cintura de Celine y la tiró hacia él, como si ella fuera a la vez una posesión y un escudo. Cuando habló, su voz estaba teñida de humor.

—El temerario Romeo al fin ha venido a rescatar a su insensata Julieta. Dime, *lord* León, ¿sabe nuestro guardián que estás aquí? —Sus ojos negros se entrecerraron hasta convertirse en dos rendijas—. ¿Qué dirá Nicodemus cuando se dé cuenta de que has arriesgado su legado por la vida de una mortal?

Bastien lo ignoró.

—No te volverá a herir, Celine —aseguró con tono firme y palabras suaves—. No si desea ver otra luna.

El brazo de Nigel se apretó alrededor de su cintura y la acercó más al mar frío que era su pecho.

—No le mientas a tu amada, Sébastien —recomendó Nigel—. Porque todavía no estoy enojado y su sangre sabe más dulce que la miel caliente por el sol.

Celine, que sentía el pulso de su corazón palpar en sus oídos, hizo

un gesto afirmativo en dirección a Bastien mientras sus manos atadas se acercaban poco a poco hacia su bolsillo.

Con una sacudida sutil de la cabeza, Bastien dio un paso hacia delante y amartilló el revólver con el pulgar.

—Tu disputa no es con él. Suelta a Celine y haré lo que quieras.

—Quizás lo único que quiero es drenarla delante de tus ojos. Ver cómo vives el resto de tu vida breve y miserable como el Fantasma.

Las puntas de los dedos de Celine rozaron el borde de su bolsillo y la respiración se aceleró en su garganta.

Bastien frunció los labios y algo desteló en las profundidades de sus ojos.

—No desperdices una mano ganadora en una tontería así. Nadie se toma todas estas molestias para conseguir algo tan pequeño e insignificante. Sé que podemos llegar a un acuerdo. —Su sonrisa era fría. Despiadada—. Dime cuáles son tus condiciones.

—No estás en posición de exigir nada. Baja el arma, Bastien —ordenó Nigel—. Y quizás así acceda a negociar de buena fe.

—A la mierda con tu buena fe. —La sonrisa de Bastien se ensanchó

—. Déjala ir. Ahora. —Dio un paso más.

—Apunta bien. —Los dedos congelados de Nigel rodearon el cuello de Celine y enviaron escalofríos entre sus omóplatos—. Puede que consigas herirme, pero no antes de que le arranque las venas de su garganta.

Los dedos de Celine se cerraron alrededor de la empuñadura de la daga de plata.

Antes de que cualquiera de los dos pudiera hacer otro movimiento, Nigel levantó a Celine del suelo como si no pesara más que una pluma.

Después hundió los colmillos en su cuello. El terror arañó a Celine con

sus garras a ladas y el dolor casi la dejó ciega mientras luchaba por arrancar el pelo rojizo de Nigel del cuero cabeludo, aunque era como si sus dedos se agitaran contra una pared de piedra.

—¡Basta! —ordenó Bastien. Por primera vez, Celine percibió miedo en su voz—. Déjala ir y bajaré el revólver.

Nigel pasó la lengua por sus labios antes de responder.

—Primero suéltalo.

Bastien no dijo nada. Soltó el seguro del revólver, aunque no bajó el arma.

—Hazlo ahora o acabaré con el tío —se burló Nigel—. No me llevará mucho tiempo. Ya le queda muy poco que dar. Su corazón late más lento con cada momento que pasa.

—Bastien... —susurró Celine, y se dejó derrumbar con la esperanza de que Nigel confundiera el gesto por uno de rendición. El mismo tipo de rendición que su atacante había esperado aquel día noche en el atelier.

Pero Celine Rousseau no estaba indefensa. Mientras todavía quedara algo de aliento en su cuerpo, tenía intención de seguir luchando. Nigel no saldría ileso de esa iglesia. Celine se lo prometió al Cielo.

Celine, que no podía controlar los temblores que la sacudían, echó una mirada de soslayo a Bastien y rozó su cadera derecha con los dedos.

—Bastien, por favor —repitió, como si estuviera rogando que la salvara.

Aunque Bastien hizo una mueca de dolor, asintió una vez con la cabeza. Para hacerle saber que entendía su indicación tácita.

—Parece que hemos llegado a un callejón sin salida, Sébastien —

señaló Nigel—. ¿Qué propones que hagamos ahora? ¿Pelear hasta la muerte como un par de monstruos civilizados? —Atrapó una gota de sangre que se derramaba por el cuello de Celine y se la llevó a la boca

—. Algunos de nosotros somos mejores monstruos.

—Algunos de nosotros somos mejores hombres. —Los dedos de Bastien se apretaron alrededor del revólver. Después apuntó el cañón al suelo.

Nigel se dispuso a bajar a Celine al suelo. Bajó la guardia. Ella esperó al momento en el que los dedos de sus pies tuvieron donde apoyarse.

Se preparó para apuñalarlo en la garganta, tal como le había dicho Bastien la noche en la que le había dado la daga. Durante todo ese tiempo, Celine continuó temblando, como si el miedo hubiera encontrado refugio en sus huesos. Como si ella fuera el corderito patético que Nigel había esperado desde el principio.

Ella no era ningún cordero. Ella era una leona.

Bastien apoyó el revólver en el suelo. Se estiró hasta volver a estar erguido al mismo tiempo que Nigel liberaba a Celine.

En el instante siguiente, el vampiro se acercó a Bastien en un frenesí borroso y clavó los colmillos en su garganta.

Celine se arrojó contra la espalda de Nigel con la daga en la mano. Su furia ya había abandonado el límite de la razón, así que Celine apuñaló a Nigel en la base de la cabeza y a los lados del cuello, una y otra vez, con un gruñido en los labios.

El vampiro soltó un rugido inhumano y se dio la vuelta mientras chorros de sangre oscura brotaban de sus heridas. Arrojó a Celine por los aires, y el golpe que la joven recibió entre los hombros al aterrizar sobre el borde de los bancos le quitó todo el aire de los pulmones y rompió algo en sus costillas.

Nigel trastabilló con la daga de plata todavía incrustada en un lado de la garganta. La ira contorsionaba su cara mientras se acercaba a Celine con una mano estirada y la sangre salía a borbotones de su cuerpo.

Una brisa corrió por la nave de la iglesia, seguida por el sonido de un aleteo entre las sombras. Después algo atrapó a Nigel y lo apartó de la vista bruscamente con el chillido de una bestia herida que se desvanecía hacia la oscuridad.

Con el cuerpo casi roto, Celine se esforzó por ponerse de pie y encontrar un punto de claridad más allá del dolor. Una sensación punzante recorría todo su pecho y su visión parecía nadar cuando intentó mirar hacia delante. Bastien estaba apoyado contra una columna ancha de mármol con una mano presionada bajo la oreja y una expresión curiosa en la mirada.

Se puso de pie entre tropezones.

Después Celine vio una cascada color carmesí que goteaba de su cuello.

—Bastien.

Celine corrió hacia él y lo sujetó antes de que se golpeará contra el suelo de piedra. Se acuclilló a su lado y presionó sus manos atadas sobre las de él en un intento por taponar la herida abierta de su cuello.

La sangre brotaba entre los dedos de ambos y uía rápida y caliente, como un río que emergía entre las grietas de una represa.

Varias ráfagas de aire se reunieron alrededor de ellos. Celine no necesitaba echar una mirada para saber quiénes estaban allí. El resto de la Corte había llegado, más tarde de lo que habría sido útil.

Bastien abrió la boca, y sus ojos brillaron con una luz feroz. Intentó hablar, pero un rastro de sangre brotó de su boca.

—No hables. —Celine lo sostuvo cerca de ella—. Te pondrás bien.

Nicodemus vendrá pronto. Aférrate a tu fuerza. —Aplicó presión sobre la herida hasta que las puntas de sus dedos se pusieron blancas, pero la sangre de Bastien no hacía más que uir más rápido, y la piel de Celine

absorbía su calidez.

Una sonrisa pequeña curvó los labios de Bastien. Usó su otra mano para apretar con suavidad los dedos de ella.

En sus ojos, Celine vio un cielo lleno de estrellas.

Vio a un joven que estaba dispuesto a morir por ella, así como ella estaba dispuesta a matar por él.

—Te pondrás bien —repitió Celine con palabras temblorosas mientras las lágrimas goteaban desde la punta de su nariz—. Esto no terminará así. Sé que no será así. Ni siquiera te he dicho que me estoy enamorando de ti. —Alguien solo rozaba por lo bajo a espaldas de ambos

—. Maldición, no lo oréis —gritó Celine por encima de su hombro—. No hay ningún motivo para loorar. Se pondrá bien. Todos nos iremos de aquí juntos. Y yo amaré a Bastien hasta que la última estrella caiga del cielo. —Su voz se quebró—. ¿Dónde está Nicodemus? —gritó Celine, y sus palabras resonaron con prepotencia—. Encontradlo de inmediato.

La diosa que lo evaba dentro esbozó una sonrisa triste.

Los ojos de Bastien se cerraron y su mano cayó sobre el suelo, junto a los pies de Celine.



LOS MUCHOS CAMINOS QUE CONDUCEN A LA FELICIDAD

Nicodemus Saint Germain estaba de pie sobre el cuerpo moribundo de su sobrino.

El último superviviente de su linaje. La única razón de su existencia.

Todo por lo que había luchado durante su vida mortal —su *legado*— se estaba desangrando sobre el suelo de una iglesia delante de sus propios ojos.

Era apropiado. Porque él había destruido cientos de vidas a lo largo de los siglos. Muchas muertes. Mucha pérdida.

Uno siempre pagaba por sus acciones. El tiempo le había enseñado a Nicodemus esa verdad ineludible.

—Por favor —rogó Celine, con lágrimas que caían por sus mejillas y la cabeza de su sobrino sostenida contra el pecho mientras la sangre se acumulaba en un círculo cada vez más amplio alrededor de los dos—.

Sálvalo.

El peso que Nicodemus sentía en el alma había comenzado a asentarse.

—No —respondió con simpleza. Con la voz quebrada.

Había sucedido lo mismo después de perder a la hermana de Bastien, Émilie. Después de que sus padres hubieran tenido que pagar por el error más grande de Nicodemus.

—Me niego a aceptar esa respuesta —gritó Celine—. Haz algo. No lo dejes morir.

Nicodemus sentía que sus hijos inmortales se agitaban a la izquierda y la derecha. Boone lo oraba sin disimulo. Más lejos, Jae tenía la mirada clavada en la nada, su cara estaba demacrada y sus dedos estaban manchados con la prueba del saldo final de las cuentas de Nigel. Una nube de furia rodeaba a Hortense y Madeleine secaba una lágrima solitaria del mentón de su hermana. En la periferia, Odette, con sus ojos oscuros bien abiertos, se acercaba cada vez más, como si quisiera subvertir sus órdenes.

—Deteneos —ordenó Nicodemus. Todos se pusieron firmes como soldados—. No permitiré que desatéis mis deseos. Sébastien siempre iba a vivir y morir como un mortal. No hay nada que valga el precio de esta maldición —declaró con tono firme—. Me he prometido a mí mismo que nunca convertiría a un miembro de mi familia humana en un monstruo sediento de sangre.

—Ningún precio es demasiado si Bastien vive —rogó Celine.

Una luz dura brilló en los ojos de Nicodemus.

—Sébastien ya ha demostrado que es demasiado débil para esta vida.

No ha prestado atención a mis advertencias al enamorarse de una mortal, y ahora su vida está perdida. Si fuera uno de nosotros, todo sería igual. Nuestros enemigos explotarían esas debilidades. Y él siempre tendría algo que perder.

—Entonces protégelo. Hazlo más fuerte. Solo *sálvalo* —exclamó el a.

Nicodemus bajó la mirada para observar a la chica maldita. La perdición de su sobrino. Él sabía que Celine amaba a Sébastien. Veía esa verdad en su mirada atormentada. Y lo hacía sentir frío. Desalentado.

Entumecido.

—Me he mantenido alejado para que mis enemigos no se vieran atraídos hacia Sébastien. Para no tentarlos. Lo he rodeado con mis hijos

inmortales para que siempre lo protegieran. He sacri cado todo lo que he querido para mantenerlo a salvo. —Nicodemus inhaló y un nudo de dolor comenzó a formarse alrededor del vacío de su corazón—. Mi familia siempre ha sido mi debilidad. Y ahora mis enemigos la han usado para destruirme. —Sacudió la cabeza—. Para nuestra especie, el amor es una a icción. No reharé a Bastien para verlo caer víctima del amor de nuevo. Lo siento.

—¿Qué quieres que haga? —susurró Celine—. ¿Qué puedo decir para convencerte de salvarlo?

—Nada. La inmortalidad aumenta todo lo que somos en nuestra vida humana. Lo que Bastien ama ahora será una debilidad todavía mayor.

—Nicodemus observó a Celine y vio cómo sus palabras hacían añicos la última esperanza que tenía—. Olvida todo esto, niña. Vive tu vida lejos de este mundo desgraciado.

Algo que se acercaba a la compasión coloreó sus rasgos. Nicodemus se giró hacia sus hijos inmortales, listo para marcharse. Para contemplar su dolor y todo lo que había perdido esa noche. Para huir de esa ciudad maldita para siempre.

—¿Y si prometo olvidar a Bastien? —preguntó Celine a sus espaldas.

Nicodemus no se movió.

Celine se puso de pie con torpeza, un susurro de tafetán negro mientras la herida de su cuello enaba el aire con un aroma embriagador.

—Tú me has dicho que puedes ayudarme a olvidar. Que Bastien respetaría mi elección. Si yo lo olvidara, si yo ya no fuera una debilidad,

¿lo salvarías?

Nicodemus dio un paso hacia las puertas de la catedral.

—Has dicho que hay muchos caminos que conducen a la felicidad —

continuó el a—. Si yo puedo elegir uno diferente, ¿no puedes tú hacer lo mismo?

Él se detuvo. Se giró para echar una mirada a Marceline Rousseau por encima del hombro. Sus manos estaban todavía atadas y su cuerpo estaba cubierto de sangre, en gran parte propia. Aun así, la joven se negaba a darse por vencida. Una parte de Nicodemus admiraba su terquedad. Su negación a retirarse ante esas probabilidades.

La mirada de Nicodemus se posó sobre el cuerpo maltratado de su sobrino. Sobre las últimas señales de vida que permanecían dentro de él. Con un suspiro de derrota, Nicodemus apartó la mirada.

—Bastien es tu último familiar. ¿Estás preparado para caminar sobre esta tierra solo? —exigió Celine—. Porque yo preferiría perderlo para siempre antes que verlo morir.

Nicodemus miró a sus hijos inmortales a los ojos. Vio el peso de su pérdida reflejado en sus caras.

No. No está destinado a ser así.

Se enderezó y se dispuso a alejarse.

—¡Nicodemus! —gritó Celine, y la angustia de su voz se elevó hacia el techo—. ¡Nicodemus Saint Germain!

Nicodemus se detuvo una vez más mientras el eco de su apellido resonaba en círculos bajo los frescos del techo de la catedral y el sonido del dolor de Celine agitaba los trozos de su corazón. Y lo hacía revivir.

—¿Tenemos un trato?

████████████████████

NO ES AMOR EL AMOR

Mis primeros antepasados provenían de Cartago.

De una época en la que la sangre reinaba suprema. Cuando los monstruos y los mercenarios dominaban el mundo conocido. Esos fueron los comienzos de la Hermandad.

Poco ha cambiado desde ese entonces.

Estoy de pie sobre el muelle, con la mirada dirigida hacia las aguas del Misisipi, en paz por primera vez en una década.

La primera vez que oí la noticia de que Sébastien Saint Germain había recibido un golpe mortal durante la escaramuza en la catedral, un dolor curioso recorrió mi pecho. Ahora sé que eran los últimos vestigios de mi débil corazón humano que aún morían para que yo pudiera aceptar mi versión mejorada y más fuerte.

No hay ninguna posibilidad de que Nicodemus haya convertido a Bastien.

No cuando se negó a convertirme a mí hace diez años.

Es divertido lo fuerte que Nicodemus Saint Germain puede llegar a aferrarse a su moralidad. Sobre todo si tenemos en cuenta toda la muerte y destrucción que ha causado a lo largo de los siglos. Bastien era el último vástago del linaje de los Saint Germain. Ahora lo que esa sanguijuela de cuatrocientos años había luchado por proteger por encima de todo lo demás ya no existe. Su propósito le ha sido arrebatado, así como me han arrebatado el mío.

He desmantelado su legado.

Y el sabor es dulce. El tipo de dulzor que opaca la amargura y la consume por completo.

Porque yo, en algún momento, quise a Bastien más de lo que quería a mi propia persona. Incluso entregué mi vida humana a cambio de la suya.

Mi precioso hermanito.

Pero ahora mis lealtades están en otro sitio. Yacen con las criaturas que me ofrecieron el don que el tío Nico se negó a entregarme hace diez años. Con las verdaderas bestias inmortales del Otro Mundo. Las mismas a las que los vampiros han hecho a un lado para usar como perros guardianes a los que alimentan con los restos que sobran de sus mesas. A los que han tratado como si no fueran más que carne de cañón en una guerra de siglos contra el Val e Silvano.

Pero eso no importa, es una historia para otro momento.

En algún momento, yo caminaba entre los Caídos. Los veía como familia.

Pero ya no soy una Saint Germain. No necesito llorar la muerte de mi hermano. Él era cómplice de las transgresiones de mi tío. Su impetuosidad provocó la muerte de mi madre hace muchos años.

Bastien es la razón por la que nadie intentó salvarme a mí, cuando solo era una niña, destinada a no ser nadie.

Mis pensamientos se detienen en Celine Rousseau. Una presa formidable, eso debo admitirlo. Ha estado cerca de descubrir la verdad de en qué me he convertido.

Pero cerca solo cuenta para cañonazos y herraduras.

Eso era algo que mi padre solía decir.

Me aparto del lugar en el que estoy en el momento y me escabullo hacia

██████████

las sombras que hay debajo, cómoda en mi propia piel por primera vez en años. Las estrellas brillan con abandono, sin saber que solo existen por la gracia de la luna. Pero yo sí soy consciente. Ella es nuestra madre en todos los sentidos.

Luca estará esperándome, como siempre ha hecho, incluso cuando éramos niños. Bajo la luz plateada de nuestra madre luna, volveremos a correr libres juntos. Es posible que nuestras familias hayan sido enemigas en vida, pero eso ya no importa. Porque yo estoy entre los de su especie. Soy una de los. Un miembro de la Hermandad, por toda la eternidad.

Y Luca siempre me amará, tal como ha hecho durante más de una década.

Yo también lo amo. A mi modo. Como amaba a Marin.

Debajo del muelle, la transformación comienza. La magia arde en mi torrente sanguíneo y envía escalofríos por mi columna. Mis dedos se curvan en forma de garras, mis colmillos se alargan, mi pelo largo se retuerce y adopta otra forma.

Y yo me convierto en quien siempre he estado destinada a ser.

Émilie le Loup, una loba inmortal que aúlla a la luna.

Lista para lo que sea que venga.

Celine abrió los ojos de pronto, como si hubiera caído de una torre en sus sueños. Sentía el cuerpo golpeado y pesado, como el casco de un barco después de una tormenta de verano. Una nube estaba sobre su cabeza y hacía que todo lo que la rodeaba pareciera filtrado por una niebla.

Se aclaró la garganta con una tos débil.

De inmediato, una gura se acercó a su lado.

—Celine.

Sonaba como la voz que Celine quería oír. Pero diferente. En sus sueños, había sido diferente.

—Michael.

El nombre se resquebrajó sobre su lengua. Volvió a carraspear al darse cuenta de lo seca que estaba su garganta. ¿Cuánto había dormido?

—¿Quieres un poco de agua? —preguntó él.

—Por favor.

Celine bebió de la taza que Michael sostuvo contra sus labios. Cada movimiento que él hacía era lento. Cuidadoso. Inconfundiblemente delicado.

Celine parpadeó con fuerza, pero la película que opacaba su visión insistía en permanecer en los bordes.

—¿Qué le ha pasado a tu nariz? —Celine frunció el cejo—. ¿Te han golpeado?

—Estoy bien. —Una expresión molesta atravesó la cara magullada de Michael.

—¿Cómo está Pippa?

—Pippa está bien. Todos están... bien.

—¿Qué ha sucedido? —Tragó—. No recuerdo cómo he llegado hasta aquí.

—Has pasado por una experiencia dura. —Michael asintió con la cabeza.

—Siento... como si mi memoria tuviera agujeros.

—Eso es normal después de todo lo que ha ocurrido. —Michael movió la mano para cubrir la de ella—. Prometo que más tarde intentaremos que todas las piezas encajen. Pero ahora deberías descansar.

Celine volvió a tragar e intentó desterrar el sabor a metal y hierbas de la lengua. Volvió a caer sobre las almohadas y el dolor que sentía a uno de los lados la hizo hacer una mueca de malestar.

—Gracias, Michael. Es reconfortante saber que estás aquí conmigo.

—¿Dónde más iba a estar? —Michael apretó la mano de ella y sus ojos pálidos irradiaron calidez. La sinceridad de su expresión la tranquilizaba. Como si no deseara volver a ocultarle algo a ella nunca más.

Quizás Celine se había equivocado al desechar su afecto como lo había hecho en el pasado. Siempre había sentido que Michael Grimaldi era una pieza del rompecabezas que no conseguía hacer encajar de ninguna forma.

Pero ¿ese día? Sentía algo... diferente.

Michael continuó hablando.

—Pippa se ha ido hace menos de media hora para dormir un poco. —

Sonrió para sí mismo—. Estará muy enfadada cuando se entere de que has despertado en su ausencia. —Se volvió hacia la puerta y avanzó con pasos largos. Capaces. Rápidos—. Pediré que ella venga pronto.

Celine se sentó erguida y fue como si su cuerpo estuviera gritando en protesta.

—Por favor, no te vayas. Todavía no.

No sabía el motivo, pero no quería estar sola.

Él arqueó una ceja en un gesto sardónico. Después levantó la silla de madera que estaba a los pies de su cama de hospital.

—Solo me estoy acercando.

Celine volvió a hundirse en las almohadas con un suspiro de agradecimiento. Echó una mirada a su alrededor. La colcha que estaba

estirada sobre el a se parecía al chal que había visto por última vez en los hombros de Nonna. Había un jarrón con alegres ores amaril as sobre una mesa gastada junto a el a. A los pies de la cama, había un tomo pequeño y muy usado.

—¿Qué es eso?

Michael hizo una pausa mientras se sentaba.

—Es una colección de sonetos de Shakespeare. Los he estado leyendo a modo de investigación.
—Una sonrisa torpe tiró de sus labios—. Una chica con alma de hierro me ha dicho que debería escribirle un poema.

Celine parpadeó y el recuerdo volvió a el a, apenas de nido al principio, pero poco a poco comenzó a tomar forma. Cuando Michael estiró la mano para volver a sostener la de el a, Celine vaciló un instante mientras deseó que el resto de su cabeza pudiera librarse de las marañas que la estorbaban. Y deseó poder l enar los huecos de su memoria. Después entrelazó los dedos con los de él.

—¿Me leerías uno?

Michael apretó los dedos de Celine con fuerza y se dispuso a leer con voz rme.

—No permitas que la unión de dos almas eles / Admita impedimentos. No es amor el amor / Que cambia cuando un cambio encuentra, / O se desvanece con quien se ha desvanecido...

████████████████████

EPÍLOGO

Al principio, no existía nada.

Después... existió todo.

████████████████████

AGRADECIMIENTOS

Esta historia ha vivido en mi cabeza desde que yo era una adolescente malhumorada con la cabeza enterrada en las novelas de Anne Rice hasta la madrugada. Desde el momento en el que se ha convertido en una realidad concreta, he estado más emocionada de lo que es posible por tener un equipo de personas que creen en mí —y en mi trabajo—

sin dudarlo.

Bárbara, todavía recuerdo tu carcajada de alegría cuando dije que quería escribir un libro de vampiros ambientado en Nueva Orleans.

Nada de lo que he conseguido en mi carrera habría sido posible sin ti. Y

esa preciosa carcajada. Buena suerte, tonta... por y para siempre.

Stacey, no hay nadie que me impulse como lo haces tú. Tu voz en mi cabeza hace que me esfuerce todos los días por ser mejor que el día anterior, y para eso no tengo palabras de gratitud suficientes. Además, he encontrado el restaurante perfecto en el Barrio Francés. Hasta he elegido nuestra mesa. Será mejor que Nueva Orleans se cuide.

Al equipo de magos de Penguin: vuestro apoyo, entusiasmo y ética laboral han convertido el mundo y los personajes que he creado en mi cabeza en una realidad bel ísima. A Marisa Russel : muchas gracias por tu pasión y entusiasmo. El día que me dijiste que te encantaba *Penny Dreadful*, supe que estábamos hechas la una para la otra. Caitlin Tutterow tiene mi gratitud eterna por responder cada una de mis preguntas inútiles. Doy unas gracias de lo más sentidas a Carmela Iaria,

Venessa Carson, Doni Kay, Theresa Evangelista por la portada y el diseño estupendos, Elyse Marshal , Felicia Frasier (¿necesitamos otra noche de pasta en Brooklyn!), Lindsay Boggs, Shanta Newlin, Erin Berger (noche de pasta *part deux*, ¿no?), Christina Colangelo, Col een Conway, Caitlin Whalen y Bri Lockhart. Tienen mi inmensa gratitud Laurel Robinson, Cindy Howle, y la inigualable Anne Heausler por sus comentarios y ediciones. Y una nota de agradecimiento especial para Kara Brammer y Felicity Val ence por ser las genias desquiciadas que sois.

Unas gracias gigantes a todos los fabulosos bloggers de libros, lectores y amantes de los libros alrededor del mundo. No puedo hacer lo que hago sin vosotros.

A Jessica Khoury por el mapa estupendo y el emblema precioso. Lo tengo de fondo de pantal a, y tu talento y profesionalismo consumado no dejan de asombrarme.

A Daniel José Older por sus conocimientos sobre Nueva Orleans, los comentarios y el apoyo in nito. Gracias, gracias, gracias.

A Alwyn por tus valiosos correos electrónicos, tu entusiasmo y toda la ayuda que me has brindado para perfeccionar mis tristes intentos de francés. Eres un encanto y una de las personas más amables que conozco. Te adoro.

A Rosh, JJ y Lemon: cuando pienso en todos los recuerdos que ya hemos creado, sonrío por todo lo que está por venir. Gracias por bendecirme con vuestro amor y talento in nito.

A Sabaa por celebrar conmigo, l orar conmigo, leer conmigo e inspirarme todos los días. Y por ver la edición extendida de *Las dos torres* y saberse todas las líneas de memoria, como yo. Tu amistad es un regalo sin igual.

A Gio Mannucci por toda la ayuda con el italiano. Me encanta cómo esta carrera nos ha vuelto a conectar de este modo maravil oso.

A Carrie Ryan y Brendan Reichs por todos los almuerzos en la Cantina, los consejos y las risas. ¡QC está presente!

A mi asistente, Emily Williams: gracias por ser la persona más organizada que conozco y mantenerme encaminada, ¡a mí y a mis ideas descabeladas!

A Maggie Kane, Heather Baror-Shapiro y el fabuloso equipo de IGLA: gracias por vuestro trabajo constante y vuestro profesionalismo de siempre.

A Elaine: soy muy afortunada de haber elegido una hermana como tú.

Gracias por arreglar todo el español del libro, por enviarme mensajes de texto cargados de maldiciones a las 03:00 a. m. y por adorar Nueva Orleans tanto como yo. No hay nadie con quien pre era cal ejear por Dumaine en busca de alguien que lea las cartas del tarot o de nuestra próxima dosis de comida.

A Erica, Ian, Chris e Izzy: os quiero muchísimo y estoy muy agradecida de amaros mi familia. A mis padres —Umma, Papá, Mama Joon y Baba Joon—, gracias por todo vuestro amor y por siempre poner mis libros donde todos puedan verlos, con la portada visible en las librerías.

A Omid, Julie, Navid, Jinda, Evelyn, Isabel e, Andrew, El a y Lily: gracias por nuestra familia y por todas las veces en las que, sin falta, habéis estado al í para alentarme. Estoy muy orgullosa de compartir esta vida con vosotros.

Y a Vic: por la forma en la que me miras cuando crees que no estoy prestando atención, y por la forma en la que me haces sonreír incluso cuando no estás, gracias, de aquí a las estrellas. No hay mejor hombre

que tú.

¿TE GUSTÓ ESTE LIBRO?

Escribenos a

puck@edicionesurano.com

y cuéntanos tu opinión.

ESPAÑA  /MundoPuck  /Puck_Ed  /Puck.Ed

LATINOAMÉRICA    /PuckLatam

 /PuckEditorial

 PUCK

Document Outline

- [Diferente de lo que parecía](#)
- [Un estudio sobre contrastes](#)
- [Por las estrellas](#)
- [Tu nombre es Marceline Béatrice Rousseau](#)
- [Malvolio](#)
- [Un poco de violencia](#)
- [La Corte de los Leones](#)
- [Toussaint](#)
- [El Fantasma](#)
- [DES QUESTIONS, DES QUESTIONS](#)
- [Un equilibrista sobre la cuerda floja](#)
- [Una de nosotras](#)
- [Una silueta en un sueño](#)
- [Una visita sorpresa](#)
- [La actuación de su vida](#)
- [Una asesina en la misa del domingo](#)
- [Las palabras son armas](#)
- [Champán y rosas](#)
- [Conoce a tu creador](#)
- [Méfiez-vous du rougarou](#)
- [La hora de las brujas](#)
- [La libertad solitaria de una calle neblinosa](#)
- [El retrato embrujado](#)
- [Velada de una noche de verano](#)
- [La encarnación de las tinieblas](#)
- [Ten cuidado](#)
- [La piantagrane](#)
- [Mil cortes pequeños](#)
- [Bella putrefacción](#)
- [Dos caras de la misma moneda](#)
- [Medio kilo de carne](#)
- [El último clavo](#)
- [Los muchos caminos que conducen a la felicidad](#)
- [No es amor el amor](#)
- [Epílogo](#)
- [Agradecimientos](#)